



SANTA MARÍA  
DE LAS FLORES  
JEAN GENET

«Un recluso en una celda. En la pared el reglamento de la cárcel. En el dorso del reglamento, pegadas con migas de pan, unas veinte fotos de asesinos recortadas de la prensa; para los más puramente criminales: Y en honor de los crímenes de todos ellos escribo este libro, para hechizo de mi celda, y secretamente, para comprobar cuál puede ser el método mejor [...] para no sucumbir también al horror; llegado el momento... En este espacio donde el preso espera con terror su juicio y su condena, se conjuran, pues sólo golfos de la

peor calaña, héroes sin heroísmo alguno que les pueda conferir alguna nobleza, santos siempre obligados a amar lo que aborrecen.»

Jean Genet escribió *Santa María de las Flores*, su primera novela, en 1942, en la prisión de Fresnes. Genet entró en la mitología y en la poesía del siglo XX con esta novela que aún hoy sigue siendo un referente de la vida "aparte" y de la transformación de la vergüenza en orgullo.



Jean Genet

# **Santa María de las Flores**

**ePub r1.0**  
**Titivillus 02.06.16**

Título original: *Notre Dame des Fleurs*

Jean Genet, 1951

Traducción: María Teresa Gallego Urrutía

& María Isabel Reverte Cejudo

Diseño de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

Weidmann se presentó ante vosotros en una edición de las cinco, con la cabeza envuelta en vendas blancas, monja y también aviador herido, caído en medio de un campo de centeno, un día de septiembre semejante a aquel en que se conoció el nombre de Santa María de las Flores. Su hermoso rostro multiplicado por las máquinas cayó sobre París y sobre Francia, en el más recóndito de los pueblos perdidos, en palacios y en cabañas, relevando a los burgueses entristecidos que su vida cotidiana la rozan de cerca asesinos entristecidos que su vida cotidiana la rozan de cerca asesinos encantadores que han ascendido solapadamente hasta

su sueño, sueño que van a atravesar, por alguna escalera de servicio que, convertida en su cómplice, no ha chirriado. Al pie de su imagen, estallaban de aurora sus crímenes: asesinato uno, asesinato dos, asesinato tres y hasta seis, decía su gloria secreta y preparaban su gloria venidera.

Un poco antes, el negro Ange Soleil había matado a su amante.

Un poco después, el soldado Maurice Pilorge asesinaba a su amante Escudero para robarle algo menos de mil francos, y a continuación le cortaban el cuello por su vigésimo cumpleaños, mientras, lo recordáis, esbozaba un palmo de narices al verdugo furioso.

En fin, un alférez de navío, aún niño, traicionaba por traicionar: lo fusilaron. Y en honor de los crímenes de todos ellos escribo este libro.

De esta maravillosa eclosión de bellas y sombrías flores me he enterado a retazos: uno me llegaba por un trozo de periódico, otro, citado negligentemente por mi abogado, otro dicho, casi cantado, por los reclusos, — su canto se tornaba fantástico y fúnebre (un *De Profundis*), tanto como las endechas que cantan por la noche, como la voz que cruza las celdas, y me llega turbada, desesperada, alterada. Al final de las frases, se casca, y esta hendidura la vuelve tan suave que parece sostenida



por la música de los ángeles, de lo cual siento horror, pues los ángeles me causan horror por estar, eso imagino, compuestos de esta suerte: ni espíritu ni materia, blancos, vaporosos y espantosos como el cuerpo traslúcido de los fantasmas.

Estos asesinos ahora muertos han llegado, sin embargo, hasta mí, y cada vez que uno de estos astros de luto cae en mi celda, me late el corazón con fuerza, como batiendo llamada, si la llamada es el redoble de tambor que anuncia la capitulación de una plaza. Y resulta de ello un fervor comparable al que retorció, y me dejó unos minutos grotescamente crispado, cuando oí por

encima de la cárcel al avión alemán pasar y el estallido de la bomba que soltó muy cerca. En un abrir y cerrar de ojos, vi a un niño aislado, llevado por su pájaro de hierro, que iba sembrando la muerte riendo. Por él sólo entraron en funcionamiento las sirenas, las campanas, los ciento un cañonazos reservados al Delfín, los gritos de odio y de miedo. Todas las celdas estaban trémulas, tiritaban, enloquecidas de espanto, los reclusos golpeaban las puertas, se revolcaban por el suelo, vociferaban, lloraban blasfemaban y rezaban. Ví, digo, o creí ver a un niño de dieciocho años en el avión, y desde el fondo de mi 426 le sonreí con amor.

No sé si son sus rostros, los auténticos, los que salpican el muro de mi celda de un barro adiamantado, pero no ha podido ser por casualidad por lo que he recortado de unas revistas estas hermosas cabezas de ojos vacíos. Digo vacíos pues todos son claros y deben ser azul celeste, semejantes al filo de las cuchillas, donde se prende una estrella de luz transparente, azules y vacíos como las ventanas de los edificios en construcción, a través de las cuales se ve el cielo por las ventanas de la fachada opuesta. Como esos cuarteles por la mañana abiertos a los cuatro vientos, a los que se cree vacíos y puros cuando bullen de machos peligrosos,

desplomados, revueltos en la cama. Digo vacíos, pero si cierran los párpados, se tornan más inquietantes para mí de lo que son, para la niña núbil que pasa, las claraboyas enrejadas de las inmensas cárceles tras las cuales duerme, sueña, jura, escupe un pueblo de asesinos, que hace de cada celda el nido silbante de un nudo de víboras, pero también algún confesionario de cortina de sarga polvorienta. No tienen estos ojos aparente misterio, como ciertas ciudades cercadas: Lyon, Zurich, y me hipnotizan tanto como los teatros vacíos, las cárceles desiertas, las maquinarias en reposo, los desiertos, pues los desiertos están cercados y no

comunican con el infinito. Los hombres de semejantes rostros me espantan cuando he de recorrerlos a tientas, pero ¡qué deslumbradora sorpresa cuando en su paisaje, al revolver de una venilla abandonada, me acerco con el corazón arrebatado y no descubro nada, nada más que el vacío enhiesto, sensible y orgulloso como una alta digital!

Los periódicos llegan mal hasta mi celda, y las más bellas páginas están saqueadas de sus más bellas flores, esos chulos, como jardines en mayo. Los grandes chulos inflexibles, estrictos, sexos lozanos que no sé ya si son lirios o si lirios y sexos no son totalmente ellos, hasta el punto de que por la noche,

de hinojos, con el pensamiento, rodeo con mis brazos sus piernas, tanta rigidez, da conmigo en tierra y me hace confundirlos, y el recuerdo que doy de buen grado como alimento a mis noches es el tuyo, que, durante mis caricias, permanecías inerte, tendido; blandida y desenfundada, sólo tu verga atravesaba mi boca con la aspereza absolutamente perversa de un campanario atravesando una nube de tinta, un agujón un seno. No te movías, no dormías, no soñabas, te escapabas, inmóvil y pálido, helado, tieso, tendido rígido en la cama plana como un féretro en el mar, y yo nos sabía castos, mientras permanecía atento a sentir cómo te derramabas en mí, tibio y

blanco, con pequeñas sacudidas continuas. Jugabas a gozar tal vez. En la cumbre del momento, un éxtasis sereno te iluminaba, y ponía en torno a tu cuerpo de bienaventurado un nimbo sobrenatural cual un manto que con cabeza y pies horadabas.

No obstante, he podido conseguir una veintena de fotografías y las he pegado con miga de pan mascada al dorso del reglamento de cartón que cuelga de la pared. Algunas están pinchadas con trocitos de alambre de latón que me trae el contraamaestre y en el cual he de enfilear cuentas de vidrio coloreadas. Con estas mismas cuentas con las que los reclusos de al lado hacen

coronas mortuorias, he fabricado, para los más puramente criminales, marcos en forma de estrella. Por la noche, igual que vosotros abris la ventana que da a la calle, vuelvo hacia mí el reverso del reglamento. Sonrisas y muecas, inexorables unas y otras, me entran por todos los orificios ofrecidos, su vigor penetra en mí y me erige. Vivo entre estas simas. Presiden mis más trilladas costumbres, que son, con ellas, toda mi familia y mis únicos amigos.

Tal vez entre los veinte se ha extraviado algún mozalbete que no hizo nada para merecer la cárcel: un campeón, un atleta. Pero si lo he clavado en la pared, es porque tenía, en



mi opinión, en la comisura de los labios o en el ángulo de los párpados, el signo sagrado de los monstruos. La falla en su rostro, o en su gesto fijo, me indica que no es imposible que me amen, pues no me aman más que si son monstruos —y se puede, pues, decir que ha sido él mismo, este extraviado, quien ha elegido estar aquí. Para que les sirvan de comitiva y de corte he tomado de acá y acullá, de la tapa ilustrada de unas cuantas novelas de aventuras, a un joven mestizo mejicano, a un gaucho, a un jinete caucasiano, y, de las páginas de estas novelas que circulan de mano y mano durante el paseo, los dibujos torpes: perfiles de chulos y de apaches

con una colilla humeante o la silueta de un duro empalmado.

Por la noche, los amo y mi amor los anima. Durante el día, me consagro a mis quehaceres. Soy el ama de casa atenta a que no caiga al suelo una miga de pan o una mota de ceniza. ¡Pero por la noche! El temor al vigilante que puede encender de repente la bombilla y que asoma la cabeza por el ventano practicado en la puerta me obliga a tomar precauciones sórdidas para que el roce de las sábanas no delate mi placer; pero mi gesto, si pierde en nobleza, al tornarse secreto aumenta mi voluptuosidad. Me demoro. Bajo la sábana, mi mano derecha se detiene para

acariciar el rostro ausente, y luego todo el cuerpo del forajido al que he elegido para mi placer de esa noche. La mano izquierda cierra los contornos, luego dispone sus dedos en forma de órgano hueco que intenta resistir, se ofrece al fin, se abre, y un cuerpo vigoroso, un armario de luna sale de la pared, avanza, cae sobre mí, me machaca encima de este jergón manchado ya por más de cien reclusos, mientras pienso en esa felicidad en que me abismo siendo así que existen Dios y sus Ángeles.

Nadie puede decir si saldré de aquí, ni, si es que salgo, cuándo será.

Con ayuda, pues, de mis amantes desconocidos, voy a escribir una

historia. Mis héroes son ellos, pegados a la pared, ellos y yo que estoy aquí, encerrado. A medida que vayáis leyendo, los personajes, y Divina también, y Culafroy, irán cayendo de la pared sobre mis páginas como hojas secas, para abonar mi narración. ¿Acaso habré de contaros su muerte? Será para todos la muerte de aquel que, cuando se enteró por el jurado de la suya, se contentó con murmurar con acento renano: «Yo ya estoy de vuelta de todo esto» (Weidmann).

Es posible que esta historia no siempre parezca artificial y que se reconozca en ella, a pesar mío, la voz de la sangre: será que he golpeado con la

frente, en medio de mi noche, alguna puerta, dando rienda suelta a un recuerdo angustioso que me obsesionaba desde el comienzo del mundo, perdonádmelo. Este libro no quiere ser sino una parcela de mi vida interior.

A veces, el guardián de pasos afelpados, por el ventano, me da los buenos días de pasada. Me habla, y me dice más de lo que él quisiera de los falsarios mis vecinos, de los incendiarios, de los monederos falsos, de los asesinos, de los adolescentes fanfarrones que se revuelcan por el suelo gritando: «¡Mamá, socorro!» Vuelve a cerrar de golpe el ventano y me abandona cara a cara con todos esos

hermosos caballeros a los que acaba de dejar deslizarse aquí y a quienes la tibieza de las sábanas, el embotamiento matutino, hacen retorcerse para buscar el cabo del hilo que desembrollará los móviles, el sistema de las complicidades, toda una batería feroz y sutil que, entre otras tretas, cambió en muertas blancas a algunas niñas sonrosadas. A ellos también quiero mezclarlos, cabeza con cabeza y pierna con pierna, con mis amigos de la pared, y componer con ellos esta historia infantil. Y rehacer a mi guisa, y para hechizo de mi celda (quiero decir que, gracias a ella, mi celda quedará hechizada), la historia de Divina a quien

conocí tan poco, la historia de Santa María de las Flores y, no lo dudéis, mi propia historia. Señas personales de Santa María de las Flores: estatura, 1,71 metros, peso, 71 Kg., rostro ovalado, cabello rubio, ojos azules, tez pálida, dientes perfectos, nariz rectilínea.

Divina murió ayer en medio de un charco tan rojo de su sangre vomitada que al expirar tuvo la ilusión suprema de que esa sangre era el equivalente visible del agujero negro que un violín despanzurrado, visto en casa de un juez en medio de un batiburrillo de piezas de convicción, señalaba con una insistencia dramática como un Jesús el chancro dorado en que relumbra su Sagrado

Corazón en llamas. He ahí, pues, el aspecto divino de su muerte. El otro aspecto, el nuestro, a causa de esas oleadas de sangre esparcidas sobre su camisa y sus sábanas (pues el sol desgarrador, más que malintencionadamente, en las sábanas ensangrentadas, se había puesto en su cama), hace que esta muerte equivalga a un asesinato.

Divina ha muerto santa y asesinada —por la tisis.

Es enero, y también lo es en la cárcel, donde esta mañana durante el paseo, disimuladamente, entre reclusos nos hemos felicitado el año, tan humildemente como deben de hacerlo en



el oficio entre sí los sirvientes. El jefe de los guardianes nos ha dado de aguinaldo a cada uno un cucurucho pequeño con veinte gramos de sal gorda. Las tres de la tarde. Lluve detrás de los barrotes desde ayer y hace viento. Me abandono como en el fondo de un océano, en el fondo de un barrio sombrío, de casas duras y opacas, pero bastante livianas, a la mirada interior del recuerdo, pues la materia del recuerdo es porosa. El sotabanco en el que Divina ha vivido durante tanto tiempo está en la cúspide de una de estas casas. Su gran ventanal precipita la mirada (y la arrebatada) sobre el pequeño cementerio de Montmartre. La escalera

que allí lleva, hoy desempeña un papel considerable. Es la antecámara, sinuosa como los pasadizos de las Pirámides, de la tumba provisional de Divina. Este hipogeo cavernoso se yergue tan puro como el brazo desnudo de mármol en la tiniebla que devora al ciclista a quien pertenece. Nacida de la calle, la escalera sube a la muerte. Tiene acceso al último Monumento. Huele a flores podridas y ya al olor de los cirios y el incienso. Va ascendiendo en la sombra. De piso en piso, se va estrechando y oscureciendo hasta no ser ya, en la cúspide, sino una ilusión confundida por el azur. Es el rellano de Divina. Mientras que en la calle, bajo la aureola

negra de los paraguas minúsculos y planos que sujetan con una sola mano como ramos, Mimosa I, Mimosa II, Mimosa medio IV, Primera Comunión, Ángela, Monseñor, Castañuela, Regina, una muchedumbre, en fin, una letanía aún larga de seres que son nombres reventados, esperan, y en la otra mano llevan como paraguas ramilletes de violetas que incitan al extravío, por ejemplo, a través de un ensueño del que saldrá alelada y enteramente atolondrada de nobleza, una de ellas, pongamos Primera Comunión, pues se acuerda del artículo, conmovedor como un canto que viniese de otro mundo, de nuestro mundo también, que un

periódico vespertino, por ello embalsamado, proclamaba: «La alfombra de terciopelo negro del Hotel Crillon donde reposaba el féretro de plata y ébano que contenía el cuerpo embalsamado de la Princesa de Mónaco estaba cubierta de violetas de Parma.» Primera Comunión era friolera. Tendió, a la manera de las ladies, la barbilla. Luego la metió y se arrebujo en los repliegues de una historia nacida de sus deseos y que tenía en cuenta, para magnificarlos, todos los accidentes de su vida vulgar, historia en la que era muerta y princesa.

La lluvia favorecía su huida.

Unos bujarras llevaban coronas de

cuentas de cristal, precisamente de las que fabrico en mi celda, a la que traen el olor del musgo mojado y el recuerdo, sobre las losas blancas del cementerio de mi pueblo, de los regueros de baba que dejan los caracoles y las babosas.

Todas, los bujarras y los julandras, los mariquitas, los manfloras, las mariconas de quienes os hablo están reunidas en la parte baja de la escalera. Se apelotonan una y uno contra otro y charlan, parlotean, los bujarras en torno a los julandras, tiesos, vertiginosos, inmóviles y silenciosos como ramas. Todos y todas van vestidos de negro: pantalón, chaqueta, gabán, pero sus rostros, jóvenes o viejos, lisos y

encrespados, están divididos en cuarteles de colores como un blasón. Lluve. Con el ruido de la lluvia se entremezcla:

—¡Pobre Divina!

—¡Huy, chica! Pero, a su edad, era de esperar.

—Si se iba a pedazos, hasta el culo se le caía.

—¿No ha venido Pocholo?

—¡...Hay, tú!

—¡Mira a ésta!

Divina vivía, pues no le gustaba oír pisadas arriba, en el último piso de una casa acomodada, en un barrio serio. Al pie de esta casa era donde el bullicio de una conversación musitada, chapoteaba.

De un momento a otro, el coche fúnebre tirado tal vez por un caballo negro, vendrá a recoger los restos de Divina para transportarlos a la iglesia y luego, aquí, muy cerca, al pequeño cementerio de Montmartre, en el que entrarán por la avenida Rachel.

Pasó el Padre Eterno en forma de chulo. Los parloteos se acallaron. A pelo y muy elegante, sencillo y sonriente, sencillo y juncal, llegaba Pocholo el Pinreles. Juncal, tenía en su porte la magnificencia pesada del bárbaro que huella con botas embarradas pieles de precio. Sobre las caderas, su busto era un rey en su trono. Haberlo evocado basta para que mi

mano izquierda, por el bolsillo agujereado... Y el recuerdo de Pocholo no me abandonará ya hasta que no haya terminado mi gesto. Un día, la puerta de mi celda se abrió y lo enmarcó. Creí verlo, por espacio de un abrir y cerrar de ojos, tan solemne como un muerto en marcha, engastado por el espesor, que no podéis sino imaginar, de los muros de la cárcel. Se me apareció de pie con la donosura que hubiera podido tener tendido desnudo en un campo de claveles. Fui suyo al instante, como si (¿quién dice esto?) por la boca hubiese descargado en mí hasta el corazón. Entrando en mí hasta no dejar sitio para mí mismo, hasta tal punto que me



confundo ahora con *gangsters*, revientapisos, chulos y que la policía, por confusión, me detiene. Durante tres meses, hizo de mi cuerpo una fiesta, golpeándome a brazo partido. Yo me arrastraba a sus pies más pisoteado que bayeta de fregar. Desde que se ha marchado, libre, rumbo a sus robos, recupero sus gestos tan vivos que lo mostraban tallado en un cristal de facetas, tan vivos sus gestos que se sospechaba que todos ellos eran involuntarios, hasta tal punto me parece imposible que hubiesen nacido de la lenta reflexión y de la decisión. De él, tangible, no me queda, ay, sino el molde de escayola que hizo la propia Divina

de su cola, gigantesca cuando se empalmaba. Más que ninguna otra cosa, lo que de ella impresiona es el vigor, la belleza por lo tanto de esa parte que va desde el ano a la punta del pene.

Diré que tenía dedos de encaje, que, cada vez que despertaba, sus brazos tendidos, abiertos para recibir el Mundo, le procuraban el aspecto del Niño Jesús en el pesebre —un talón del pie sobre el empeine del otro—, que su rostro atento se ofrecía, inclinado al revés hasta el cielo; que de pie, solía hacer con los brazos ese gesto en forma de cestillo que vemos hacer a Nijinsky en las viejas fotos en que está vestido de rosas desmenuzadas. Su muñeca, tan

flexible como la de un violinista, pende, grácil, desarticulada. Y a veces, en pleno día, se estrangula con su brazo vivo de trágica.

He aquí el retrato casi exacto de Pocholo, pues —también lo veremos— poseía el genio del gesto que ha de turbarme, y si lo evoco, no puedo dejar de cantarlo sino en el momento en que la mano se me pone viscosa de mi placer liberado.

Griego, entró en la casa de la muerte caminando sobre el aire puro. Griego, es decir, también ladrón. A su paso —y ello se reveló mediante un imperceptible movimiento del busto—, en su interior, secretamente, Monseñor, las Mimosas,

Castañuela, todas en fin, las mariconas, imprimieron a su cuerpo un movimiento de barrena y creyeron enlazar a este hermoso hombre, enroscarse en torno a él. Indiferente y claro como un cuchillo de matadero, pasó, cortándolas a todas en dos rajadas que se volvieron a juntar sin ruido pero exhalando un leve perfume de desesperación que nadie descubrió. Pocholo subió los peldaños de la escalera de dos en dos, ascensión amplia y segura, que puede conducir después del tejado, por peldaños de aire azul, hasta el cielo. En el sotabanco, menos misterioso desde que la muerte lo había convertido en una tumba (perdía su sentido equívoco, volvía a adoptar

con toda su pureza ese aspecto de incoherente gratuidad que le procuraban esos objetos funerarios y maravillosos, esos objetos tumbales: unos guantes blancos, una lamparilla, una guerrera de artillero, un inventario, en fin, que enumeraremos más adelante), sólo la madre de Divina, Ernestine, suspiraba entre los velos de su luto. Es vieja. Pero, al fin, no se le escapa la ocasión maravillosa y tanto tiempo esperada. La muerte de Divina le permite liberarse, mediante una desesperación externa, mediante un luto visible hecho de lágrimas, de flores, de crespón, de los cien grandes papeles que la poseían. La ocasión se le escapó de las manos en

una enfermedad que voy a contar, cuando Divina la Casquivana no era todavía más que un crío pueblerino y se llamaba Louis Culafroy. Desde su lecho de enfermo, miraba la habitación en que un ángel (una vez más esta palabra me inquieta, me atrae y me repugna. Si tienen alas, ¿tienen dientes? ¿Vuelan con alas tan pesadas, alas emplumadas, «esas misteriosas alas»? ¿Y tan perfumadas por esta maravilla: su nombre de ángel, del que cambian si caen?), un ángel, un soldado vestido de azul claro y un negro (pues ¿serán alguna vez mis libros otra cosa que un pretexto para mostrar a un soldado vestido de azur, un ángel y un negro jugando

fraternalmente a los dados o a las tabas en una prisión sombría o clara?) mantenían un conciliábulo del que él mismo estaba excluido. El ángel, el negro y el soldado mostraban por turno el rostro de sus compañeros de escuela, y de los campesinos, pero nunca el de Alberto, el pescador de serpientes. Este era el que esperaba Culafroy en su desierto, para calmar su sed tórrida con la boca de carne estrellada. Para consolarse, intentaba, a pesar de su edad, desentrañar lo que sería una felicidad en la que nada fuera suave, un campo puro, desierto, desolado, un campo de azur o de sabré, un campo magnético seco, mudo, en el que nada

subsistiera ya de las dulzuras, de los colores y de los sonidos. Mucho antes ya, la aparición por la carretera del pueblo de una novia ataviada con un vestido negro, pero empaquetada en un velo de tul blanco, deslumbrante como un joven pastor bajo la escarcha, como un rubio molinero empolvado, o como Santa María de las Flores a quien conocerá más adelante y a quien vi yo mismo aquí, en mi celda, junto a las letrinas, una mañana —su rostro adormecido, sonrosado bajo la espuma del jabón e hirsuto—, desajustando su visión, reveló a Culafroy que la poesía es algo distinto de una melodía de curvas sobre dulzuras, pues el tul se



quebraba en facetas abruptas, nítidas, rigurosas, glaciales. Era una advertencia.

Esperaba a Alberto que no venía. Sin embargo, cada campesino o campesina que entraba llevaba en sí algo del pescador de serpientes. Eran como sus adelantados, sus embajadores, sus precursores, llevando ante él algunos de sus dones, preparando su venida, allanando su camino. Gritaban aleluya. Uno poseía su forma de andar, otro su ademán, o el color del pantalón, o su pana, o la voz de Alberto; y Culafroy, como quien espera, no dudaba de que a la larga todos estos elementos diseminados acabarían por ponerse de

acuerdo y permitir a un Alberto reconstruido efectuar en su habitación la entrada solemne, convenida y sorprendente, que efectuó en mi celda un Pocholo el Pinreles muerto y vivo.

Cuando el cura del pueblo, que había venido a ver qué noticias había, le dijo a Ernestine: «Señora, es una dicha morir joven», ella contestó: «Sí, Señor Duque», haciendo una reverencia.

El sacerdote la miró.

Sonreía en el entarimado reluciente a su reflejo antípoda que la convertía en la dama de picas, la viuda de mala influencia.

—No se encoja de hombros, amigo mío, que no estoy loca.

—Y no estaba loca.

—Lou Culafroy se va a morir dentro de un rato. Lo siento. Se va a morir, lo sé.

«Se va a morir, lo sé», era la expresión arrancada viva, ayudándola a volar, de un libro, y sangrante, como un ala a un pardal (o a un ángel, si puede sangrar escarlata), y murmurada con horror por la heroína de esa novela barata impresa en letra menuda, en papel esponjoso —como, a lo que dicen, la conciencia de los hombres malos que pervierten a los niños.

—Por eso bailo en derredor el canto fúnebre.

Era, pues, necesario que muriera. Y

para que el patetismo del acto fuera más virulento, ella misma habría de causarle la muerte. En esto, ¿verdad?, la moral no pinta nada, ni el temor a la cárcel, ni al infierno. Con precisión, todo el mecanismo del drama se hizo presente en la mente de Ernestine, y de igual forma en la mía. Simularía un suicidio. «Diré que se ha matado.» La lógica de Ernestine, que es una lógica de escenario, no tiene relación alguna con eso que llaman verosimilitud; pues la verosimilitud es la retractación de las razones inconfesables. No nos asombremos, y así nos maravillaremos mejor.

La presencia en el fondo de un cajón

de un enorme revólver de reglamento bastó para dictarle su actitud. No es la primera vez que son las cosas las instigadoras de un acto y deben ser las únicas portadoras de la terrible, aunque ligera, responsabilidad de un crimen. Este revólver se convertía —parecía— en el accesorio indispensable de su gesto. Prolongaba su brazo tendido de heroína, la obsesionaba, en fin, puesto que menester es decirlo, con la misma brutalidad, que le hacía arder las mejillas, con que las gruesas manos de Alberto abultándole los bolsillos obsesionaban a las mozas del pueblo. Pero —al igual que yo mismo consentiré en matar sólo a un flexible adolescente

para de su muerte hacer nacer un cadáver, pero cadáver aún caliente y sombra invitando al abrazo, como Ernestine no aceptaba matar más que a condición de evitar el horror que este bajo mundo no dejaría de suscitarle (convulsiones, reproches de las miradas consternadas del niño, sangre y sesos que salpican) y el horror de un más allá angélico, o tal vez para procurar al instante más aparato, se puso sus joyas. Así me ponía yo antaño las inyecciones de cocaína con una jeringa de cristal tallado como un tapón de botella, y me ponía en el índice un diamante enorme. Obrando así, no sabía ella que agravaba su gesto, convirtiéndolo en un gesto

excepcional, cuya singularidad corría el riesgo de ponerlo todo patas arriba. Eso fue lo que ocurrió. Gracias a una especie de deslizamiento, sin tropiezo, la habitación descendió hasta confundirse con un piso suntuoso, cargado de oros, con paredes cubiertas de terciopelo granate, recargados muebles de estilo ensordecidos por cortinas de faya roja, y calado por grandes espejos biselados, ornado de lámparas con colgantes de cristal. Del techo, detalle importante, pendía una araña enorme. El suelo estaba recubierto de alfombras de gruesa lana, violetas y azules.

Con ocasión de su viaje de novios a

París, desde la calle, a través de los visillos de las ventanas, Ernestine había entrevisto una noche esos pisos magníficos y tibios, y mientras caminaba del brazo de su marido, muy formalita —muy formalita aún— deseaba morir en ellos de amor, gardenal y flores, por un Caballero Teutónico. Luego, muerta ya cuatro o cinco veces, el piso había quedado disponible para un drama más grave que su propia muerte.

Complico, embrollo, y habláis de puerilidades. Son puerilidades. Todos los reclusos son niños y los niños solos son tortuosos, retraídos, claros y confusos. «Lo que también haría falta, pensó Ernestine, es que se muriera en



una ciudad de lujo, en Cannes o en Venecia, para que yo pudiera hacer peregrinaciones.»

¡Alojarse en un Ritz, bañado por este Adriático, esposa o amante de un Dogo, luego, con los brazos cargados de flores, trepar por un repecho hasta el cementerio, sentarse sobre una sencilla lápida, una piedra blanca un poco abombada, y, bien acurrucada en un dolor perfumado, incubarse!

Sin devolverla a la realidad, pues no abandonaba jamás la realidad, la disposición de los decorados la obligó a sacudir el ensueño. Fue a buscar el revólver cargado desde hacía mucho por una Providencia llena de deferencias, y

cuando lo tuvo en la mano, pesado como un falo en acción, se dio cuenta de que estaba preñada del crimen, encinta de un muerto.

Tal vez vosotros no conocéis este estado sobrehumano y extralúcido, del asesino ciego que tiene en la mano el cuchillo, la escopeta o el pomo, o que, ya ha iniciado el gesto que empuja al precipicio.

El gesto final de Ernestine hubiera podido consumarse deprisa, pero, como Culafroy por otra parte, está interpretando un texto que ignora, que escribo yo, y cuyo desenlace debe ocurrir a su hora. Ernestine sabe todo lo que de miserablemente literario

comporta su acto, pero tener que someterse a una mala literatura la vuelve aún más conmovedora a sus propios ojos y a los nuestros. En el drama, como en toda la vida, escapa a la orgullosa belleza.

Cada asesinato premeditado está presidido por un ceremonial preparatorio y siempre, después, por una ceremonia propiciatoria. El sentido de uno y otra escapa a la conciencia del asesino. Todo está en orden. Ernestine tiene el tiempo justo de comparecer ante una cámara ardiente. Disparó. La bala fue a romper el cristal de un marco que encerraba un diploma de honor de su difunto marido. El ruido fue espantoso.

Amodorrado por los somníferos, el niño no oyó nada. Ernestine tampoco: había disparado en el piso de terciopelo granate, y la bala, rompiendo los espejos biselados, los colgantes, los cristales, el estuco, las estrellas, desgarrando los tapices, destruyendo, en fin, la construcción que se venía abajo, hizo caer, en vez de polvo brillante y sangre, el cristal de la araña y de los colgantes, una ceniza gris en la cabeza de Ernestine, que se derrumbó.

Volvió en sí en medio de los escombros de su drama. Sus manos, liberadas del revólver que desapareció bajo la cama como un hacha en el fondo de un estanque, como un merodeador en

un muro, sus manos, más ligeras que pensamientos, revolotearon en torno a ella. Desde entonces, está esperando.

Pocholo la vio así, ebria de tragedia. Lo intimidó, pues era bella y parecía loca, pero más porque era bella. Al ser él también bello, ¿había de temerla? ¡Ay! sé bien poca cosa (nada) de las relaciones secretas de los seres que son bellos y saben que lo son, y nada de los contactos que parecen amistosos, pero son tal vez rencorosos de los bellos muchachos. Si se sonríen por una nadería, ¿hay, sin que lo sepan, alguna ternura en su sonrisa y sienten oscuramente esta influencia? Pocholo hizo sobre el féretro una torpe señal de

la cruz. Su apuro hizo creer que se recogía; ahora bien, su apuro era toda su gracia.

La muerte había puesto su marca, que pesa como un sello de plomo al pie de un pergamino, en las cortinas, las paredes, las alfombras. En las cortinas sobre todo. Estas son sensibles. Huelen la muerte y la van repitiendo como los perros. Ladran a la muerte por los pliegues que se abren, tenebrosos como los ojos y la boca de las máscaras de Sófocles, o que se abomban como los párpados de los ascetas y cristianos. Las contraventanas estaban cerradas y había cirios encendidos. Pocholo, no reconociendo ya el sotabanco que había

habitado con Divina, hizo los gestos cohibidos de un joven de visita.

¿Su emoción frente al féretro? Ninguna. Ya no se acordaba de Divina.

Los de la funeraria llegaron casi en seguida a sacarlo de apuros.

En medio de la lluvia, esta comitiva negra, estrellada de rostros multicolores, mezclada con el perfume de los afeites y de las flores, siguió al coche fúnebre. Los paraguas redondos y planos, ondulando sobre la teoría deambulante, la mantenían suspendida entre el cielo y la tierra. Los transeúntes no la vieron, pues ya iba alzada, tan liviana era, diez metros por encima del suelo; sólo las criadas y los ayudas de

cámara hubieran podido percibirla si, a las diez de la mañana, las primeras no hubieran estado llevando el chocolate a su señora y los segundos abriendo la puerta a los primeros visitantes. Por lo demás, la comitiva era casi invisible a fuerza de ser rápida. El coche fúnebre tenía alas en los ejes. El cura salió el primero, bajo la lluvia, cantando el *dies irae*. Se remangaba los bajos de la sotana y el manteo, como le habían enseñado en el seminario los días de mal tiempo, y automático, aunque este gesto liberaba en él, de una placenta de nobleza, una serie de seres secretos y tristes. De un faldón de este manteo de terciopelo negro, terciopelo del que



están hechos el antifaz de Fantomas y el de las Dogaresas intentó zafarse, pero lo que se zafó bajo él fue el suelo y vamos a ver en qué trampa fue a caer. A tiempo, impidió que la tela le disimulara la parte baja del rostro. El cura, enteraos bien, era joven; se le adivinaba un cuerpo vibrante de atleta apasionado bajo los ornamentos fúnebres. Es decir, que, al fin y a la postre, iba travestido.

En la iglesia, como todo el oficio de difuntos no había consistido más que en el «Haced esto en memoria mía», acercándose al altar, con sigilosos pasos, en silencio, había forzado la cerradura del tabernáculo, corrido el velo como quien corre a medianoche las

dobles cortinas de una alcoba, contenido la respiración, cogido el copón con las precauciones de un topero desenguantado y, por fin, tras haberla partido, se había tragado una hostia sospechosa.

De la iglesia al cementerio, el camino era largo y el texto del breviario archisabido. Sólo el canto de difuntos y el manteo negro, bordado de plata, exhalaban encantos. El cura caminó por el barro como lo hubiera hecho en la espesura de un bosque. ¿De qué bosque?, se preguntó a sí mismo. En un país extranjero, un bosque de Bohemia. O más bien de Hungría. Sin duda eligió ese país, guiado por esa preciosa

sospecha de que los húngaros son los únicos asiáticos de Europa. Hunos. Los hunidos. ¡Atila es quien quema la hierba, sus soldados quienes calientan entre sus muslos, brutales y colosales como los de, y más quizás que los de Alberto, de Pocholo, de Gorgui, y el flanco de sus caballos, la carne cruda que comerán! Estamos en otoño. Llueve en el bosque húngaro.

Cada rama que tiene que apartar moja la frente del sacerdote. Se oye sólo el ruido de las gotas sobre las hojas mojadas. Como es de noche, el bosque se va tornando cada vez más inquietante. El sacerdote se aprieta más estrechamente a los riñones espléndidos

el gabán gris, la hopalanda como el manteo de hoy, que lo envuelve allí.

En el bosque hay una serrería: dos muchachos la explotan, y cazan. Son desconocidos en la región. Han dado, el cura lo sabe como se saben, sin haberlas aprendido, cosas en los sueños, la vuelta al mundo. Y el cura cantaba aquí el canto de difuntos como lo hubiese cantado allí en el momento en que se encontró con uno de los forasteros, el más joven, que tenía la misma cara que el carnicero de mi pueblo. Volvía de cazar. En la comisura del labio, una colilla apagada. La palabra «colilla» y el gusto del tabaco chupado hicieron que al cura se le enderezara el espinazo, se

le echara hacia atrás de tres golpes secos, que le repercutieron en forma de vibraciones a través de todos los músculos y hasta el infinito, que se estremeció por ello y eyaculó una simiente de constelaciones.

Los labios del aserrador se posaron en la boca del cura, en la que hundieron, de un lengüetazo más imperioso que una orden real, la colilla. El sacerdote fue derribado, mordido, y expiró de amor sobre el musgo henchido de agua. Tras haberlo casi desnudado, el forastero lo acarició, agradecido, casi enternecido, pensaba el cura; volvió a ponerse en su sitio con un movimiento del hombro el morral cargado con un gato montés,

recogió la escopeta y se fue silbando una canción apache.

El cura iba rodeando mausoleos. Las mariconas iban tropezando en las piedras, se mojaban con la hierba y entre las tumbas se iban angelizando. El monaguillo, un canijo tiñoso que no sospechaba en absoluto la aventura que acababa de correr el cura, le preguntó si podía dejarse el solideo puesto. El cura le dijo que sí. Al andar, hizo con la pierna ese movimiento característico de los bailarines, con la mano en el bolsillo, que concluyen un tango. Se inclinó sobre la pierna levemente adelantada y apoyado en la punta del pie, dio un rodillazo contra la tela de la

sotana, que se balanceó asemejándose a los bajos acampanados de unos pantalones de marinero o de gaucho bailando el vals. Luego, inició un salmo.

Cuando la comitiva hubo llegado al hoyo cavado ya, a lo mejor por ese enterrador que veía Divina desde su ventana, bajaron el ataúd en que estaba la muerta envuelta en guipur blanco. El cura bendijo la fosa y le pasó el hisopo a Pocholo, que se ruborizó al sentirlo tan pesado (pues había vuelto en cierto modo, después y más allá de Divina, a su raza, prima de la de los jóvenes cingaros que no consienten en cascársela a uno más que con los pies), luego a las mariconas, y, por mediación de éstas,

todo el entorno se convirtió en un gorjeo de lindos grititos y carcajadas. Divina se iba como le habría gustado, según las normas de una mezcla de fantasía y abyección.

*Que Divina se ha muerto, la llevan a enterrar...*

*...la llevan a enterrar...*

Ya que Divina se ha muerto, el poeta puede cantarla, contar su leyenda, la Saga, el deytado de Divina. La Divina-Saga debería ser danzada, mimada, con sutiles indicaciones. La imposibilidad de convertirla en ballet me obliga a



utilizar palabras preñadas de ideas concretas, pero intentaré aligerarlas de expresiones triviales, vacías, huecas, invisibles.

¿Qué me va en ello a mí que fabrico esta historia? Rememorando mi vida, remontando su curso, el colmar mi celda con la voluptuosidad de ser lo que, por bien poco, no alcancé a ser, y el recuperar, para arrojarme dentro de ellos, como en negros agujeros, aquellos instantes en los que me perdía a través de los compartimentos erizados de emboscadas de un cielo subterráneo. El desplazar lentamente volúmenes de aire fétido, el cortar hilos de los que penden sentimientos en forma de ramos, el ver

de no se sabe qué río cuajado de estrellas surgir quizás a ese cíngaro que busco, mojado, de cabellos de espuma, tocando el violín, diabólicamente escamoteado por la cortina de terciopelo escarlata de un cabaret nocturno.

Os hablaré de Divina a merced de mi humor, mezclando el masculino con el femenino y, si acontece, durante la narración, que tenga que nombrar a una mujer, me las arreglaré, ya encontraré un sesgo, una triquiñuela, para que no haya confusión.

Divina se presentó en París para

emprender su vida pública, unos veinte años antes de su muerte. Era, a la sazón, la esbelta y vivaz que seguirá siendo hasta el fin de sus días, tornándose angulosa. Entró, a eso de las dos de la madrugada, en Graff, en Montmartre. La clientela era de arcilla aún blanda, informe. Divina era de agua clara. En el gran café, con las vidrieras cerradas, las cortinas corridas en las barras huecas, lleno a rebosar y naufragando en humo, depositó ella el frescor del escándalo que es el frescor de un viento matutino, la asombrosa dulzura del rumor de una sandalia sobre las losas del templo, y, como el viento voltea las hojas, así hizo que se volvieran las cabezas que se

tornaron súbitamente livianas (cabezas locas), cabezas de los banqueros, comerciantes, *gigolos* de señoras, camareros, encargados, coroneles, espantapájaros.

Sola en una mesa, se sentó y pidió té.

—Y, sobre todo, que sea chino, muchacho, dijo.

Sonriente. Para los clientes, tenía una irritante sonrisa de fanfarrona. Así lo dijeron, desaprobando con la cabeza. Para el poeta y para el lector, su sonrisa será enigmática.

Iba vestida aquella noche con una blusa de seda color champán y unos pantalones azules robados a un

marinero, y calzada con sandalias de cuero. En uno cualquiera de sus dedos, pero más bien en el meñique, una piedra como una úlcera la gangrenaba. Traído que le hubieron el té, se lo bebió como en su casa, a buchitos minúsculos (pichona), dejando y volviendo a dejar la taza con el meñique levantado. He aquí su retrato: tiene el cabello castaño y rizado; los rizos le caen por los ojos y por las mejillas, diríasela tocada con un gato de nueve colas. La frente, levemente abombada y tersa. Sus ojos cantan, no obstante su desesperación, y su melodía pasa de los ojos a los dientes, a los que da vida, y de los dientes a todos sus gestos, a sus menores

actos, y surgido de los ojos es ese encanto el que, de ola en ola, se despliega hasta los pies descalzos. Tiene el cuerpo fino como el ámbar. Las piernas pueden tornársele ágiles cuando huye de los fantasmas; en los talones, las alas del espanto la llevan entonces. Es rauda, pues para dar alcance y dejar atrás a los fantasmas, tiene que ir más rápida que su pensamiento. Se estaba bebiendo el té observada por treinta pares de ojos que desmentían lo que decían las bocas despectivas, despechadas, desoladas, marchitas.

Divina era grácil y, no obstante, semejante a todos esos merodeadores de verbenas, huroneadores de vistas raras,

de visiones de arte, buenos perdedores, que arrastran tras de sí todo el fárrago fatal de las *magic-city*. Al menor movimiento, si se anudan la corbata, si sacuden la ceniza del pitillo, manejan máquinas tragaperras. Divina anudaba, agarrotaba carótidas. Su seducción será implacable. Si sólo dependiera de mí, haría de ella un héroe fatal, como a mí me gustan. Fatal, es decir, que pudiera decidir sobre la suerte de los que los miran, hipnotizados. La crearía con caderas de piedra, mejillas pulidas y enjutas, párpados pesados, rodillas paganas de una belleza tal que reflejarían la inteligencia desesperada del rostro de los místicos. La despojaría

de todo pertrecho sentimental. Que consintiera en ser la estatua helada. Pero de sobra sé que el pobre Demiurgo está obligado a hacer su criatura a su imagen y que no inventó a Lucifer. En mi celda, poco a poco, tendré que prestar mis estremecimientos al granito. Permaneceré largo tiempo solo con él y le infundiré vida con mi aliento y el olor de mis pedos, solemnes o muy suaves. Me llevará todo un libro conseguir sacarla de su petrificación y prestarle poco a poco mi sufrimiento, librarla poco a poco del mal y, llevándola de la mano, conducirla a la santidad.

El camarero que la atendió tuvo buenas ganas de burlarse, pero no se



atrevió, sin embargo, a hacerlo en las barbas de ella por pudor. En cuanto al encargado, se acercó a su mesa y decidió que, en cuanto hubiera acabado, le rogaría que saliese, para evitar que volviera otra noche.

Por fin, se dio unos suaves toquecitos en la frente nívea con un pañuelo floreado. Luego, se cruzó de piernas: se le vio en el tobillo una cadena cerrada por un medallón que nosotros sabemos que encierra unos cuantos cabellos. Sonrió a su alrededor y nadie respondió más que apartando la vista de ella, pero eso era una respuesta. El café estaba silencioso hasta tal punto que se oían distintamente todos los

ruidos. Todo el mundo pensó que la sonrisa de: (para el coronel: el invertido; para los comerciantes: el mariposa; para el banquero y los camareros: el ¡huy, chica!; para los *gigolos*: «ésa», etcétera) era abyecta. Divina no insistió. De una minúscula bolsita de corredera de raso negro sacó unas cuantas monedas que depositó sin ruido en la mesa de mármol. El café desapareció y Divina se metamorfoseó en uno de esos animales pintados en los muros —quimeras o grifos—, pues un consumidor, a pesar suyo, murmuró una palabra mágica pensando en ella:

—Pederasca.

Buscaba esa noche en Montmartre

cabritos por vez primera. No consiguió nada. Nos llegaba sin aviso previo; los parroquianos del café no tuvieron tiempo, ni sangre fría sobre todo, para salvar su reputación y a su hembra. Tras beberse el té, Divina, indiferente (a lo que parecía, según se la veía), contoneándose en un ramo de flores, sembrando crujidos de seda y lentejuelas de un volante invisible, se fue. Hela aquí, pues, decidida a regresar, elevada por una columna de humo, a su sotabanco, encima de cuya puerta está clavada una enorme rosa de estambre, descolorida.

Lleva un perfume violento y vulgar. Por él se puede saber ya que gusta de la

vulgaridad. Divina tiene el gusto certero, buen gusto, y no es lo menos inquietante el que a ella, delicada, la ponga la vida siempre en postura vulgar al contacto con todas las inmundicias. Adora la vulgaridad porque su mayor amor lo ha sentido por un bohemio de piel negra. Encima de él, debajo de él, cuando él le cantaba, boca con boca, canciones cingaras que le traspasaban el cuerpo, aprendió ella a notar el encanto de las telas vulgares como la seda y el orifrés que sientan bien a los seres impúdicos. Montmartre relumbraba. Divina cruzó sus fuegos multicolores y luego, intacta, entró en la noche del terraplén del bulevar de Clichy, noche

que preserva a los pobres rostros viejos y feos. Eran las tres de la madrugada. Caminó un rato en dirección a Pigalle. Miraba fijamente, sonriendo, a cada hombre que pasaba solo. O ellos no se atrevían o era ella quien no sabía aún nada del tejemaneje habitual: las vueltas del cliente, sus vacilaciones, su falta de seguridad en cuanto se acerca al chaval codiciado. Estaba cansada, se sentó en un banco y a pesar de su cansancio, la tibieza de la noche la conquistó, la transportó; se abandonó lo que dura un latido y tradujo su emoción así: «Las noches, sultanas, están locas por mí. Me guiñan, Dios mío, el ojo. ¡Ah! ensortijan mis cabellos en torno a sus dedos (¡los

dedos de las noches, la cola de los hombres!). Me dan golpecitos en la mejilla, me acarician las nalgas». Pensó eso y, sin embargo, no llegó a elevarse a, o naufragar en, una poesía cortada del mundo terrestre. La expresión poética no cambiará jamás su estado. Seguirá siendo siempre la mujerzuela preocupada por la ganancia.

Algunas mañanas, todos los hombres conocen, junto con el cansancio, un acceso de ternura que los hace empalmarse. Me ha sucedido una aurora el haber posado de amor sin objeto los labios en la barandilla helada de la calle Berthe, en otra ocasión el besarme la mano, y también, no pudiendo ya más de

emoción, el desear tragarme a mí mismo volviendo del revés la boca desmesuradamente abierta, por encima de la cabeza, haciendo pasar por ella todo el cuerpo, y el Universo a continuación, y no ser ya sino una bola de cosa comida que poco a poco se iría aniquilando: es mi visión personal del fin del mundo. Divina se entregaba a la noche para ser devorada de ternura por ella y nunca más vomitada. Tiene hambre. Y nada alrededor. Los urinarios están vacíos, el terraplén, prácticamente desierto. Sólo unas pandas de jóvenes obreros, cuya adolescencia en desorden está toda en los cordones mal atados, saltándoles sobre el empeine, de vuelta

del placer, regresan a sus casas a marchas forzadas. Con las chaquetas muy entalladas, colocadas a manera de coraza o frágil caparazón, protegen el candor de sus cuerpos, pero, por la gracia de su virilidad, aún tan liviana como una esperanza, son inviolables para Divina.

No hará nada esta noche. Tanto ha sorprendido que los posibles cabritos no han sabido reaccionar. Con hambre en vientre y corazón habrá de reintegrarse a su sotabanco. Se levantó para marcharse. Viniendo en su dirección, un hombre titubeaba. La golpeó con el codo:

—¡Ay! perdón, dijo, ¡usted perdone!



El aliento le apestaba a vino.

—No hay de qué, dijo la maricona.

Era Pocholo el Pinreles que pasaba.

Datos de Pocholo: estatura 1,75 metros, peso 75 kilos, rostro ovalado, pelo rubio, ojos verdeazules, tez pálida, dientes perfectos, nariz rectilínea.

Era joven también, casi tanto como Divina, y me gustaría que siguiera siéndolo hasta el final del libro. A diario, los guardianes me abren la puerta para que salga de la celda y vaya al patio cubierto a tomar el aire. Durante unos cuantos segundos, en corredores y escaleras, me cruzo con ladrones, con

golfos cuyo rostro se me mete por el rostro, cuyo cuerpo, de lejos, da en tierra con el mío. Codicio tenerlos a mi alcance, ninguno de ellos, sin embargo, me obliga a suscitar la imagen de Pocholo el Pinreles.

Cuando la conocí en Fresnes, Divina me habló mucho de él, buscando su recuerdo, la huella de sus pisadas, por doquier en la prisión, pero jamás conocí su rostro con exactitud, y es para mí una seductora ocasión el hacer aquí que se confunda en mi mente con el rostro y la estatura de Roger.

De este curso, no subsiste en mi memoria más que bien poca cosa: una mano de pulgar en exceso macizo, que

juega con una llavecita pequeña hueca y la confusa imagen de un muchacho rubio que va Canebière arriba con una cadenilla, de oro sin duda, tendida sobre la bragueta que parece cerrar. Forma parte de un grupo de machos que avanzan hacia mí con la gravedad despiadada de los bosques en marcha. De ahí es de donde parte mi ensueño en el que imaginaba llamarlo Roger, nombre «niño» y, sin embargo, recio, aplomado. Roger tenía aplomo. Acababa yo de ser liberado de la prisión Chave y me maravillaba de no haberme topado allí con él. ¿Qué podría yo cometer para estar a la altura de su belleza? Necesitaba audacia para admirarlo.

Dormía, por la noche, a falta de dinero, en los rincones de sombra de los montones de hulla, en los almacenes portuarios, y cada noche lo llevaba conmigo. El recuerdo de su recuerdo dejó sitio a otros hombres. Desde hace dos días, de nuevo en mi ensueño entremezclo su vida (inventada) con la mía. Quería que me amara y, naturalmente, lo ha hecho con ese candor que debe estar unido tan sólo a la perversidad para que me ame. Durante dos días seguidos he nutrido con su imagen un sueño que suele saciarse al cabo de cuatro o cinco horas y si le he dado como pasto a un muchacho, por muy hermoso que éste sea. Ahora ya

estoy rendido de inventar circunstancias en las que podría amarme cada vez más. Estoy extenuado de los viajes inventados, de los robos, de las violaciones, de los topes, de las temporadas de cárcel, de las traiciones en que estaríamos mezclados, actuando el uno por el otro, para el otro, y nunca por ni para sí, en que la aventura seríamos nosotros mismos y nada más que nosotros. Estoy agotado; tengo calambres en la muñeca. La voluptuosidad de las últimas gotas se ha secado. He vivido con él, de él, entre mis cuatro paredes desnudas, y en dos días, cuanto me era posible de una existencia veinte veces recomenzada,

embrollada hasta ser más auténtica que una auténtica. He abandonado el ensueño. Era amado. He abandonado como abandona un ciclista de la Vuelta a Francia, no obstante el recuerdo de sus ojos y del cansancio de los mismos, que me veo obligado a tomar del rostro de otro jovencuelo, al que vi salir de un burdel: las piernas, redondas; la verga, brutal, tan recia que casi quisiera decir de ella que es nudosa; y el rostro, que es lo único que le he visto sin velo, pidiendo asilo como un caballero errante; ese recuerdo no quiere desaparecer como solía desaparecer el recuerdo de mis compañeros ensoñados. Flota. Tiene menos rigor que en el

momento de las aventuras, pero me habita no obstante. Algunos detalles más obstinadamente se encarnizan en la permanencia; esa llavecita hueca con la que, si quiere, puede pitar, el pulgar, el jersey, los ojos azules... Si insisto, va a surgir, a erigirse y a penetrarme hasta tal punto que en mí conservaría sus estigmas. No puedo aguantar más. Lo convierto en un personaje al que sabré a mi modo martirizar: es Pocholo el Pinreles. Seguirá teniendo sus veinte años aunque su destino sea el de convertirse en el padre y el amante de Santa María de las Flores.

A Divina le dijo:

—¡Perdone!

Metido en su vino, Pocholo no se percató de la extravagancia de este transeúnte de amabilidad agresiva:

—¿Qué hay, amigo?

Divina se detuvo. Vino luego una conversación festiva y peligrosa y, a continuación, todo transcurrió como era de desear. Divina se llevó a Pocholo a su casa, en la calle Colaincourt. En este sotabanco es donde ha muerto, desde donde uno ve, a sus pies, cual la mar el vigía desde la cofa mayor, un cementerio, tumbas. Cipreses que



cantan. Fantasmas que dormitan. Todas las mañanas sacudirá su trapo del polvo Divina por la ventana y dirá adiós a los fantasmas. Con ayuda de un catalejo, un día descubrirá a un joven enterrador. «Dios me perdone, gritará, hay una botella de vino encima de la sepultura.» Ese enterrador se irá haciendo viejo al mismo tiempo que ella y la enterrará sin saber nada de ella.

Así pues, con Pocholo, subió. Acto seguido, en el sotabanco, una vez cerrada la puerta, lo desnudó. Tras quitarle los pantalones, la chaqueta, la camisa, se mostró blanco y desplomado como un alud. A eso del anochecer, se encontraron envueltos entre las sábanas

sudadas y arrugadas.

—¡Menudo chollo, eh! Volado tenía que estar ayer, ¿verdad, monada?

Se reía de dientes afuera y miraba el sotabanco. Es una habitación abuhardillada. En el suelo, Divina ha puesto unas alfombras raídas y ha clavado en la pared a los asesinos de los muros de mi celda y esas extraordinarias fotografías de guapos chavales que ha robado de los escaparates de los fotógrafos y que llevan todos los signos del poder de las tinieblas.

—¡El muestrario, vaya!

Encima de la chimenea, un tubo de gardenal colocado sobre una regata

pequeña de madera pintada basta para separar la habitación de ese bloque de mampostería que es el edificio, para suspenderla como una jaula entre cielo y tierra.

Por la manera que tiene de hablar, de encender y fumarse el cigarrillo, Divina ha comprendido que Pocholo es un macarra. Al principio, sintió algún temor: que la moliera a golpes, la desvalijara, la insultara. Luego sintió el orgullo de haber hecho gozar a un chulo. Sin prever exactamente lo que traería la aventura y, más que voluntariamente, un poco como el pájaro, según dicen, va a las fauces de la serpiente, fascinada, dijo: «Quédate», y vacilando:

—Si quieres.

—Sin coña, ¿estás por mí?

Pocholo se quedó.

A este amplio sotabanco de Montmartre, por cuyo tragaluz, entre los fruncidos de muselina rosa que ha confeccionado con sus propias manos, Divina ve, por un mar azul y en calma, bogar enramadas blancas, tan cerca que distingue las flores de las que sale un pie arqueado por la danza, traerá en seguida Pocholo su mono azul noche de las expediciones, su juego de llaves falsas, sus herramientas y, encima del montoncito que forman en el suelo, pondrá sus guantes de caucho blanco, semejantes a guantes de gala. Así

comenzó su vida común, en esta habitación cruzada por los cables del radiador robado, de la radio robada, de las lámparas robadas.

Toman el desayuno matutino por la tarde. Durante el día, duermen, escuchan la radio. Se maquillan al anochecer y salen. Por la noche, según la costumbre, Divina currela en la plaza Blanche, y Pocholo va al cine. Durante mucho tiempo, Divina tendrá éxito. Aconsejada por Pocholo y protegida por él, sabrá a quién desvalijar, a qué magistrado hacer cantar. Como la coca vaporosa hace que floten los contornos de su vida, que boguen sus cuerpos, son inaprensibles.

Aun siendo golfo, Pocholo tenía un rostro de luz. Era el hermoso macho, violento y dulce, nacido para ser chulo, tan noble de porte que parecía estar siempre desnudo, excepto cuando hacía este gesto ridículo y para mí enternecedor: arqueaba el lomo, ora sobre un pie, luego sobre el otro, para quitarse los pantalones y los calzoncillos. Cristianado con el agua de socorro, es decir, beatificado también, canonizado casi fue Pocholo antes de su nacimiento, en el vientre cálido de su madre. Le administraron esa especie de bautismo blanco que había de enviarlo, nada más morir, al limbo; en una

palabra, una de esas ceremonias breves, pero misteriosas y en extremo dramáticas en ese nudo apretado que constituyen, suntuosas, a la que fueron convocados los ángeles y movilizados los fautores de la Divinidad y la propia Divinidad. Pocholo lo sabe pero casi no lo sabe, es decir, que a lo largo de su vida, más que decírselo en alta e inteligible voz parece que alguien le cuchichea tales secretos. Y esta agua de socorro de que partió su vida, en el curso de su vida que va alargándose, la dora, la envuelve en una aureola tibia y difuminada, un poco luminosa, y construye para esta vida de chulo un pedestal cubierto de guirnaldas de

flores, como un ataúd de jovencita lo está de hiedra trenzada, un pedestal macizo y no obstante ligero, en lo alto del cual, desde los quince años, mea Pocholo en esta postura: las piernas abiertas, rodillas algo flexionadas, y a chorros más rígidos desde los dieciocho años. Pues, insistamos mucho en ello, un nimbo muy suave lo aísla sin cesar del contacto en exceso duro de sus propios ángulos vivos. Si dice: «Suelto una pluma» o «Se ha caído una perla», quiere decir que se ha peído de cierta forma, muy silenciosamente, que el pedo ha fluido sin estruendo. Admiraremos que, en efecto, evoca una perla de oriente mate: este flujo, este escape en sordina



nos parecen lechosos, tanto como la palidez de una perla, es decir, un poco sordos. Pocholo se nos aparece por ello como una especie de *gigolo* precioso, hindú, princesa, bebedora de perlas. El olor que ha dejado expandirse silenciosamente por la cárcel tiene la matidez de la perla, se enrosca a su alrededor, lo nimba de pies a cabeza, lo aísla, pero lo aísla mucho menos que la expresión que su belleza no ha temido enunciar. «Suelto una perla» indica que el pedo es sin estruendo. Si suena, se vuelve grosero, y si es bordonero quien lo suelta, Pocholo dice:

—¡Al talego el lapicero, que se me viene abajo!

De forma maravillosa, gracias a la magia de su belleza alta y rubia, Pocholo hace surgir una sabana y nos sumerge en el corazón de los continentes negros más profundamente, más imperiosamente de lo que, para mí, lo hará el asesino negro. Y Pocholo añade además:

—Cómo ruge por aquí, no puedo seguir al lado mío...

En una palabra, lleva su infamia como un estigma al hierro candente, a lo vivo en la piel, pero este estigma precioso lo ennoblece tanto como la flor de lis en el hombro de los golfos de antaño. Los ojos morados de puñetazos son la vergüenza de los chulos, pero

para Pocholo:

—Mis dos ramos de violetas, dice.

También dice, refiriéndose a las  
ganar de cagar:

—Tengo el puro a flor de labios.

Tienen pocos amigos. Como la Divina va perdiendo a los suyos, él se los vende a los guris. Divina no sabe aún nada del asunto: sólo para sí conserva su rostro de traidor que ama traicionar. Cuando Divina se lo encontró, había salido esa misma mañana de la cárcel, donde no había purgado más que un mínimo por robo y encubrimiento, después de haber vendido fríamente a sus cómplices y a otros amigos que no lo eran.

Cierta noche, en el momento de liberarlo de la comisaría adonde lo habían conducido tras una redada, cuando el inspector le dijo, en ese tono brusco que hace creer que la cosa no irá a más: «¿No sabes de algún golpe que haya por ahí? Lo que tienes que hacer es trabajar para nosotros, ya nos apañaremos», sintió, como diríais vosotros, una infame caricia, pero tanto más suave cuanto que él mismo la juzgaba infame. Intentó dárselas de desenvuelto y dijo:

—Se corren riesgos.

No obstante, notó que bajaba la voz.

—En cuanto a eso, conmigo puedes estar tranquilo, palabra, continuaba el

inspector. Te ganarás cien cucas cada vez.

Pocholo aceptó. Vender a los demás le gustaba, pues lo deshumanizaba. Deshumanizarme es mi tendencia profunda. Volvía él a ver en la primera plana de un diario vespertino la fotografía de ese alférez de navío de quien he hablado, fusilado por haber traicionado. Pocholo pensó: «¡Tronco! Socio.»

Una picardía que le salía de dentro lo exaltaba: «Soy más falso que el alma de Judas.» Calle Dancourt abajo, ebrio del esplendor oculto, como de un tesoro, de su abyección (pues debe ésta embriagarnos si no queremos que su

intensidad nos mate), echó una ojeada a la luna de una tienda en la que vio a un Pocholo luminoso de orgullo apagado, resplandeciente de este orgullo. Vio a ese Pocholo con un traje Príncipe de Gales, un sombrero flexible caído sobre el ojo e inmóviles los hombros que conserva así al caminar para parecerse a Pierrot el del Topol<sup>[1]</sup>, y Pierrot los lleva así para parecerse a Polo el Mala Hostia, y Polo para parecerse a Tioui, y así sucesivamente; una teoría de chulos puros, severamente irreprochables, acaba en Pocholo el Pinreles, más falso que el alma de Judas, y diríase que, al haberse tratado con ellos, al haberles robado el porte los hubiera ensuciado,

diríais vosotros, con su propia abyección, y así lo deseo yo para alegría mía, con cadena en la muñeca, corbata flexible como una lengua de fuego, y esos extraordinarios zapatos que sólo llevan los chulos, de color amarillo muy claro, finos, de punta estrecha. Ya que, poco a poco, gracias a Divina, Pocholo ha sustituido sus ropas deslucidas por meses de celda por elegantes trajes de lana de pelo corto y ropa blanca perfumada. La transformación lo ha encantado, pues es todavía el niño-chulo. El alma del golfo rezongón se ha quedado en la ropa vieja. Ahora se nota en el bolsillo, y lo acaricia con la mano, mejor de lo que notaba el cuchillo, cerca

de la verga, un revólver del 6/35. Pero uno no se viste sólo para sí, y Pocholo se viste para la cárcel. Cada vez que compra algo nuevo, cree ver el efecto que produce sobre sus posibles compañeros de Fresnes o de la Santé. ¿Quiénes creéis que podrán ser? Dos o tres duros que, sin haberlo visto jamás, sabrían reconocerlo como su igual, unos cuantos hombres de rostro impenetrable que le tenderían la mano, o bien, de lejos, en el reconocimiento médico o de vuelta del paseo, gritarían con la boca torcida, haciéndole un guiño: «Ciao, Pocholo.» Pero más que nada, sus compañeros serían arrugas fácilmente deslumbrables. La cárcel es una especie



de Dios, bárbara como él, a quien ofrece relojes de oro, estilográficas, sortijas, pañuelos, pañuelos de cuello, zapatos. Sueña menos con mostrarse en el esplendor de sus trajes nuevos a una mujer o a sus encuentros cotidianos y libres, que con entrar en una celda con el sombrero caído sobre el ojo, el cuello de la camisa de seda blanca abierto (en el cacheo le han dejado sin corbata), el raglán inglés desabrochado. Y los pobres presos lo miran ya con respeto. Por el mero hecho de aparecer, los domina. «Vaya caras que pondrían...», pensaría, si pudiera pensar sus deseos.

Dos estancias en la cárcel lo han marcado para que viva el resto de su

vida para ella. Su destino tiene la forma de la cárcel y, de forma muy confusa, sabe que le está consagrado ineluctablemente, tal vez desde el día en que, en una página de un libro de la biblioteca, leyó estos graffiti:

*Mucho ojo:*

*Primero: Jean Clément alias el Pluma,*

*Segundo: Robert Martin alias el Jibia,*

*Tercero: Roger Falgue alias el Marimarica,*

*El Pluma está por Petit-Pré (suripanta),*

*El Marimarica por Ferrière y*

*Grandot,*

*El Jibia por Malvoisin.*

El único medio de evitar el horror del horror es abandonarse a él. Deseó pues, con un deseo como voluptuoso, que uno de los nombres fuera el suyo. Luego, por fin, sé que a uno le puede ocurrir que se canse de esta actitud tensa, heroica, de forajido, y que se una a la policía para reintegrarse en la humanidad despojada. Divina no sabía nada de esta faceta de Pocholo. De haberla conocido, lo hubiera amado aún más, pues en ella amor equivale a desesperación. Por el momento, están bebiendo té, y Divina sabe de sobra que

ella lo traga como una paloma el agua clara. Como lo bebería, si bebiera, el Espíritu Santo en forma de paloma. Pocholo baila jivas con las manos en los bolsillos. Si se acuesta, Divina lo lame.

Hablándose a sí misma de Pocholo, Divina dice, juntando las manos con el pensamiento:

«Lo adoro. Cuando lo veo acostado en pelota, siento deseos de decir misa sobre su pecho.»

Pocholo ha tardado algún tiempo en acostumbrarse a hablar de ella y a hablarle en femenino. Al fin lo logró, pero no toleró aún que se dirigiera a él como a una amiga; luego, poco a poco,

fue abriendo la mano; Divina se atrevió a decirle:

—Eres hermosa, añadiendo: como una picha.

El azar de las expediciones nocturnas y diurnas de Pocholo acumula en el sotabanco botellas de licor, pañuelos de seda, frascos de perfume, joyas falsas. Cada objeto trae a la habitación su fascinación de hurto breve como una seña con la mirada. Pocholo roba en los muebles de los grandes almacenes, en los coches estacionados; roba a sus escasos amigos; roba doquier puede.

Los domingos, Divina y él van a misa. Divina lleva un misal de broche

dorado en la mano derecha. Con la izquierda, enguantada, mantiene cerrado el cuello del abrigo. Caminan sin ver. Llegan a la Magdalena y se sientan entre las devotas de buena sociedad. Creen en los obispos con ornamentos de oro. La misa maravilla a Divina. Todo en ella es de lo más natural. Cada gesto del sacerdote está claro, tiene su sentido preciso, y podría llevarlo a cabo cualquiera. Cuando el oficiante, al consagrar, junta los dos trozos de la hostia partida, los bordes no se vuelven a soldar y, cuando la eleva con ambas manos, no intenta hacer creer en el milagro. A Divina esto la estremece.

Pocholo reza diciendo:

«Madre nuestra que estás en los cielos...»

A veces reciben la comunión de manos de un cura de mala jeta que les mete en la boca, de mala manera, la hostia.

Pocholo va, además, a misa por el lujo.

De vuelta al sotabanco, se acarician.

Divina ama a su hombre. Le hace tartas, le unta las tostadas de mantequilla. Sigue soñando con él cuando está en el retrete. Lo adora en cualquier postura.

Una llave silenciosa abre la puerta, y el muro estalla igual que se desgarran un cielo para mostrar al Hombre

semejante al que Miguel Angel pintó desnudo en el Juicio final. Tras cerrar de nuevo la puerta, con tanta suavidad como se cerraría una puerta de cristal, Pocholo arroja el sombrero en el diván y la colilla en cualquier sitio, pero más bien al techo. Divina se lanza al asalto de su hombre, se pega a él, lo lame y lo ciñe; él permanece sólido e inmóvil como si fuera, en medio del mar, el monstruo de Andrómeda transformado en roca.

Puesto que sus amigos lo huyen, Pocholo lleva a veces a Divina al «Roxy». Juegan al póquer de dados. A Pocholo le gusta la elegancia del gesto de agitar los dados. Gusta también de la



gracia de los dedos que lían un pitillo, que quitan el capuchón de una estilográfica. No se preocupa ni de sus segundos ni de sus minutos ni de sus horas. Su vida es un cielo subterráneo poblado de *barmen*, de chulos, de mariconas, de peripatéticas, de damas de picas, pero su vida es un Cielo. Es un voluptuoso. Conoce todos los cafés de París que tienen W. C. con taza:

—Para cagar a gusto, tengo que estar sentao, dice.

Hace kilómetros y kilómetros guardando preciosamente en los flancos las ganas de cagar, que depositará con gravedad en el retrete tapizado de azulejos malva del Terminus-Saint-

Lazare.

No sé gran cosa de sus orígenes. Divina me dijo su nombre un día: debía de ser Paul García. Nació, sin duda, en uno de esos barrios llenos del olor de los excrementos envueltos en un trozo de periódico que se dejan caer desde todas las ventanas, en cada una de las cuales pende un corazón de lilas.

¡Pocholo!

Si sacude la rizada cabeza, se ven moverse los anillos de oro que llevaban en las orejas, antaño, sus mayores, los merodeadores de portillo. La patada que da para sacudirse el bajo de los pantalones es la contrapartida de aquel taconazo que daban las mujeres en los

volantes de la falda para bailar el vals.

Así vive la pareja sin tropiezos. La portera, al pie de la escalera, vela por su felicidad. Y al anochecer, los ángeles barren la habitación, hacen la limpieza. Para Divina, los ángeles son gestos que se llevan a cabo sin que ella intervenga.

¡Cuán dulce me es hablar de ellos! Legiones de soldados vestidos de grueso paño azul Francia o color río, con sus zapatos herrados, golpean el azul del cielo. Los aviones lloran. El mundo entero muere de horror pánico. Cinco millones de jóvenes de todas las lenguas van a morir por los disparos del cañón que, tieso, descarga. Su carne perfuma ya a los humanos que caen como

moscas. La carne, al perecer, desprende solemnidad.

Y yo estoy muy a gusto aquí para pensar en los bellos muertos de ayer, de hoy, de mañana. Sueño con el sotabanco de los amantes. La primera disputa grave que tuvieron acabó en gesto de amor. Divina me dijo esto de Pocholo: que una tarde, al despertarse, demasiado abúlico para abrir los ojos, la oyó agitarse en el sotabanco. Preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Como la madre de Divina, Ernestine, llamaba a la colada el barreño, todos los sábados «hacía el barreño». Divina contesta, pues:

—Estoy haciendo el barreño.

Ahora bien, como en casa de Pocholo no había bañeras, lo bañaban en un barreño. Hoy, o cualquier otro día, pero me parece que es hoy, mientras dormía, en sueños ha entrado en un barreño. Eso de analizarse no es cosa que sepa hacer él mismo ni se le ocurre hacerlo, pero es sensible a las trapacerías de la suerte, como a los trucos del teatro del miedo. Cuando Divina contesta: «Estoy haciendo el barreño», él se cree que lo dice como si dijera: «Estoy jugando a ser el barreño.» (Hubiera podido decir: Estoy haciendo la máquina del tren.) Se empalma súbitamente con la sensación de haber penetrado a Divina en sueños.

El sexo de su sueño penetra en la Divina del sueño de Divina, y la posee, en cierta forma, en medio de una orgía espiritual. Y le vienen a la mente estas frases: «Hasta el corazón, hasta la guardia, hasta los cojones, hasta atragantarse.»

Pocholo ha «caído» en las redes del amor.

Me gustaría jugar a inventar las maneras que tiene el amor de sorprender a la gente. Viene como Jesús a los corazones ardientes, viene también solapadamente, como un ladrón.

Un golfo, aquí mismo, me ha contado una especie de réplica de la célebre comparación en que los dos rivales

conocen a Eros. Me la contaba así:

—¿Que cómo empecé a colarme por él? En chirona. Por la noche, teníamos que despelotarnos, quitarnos hasta la sudora delante del boqui para que viera que no pasábamos nada de extranjis (ni cuerdas, ni limas, ni cuchillas). O sea, que estábamos el tronco y yo en pelota. Así que le eché una visual para ver si estaba tan mollar como decía. No tuve tiempo de verlo bien, nos estábamos helando. Él se volvió a vestir a toda leche. Sólo pude diquelar que estaba chachi de la buten. Oyes, ¡menuda ración de vista! (¡una ducha de rosas!). Entonces, tíos, me entraron unos achares... ¡Por éstas! Me llevé mi

merecido (después de esto se espera invenciblemente: Me rompí los cuernos). Me duró la tira, cuatro o cinco días...»

El resto ya no nos interesa. El amor utiliza las peores trampas. Las menos nobles. Las más raras. Explota las coincidencias. ¿Pues no tenía que meterse un crío dos dedos en la boca para dar un silbido desgarrador, justo en la hora en que mi alma estaba tensa en extremo y no esperaba sino este estridor para desgarrarse de arriba abajo? ¿Pero se ha dado con el instante que hizo amarse a dos seres hasta la sangre? «Eres un sol traído a mi noche. ¡Mi noche es un sol traído a la tuya!» Uno se



golpea con la frente del otro. De pie y de lejos, mi cuerpo pasa a través del tuyo, y el tuyo, de lejos, a través del mío. Creamos el mundo. Todo cambia... ¡y saberlo!

Amarse como, antes de separarse, dos jóvenes boxeadores que se pegan (no combaten), se desgarran mutuamente la camisa, y, cuando están desnudos, estupefactos por ser tan bellos, creen verse en un espejo, permanecen boquiabiertos un segundo, sacuden —la rabia de verse atrapado— las cabelleras enmarañadas, se sonríen con sonrisa húmeda y se estrechan como dos luchadores de lucha grecorromana, encajan los músculos en las conexiones

exactas que presentan los músculos del otro y se derrumban sobre el cuadrilátero hasta que la esperma tibia, salpicando alto, traza en el cielo una vía láctea en la que se inscriben otras constelaciones que yo sé leer: la constelación del Marinero, la del Boxeador, la del Ciclista, la del Violín, la del Espahí, la del Puñal. Así, una nueva carta del Cielo se dibuja en el muro del sotabanco de Divina.

De un paseo al parque Monceau, Divina regresa al sotabanco. Surge, toda tiesa y negra, de un jarrón, una rama de cerezo que sostienen en pleno vuelo las flores rosa. Divina se siente herida. En el pueblo, los campesinos le han

enseñado a respetar los árboles frutales, a no considerar sus flores como adornos; nunca más podrá admirarlas. La rama quebrada la ofende como os ofendería el asesinato de una muchacha núbil. Cuenta su pena a Pocholo, que se ríe a carcajadas. Se burla él, hijo de la gran ciudad, de los escrúpulos de los campesinos. Divina, para acabar, consumir el sacrilegio y, en cierto modo, superarlo voluntariamente, quizá también por nerviosismo, destroza las flores. Bofetadas, gritos. Al fin, desorden de amor, pues en cuento toca a un macho todos sus gestos de defensa se modulan en caricias. Un puño lanzado para dar un golpe se abre, se posa, y se

desliza con suavidad. El gran macho es demasiado fuerte para estas débiles mariconas. A Seck Gorgui le bastaba con frotarse un poco, sin parecer tocársela, la protuberancia que le formaba bajo el pantalón su enorme miembro para que unas y otras no pudieran ya separarse de él, que las atraía como un imán a las limaduras, hasta su casa, a pesar suyo. Divina tendría la suficiente fuerza física si no temiera los movimientos de la réplica porque son viriles, ni tuviera ese pudor de la mueca de la cara y de todo el cuerpo a la que obliga el esfuerzo. Tenía ese pudor y también el pudor de los epítetos masculinos aplicados a sí

misma. La jerga, ni más ni menos que las otras Locas, sus amigas, Divina no la hablaba. Ello la hubiera trastornado tanto como lanzar con su lengua y sus dientes un silbido golfo, o meterse, dejándolas allí, las manos en los bolsillos del pantalón (sobre todo echando hacia atrás los faldones de la chaqueta desabrochada), o subirse el pantalón cogiéndoselo por la cinturilla y ayudándose con un movimiento de caderas.

Las mariconas, allá arriba, tenían su lenguaje aparte. La jerga era cosa de hombres. Era la lengua viril. Así como entre los caribes la lengua de los hombres, se convertía la jerga en un

atributo sexual secundario. Era semejante a los colores del plumaje de las aves macho, semejante a las vestiduras de seda abigarrada a que tienen derecho los guerreros de la tribu. Era una cresta y unos espolones. Todo el mundo podía entenderla, pero los únicos que podían hablarla eran los hombres que, al nacer, han recibido como don los gestos, el porte de las caderas, las piernas y los brazos, los ojos, el pecho con los cuales se puede hablarla. Un día, en uno de nuestros bares, cuando Mimosa en medio de una frase se atrevió a pronunciar estas palabras: «... sus rollos gilipollescos...», los hombres fruncieron el ceño; alguien dijo en tono

de amenaza:

—Mira la tragona, dándoselas de duro.

La jerga en labios de sus hombres turbaba a las mariconas, pero las turbaban menos las palabras inventadas, propias de esta lengua (por ejemplo: grilos, lima, ringar), que las expresiones provenientes del mundo habitual y violadas por los chulos, adaptadas por ellos a sus necesidades misteriosas, pervertidas, desnaturalizadas, arrojadas al arroyo y en su cama. Por ejemplo, decían: «Chupao», o también: «Váyase, está usted curado.» Esta última frase, tomada del Evangelio, salía de labios en cuya comisura quedaba siempre una

brizna de tabaco mal escupido. La decían arrastrando. Terminaba la narración de una aventura que había acabado bien para ellos:

—Váyase..., decían los chulos.

Decían también para zanjar:

—Corta.

Y también: «Echar el cierre.» Pero, para Pocholo la expresión no tenía el mismo sentido que para Gabriel (el soldado que vendrá, al que anuncia ya esta frase que me encanta y que no creo que le siente bien más que a él: «Estoy de plantón»). Pocholo entendía: hay que largarse. Gabriel pensaba: hay que callarse. En mi celda, hace un rato, ¿acaso no han dicho los dos rufos:



«Pendón era y pendón sigue.»? Querían decir que alguien seguía en la prostitución, pero a mí una especie de idea luminosa me transformó en el acto, con las piernas abiertas, en guardia robusto o en palafrenero del palacio que, igual que hay jóvenes que siguen el gremio, siguen pendones palaciegos.

El oír esta diarrea verbal hacía a Divina desmoronarse de voluptuosidad, igual que el desentrañar —le parecía que desabrochaba una bragueta, que su mano introducida levantaba la camisa— ciertas palabras de javanés<sup>[2]</sup> de sus sílabas sobreañadidas como un adorno o un disfraz: lichapé, tisán.

Esta jerga, insidiosamente, había

enviado emisarios a los pueblos de Francia, y ya Ernestine había sufrido su encanto.

Se decía a sí misma: «Un *gauloise*, una toba, un pito.» Se desplomaba en su sillón, susurraba estas palabras tragándose el humo pesado del cigarrillo. Para mejor ocultar su ensueño, se encerraba en su habitación, echaba el pestillo y se ponía a fumar. Una noche, al entrar, vio en el fondo de las sombras brillar la lumbre de un cigarrillo. Se aterrorizó como si estuviera bajo la amenaza de un revólver, pero este terror no duró y se confundió con la esperanza. Vencida por la presencia oculta del macho, dio unos

cuantos pasos y se desplomó en una poltrona, pero al mismo tiempo desaparecía la lumbre. Nada más entrar, había comprendido que veía en la luna del armario situada frente a la puerta, aislada por la oscuridad del resto de la imagen, la lumbre del cigarrillo que había encendido ella, dichosa de rascar la cerilla en el corredor sombrío. Puede decirse que sus auténticas bodas fueron esa noche. Su esposo fue una síntesis de todos los hombres: «Una truja.»

Otro cigarrillo le jugará una mala pasada. Iba por la calle mayor del pueblo, cuando se cruzó con un golfillo, uno de esos veinte rostros que he recortado de las revistas, que iba

silbando, con una colilla colgándole de lado del morro. Cuando llegó a la altura de Ernestine, agachó la cabeza, adoptando el aire oblicuo de las cabezas que parecen mirar de soslayo tiernamente, y Ernestine pensó que la miraba con una «impertinencia llena de interés», pero era el humo de la colilla, que el viento, contra el que avanzaba, le metía en los ojos, haciendo que picaran y obligándolo a este gesto. Frunció más los párpados, torció la boca y el conjunto pasó por una sonrisa. Ernestine se retrepó con un movimiento brusco, al instante reprimido, envainado de nuevo, y la aventura no tuvo más consecuencias, pues, en el instante mismo, ese golfo del

pueblo, que ni siquiera había visto a Ernestine, notó a la perfección cómo la boca le reía al sesgo y cómo se le guiñaba un ojo; con un gesto de chulería, se subió los herales, mostrando así en lo que lo convertía la actitud de su propia cara.

También otras expresiones la trastornaban tanto como pueden conmoveros, y al mismo tiempo inquietaros por su extraño emparejamiento, estas palabras: «El oro y el moro», y más bien ésta: «Una llave de huevos a la tártara», que le hubiera gustado silbar y bailar con música de java. Pensando en su bolsillo, a sí misma se decía: «Mi creus.»

De visita en casa de una amiga: «No se lo pierda.» «A ésa le han dao una mano hostias.» De un guapo transeúnte: «Lo pongo a cien.»

No penséis que a Divina le venía de ella su emoción ante la jerga, pues Ernestine nunca se había dejado pillar desprevenida. «Ponerse de uñas» dicho por linda boca de randa, a ojos de madre e hijo, bastaba para hacer de aquel que la pronunciaba un tipejo hocicudo, un tanto fornido, de cara chata como la de un bull-dog, como la del joven boxeador inglés Crane, a quien tengo ahí, entre los veinte, en el muro.

Pocholo palidecía. Ha tumbado a un holandés sonrosado para robarle. Ahora

tiene el bolsillo lleno de florines. El sotabanco conoce la alegría circunspecta que da la seguridad. Divina y Pocholo duermen de noche. De día juegan a las comiditas, desnudos; se pelean, se olvidan de hacer el amor, ponen la radio que fluye, fuman. Pocholo dice mierda, y Divina, para estar próxima, más próxima aún a Santa Catalina de Siena, que pasó una noche en la celda de un condenado a muerte sobre cuya cola reposaba la cabeza, Divina lee *Déetective*. Fuera hace viento. El sotabanco está muellemente caldeado por un sistema de radiadores eléctricos; consiento en dar una pequeña tregua y hasta un poco de felicidad a la pareja

ideal.

La ventana está entreabierta sobre el cementerio.

Las cinco de la madrugada.

Divina oye la hora de un campanario (pues vela). En lugar de notas que emprenden el vuelo, son campanadas, cinco campanadas que caen sobre el pavimento, y con ellas, sobre ese pavimento mojado, hacen caer a Divina que, hace tres años, o cuatro, a esta misma hora, por las calles de una ciudad pequeña, buscaba un poco de pan entre los detritus de un cubo de basura. Se había pasado la noche errando de calle en calle, bajo el calabobos, pegada a las paredes para mojarse menos, esperando



el ángelus (he aquí que la campana toca a misa rezada y Divina revive la angustia de los días sin cobijo: los días de la bordonería) que anuncia que las iglesias están abiertas para las solteronas, para los verdaderos pecadores, para los bordoneros. En el sotabanco perfumado, el ángelus matutino la convierte de nuevo, violentamente, en el miserable de harapos húmedos que viene a oír misa, a comulgar para descansar los pies y pasar menos frío. El cuerpo de Pocholo, que duerme, está caliente y conexo al suyo. Divina cierra los ojos; en el momento en que se le juntan los párpados y la separan del mundo que

nace del alba, la lluvia empieza a caer, desencadena en ella una felicidad súbita tan perfecta que dice en voz alta y en medio de un gran suspiro: «Soy feliz.» Iba a dormirse, pero para mejor certificarle su dicha de mujer casada, vuelven, y sin amargura, los recuerdos del tiempo en que era Culafroy y, fugada de la casa de pizarra, fue a parar a una ciudad pequeña donde, por las mañanas doradas, rosadas o lívidas, unos bordoneros con alma —que, al verlos, se creería ingenua— de muñeca se abordan con gestos que se dirían también fraternales. Acaban de levantarse de un banco de las Avenidas en que dormían, de un banco de la plaza

de Armas o de nacer del césped de un parque público. Se confían secretos referentes a los Asilos, las Cárceles, el Merodeo y la Gendarmería. El lechero apenas si los molesta. Es de los suyos. Durante unos cuantos días, Culafroy fue también de los suyos. Se alimentó entonces con algún que otro mendrugo mezclado con pelos encontrado en los cubos de la basura. Una noche incluso, la noche que tuvo más hambre, quiso matarse: El suicidio fue su gran preocupación: ¡el canto del gardenal! Algunas crisis lo pusieron tan al borde de la muerte que me pregunto cómo se salvó, qué choque imperceptible —¿y de quién provenía?— lo apartó del borde.

Pero un día, al alcance de mi mano, acabaría por hallarse un pomo de veneno que me bastaría con llevarme a la boca; y esperar. Esperar con una angustia intolerable el efecto del acto increíble, y admirar lo maravilloso de un acto tan locamente irremediable que arrastra tras de sí el fin del mundo, que de un gesto de tan poco peso se desprende. Nunca me había llamado la atención que la más ligera imprudencia —a veces, incluso menos que un gesto, un gesto inacabado, que se quisiera anular, deshacer remontando el tiempo, tan benigno y tan próximo aún en el momento, que diríase que se lo puede borrar— ¡imposible! —¿Puede conducir

hasta, por ejemplo, la guillotina, hasta el día en que yo mismo, mediante uno de esos pequeños gestos que se escapan de uno sin uno que es imposible abolir, he visto mi alma irse a pique y he sentido al instante la desesperación de los desdichados que no tienen más ayuda que la confesión? Y esperar. Esperar y calmarse, porque la desesperación, la desesperanza no son posibles más que si existe una salida visible o secreta, confiarse a la muerte, como Culafroy se confiaba antaño a las inaccesibles víboras.

Hasta entonces la presencia de un pomo de veneno o de un cable de alta tensión no había coincidido nunca con

los períodos de vértigo, pero Culafroy, más tarde Divina, temerán ese momento y esperan encontrárselo muy pronto, elegido por la Fatalidad, para que la muerte salga irremediabilmente de la decisión o el cansancio de ellos.

Fue el tiempo, en la ciudad, de los paseos al azar de las calles oscuras, en noches sin sueño. Se paraba para mirar por las ventanas los interiores dorados, a través del guipur ilustrado con motivos elaborados: flores, hojas de acanto, amorcillos armados, ciervas de encaje, y los interiores le parecían, excavados en altares macizos y tenebrosos, tabernáculos velados. Delante y a los lados de las ventanas, farolas como

cirios montaban guardia de honor en árboles aún frondosos que se despleaban en forma de ramos de lirios de esmalte, de metal o de tela en los peldaños de un altar de basílica. Eran, en fin, esas sorpresas de niños vagabundos para quienes el mundo está aprisionado en una redecilla mágica, que ellos mismos alrededor del globo tejen y anudan con un dedo del pie ágil y duro como el Paulova. Esta clase de niños es invisible. Un revisor no los distingue en un vagón ni la policía en los andenes, incluso en las cárceles parecen haberse introducido fraudulentamente, como el tabaco, la tinta de tatuar, los rayos de luna o de sol, la música de un

fonógrafo. El más mínimo de sus gestos les prueba que una luna de cristal, que su puño a veces estrella con una araña de plata, enjaula el universo de las casas, de las lámparas, de las cunas, de los bautismos, el universo de los humanos. El niño que nos ocupa estaba hasta tal punto fuera de aquí que de su fuga había de retener: «En la ciudad, las mujeres de luto van muy bien vestidas.» Pero su soledad le permitió enternecerse ante pequeñas miserias: una vieja en cuclillas a quien la llegada súbita del niño hace mearse en las medias de algodón negro; ante las lunas de los restaurantes, que estallan de luz, de cristalerías y cuberterías, aún vacíos de



clientes a la hora de cenar, asistía, hipnotizado, a las tragedias que representan los camareros de frac, intercambiando réplicas altisonantes, discutiendo por cuestiones de preeminencia, hasta la llegada de la primera pareja elegante que arroja al suelo y lo quiebra, el drama; pederastas que sólo le daban cincuenta céntimos y escapaban, llenos de felicidad para una semana; en las grandes estaciones de bifurcación observaba desde la sala de espera, por la noche, las multitudes de rieles recorridos por sombras viriles portadoras de tristes faroles; sintió dolor de pies, de hombros. Sintió frío.

Divina piensa en esos instantes que

son los más dolorosos para el vagabundo: por la noche, cuando un coche por la carretera, iluminándolo de repente, pone para ambos en evidencia sus pobres harapos.

Pocholo tiene el cuerpo ardiendo. Divina está encajada en él. No sé si está soñando ya o rememora para sí: «Una mañana (estaba empezando a amanecer) he llamado a tu puerta. Estaba rendida de errar de callejuela en callejuela, de darme encontronazos con los traperos, con las basuras. Buscaba tu cama siempre oculta entre encajes, los encajes, el océano de encajes, el universo de encajes. Desde lo más lejano del mundo, un puño de boxeador

me mandó a rodar a una minúscula alcantarilla.» Precisamente estaba sonando el ángelus. Ahora se duerme entre encajes y bogan sus cuerpos desposados.

Esta mañana, después de una noche en que he acariciado demasiado a esta mi pareja bienamada, heme aquí arrancado del sueño por el ruido del cerrojo corrido por el boqui que viene a buscar la basura. Me levanto y voy dando tumbos hasta las letrinas, mal despejado de mi sueño extraño en que podido *conseguir el perdón de mi víctima*. Estaba, pues, hundido en el

horror hasta la boca. El horror entraba en mí. Lo mascaba. Estalla lleno de él. Él, mi joven víctima, estaba sentado a mi lado y tenía la pierna desnuda, en vez de cruzada sobre la derecha, atravesada en el muslo. No dijo nada, pero yo sabía sin lugar a dudas que estaba pensando: «Se lo he dicho todo al juez, estás perdonado. Por lo demás, soy yo quien preside el tribunal. Puedes confesar. Y tener confianza; estás perdonado.» Luego, según esta inmediatez de los sueños, fue un cadáver no mayor que una figurita de roscón de Reyes, que una muela extraída, tendido en una copa de champán en medio de un paisaje griego de columnas anilladas, truncadas, en

torno a las cuales se enroscaban y flotaban, como serpentinas, largas tenias blancas, todo ello bajo una luz propiamente onírica. No sé ya muy bien cuál era mi actitud, pero sé que me creí lo que me dijo. El despertar no me sacó de este sentimiento de bautismo. Pero volver a tomar contacto con el mundo concreto, sensible, de la celda, ya ni se plantea. Me vuelvo a acostar hasta la hora del pan. La atmósfera de la noche, el olor que sube de las letrinas atrancadas, desbordantes de mierda y de agua amarilla, hacen que los recuerdos de infancia se alcen como una tierra negra minada por los topos. Una cosa provoca la otra y la obliga a surgir; toda

una vida que yo creía subterránea y por siempre jamás enterrada torna a la superficie, al aire, al sol triste, que le dan un olor a podredumbre con el cual me deleito. La reminiscencia que me llena de dolor con mayor eficacia es la del retrete de la casa de pizarra. Era mi refugio. La vida, que percibía yo lejana y enmarañada a través de su sombra y de su olor —un olor enternecedor, en que el perfume de los saúcos y de la tierra arcillosa dominaba, pues el retrete estaba justo al fondo del jardín, junto al seto— la vida llegaba hasta mí singularmente suave, mimosa, ligera, o más bien aligerada, escapada de la gravedad. Hablo de esta vida que era las

cosas exteriores al retrete, todo este resto del mundo que no era mi pequeño reducto de tablas acribilladas de agujeros de insectos. Me parecía que flotaba, algo así como en los sueños pintados, mientras que yo en mi agujero, semejante a una larva, reemprendía una existencia nocturna reposada, y a veces tenía la impresión de que me hundía lentamente, como en un sueño o en un lago o en un seno materno o en un incesto también, en el centro espiritual de la tierra. Mis épocas de felicidad no fueron jamás de una felicidad luminosa, mi paz jamás lo que los literatos y los teólogos llaman una «celestes paz», y así está bien, pues sería inmenso el horror

de estar señalado por Dios con la punta del dedo, distinguido por él; sé muy bien que, si estando enfermo, me curara un milagro, no sobreviviría. El milagro es inmundo: la paz que iba a buscar a las letrinas, la que voy a buscar al recordarlas, es una paz tranquilizadora y suave.

A veces llovía, oía el ruino de las gotas golpeando el cinc de la techumbre; entonces mi bienestar triste, mi delectación taciturna se agravaban con un nuevo duelo. Dejaba la puerta entreabierta y la vista del jardín mojado, de las hortalizas azotadas, me desconsolaba. Permanecía en cuclillas en esta celda, encaramado en el asiento



de madera, durante horas, el alma y el cuerpo presos del olor y de la sombra, misteriosamente conmovido, porque la parte más secreta de los seres venía precisamente aquí a desvelarse, como en un confesonario. El confesonario vacío reservaba para mí esas mismas dulzuras. Viejas revistas de modas andaban por allí, ilustradas con imágenes en que las mujeres de 1910 llevaban siempre manguito, sombrilla y vestido de polisón.

Tardé mucho en saber sacar partido del hechizo de estos poderes inferiores que me atraían a sí por los pies, que sacudían a mi alrededor sus negras alas agitadas como pestañas de vampiresa y

me hundían sus dedos de boj en los ojos.

Han tirado de la cadena en la celda de al lado. Como nuestras dos letrinas se comunican, el agua se mueve en la mía, una oleada de olor me embriaga un poco más, la verga dura se me ha enganchado en los calzoncillos, y, al contacto con la mano, liberada tropieza con la sábana, que se abomba. ¡Pocholo! ¡Divina! Y yo estoy aquí solo.

A Pocholo, sobre todo, lo amo con ternura, pues no dudaréis de que, al fin y al cabo, es mi destino, verdadero o falso, lo que coloco, ora harapos, ora manto cortesano, en los hombros de Divina.

Lenta, pero seguramente, quiero

despojarla de toda especie de felicidad para hacer de ella una santa. Ya ese fuego que la carboniza ha quemado pesadas ligaduras, otras nuevas la atan: el Amor. Nace una moral, que no es en verdad la moral corriente (es a la medida de Divina), pero no deja de ser una moral, con su Bien y su Mal. Divina no está más allá del bien y del mal, en el lugar en que el santo debe vivir. Y yo, más dulce que un ángel malo, de la mano la llevo.

He aquí una «Divinariana» recopilada para vosotros. Como quiero mostrarle algunos estados tomados de improviso, le toca al lector hacerse sentir a sí mismo la duración, el tiempo

que pasa, y convenir en que durante este primer capítulo tendrá entre veinte y treinta años.

## DIVINARIANA

Divina a Pocholo: «Eres mi Enloquecedora.»

—Divina es humilde. No se percata del lujo sino por cierto misterio que éste segrega y que ella teme. Los hoteles de lujo, como los antros de las brujas, retienen cautivos hechizos agresivos que uno de nuestros gestos, del mármol, de

las alfombras, del terciopelo, del ébano, del cristal, puede liberar. En cuanto se hubo enriquecido un poco, gracias a un argentino, Divina se entrenó en el lujo. Se compró unas maletas de cuero y acero impregnadas de almizcle. Siete u ocho veces al día tomaba el tren, subía al coche-salón, hacía que le colocaran las maletas en la red, se instalaba en los cojines hasta la salida del tren y, unos segundos antes del pitido, llamaba a dos o tres maleteros, sacaba las cosas, tomaba un coche y hacía que la condujera a un gran hotel, donde permanecía el espacio de tiempo que lleva una instalación discreta y suntuosa. Se ha traído este tejemaneje de estrella

de cine durante una semana entera; ahora sabe caminar por las alfombras, hablar a los lacayos, muebles de lujo. Ha dominado los hechizos y apeado el lujo. Ahora las graves curvas y las volutas estilo Luis XV de los muebles y de los marcos, de los revestimientos de madera de las paredes le mantienen la vida — que parece desenvolverse más noblemente, escalera de doble revolución— en un ambiente infinitamente elegante. Pero es sobre todo cuando su coche de alquiler traspasa una verja de hierro forjado o describe una curva adorable cuando es Infanta.

—La muerte no es ninguna tontería. Divina teme ya que la pille desprevenida la solemnidad. Quiere morir dignamente. Igual que aquel teniente segundo de aviación iba a combatir con uniforme de gala para que, si la muerte que vuela sobrevénia en el avión, lo descubriera y fijara su imagen vestido de oficial y no de mecánico. Divina lleva siempre encima el título grasiento y gris de su certificado de estudios superiores.

—Es más tonto que un botón...  
(Mimosa va a decir: de botina.)

Divina, suavemente: de bragueta.

Llevaba siempre encima, metido en

la manga, un minúsculo abanico de gasa y de blondo marfil. Cuando decía una palabra que la avergonzaba, con la velocidad de un prestidigitador, se sacaba el abanico de la manga, lo abría y, súbitamente, se veía esa ala agitada donde se escondía la parte baja del rostro. El abanico de Divina, toda su vida aleteará ligero a su alrededor. Lo estrenó en una pollería de la calle Lepic. Divina había bajado con otra del oficio a comprar un pollo. Estaban en la tienda cuando entró el hijo del dueño. Divina soltó una risita ahogada al mirarlo, llamó a la otra e, introduciendo el índice en la curcusilla del pollo atado puesto en el mostrador, gritó: «¡Oh! ved, Bella



entre las Bellas», y rápidamente el abanico revoloteaba por sus mejillas ruborizadas. Miró de nuevo con ojos brillantes al hijo del dueño.

—En el bulevar, unos agentes han detenido a Divina un poco borracha. Está cantando el *Veni Creator* con voz aguda. En todos los transeúntes nacen parejitas de novios con velos de tul blanco, que se arrodillan en un reclinatorio tapizado; ambos guardias se acuerdan de cuando fueron donceles de honor en la boda de una prima. A pesar de ello, conducen a Divina a la comisaría. A todo lo largo del camino se

restriega contra ellos que se empalman, la aprietan con más fuerza y, a posta, tropiezan para mezclar sus muslos con los de ella. Sus sexos gigantescos viven, van dando golpecitos o empujando, con una presión desesperada y sollozante, la puerta del pantalón de grueso paño azul. Conminan a abrir, como el clero ante la puerta cerrada de la iglesia el Domingo de Ramos. Las mariconzuelas, jóvenes y viejas, dispersas por el bulevar, que ven partir a Divina, raptada a los acordes de ese grave canto nupcial, el *Veni Creator*:

—¡Le van a echar los hierros!

—¡Como a un marinero!

—¡Como a un forzado!

—¡Como a una parturienta!

Los burgueses pasan, componen la muchedumbre y no ven nada, no saben nada, apenas si se hallan insensiblemente desplazados de su tranquilo estado de confianza por esta nada: Divina conducida por el brazo, sus hermanas que la compadecen.

Puesta en libertad, al día siguiente por la noche está de nuevo en su sitio del bulevar. Tiene el párpado azul hinchado:

—Dios Santo, Hermosas mías, estuve a punto de desmayarme. Me sujetaron los gendarmes. Estaban todos ellos a mi alrededor dándome aire con sus pañuelos de cuadros. Eran las Santas

Mujeres que me enjugaban el rostro. Mi Divino Rostro: ¡Vuelva en sí, Divina! ¡Vuelva, vuelva, vuelva en sí grita, gritaban! Me cantaban.

«Me llevaron a un calabozo lóbrego. En el muro blanco, alguien [¡Oh! ese ALGUIEN que ha debido (deber) de dibujarlos, voy a buscarlo a través de las líneas prietas de las páginas densas de los folletines, enteramente pobladas por pajes milagrosamente bellos y golfos. Desato, desanudo el jubón y las calzas de uno de ellos, que sigue a Jean de las Bandas Negras; lo dejo, con un cortaplumas cruel en una mano, el miembro tieso empuñado por la otra, de pie, cara a la pared blanca, y helo aquí,

joven recluso ferozmente virgen. Apoya la mejilla contra la pared. Besándola, lame la superficie vertical y el yeso glotón atrae a sí su saliva. Luego, un chaparrón de besos. Todos sus movimientos dibujan los contornos de un invisible jinete que lo estrecha y al que la pared inhumana secuestra. Por fin, cansado de aburrimento, de amor hastiado, el paje dibuja...] había dibujado, señoras mías, una farandola de ¡ay! sí, sí, Hermosas mías, soñad y haced de Curdelas para que os lleven corriendo, lo que me niego a contaros, lo que era alado, hinchado, gordo, serio como angelotes, pollas espléndidas, como bastones de caramelo. Alrededor,

señoras mías, de algunas más tiesas y más sólidas que las demás, se enroscaban clemátides, enredaderas, capuchinas, y chulillos también, tortuosos. ¡Ah, esas columnas! La celda volaba a toda velocidad: ¡yo estaba loca, loca, loca!»

¡Las dulces celdas carcelarias! Tras la monstruosidad inmunda de mi detención, de mis diferentes detenciones, cada una de las cuales es siempre la primera, que se me apareció con sus caracteres de irremediable, en una visión interior de una velocidad y un destello fulgurantes, fatales, desde que

me aprisionaron las manos en una manilla de acero, brillante como una joya o como un teorema, la celda carcelaria, a la que amo ahora como a un vicio, me procuró el consuelo de mí mismo por uno mismo.

El olor de la cárcel es un olor a orina, a formol y a pintura. En todas las prisiones de Europa lo he reconocido y he reconocido que este olor sería, al fin, el olor de mi destino. Cada vez que caigo de nuevo, busco en los muros las huellas de mis precedentes cautiverios, es decir, de mis precedentes desesperaciones, lamentos, deseos, que otro recluso habrá grabado por y para mí. Exploro la superficie de los muros

en busca de la huella fraterna de un amigo. Pues si nunca he sabido lo que podía ser con exactitud la amistad, qué resonancias ponía en su corazón y tal vez en su piel la amistad mutua de dos hombres, en la cárcel deseo a veces sentir una amistad fraterna, pero siempre por un hombre —de mi edad— que sería guapo, que depositaría toda su confianza en mí, que sería el cómplice de mis amoríos, de mis robos, de mis deseos criminales; aun cuando ello no me informe de esta amistad, del olor, en uno y otro de los amigos, de su secreta intimidad, pues me convierto para tal circunstancia en un macho que sabe que no lo es. Espero ver en el muro la



revelación de algún secreto terrible: crimen, sobre todo, crimen de hombres, o traición de amistad, o profanación de los Muertos, cuya tumba resplandeciente sería yo. Pero sólo he encontrado escasas palabras en el yeso arañado con un alfiler, fórmulas de amor o de rebeldía, más a menudo de resignación: «Jojo de la Bastoche<sup>[3]</sup> quiere a su mujercita para siempre.» «Mi corazón para su madre, mi picha para las putas, mi cabeza para Deibler.» Estas inscripciones rupestres son casi siempre gentiles homenajes a la mujer, o alguna de esas pésimas estrofas que son conocidas por todos los hampones de Francia:

*Lorsque blanc sera le charbon  
Pour que la suie ne soit plus noire,  
Le souvenir de la prison  
S'échappera de ma mémoire<sup>[4]</sup>*

¡Y esas flautas de Pan que marcan los días transcurridos!

Por fin, esta sorprendente inscripción, grabada en el mármol bajo el porche de honor: «Esta cárcel fue inaugurada el 17 de marzo de 1900» que me obliga a ver una comitiva de señores oficiales conduciendo solemnemente, para encarcelarlo, al primer recluso de la cárcel.

—Divina: «Tengo el corazón en la mano, y la mano agujereada, y la mano en el saco, y el saco está cerrado, y mi corazón está atrapado.»

—La bondad de Divina. Su confianza era total, invencible, en los hombres de facciones correctas, duras, de cabellos espesos uno de cuyos mechones cae sobre la frente, y esta confianza parecía ser concedida al prestigio de estos rostros sobre Divina. A menudo había dejado que se burlaran de ella, ella, cuyo espíritu crítico es agudo. Y lo comprendió de repente, o poco a poco, quiso tomar el camino

inverso de esta actitud, y el escepticismo intelectual, luchando con el consentimiento sentimental, venció y se instaló en ella. Pero, de esta manera, vive aún engañada porque se encarniza perversamente con los jovencitos hacia los que se siente atraída. Acoge sus declaraciones con una sonrisa o una palabra irónica que disimula mal su debilidad (debilidad de las mariconas ante la protuberancia de los herales de Gorgui) y sus esfuerzos para no ceder a la belleza carnal de aquéllos (hacerse desear) mientras le devuelven al instante esa sonrisa, más cruel, como si, lanzada por los dientes de Divina, rebotara en los dientes de ellos, más agudos, más

fríos, más glaciales, porque, frente a ella son más fríamente bellos.

Pero, para castigarse por ser perversa contra los perversos, Divina tiene que volver sobre sus decisiones, y humillarse ante unos chulos que ya no entienden nada. No obstante, su bondad llega hasta el escrúpulo. Un día, de regreso del tribunal, pues ha ido a parar, a menudo, por culpa de la nieve, al coche celular, le pregunta a un viejo:

—¿Cuánto?

Este responde:

—Me han echado tres tacos. ¿Y a ti?

Ella, a quien no han condenado más que a dos, contesta:

—Tres tacos.

—Catorce de julio: doquier, el azul, el blanco, el rojo. Divina, por gentileza hacia ellos, despreciados, se viste de todos los demás colores.

Divina y Pocholo. Es a mi juicio la pareja de amantes ideal. Desde mi agujero de olor negro, bajo la lana rasposa de los perniches, con la nariz bien metida en el sudor y los ojos desmesuradamente abiertos, a solas con ellos, los veo.

Pocholo es un gigante cuyos pies curvos cubren la mitad del globo, de pie, con unas piernas abiertas y un pantalón bombacho de seda azul celeste.

Está armado. Tanto y con tanta fuerza calma que anos y vaginas se ensartan en su miembro como sortijas en un dedo. Está armado. Tanto y con tanta calma que su virilidad observada por los cielos tiene la fuerza penetrante de los batallones de guerreros rubios que nos dieron por culo el 14 de junio de 1940 sosegadamente, seriamente, con la mirada en otra parte, caminando en medio del polvo y del sol. Pero sólo son la imagen del Pocholo tenso, semejante a un arbotante. Su granito les impide hacer de chulos sinuosos.

Cierro los ojos. Divina: es mil formas seductoras por la gracia salidas de mis ojos, de mi boca, de mis codos,

de mis rodillas, de no sé dónde. Formas que me dicen: «Jean, qué contenta estoy de vivir en Divina y de estar emparejada con Pocholo.»

Cierro los ojos. Divina y Pocholo. Para Pocholo, Divina es apenas un pretexto, una ocasión. Si pensase en ella, se encogería de hombros para deshacerse de su pensamiento, como si el pensamiento fuera un dragón con zarpas plantado en su espalda. Pero para Divina, Pocholo lo es todo. Cuida el sexo de Pocholo. Lo acaricia con profusiones de ternuras y las comparaciones que hace la chocarrera gente de bien: la Cosita, el Pajarito, el Platanito, la Colita, el Rabito, la Lilita,



sin formularlas, adquieren un sentido íntegro. Su sentimiento las acepta al pie de la letra. La verga de Pocholo es por sí sola todo Pocholo: el objeto de su lujo puro, un objeto de puro lujo. Si Divina consiente en ver en su hombre otra cosa que un sexo cálido y violáceo, es porque puede seguir la rigidez, que continúa hasta el ano, y adivinar que este sexo se prolonga por su cuerpo, que es ese cuerpo mismo de Pocholo empalmado y rematado por una cara pálida, extenuada, una cara de ojos, de nariz, de boca, de mejillas enjutas, de cabellos rizados, de gotitas de sudor.

Cierro los ojos bajo las mantas llenas de piojos. Divina ha organizado,

entreabriendo los pantalones, ese cuidado misterioso de su hombre. Ha puesto lazos al vello y la verga, ha prendido flores en los ojales de la bragueta. (Pocholo sale así por la noche, con ella.) Resultado: para Divina, Pocholo no es nada más que la delegación magnífica en la tierra, la expresión sensible, el símbolo, en fin, de un ser (tal vez Dios), de una idea que se ha quedado en un cielo. No comulgan. Divina es comparable a María Antonieta que, una vez encarcelada, según mi historia de Francia, de buen o mal grado hubo de aprender la jerga floreciente en el siglo XVIII y expresarse en ella. ¡Pobre reina querida!

Si Divina, chillando, dice: «Me han arrastrado ante la justicia», estas palabras hacen surgir a una vieja condesa Solange, arrastrando la cola del vestido de encaje, antiguo, a la que unos soldados tiran de las muñecas atadas, de hinojos por las losas de un palacio de justicia.

—Desfallezco de amor, dice.

Su vida se detenía, pero en torno a ella la vida seguía fluyendo, le parecía que se remontaba en el tiempo, y loca de horror ante la idea de —esta rapidez—

llegar hasta el principio, hasta la Causa, desencadenaba al fin un gesto que muy aprisa volvía a hacerle latir el corazón.

Una vez más la bondad de esta loca. Hace una pregunta a un joven asesino al que conoceremos más adelante (Santa María de las Flores). Esa pregunta que no viene a cuento causa tal pena al asesino que Divina ve que el rostro se le descompone a ojos vista. Entonces, rápidamente, corriendo tras la pena que ha causado para alcanzarla y detenerla, tropezando con las sílabas, embrollándose en la saliva que la emoción hace semejante a las lágrimas,

grita:

—No, no, he sido yo.

La amiga de la pareja es la más loca que conozco en el barrio. La Mimosa II. A Mimosa la Mayor, la Primera, la mantiene ahora un viejo. Tiene su hotelito en Saint-Cloud. Como quería a Mimosa II, que estaba entonces de chico en una lechería, le ha dejado su nombre. La II no es bonita, pero ¿qué le vamos a hacer? Divina la ha invitado a un té-trapos. Fue al sotabanco a eso de las cinco. Divina y ella se besaron en la mejilla, teniendo buen cuidado de que sus cuerpos no se tocaran. A Pocholo le dio un viril apretón de manos, y hela aquí instalada en el diván donde duerme

Divina. Pocholo estaba preparando el té: tenía esa clase de coqueterías.

—Qué amable has sido subiendo, Mimo, te vendes muy cara.

—Es lo menos que te mereces, querida. Además me encanta tu choza. Queda como muy casa de cura con el parque a lo lejos. ¡Qué dulce debe de ser tener a los muertos y a las muertas de vecinos!

En efecto, la ventana era bellísima.

El cementerio podía estar bajo la luna. Por la noche, desde la cama, Divina lo veía claro y profundo, a la luz de la luna. Esta luz era tal que se percibía muy bien, bajo la hierba de las tumbas y bajo los mármoles, la agitación

espectral de los muertos. El cementerio así, por la ventana enmarcado, era como un ojo límpido entre dos párpados bien rasgados, o mejor aún: era como un ojo de cristal azul —esos ojos de ciegos rubios— en el hueco de la mano de un negro. Bailaba, es decir, que el viento movía la hierba y los cipreses. Bailaba, es decir, que era melódico y que su cuerpo se movía como una medusa. Las relaciones de Divina con el cementerio: éste había penetrado en su alma un poco a la manera en que ciertas frases penetran en un texto, es decir, una letra aquí, una letra allá. El cementerio, en ella estaba presente en el café, en el bulevar, en chirona, bajo las mantas, en

los urinarios. O también, si queréis, el cementerio estaba en ella presente un poco a la manera en que en Pocholo estaba presente ese perro fiel y manso, sumiso, que daba a veces a la mirada del chulo la mansedumbre bobalicona y triste de la mirada de los perros.

Mimosa se asoma a la ventana, a la abertura de los Difuntos y busca una tumba con el dedo extendido. Cuando la ha encontrado, grita:

—¡Ah, sinvergüenza, golfa, por fin has reventado! Ya estás tiesa, y tiesa bajo el mármol helado. ¡Y yo pisando tus alfombras, zorra!

—Estás como una chota, murmuró Pocholo, que estuvo a punto de



insultarla en putesco (lenguaje secreto).

—Pocholo, a lo mejor es tu amor lo que me vuelve loca, tremendo Pocholo, pero ahí, en la tumba ¡está la Charlotte! ¡La Charlotte está ahí!

Nos reímos, pues sabíamos que la Charlotte era su abuelo, al fondo del cementerio, en una sepultura perpetua.

—¿Y qué tal va la Louise? (era el padre de Mimosa). ¿Y la Lucie? (su madre), preguntó Divina.

—Ay, Divina, no me hables, demasiado bien están. No reventarán nunca, las muy gilipollas. Menudas golfas están hechas.

A Pocholo le gustaba lo que contaban las mariconas. Le gustaba

sobre todo, con tal que fuera en la intimidad, como se lo están contando. Mientras preparaba el té, escuchaba con una carabela deslizándosele por los labios. La sonrisa de Pocholo no estaba nunca estancada. Parecía siempre que cierta inquietud la hacía parpadear. Más que de costumbre, está hoy inquieta, pues tiene él que abandonar a Divina esta noche: Mimosa, a la luz de este evento, le parece terrible, loba. Divina no sabe nada de lo que se está preparando. Se enterará al mismo tiempo de su abandono y de lo puta que es Mimosa. Ya que el asunto se organizó en un santiamén. Roger, el hombre de Mimosa, se fue a la mili.

—A la guerra, que se va la Roger.  
Se va a hacer de Amazona.

Eso dijo Mimosa un día delante de Pocholo, que le ofreció, en broma, reemplazar a Roger. Pero ella aceptó.

Nuestros hogares, la ley de nuestras Casas, no se parecen a vuestras Casas. Nos amamos sin amor. No tienen carácter sacramental. Las mariconas son las grandes inmorales. En un instante, después de seis años de unión, sin creerse ligado, sin pensar que hacía mal o que hacía daño, Pocholo decidió abandonar a Divina. Sin más remordimiento que una leve preocupación por que Divina no consintiera quizá en volver a verlo.

En lo que a Mimosa se refiere, basta que sea a una rival para que se sienta feliz del daño que hace.

Los dos mariquitas piaban; sus palabras resultaban insulsas al lado del juego que se traían con la mirada. Ni parpadeaban ni arrugaban las sienes; sencillamente, el globo de los ojos iba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, giraba sobre sí mismo, y las miradas se les movían por un sistema de rodamiento de bolas. Escuchémoslas ahora cuchichear entre sí, para que Pocholo se acerque y, a su lado, paquidérmico, haga esfuerzos titánicos para enterarse. Mimosa cuchichea:

—Huy, chica, cuando aún están en el

pantalón es cuando me gustan. Una Las mira y entonces Ellas se ponen duras. ¡Qué locura, qué locura! Van marcando un pliegue que no se acaba nunca, que llega hasta los pies. Cuando tocas, vas siguiendo el pliegue, sin apretar, hasta los dedos de los pies. Hija, es como si Bella bajara En esto, te recomiendo sobre todo a los marineros.

Pocholo sonreía apenas. Ya está al tanto. La Hermosa Gorda de los hombres no lo conmueve, pero ya no le asombra que conmueva a Divina o a Mimosa.

Mimosa dijo a Pocholo:

—Estás de ama de casa. Eso es para librarte de nosotras.

Contestó él:

—Estoy haciendo el té.

Como si hubiese comprendido que esta respuesta no lo comprometía lo suficiente, siguió diciendo:

—¿No has tenido noticias del Roger?

—No, ya ves, dijo Mimosa. Soy la Solísima.

También quería decir: «Soy la Perseguidísima.» Cuando tenían que expresar un sentimiento que podía provocar exuberancia de gesto o de voz, las mariconas se contentaban con decir: «Soy la Todísima», en tono confidencial, casi murmullo, subrayado con un leve gesto de la mano ensortijada que

apacigua una invisible tempestad. El habituado, que había conocido en tiempos de Mimosa la mayor, los gritos desatinados de libertad conseguida, los locos gestos de audacia provocada por sentimientos preñados de deseos que crispan las bocas, iluminan los ojos, enseñan los dientes, se preguntaba qué misteriosa suavidad venía a sustituir a las pasiones desatadas. Cuando Divina había empezado la letanía, no paraba hasta quedar agotada. La primera vez que la oyó, Pocholo se había limitado a mirarla, pasmado. Como estaban en la habitación, le hizo gracia, pero cuando Divina volvió a las andadas en la calle, dijo:

—Oye, tía, cierra el pico. Me vas a hacer quedar mal delante de los amigos.

Tan fría era la voz, tan decidida a las peores represalias, que Divina reconoció la Voz de su Amo. Se contuvo. Pero sabido es que no hay nada peor que reprimirse. Una noche, en la barra de un bar de chulos, en la plaza Clichy (al que, por prudencia, Pocholo solía venir sin ella), Divina pagó las consumiciones y al recoger la vuelta, olvidó dejar sobre el mostrador la propina del camarero. Cuando se dio cuenta, dio un solo grito desgarrador de espejos y luces, un grito que dejó en cueros a los macarras.

—Ay, por Dios, soy la Loquísima.

De derecha a izquierda, con la



rapidez despiadada de las desgracias, dos bofetadas la dejaron muda, la encogieron como a una galga; la cabeza sólo le llegaba ya a la altura del mostrador. Pocholo estaba como loco. Verde bajo la luz de neón. Dijo: «Lárgate.» Él siguió paladeando hasta la última gota el aguardiente que estaba tomando.

Esos gritos (Pocholo dirá: «Está con los gritos», como pensaba: «Estás con el mes» o «Estás tomando por culo») eran uno de los tics que Divina le había cogido a Mimosa I. Cuando, unas con otras, estaban reunidas en la calle o en un café de mariconas, de sus conversaciones (de sus bocas y de sus

manos) se escapaban cohetes de flores en medio de los cuales mantenían ellas la más sencilla compostura del mundo, discutiendo de temas fáciles y de orden doméstico.

—Seguro, seguro, seguro que soy la Desvergonzadísima.

—Muy señoras mías, cuidado que soy golfa.

—Sabes (arrastraban tanto el *es* que era lo que más se oía), *sabeeesss*, soy la Consumida-de-Aflicción.

—Ahí llega, ahí llega, mirad a la Vaporosísima.

Una de ellas, al interrogarla, en el bulevar, un inspector:

—Y usted, ¿quién es?

—Soy una Emocionante.

Luego, poco a poco, se habían comprendido diciéndose: «Soy la Todísima», y por fin: «Soy la T.»

Igual pasaba con los gestos. Tenía Divina uno muy amplio que, al sacarse el pañuelo del bolsillo, describía una inmensa curva antes de posárselo en los labios. Quien hubiera querido adivinar el gesto de Divina se habría equivocado de manera infalible, pues en ella había dos gestos contenidos en uno. Estaba el gesto elaborado, desviado de su propósito inicial, y el que lo prolongaba y lo concluía, injertándose en el sitio preciso en que terminaba el primero. Así pues, al sacarse la mano del

bolsillo, Divina había querido alargar el brazo y agitar el pañuelo de encaje desplegado en su extremo. Agitarlo para decirle adiós a nada, o para sacudir un polvo que no contenía, un perfume, no: era un pretexto. Era necesario este gesto inmenso para contar este drama asfixiante: «Estoy sola. Sálveme quien pueda.» Pero Pocholo, aunque no había podido destruirlo del todo, había reducido el gesto que, sin llegar sin embargo a hacerse trivial, se había hecho híbrido y convertido, por este motivo, en algo extraño. Al perturbarlo, lo había convertido en perturbador. Al hablar de estas coacciones, había dicho Mimosa:

—Nuestros machos nos han convertido en el jardín de las baldadas.

Cuando se fue Mimosa del sotabanco, Pocholo anduvo buscando un motivo para reñir a Divina y abandonarla. No se le ocurrió nada. Esto lo puso rabioso con ella, la llamó zorra y se fue.

Hete aquí a Divina sola en el mundo. ¿A quién darle por amante? ¿Ese cíngaro que busco, ése cuyo talle, gracias a los tacones altos de los calcos marselleses, parece una guitarra? Piernas arriba, se le enroscan, para abrazarle fríamente las nalgas, los pantalones de un marinero.

Divina está sola. Conmigo. El mundo entero que monta guardia

alrededor de la Santé no sabe nada, no quiere saber nada de la desesperación de una celda insignificante, perdida entre tantas otras tan semejantes que, con frecuencia yo, que la conozco bien, me confundo. El tiempo no me deja un respiro: siento cómo va pasando. ¿Qué voy a hacer con Divina? Si es que vuelve, Pocholo no tardará mucho en volverse a marchar. Ha probado el divorcio. Pero Divina necesita baches que la ciñan, la disloquen, la recompongan, la destrocen, para no dejarme de ella, finalmente, más que un poco de esencia que quiero encontrar. Y por esto es por lo que el señor Roquelaure (calle Douai, n.º 127,

empleado de la T.C.R.P<sup>[5]</sup>, a eso de las siete de la mañana, al ir a buscar la leche y *Le Petit Parisi n* para él y para la señora Roquelaure que se estaba desenredando el pelo en la cocina, encontr , en el estrecho pasillo de su casa, en el suelo, un abanico pisoteado. El mango de baquelita estaba incrustado de esmeraldas falsas. Dio a los restos una traviesa patada, los empuj  de este modo hasta la acera y luego hasta el arroyo. Era el abanico de Divina. Esa misma noche. Divina se había encontrado con Pocholo de forma totalmente casual y lo había acompañado sin reprocharle su huida.  l la escuchaba, silbando entre dientes,

algo contrito quizá. Mimosa los sorprendió. Divina se inclinó hasta el suelo en una gran reverencia, pero Mimosa, con voz que Divina oía viril por vez primera, gritó:

—Lárgate so puta, so mariconas.

Era el chico de la lechería... No es nuevo este hecho de la segunda naturaleza que no resiste y deja que surja la primera en forma de fogoso odio que estalla. No lo mentaríamos si no fuera en ello la demostración de la duplicidad del sexo de las mariconas. Volveremos a verlo a propósito del sexo de Divina.

Así que iba en serio. Pocholo, una vez más, en este asunto,



espléndidamente cobarde (tengo para mí que la cobardía es una cualidad activa que, en cuanto adquiere esta intensidad, expande una a modo de aurora blanca, una ilusión fantasmal, alrededor de los hermosos adolescentes cobardes que se mueven en ella como en el fondo de un mar), no se dignó tomar partido. Llevaba las manos en los bolsillos:

—Andar y mataros, dijo riendo burlescamente.

Esa risa burlesca que aún me suena en los oídos, la soltó un niño de dieciséis años una noche en mi cara. Que ella os haga comprender lo que es el satanismo. Divina y Mimosa se pegaron. Con la espalda contra la pared

de una casa, Divina daba pataditas y golpeaba el vacío con los puños, de arriba abajo. Mimosa, que era más fuerte, pegaba duro. Divina consiguió escabullirse y correr, pero en el momento en que alcanzaba la puerta entreabierta de una casa, ya la había cogido Mimosa. La lucha siguió en el pasillo, a media voz, a medios golpes. Los inquilinos dormían, la portera no oía nada. Divina pensaba: «La portera no puede enterarse de nada, puesto que se llama señora Muller.» La calle estaba desierta. Pocholo, de pie, en la acera, sin sacar las manos de los bolsillos, miraba con atención las basuras del cubo que estaba allí depositado. Por fin,

se decidió y se fue.

—Cuidado que son gilís estas dos.

De camino, pensó: «Si sale Divina con un ojo a la funerala, la escupo en toda la jeta. Qué putas son las mariconas.» Pero volvió con Divina.

De este modo, recuperó Divina a su chulo y a su amiga Mimosa. Y en el sotabanco se reanudó esa vida que había de durar otros cinco años. El sotabanco que daba a los muertos. Montmartre de noche. Locura-Me-Sonrojo. Nos acercamos a los treinta... Sigo con la cabeza debajo de las mantas y con los dedos en los ojos, perdido el pensamiento, sólo queda la parte baja de mi cuerpo separada de la cabeza, por

los dedos hundidos en los ojos, podrida.

A un guardián que pasa, al capellán que entra y no habla de Dios, ni los veo, como tampoco sé que estoy en la Santé. Pobre Santé que se toma tanto trabajo para conservarme.

Pocholo quiere a Divina cada vez más profundamente, es decir, cada vez más sin saberlo. Literalmente, se va apegando. Pero cada vez le hace menos caso. Se queda sola en el sotabanco, ofrece a Dios su amor y su pena. Pues Dios —ya lo han dicho los jesuitas— escoge mil formas para entrar en las almas: el oro en polvo, un cisne, un toro, una paloma, vaya usted a saber. Para un *gigolo* que busca clientela en los

urinarios, escoge quizá algún método no catalogado por la teología, a lo mejor escoge ser Urinario. También es lícito preguntarse qué forma, si no hubieran existido las Iglesias, hubiese adoptado la santidad (no digo el camino de su salvación) de Divina y de todos los santos. Sépase desde ahora que a Divina no le hace ilusión vivir. Acepta, ya que no puede sustraerse a ella, la vida que Dios le ha dado y que la conduce hacia Él. Ahora bien. Dios no tiene cantos dorados. Ante su trono místico es inútil adoptar posturas plásticas, agradables para unos ojos griegos. Divina se carboniza. Podría yo, igual que hizo ella conmigo, confesar que este desprecio

que soporto sonriendo o riendo a carcajadas, no lo hago aún —¿lo haré acaso algún día?— por desprecio del desprecio, sino para no quedar en ridículo, para no quedar envilecido, por nada ni por nadie y por eso me sitúo a mí mismo en el peldaño más bajo. No podía actuar de otra forma. Si proclamo que soy una puta vieja, nadie puede decir más, disuado a los insultos. Ya no se me puede ni escupir a la cara. Y Pocholo el Pinreles está como vosotros: sólo puede despreciarme. Me he pasado noches enteras con este juego: provocar sollozos, llevarlos hasta los ojos y dejarlos allí, sin que estallen, de forma tal que, por la mañana, tengo los

párpados enfermos, de piedra, duros, doloridos como después de una insolación. En los ojos, el sollozo habría podido correr convertido en lágrimas, pero ahí se queda, pesadamente apoyado contra mis párpados, como un condenado contra la puerta de un calabozo. Es sobre todo entonces cuando comprendo que tengo una pena muy grande. Luego, le toca nacer a otro sollozo, luego, a otro. Me lo trago y lo vuelvo a escupir en risas. Mi sonrisa, entonces, lo que otros llamarían mi fanfarronería en la cusca, no es ya más que la necesidad más fuerte que todo, de mover un músculo para dejar libre una emoción. Harto conocida es,

en fin, la tragedia de determinado sentimiento obligado a tomar prestada su expresión al sentimiento contrario, para escapar a los esbirros. Se disfraza con los oropeles de su rival.

Cierto es que un gran amor terrestre destruiría esta desgracia pero Pocholo no es aún el Elegido. Más adelante, vendrá un Soldado, para que Divina tenga cierto respiro a través de este desastre que es su vida. Pocholo no es más que un trapichero («adorable trapichero» lo llama Divina) y tiene que seguir siéndolo para conservar mi narración. Sólo a este precio puede gustarme. Digo de él como de todos mis amantes contra los que choco y me



pulverizo: «Amasado sea en  
indiferencia, petrificado sea de  
indiferencia ciega.»

Divina volverá a utilizar esta frase para aplicársela a Santa María de las Flores.

Este movimiento hace reír de aflicción a Divina. El propio Gabriel contará que un oficial que lo amaba, no pudiendo hacer nada mejor, lo castigaba.

Santa María de las Flores efectúa aquí su solemne entrada por la puerta del crimen, puerta excusada que da a una escalera oscura pero suntuosa. Santa María sube la escalera, como la han

subido muchos asesinos, como cualquiera de ellos. Tiene dieciséis años cuando llega al rellano. Llama a la puerta; luego, espera. El corazón le late pues está decidido. Sabe que se está cumpliendo su destino y aunque sabe (Santa María lo sabe o parece saberlo mejor que nadie) que su destino se cumple en cada instante, tiene el puro sentimiento místico de que este crimen va a convertirlo, por la virtud del bautismo de sangre, en: Santa María de las Flores. Está emocionado, delante o detrás de esta puerta, como si, novio de guantes blancos... Tras la madera, una voz pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo, murmura el adolescente.

Confiadamente, la puerta se abre y se cierra tras él.

Matar es fácil, ya que el corazón está colocado a la izquierda, precisamente enfrente de la mano armada del asesino, ya que el cuello encaja tan bien en las dos manos juntas. El cadáver del anciano, de uno de esos miles de ancianos cuyo destino es morir así, yace sobre la alfombra azul. Santa María lo ha matado. Asesino. No se dice a sí mismo la palabra, más bien escucho, junto a él, dentro de su cabeza, cómo suena un carrillón que debe de estar hecho con todas las campanillas del muguete, campanillas de las flores de

primavera, campanillas de porcelana, de cristal, de agua, de aire. Su cabeza es un soto que canta. Y él es un cortejo de boda adornado con cintas, que va bajando, con el violín delante y capullos de azahar sobre las chaquetas negras, por una cañada de abril. Cree ir saltando, el adolescente, de valle florido en valle florido hasta el jergón en que el viejo guardaba la pasta. Lo vuelve, lo revuelve, lo despanzurra, le saca la lana, pero no encuentra nada, pues nada hay más difícil de descubrir que el dinero después de un crimen cometido ex profeso.

—¿Dónde apabrusca la guita el cabrito éste?, dice en voz alta.

No articula estas palabras, pero al ser sólo sentidas, salen mezcladas a borbotones de la garganta que las escupe. Es un estertor.

Va de mueble en mueble. Se pone nervioso. Se deja las uñas en las rendijas. Arranca telas. Quiere recuperar la sangre fría, se para para descansar, y (en el silencio), en medio de los objetos que han perdido todo significado ahora que su usuario habitual ha dejado de existir, se siente de repente en un mundo monstruoso, compuesto por el alma de los muebles, de las cosas: el pánico se apodera de él impetuosamente. Se hincha como un globo, se vuelve enorme, capaz de

tragarse al mundo y a sí mismo de paso, luego se deshincha. Quiere huir. Tan despacio como pueda. Ya no piensa en el cuerpo del asesinado ni en el dinero perdido, ni en el tiempo perdido, ni en el acto perdido. La policía debe de estar agazapada ahí. Irse deprisa. Con el codo tropieza en un jarrón colocado sobre una cómoda. El jarrón cae y veinte mil francos se desparraman grácilmente a sus pies.

Abrió la puerta sin ansiedad, salió al rellano, se asomó y miró, en el fondo de ese pozo silencioso practicado entre los pisos, la bola de cristal tallado que centellea. Luego bajó, por la nocturna alfombra, y en el aire nocturno, a través

de ese silencio que es el de los espacios eternos, de escalón en escalón, a la Eternidad.

La calle. La vida ya no es inmunda. Rápido, corre hasta un hotel pequeño que resulta ser un hotel de citas y alquila una habitación. Allí, para adormecerlo, la verdadera noche, la noche de los astros, viene poco a poco; un ápice de horror le da náuseas: es ese asco físico, de primera hora, del asesino por su asesinado, del que me han hablado tantos hombres. ¿Verdad que os obsesiona? El muerto es vigoroso. Lleváis a vuestro muerto dentro de vosotros; mezclado con vuestra sangre, os corre por las venas, os rezuma por

los poros y el corazón os vive de él, como germinan de los cadáveres las flores del cementerio... Se os sale por los ojos, por las orejas, por boca.

Santa María de las Flores querría vomitar su fiambre. La noche, que ha caído, no le trae el espanto. La habitación huele a puta. Apesta y huele bien.

—Para escapar al horror, hemos dicho, húndete en él hasta los ojos.

Ella sola, la mano del asesino, se busca la verga empalmada. La acaricia por encima de la sábana, primero suavemente, con esa ligereza del pájaro que aletea, luego la aprieta, la estrecha fuertemente; por fin, descarga en la boca



desdentada del anciano estrangulado. Se queda dormido.

Amar a un asesino. Amar cometer un crimen en connivencia con el joven mestizo de la tapa del libro roto. Quiero cantar al asesinato, puesto que amo a los asesinos. A las claras, cantarlo. Sin aspirar, por ejemplo, a hacer creer que quiera conseguir a través de él la redención, aun cuando mucho lo deseo, me gustaría matar. Lo he dicho antes, mejor que a un viejo, matar a un hermoso muchacho rubio, para, unidos ya por el nexo verbal que une al asesino con el asesinado (pues uno existe gracias al otro), me visite a mí, durante días y noches de melancolía

desesperada, un grácil fantasma cuyo castillo encantado sería mi persona. Pero ahórreseme el horror de parir un muerto de sesenta años o que fuera mujer, joven o vieja. Ya estoy harto de satisfacer solapadamente mis deseos de crimen admirando la pompa imperial de las puestas de sol. Bastante se han bañado en ellas mis ojos. Pasemos a mis manos. Pero matar, matarte, Jean. ¿Acaso no se trataría de saber cómo me comportaría al verte morir por mediación mía?

Más que ningún otro, pienso en Pilorge. Su rostro, recortado de *Déetective*, entenebrece el muro con su fulgor helado, compuesto por su muerto

mejicano, por su voluntad de muerte, por su juventud muerta y por su muerte. Salpica la pared con un destello que sólo puede expresarse confrontando esos dos términos que se anulan: luz y tiniebla. La noche le nace de los ojos y se le extiende por el rostro, que se torna semejante a los pinos las tardes de tormenta, su rostro semejante a los jardines en que yo pasaba la noche: árboles ligeros, la brecha de un muro, y verjas, verjas emocionantes, verjas festoneadas. Y árboles ligeros. ¡Oh, Pilorge! ¡Tu rostro, como un jardín nocturno, solo en los Mundos en que los soles giran! Y sobre él, esa impalpable tristeza, como en el jardín los árboles

ligeros. Tu rostro es sombrío, como si a pleno sol una sombra se hubiera posado sobre tu alma. Has debido de sentir un levísimo frío, tu cuerpo se estremece con un escalofrío más sutil que la caída a tu alrededor de un velo de ese tul llamado «tul ilusión», pues tu rostro está velado por millares de arrugas microscópicas, finas, ligeras, más pintadas que esculpidas, entrecruzadas.

Ya el asesino me fuerza al respeto. No sólo porque ha conocido una experiencia poco frecuente, sino también porque se erige en dios; repentinamente, sobre un altar, bien sea de tablas vacilantes bien de aire de azur. Estoy hablando, naturalmente, del asesino

consciente, cínico incluso, que se atreve a cargar con el hecho de dar la muerte sin querer remitirse a ningún poder, de ningún orden, pues el soldado que mata no compromete su responsabilidad ni el loco, ni el celoso, ni el que sabe que conseguirá el perdón; pero sí aquel que recibe el nombre de réprobo, que, frente a frente consigo mismo, vacila aún en mirarse en el fondo de un pozo al que, con los pies juntos, en salto de risible audacia, curioso prospector, se ha lanzado. Un hombre perdido.

Pilorge, niño mío, amigo mío, licor mío, saltó tu linda cabeza hipócrita. Veinte años. Tenías veinte o veintidós años. ¡Y yo tengo...! Envidio tu gloria.

Igual que al mejicano, a mí me hubieras hecho un favor, en la tumba, como quien dice. Durante los meses que hubieras permanecido en la celda, habrías escupido tiernamente pesados gargajos salidos de tu nariz y tu garganta sobre mi memoria. Yo iría con facilidad a la guillotina, puesto que otros han ido, y sobre todo Pilorge, Weidmann, Ange Soleil, Soclay. No estoy, por lo demás, seguro de librarme de ella, pues me he soñado a mí mismo en muchas vidas agradables; mi mente, pendiente de complacerme, me ha confeccionado a la medida aventuras gloriosas o encantadoras. Lo más triste es que, a veces lo pienso, la mayor parte de estas

creaciones han caído en un olvido absoluto, aunque constituyan todo mi concierto espiritual pasado. Ni siquiera sé ya que existieron, y, si acaso sueño ahora una de estas vidas, me parece nueva, me embarco en mi tema, bogo, sin acordarme de que, hace diez años, me embarqué en él y zozobró, agotado, en el mar del olvido. ¿Qué monstruos prosiguen su existencia en mis profundidades? Sus emanaciones, sus excrementos, su descomposición hacen tal vez eclosionar en mi superficie algún horror o alguna belleza que adivino ha sido suscitada por ellos. Reconozco su influencia, el encanto de sus dramas folletinescos. Mi mente continúa

produciendo hermosas quimeras, pero hasta hoy ninguna de ellas ha tomado cuerpo. Nunca. Ni una sola vez. Ahora, en cuanto emprendo un sueño, la garganta se me seca, la desesperación me quema los ojos, la vergüenza me hace agachar la cabeza, se interrumpe en seco. Sé que una posible felicidad se me escapa otra vez y se me escapa porque la he soñado.

La postración que viene luego hace que me asemeje bastante al náufrago que, al ver una vela, se cree salvado y, de repente, se acuerda de que la lente del catalejo tiene un defecto, está empañada: ésa era la vela que veía.

Pero entonces, lo que nunca he



soñado permanece accesible y, como nunca he soñado desgracias, sólo desgracias me quedan por vivir. Y desgracias de muerte, pues he soñado para mí muertes espléndidas en la guerra, de héroe, cubierto de honores en otros lugares, nunca en el cadalso. Es, pues, lo que me queda.

¿Y qué necesitaré para llegar a él? Casi nada aún.

Santa María de las Flores no tenía nada en común con esos asesinos de los que he hablado. Era —por así decir— el asesino inocente. Vuelvo a Pilorge, cuyo rostro y cuya muerte me obsesionan. A los veinte años, para robarle una miseria, mató a Escudero, su amante.

Ante el tribunal, se burló de él; cuando le despertó el verdugo, se burló de él. Si le hubiera despertado el fantasma, pegajoso de sangre caliente y olorosa, del mejicano, se le hubiera reído en las barbas; si le hubiera despertado la sombra de su propia madre, se hubiera mofado cariñosamente de ella. De esta manera, Santa María nació de mi amor por Pilorge, llevando, en el corazón y en los dientes de un blanco azulado, la sonrisa que el miedo, que le desorbitará las pupilas, no le arrancará.

Un día Pocholo, ocioso, se encontró por la calle a una mujer de unos cuarenta años, que se volvió de repente loca de amor por él. Odio lo suficiente a las

mujeres que se enamoran de mis amantes para confesar que ésta se espolvorea con polvos de arroz blancos la gordinflona y encarnada cara. Y esa ligera nube hace que se parezca a una pantalla hogareña con transparente de muselina rosa. Tiene el encanto relamido, familiar y acomodado de una pantalla.

Según pasaban, Pocholo iba fumando y se encontró justamente el alma de la mujer abierta en su dureza por una grieta de abandono que engancha el anzuelo que lanzan los objetos mosquitas muertas. Basta con tener mal cerrada una abertura, con que flote un jirón de su propia dulzura, para

que vaya uno apañado. En vez de sostener el cigarrillo entre la primera falange del índice y del anular, Pocholo lo iba sujetando con el pulgar y el índice, tapándolo con los demás dedos de la mano, igual que los hombres, e incluso los niños, al pie de un árbol o de cara a la noche, suelen cogerse la cola para mear. Esa mujer (cuando hablaba de ella con Divina, decía «la zorruspia» y Divina «esa mujer») ignoraba la virtud de esta actitud y, a partir de determinados detalles, incluso la propia actitud; pero ello hizo que el hechizo obrara en ella con mayor prontitud. Supo, y sin saber muy bien por qué, que Pocholo era un bandido, ya que para ella

un bandido era ante todo un hombre que está armado. Se volvió loca por él. Pero llegaba demasiado tarde. Sus redondeces y su blanda femineidad no surtían ya efecto a Pocholo, acostumbrado ahora al duro contacto de una verga tiesa. Al lado de la mujer, permanecía inerte. El abismo lo asustaba. Sin embargo, hizo algún esfuerzo por sobreponerse a su asco y ganarse el cariño de esta mujer, para sacarle el dinero. Se mostraba galantemente solícito. Pero llegó un día en que, no pudiendo más, confesó que quería a un —hubiera dicho muchacho un poco antes, pero ahora tiene que decir un hombre, ya que Divina es un

hombre— a un hombre pues. La señora se ofendió muchísimo y pronunció la palabra: mariquita. Pocholo le dio una bofetada y se fue.

Pero no quería quedarse sin postre, ya que Divina era su filete, y volvió a buscarla un día a la estación de Saint-Lazare, donde se bajaba a diario procedente de Versalles.

La estación de Saint-Lazare es la estación de las estrellas de cine.

Santa María de las Flores ataviado aún y ya con su ligero, flotante, juvenil, locamente esbelto y, todo sea dicho, fantasmal traje de franela gris que llevaba el día del crimen y llevará el día de su muerte, fue a la estación a sacar un

billete para Le Havre. En el momento en que entraba en el andén, se le cayó la cartera atiborrada con veinte billetes. Se dio cuenta de que la perdía y volvió justo a tiempo de ver cómo la recogía Pocholo. Sosegada y fatalmente. Pocholo la examinó, pues, aunque era un auténtico topero, no sabía sin embargo hallarse a sus anchas en posturas originales e imitaba a los *gangsters* de Chicago y a los de Marsella. Esta simple observación nos permite igualmente prever la importancia del ensueño en el golfo, pero, con ella, quiero sobre todo mostraros una vez más que sólo me voy a rodear de granujas de personalidad poco definida, sin

heroísmo alguno que les pueda conferir cualquier nobleza. Mis amados serán éstos a quienes vosotros llamaríais: golfos de la peor calaña.

Pocholo contó los billetes. Se quedó con diez, que se metió en el bolsillo, y tendió el resto a Santa María, que se quedó pasmado. Se hicieron amigos.

Podéis imaginar el diálogo con entera libertad. Escoged lo que pueda encantaros. Servios aceptar que están oyendo la voz de la sangre o que se enamoran de un flechazo, o que Pocholo, gracias a señales irrecusables e invisibles para el vulgo, descubre al ladrón... Concedid las inverosimilitudes más absurdas. Haced que el ser secreto



de ambos desfallezca al abordarse en jerga. Unidlos de pronto en un súbito abrazo o en un beso fraterno. Haced lo que gustéis.

Pocholo se alegró de encontrarse con ese dinero; no obstante, con una total falta de oportunidad, sólo pudo decir con los dientes apretados: «¡Qué listillo, el chorvo!» Santa María estaba furioso. Pero, ¿qué le iba a hacer? Estaba demasiado acostumbrado a Pigalle-Blanche para saber que no hay que fanfarronear demasiado frente a un auténtico chulo. Pocholo llevaba bien visibles los signos externos del chulo. «Hay que echar el cierre», oyó en su interior Santa María. Así que perdió la

cartera que vio Pocholo. He aquí lo que pasó luego: Pocholo se llevó a Santa María de las Flores al sastre, al zapatero, al sombrerero. Encargó para ambos esas bagatelas que hacen al hombre fuerte y lo dotan de un gran encanto: un cinturón de ante, un sombrero flexible, una corbata escocesa, etc., luego ¡se alojaron en un hotel de la avenida Wagram! ¡Wagram, batalla ganada por boxeadores!

Vivieron sin dar golpe. Paseando los Campos Elíseos arriba y abajo, dejaban que la intimidad los fuera confundiendo. Hacían comentarios acerca de las piernas de las mujeres; como no eran ocurrentes, sus observaciones carecían

de ingenio. Como ninguna agudeza desgarraba su emoción, iban deslizándose con toda naturalidad sobre un fondo estancado de poesía. Eran golfillos a los que la suerte proporciona oro, y me divierte tanto ofrecérselo como oír a un golfo americano — maravilla— pronunciando la palabra dólar y hablando inglés. Cansados, volvían al hotel y permanecían largo rato sentados en los grandes sillones de cuero del vestíbulo. También aquí iba la intimidad elaborando su alquimia. Una escalera de solemne mármol conducía a corredores alfombrados de rojo. Por estas alfombras se avanzaba sin ruido. Durante una misa mayor, en la

Magdalena, viendo a los sacerdotes caminar por alfombras, cuando el órgano calló, Pocholo notaba cómo le preocupaba ya ese misterio de lo sordo y de lo ciego, al pisar alfombras que reconoce en el gran hotel y, al avanzar lentamente por el musgo, piensa en su lenguaje de golfo: «Algo debe de haber.» Pues se dicen misas rezadas al fondo de los pasillos de los grandes hoteles, donde la caoba y el mármol encienden y apagan velas. Un oficio de difuntos y una boda mezclados durante todo el año se desarrollan allí en secreto. Como sombras deambulan allí las gentes. ¿Será que mi alma de topero extático no desaprovecha ninguna

ocasión de entrar en trance? ¡Sentir que se roba de puntillas mientras la suela de los humanos se apoya entera! Aquí mismo, y en Fresnes, estos largos pasillos perfumados que se muerden la cola, me devuelven, a pesar de la dureza precisa, matemática de la pared, el alma de ese rata de hotel que deseo ser.

Los clientes encopetados pasaban ante ellos. Se quitaban las pieles, guantes, sombreros, bebían oporto, fumaban Craven o Havane. Un botones iba de acá para allá. Uno se sabía personaje de película. Entremezclando así en este sueño sus gestos, Pocholo y Santa María de las Flores tramaban sordamente una amistad fraterna. ¡Cuán

duro me resulta no acoplarlos mejor, no hacer que Pocholo, adelantando la cadera, roca de inconsciencia e inocencia, hunda profundamente, desesperado de felicidad, su cola pesada y lisa, tan pulimentada y tibia como una columna al sol, en la boca abierta en forma de O del asesino adolescente pulverizado por la gratitud!

Esto también sería posible, pero no va a suceder. Pocholo y Santa María, vuestro destino, por muy riguroso que lo trace, no dejará de estar —de forma muy apagada— atormentado por lo que habría podido ser también y que, gracias a mí, no será.

Un día, con toda naturalidad, Santa

María se confesó de su crimen. Pocholo se confesó de Divina. Santa María, de que lo llamaban Santa María de las Flores. Ambos necesitaron una ductilidad poco corriente para salir adelante sin incidentes de las acechanzas tendidas a su mutua estima. En semejante ocasión, Pocholo hizo gala de un tacto exquisito.

Santa María de las Flores estaba echado en un diván. Pocholo, sentado a sus pies, contemplaba cómo se confesaba. El crimen estaba ya confesado. Pocholo fue escenario de un drama sordo, sin estridencias. Se enfrentaban en él el temor a la complicidad, la amistad por el niño y el

gusto, el deseo de delación. Quedaba por confesar el apodo. Por fin, poco a poco, llegó a ello. Mientras el nombre misterioso iba saliendo, era tan angustioso mirar cómo se retorció la gran belleza del asesino, cómo los anillos inmóviles e inmundos de las serpientes de mármol de su rostro adormecido se inmutaban y movían, que Pocholo se dio cuenta de la gravedad de tal confesión, hasta tal punto, tan profundamente, que se preguntó si Santa María no iba a vomitar pollas. Tomó del niño, entre las suyas, una mano que colgaba.

—... Sabes, fueron unos tíos que me llamaron...



Pocholo seguía con la mano cogida. Con la mirada, tiraba hacia sí de la confesión:

—Ya sale, ya sale.

Todo el tiempo que duró la operación, no apartó los ojos de los de su amigo. De cabo a rabo, sonrió con una inmóvil sonrisa fija en la boca, pues sentía que, por su parte, la menor emoción, el menor signo, aliento, destruirían... Habría hecho añicos a Santa María de las Flores.

Cuando el nombre estuvo en la habitación, aconteció que el asesino, confuso, se abrió, dejando que surgiera como una Gloria, de sus lastimosos pedazos, un Monumento entre cuyas

rosas estaba tendida una mujer de luz y carne.

El Monumento ondulaba sobre un infame barro en el que se hundió: el asesino. Pocholo lo atrajo hacia sí y, para abrazarlo mejor, luchó con él un instante. Me agradaría soñarlos a ambos en otras muchas posturas si, en cuanto cierro los ojos, mi sueño obedeciese aún a mi voluntad; pero, de día lo perturba la preocupación por mi proceso, y por la noche los preliminares del sueño convierten lo que me rodea en un desierto, destruyen los objetos y las anécdotas y me dejan al borde del sueño tan solo como pude estarlo un atardecer en medio de un tormentoso y vacío

páramo. Pocholo, Divina, Santa María huyen de mí a todo correr llevándose consigo el consuelo de su sola existencia en mí, pues no se contentan con huir, se anulan, se diluyen en la espantosa falta de consistencia de mis sueños o, mejor dicho, de mi sueño, y se convierten en mi sueño; se funden en la propia materia de sueño y lo constituyen. Pido socorro en silencio, hago señas, con ambos brazos del alma, más blandos que algas, no, evidentemente, a algún amigo sólidamente sujeto al suelo sino a una especie de cristalización de la ternura cuya aparente dureza me hace creer en su eternidad.

Lanzo una llamada: «¡Sujétame!  
¡Engánchame!» Y me largo por un sueño  
atroz que va a atravesar la noche de las  
celdas, la noche de las mentes de los  
condenados, de los abismos, las bocas  
de los guardianes, los pechos de los  
jueces y terminará consintiendo que me  
trague, muy, muy despacio, un cocodrilo  
gigante formado por bocanadas de aire  
pestilente de la cárcel.

Es el miedo al juicio.

Pesan sobre mis pobres hombros el  
peso atroz de la justicia de toga y el  
peso de mi triste suerte.

¿Cuántos agentes ya, cuántos  
inspectores rendidos, como suele  
decirse con tanto acierto, durante días y

noches se han encarnizado en desembrollar un enigma que había planteado yo? Y yo creía el caso archivado ya mientras ellos seguían investigando, ocupándose de mí sin saber yo nada, trabajando la materia Genet, la traza fosforescente de los gestos Genet, bregándose en las tinieblas.

¡Qué bien hice en elevar la egoísta masturbación a la dignidad de culto! En cuanto inicio el gesto, una transposición inmunda y sobrenatural desfasa la verdad. Todo en mí se convierte en adorador. La visión exterior de los accesorios de mi deseo me aísla, muy lejos del mundo.

Placer del solitario, gesto de soledad que hace que te bastes a ti mismo poseyendo íntimamente a los demás, que están al servicio de tu placer sin sospecharlo; placer que da, incluso cuando estás en guardia, a tus menores gestos ese aire de indiferencia suprema hacia todos y también ese aire torpe tal que, si un día acuestas en tu cama a un muchacho, crees que te has pegado en la frente con una losa de granito.

¡Trabajo les queda a mis dedos! ¡Lo menos me van a caer diez tacos! ¡Mi buena, mi tierna amiga, celda mía! Reducido a mi única compañía, ¡te quiero tanto! Si tuviera que vivir en completa libertad en otra ciudad, iría

ante todo a la cárcel para reconocer a los míos, a los de mi raza, y también para encontrarte de nuevo.

Ayer, el juez de instrucción me mandó llamar. Desde la Santé hasta el Palacio, los calabozos y el olor del coche celular me habían revuelto el estómago; comparecí ante el juez blanco como el papel.

Ya desde que entré en su despacho se apoderó de mí la desolación que allí ponía, a pesar de la floración polvorienta y secreta de los expedientes criminales, aquel violín reventado que también vio Divina. Y, por obra de Cristo, me abrí a la piedad. Por él y por obra de este sueño en que mi víctima

vino a perdonarme. El juez, en efecto, sonrió con sonrisa llena de bondad. Reconocí la sonrisa de mi víctima en mi sueño y me acordé, o comprendí de nuevo, que ella misma debía ser juez en el tribunal, que confundí quizá a posta con el juez de instrucción, y juez de instrucción: sabiendo que ella me había perdonado, tranquilo, seguro, no a causa de una certidumbre obtenida por la lógica, sino por un deseo de paz, de vuelta a la vida de los hombres (ese último deseo que hace que Pocholo sirva a la policía para recuperar su lugar entre los humanos a través del servicio al orden, y para, al mismo tiempo, salir de lo humano a través de lo abyecto



deliberado), seguro de que todo estaba olvidado, hipnotizado por el perdón, confiado, confesé.

El escribano registró la confesión y yo la firmé.

Mi abogado se quedó estupefacto, aterrado. Pero, ¿qué había hecho yo? ¿Quién me ha engañado? ¿El Cielo? El Cielo, morada de Dios y de su Corte.

Volví a recorrer el camino a través de los corredores subterráneos del Palacio para volver a mi celdita oscura y helada de las Bodegas. Ariadna en el laberinto. El mundo más vivo, los humanos de carne más tierna son de mármol. A mi paso voy sembrando la devastación. Con pupilas muertas

recorro ciudades, poblaciones petrificadas. Pero no hay salida. Es imposible retirar la confesión, anularla, tirar del hilo del tiempo que la ha tejido y hacer que se devane y se destruya. ¿Huir? ¡Vaya idea! El laberinto es más tortuoso que los considerandos de los jueces. ¿El guardián que me conduce? Es un guardián de bronce macizo al que, por la muñeca, voy encadenado. Se me ocurre muy deprisa la idea de seducirlo, de arrodillarme ante él, apoyarle, lo primero, la frente en el muslo, devotamente abrirle el pantalón azul... ¡Qué locura! ¡Buena me espera! ¿Por qué no habré, como yo quería, robado en una farmacia un tubo de estriknina que

habría conservado conmigo y disimulado durante el registro? Un día, demasiado cansado del país de las Quimeras —el único digno de ser habitado, «pues es tal la nada de las cosas humanas que, fuera del ser que existe por sí mismo, nada existe que sea hermoso más que aquello que no existe» (Pope)—, sin vanos adornos que arrojaran el acto, me habría envenenado. Pues, queridos amigos, lo mío va a ser el confinamiento.

Hay momentos en que se comprende de repente por completo el sentido, hasta entonces inadvertido, de ciertas expresiones. Al vivirlas, se las murmura. Por ejemplo: «Sentí cómo el

suelo me faltaba.» Es una frase que he leído y dicho mil veces sin vivirla. Pero me ha bastado, al despertar, con pararme en ella durante diez segundos en el momento en que el recuerdo de mi detención me visitaba (resto de la pesadilla de esa noche), para que la parte de sueño creada por la expresión me envuelva o, más bien, me cause este vacío interior, visceral, provocado también por precipicios en los que se cae, de noche, con toda seguridad. Así caí, la última noche, Ningún brazo tendido, misericordioso, querría asirme. Algunas rocas podrían, quizá, tenderme una mano de piedra, pero precisamente a la distancia suficiente para no poder

empuñarla. Iba cayendo. Y para retrasar el choque final —pues el sentirme caer me causaba esta embriaguez que es la desesperación absoluta vecina de la felicidad durante la caída, pero era también una embriaguez temerosa del despertar, del retorno de las cosas que son, para retrasar el choque con el fondo del abismo y el despertar en la cárcel con mi zozobra frente al suicidio o al presidio— acumulaba catástrofes, provocaba accidentes a lo largo de la verticalidad del precipicio, colocaba horribles obstáculos en mi punto de llegada. Al mismísimo día siguiente fue cuando la influencia de este sueño mal disipado me hizo amontonar detalle tras

detalle, todos graves, con la confusa esperanza de que retrasarían el desenlace. Me iba hundiendo lentamente.

Sin embargo, de vuelta a mi 426, la dulzura de mi obra me embruja. Los primeros pasos que doy, con ambas manos apoyadas en las caderas, que noto contonearse, hacen que me sienta atravesado por Pocholo, que camina detrás. Y héteme aquí de nuevo, en las consoladoras dulzuras del hotel de lujo que habrá que dejar, ya que veinte mil francos no duran eternamente.

Durante su estancia en el hotel, Pocholo no había subido al sotabanco. Había dejado a Divina sin noticias y

nuestra chiquita se moría de preocupación. Pensó, pues, en volver cuando Santa María y él se quedaron sin dinero. Vestidos ambos como falsos monarcas, volvieron al sotabanco donde prepararon para el asesino, con mantas robadas en los autos, un lecho en la alfombra. Así durmió, muy cerca de Divina y de Pocholo acostados. Al verlos llegar, Divina se creyó olvidada y sustituida. En absoluto. Ya veremos más adelante la especie de incesto que unió a ambos chorvos.

Divina trabajó para dos hombres, uno de los cuales era el suyo.

Hasta entonces no había amado más que a hombres más fuertes que ella y un

pelín mayores, más musculosos. Pero llegó Santa María de las Flores, que tenía un carácter físico y moral de flor: se enamoriscó de él. Algo nuevo, como una especie de sentimiento de poder, creció (en el sentido vegetal, germinativo) en Divina. Se creyó virilizada. Una loca esperanza la volvió fuerte, robusta, vigorosa. Sintió cómo le salían los músculos y cómo surgía ella misma de una roca tallada en forma de esclavo de Miguel Angel. Sin mover un músculo, pero poniéndose en tensión, luchó en su interior como Laoconte asió al monstruo y lo retorció. Luego, con mayor audacia, con sus brazos y piernas de carne, quiso boxear, pero pronto



recibió muchos mamporros en el bulevar, pues juzgaba y quería sus movimientos no en función de una eficacia en el combate, sino en función de una estética que la habría convertido en un golfo más o menos galán. Los movimientos que realizaba y, ante todo, una llave de cintura, una puesta en guardia, tenían que convertirla a toda costa, incluso a costa de la victoria, más que en el boxeador Divina, en determinado boxeador admirado y, a veces, en varios espléndidos boxeadores a un tiempo. Buscó gestos viriles que rara vez son gestos de varón. Se puso a silbar, a meterse las manos en los bolsillos, y realizó tan torpemente

todo este simulacro que era como si fuera en la misma velada cuatro o cinco personajes a un tiempo. Sacaba en limpio la riqueza de una múltiple personalidad. Pasaba de chica a chico, y los pasos de una a otro —al ser nueva la actitud— iban a trompicones. Tras el chico corría a la pata coja. Iniciaba siempre sus gestos de Gran Lunática y luego, acordándose de repente de que tenía que mostrarse viril para seducir al asesino, los concluía en plan burlesco, y esta doble fórmula la envolvía en maravilla, la convertía en payaso tímido con traje de paisano, en una especie de loca envenenada. Por fin, para coronar su metamorfosis de hembra en duro

macho, inventó una amistad de hombre a hombre que debería unirlos a alguno de esos chulos sin tacha de cuyos gestos no puede decirse que son ambiguos. Y, para mayor seguridad, se inventó a Marchetti. No tardó nada en elegirle un aspecto físico, pues poseía en su imaginación secreta de mujer aislada, para sus noches, una reserva de muslos, brazos, torsos, rostros, cabellos, dientes, nuca, rodillas y sabía juntarlos para formar un hombre vivo a quien daba un alma — siempre la misma para cada una de estas construcciones: la que ella habría querido tener—. Una vez inventado Marchetti, vivió algunas aventuras a su lado, en secreto. Luego, una noche, le

dijo ella que ya estaba cansada de Santa María de las Flores y que se avenía a cedérselo. Sellaron el acuerdo con un viril apretón de manos. Este fue el sueño: Marchetti se presenta en el chamizo con las manos en los forreros:

—Hola, chaval, le dice a Divina.

Se sienta; charlan, de hombre a hombre, del currelo. Llega Santa María. Le da la mano a Marchetti. Marchetti le toma el pelo un poco por la cara de chica que tiene. Yo (Divina se habla a sí misma en secreto), yo hago como si ya no lo viera. Sólo que estoy segura ahora de que, gracias a mí, Santa María dará el golpe del bargueño con Marchetti. (Tiene un apellido demasiado hermoso

para buscarle un nombre.) Dedico tres minutos a mi guarida. Me las apaño para darles la espalda. Me vuelvo: los veo besuqueándose, y Marchetti se ha dejado abrir la bragueta. Empieza el amor.

Divina no se había virilizado: había envejecido. Ahora, un adolescente la conmovía: así fue cómo sintió que era vieja, y esta certidumbre se desplegaba en ella como colgaduras formadas por alas de murciélago. Esa misma noche, desnuda y sola en el sotabanco, vio con mirada nueva su cuerpo blanco, sin un pelo, liso, seco, huesudo en algunos sitios. Se avergonzó y se apresuró a apagar la luz, pues este cuerpo era el cuerpo de marfil de Jesús en una cruz

del siglo XVIII, y unas relaciones, incluso un parecido con la divinidad o su imagen, la asqueaban.

Pero con esta desolación, una nueva alegría nacía en ella.

La alegría que precede a los suicidios. A su vida cotidiana, Divina la temía. La carne y el alma se le estaban agriando. Llegó para ella la estación de los llantos, como diríamos la estación de las lluvias. En cuanto apaga, en cuanto da a la llave de la luz, por nada del mundo daría un paso fuera de la cama, donde se cree segura, pero del mismo modo que se cree segura dentro de su cuerpo. Se siente bastante bien protegida por estar en su cuerpo. Fuera

reina el espanto. Una noche, sin embargo, se atrevió a abrir la puerta del sotabanco y a dar un paso en el descansillo oscuro. La escalera rebosaba de los gemidos de las sirenas que la llamaban abajo. No eran precisamente gemidos ni cantos, ni tampoco sirenas exactamente, pero era claramente una invitación a la locura o a la muerte por la caída. Loca de espanto, volvió a entrar en el sotabanco. Era el instante que precede al timbre de los despertadores. Si de día no tenía que sufrir miedo, conocía en cambio otro suplicio: se ruborizaba. Por cualquier cosa se volvía la Escarlatísima, la Purpurina, la Eminencia. No se piense

que se avergonzaba de su trabajo. Había sabido demasiado bien, y bien joven, penetrar sin tregua hasta la desesperación para no haber apurado ya, a su edad, la vergüenza. Cuando Divina se daba a sí misma el título de vieja puta putañera no hacía sino adelantarse a las burlas e insultos. Pero se ruborizaba por pequeñeces que parecían anodinas, que creemos insignificantes hasta el momento en que, fijándose más, se daba cuenta de que el rubor le había subido en el momento en que la estaban humillando sin intención. Cualquier nadería humillaba a Divina. Con humillaciones de esas, que cuando todavía era Culafroy la rebajaban al



máximo con el solo poder de las palabras. Las palabras recuperaban con ella su prestigio de cajas, vacías en último término de todo lo que no es misterio. A las palabras cerradas, selladas, herméticas, si se abren, se les escapan los significados a brincos que asaltan y dejan atónito. Filtro, que es una palabra de brujería me ha conducido hasta la solterona que hace café y le mezcla achicoria y lo filtra; por los posos del café (es un truco de prestidigitación) me devuelve a la brujería. La palabra Mitrídates, una mañana, de repente. Divina se la volvió a encontrar. Se abrió un día, enseñó a Culafroy su virtud, y el niño,

retrocediendo de siglo en siglo, hasta el mil quinientos, se adentró en la Roma de los pontífices. Echemos una ojeada a esta época de la vida de Divina. Como el único veneno que podía conseguir era el acónito, cada noche, con su larga bata de rígidos pliegues, abría la puerta de su cuarto, que estaba al nivel del jardín, pasaba por encima de la barra de apoyo —gesto de enamorado, de asaltante, de bailarina, de sonámbulo, de saltimbanqui— y saltaba a la huerta cercada por un seto de saúcos, de moreras, de endrinos, pero donde se habían sabido disponer, entre los arriates de verduras, linderos de reseda y de caléndulas. Culafroy cogía en un

macizo hojas de acónito napelo, las  
medía con un doble decímetro,  
aumentaba cada vez la dosis, las  
enrollaba y se las tragaba. Pero el  
veneno tenía la doble virtud de matar y  
de resucitar de entre los muertos a los  
que había matado y, raudo, actuaba. Por  
la boca, el Renacimiento se posesionaba  
del niño. Como el Hombre-Dios de la  
chiquilla que, sacando, aunque  
piadosamente, la lengua, se traga la  
hostia. Los Borgia, los Astrólogos, los  
Pornógrafos, los Príncipes, las  
Abadesas, los Condottieri lo acogían  
desnudo sobre sus rodillas duras bajo la  
seda, él apoyaba tiernamente la mejilla  
contra una verga erecta, de piedra bajo

la seda, de piedra incommovible tal y como debe de ser bajo el raso nacarado de su casaca, el pecho de los negros del jazz.

Sucedía en una verde alcoba, en fiestas que cierra la muerte bajo forma de puñales, de guantes perfumados, de hostia alevosa. Culafroy se trasformaba bajo la luna en ese mundo de envenenadores, pederastas, pillos, magos, guerreros, cortesanas y la naturaleza, a su alrededor, la huerta, al permanecer iguales a sí mismos, lo dejaban solo, poseedor y poseído de una época, en su caminar descalzo bajo la luna, alrededor de los arriates de berzas y lechugas, donde se habían quedado un

rastrillo y una laya abandonados, con libertad para levantar y arrastrar brocados con gestos altivos. Ninguna anécdota sacada de la Historia o de una novela organizaba esta masa de sueño; únicamente el murmullo de algunas palabras mágicas espesaba las tinieblas de las que se desprendían un paje o un caballero, bello rijoso, ojeroso tras una noche entre sábanas de fino lienzo... «Datura fastuosa, Datura stramonium, Belladona...»

Como el fresco de la noche, cayendo sobre su bata blanca, le daba escalofríos, se acercaba a la ventana abierta y se acostaba en una inmensa cama. Al llegar el día, volvía a ser el

colegial pálido, tímido, doblegado bajo el peso de los libros. Pero cuando se viven noches embrujadas, algunas señales quedan por el día, que son para el alma como las ojeras para los ojos. Ernestine le ponía un pantaloncito de sarga azul muy corto, tapado por un delantal negro de colegial que se abrochaba en la espalda con botones de nácar blanco; lo calzaba con zuecos de madera ennegrecidos y con medias de algodón negro que le tapaban las pantorrillas poco llenas. No iba de luto por nadie y era conmovedor verlo todo de negro. Pertenece a la raza de los niños perseguidos, prematuramente arrugados, volcánicos. Las emociones

devastan los rostros, arrancan la paz, hinchan los labios, pliegan las frentes, agitan las cejas con estremecimientos y convulsiones sutiles. Los compañeros lo llamaban «Culata», y ese nombre, pronunciado entre juegos, era como una bofetada. Pero esa clase de niños, como los vagabundos, tienen sus marrullerías deliciosas o terribles para franquearse los refugios confortables y tibios en que se bebe vino tinto que emborracha y donde lo quieren a uno en secreto. Por el techo de la escuela del pueblo, como un ladrón acosado, Culafroy se escapaba, y entre los colegiales que no sospechaban nada, durante los recreos clandestinos (el niño es el recreador del cielo y de la

tierra), se encontraba con Jean de las Bandas Negras. Al acabar la clase, volvía a la casa más próxima a la escuela, y así se salvaba de participar en los misterios vudús de los colegiales libres, a las cuatro, de padres y maestros. Su habitación era un cuarto pequeño con muebles de caoba, decorado con grabados de colores que representaban paisajes de otoño que no miraba puesto que no descubría en ellos más rostros que el de tres ninfas verdes. La infancia deja de lado los mitos convencionales concedidos a una infancia convencional; le importan un bledo las hadas de cromó, los monstruos decorativos y mis hadas eran el esbelto



carnicero de puntiagudo bigote, la maestra tísica, el farmacéutico; todo el mundo era hada, es decir, estaba aislado por el halo de una existencia inabordable, inviolable, a través del cual yo no distinguía más que gestos cuya continuidad —y por lo tanto la lógica y lo que ésta tiene de tranquilizador— se me escapaba, y cada fragmento de los cuales me planteaba una nueva pregunta, literalmente: me inquietaba.

Culafroy entraba en su cuarto. Helo aquí inmediatamente en su Vaticano, sumo pontífice. Deja la cartera llena de libros y cuadernos encima de una silla de paja, saca de debajo de la cama un

cajón. En él se amontonan viejos juguetes, álbumes de cromos rotos o con las esquinas dobladas, un oso de felpa pelado y, de ese lecho de sombras, de esa tumba de glorias aún humeantes y radiantes, arranca un violín grisáceo que ha confeccionado él mismo. Su gesto vacilante lo hace ruborizarse. Siente esa humillación, más fuerte que la vergüenza verde de un escupitajo en la espalda, que sintió al fabricarlo —pero no al concebirlo— hace apenas ocho días, con la tapa de cartón del álbum de cromos, con el trazo de mango de escoba y cuatro hilos blancos: las cuerdas. Era un violín plano y gris, un violín de dos dimensiones que sólo tenía

la tabla de armonía y el mástil, del que salían cuatro hilos blancos, geométricos, rigurosos sobre la extravagancia, un espectro de violín. El arco era una varita de avellano a la que le había raspado la corteza. Cuando, por vez primera, Culafroy había pedido a su madre que le comprara un violín, ésta se había inmutado. Estaba echando sal a la sopa. Ante sus ojos no se había presentado con precisión ninguna de las siguientes imágenes: un río, llamas, oriflamas bordadas de escudos, un tacón Luis XV, un paje con calzas azules, el alma torcida y retorcida de una paje, pero la turbación que cada una de ellas le causaba, un chapuzón en un lago de

tinta negra, esta turbación la mantuvo un momento entre la vida y la muerte y, cuando dos o tres segundos después, volvió en sí, un escalofrío nervioso la agitó e hizo temblar la mano que echaba sal en la sopa. Culafroy no sabía que, por sus formas torturadas, un violín inquietaba a su sensible madre y que se paseaba por sus sueños en compañía de flexibles gatos, por esquinas de muros, bajo balcones en que unos pillos se reparten el botín de la noche, en que otros apaches se enroscan alrededor de una farola de gas, por escaleras que chirrían como violines desollados vivos. Ernestine lloró de rabia por no poder matar a su hijo, pues Culafroy no

era aquello que se puede matar, o más bien podemos ver que lo que en él se mató permitió otro nacimiento: las vergas, disciplinas, azotainas, bofetadas, pierden su poder o, más bien, cambian de virtudes. La palabra violín no volvió a pronunciarse. Para estudiar música. Es decir, para hacer los mismo gestos que no sé ya qué chaval guapito de una revista, Culafroy fabricó el instrumento, pero, delante de Ernestine no quiso nunca más volver a pronunciar la palabra que empezaba como violación. Lo fabricó en el mayor secreto, de noche. De día lo hundía en el fondo del cajón de juguetes viejos. Cada tarde, lo sacaba. Humillado, aprendió él solo a

colocar los dedos torpes en los hilos blancos, siguiendo los consejos de un viejo método que había encontrado en el desván. Cada silencioso estudio lo agotaba. El frustrante chirrido que el arco arrancaba de las cuerdas le ponía carne de gallina en el alma. El corazón se le estiraba y se le deshilachaba en silencios crispados —espectros de sonidos—. Su vejación lo perseguía durante la clase y estudiaba en estado de perpetua vergüenza, solapado y humillado como nosotros el día de Año Nuevo. Furtivas, susurradas son nuestras felicitaciones como deben de ser, entre sí, las de los criados orgullosos y las de los leprosos. Puesto que se trata de

gestos reservados a los amos, notamos con frecuencia la impresión de estar utilizando sus trajes para recibirnos. Nos estorban, como debe de estorbarle el frac sin solapas de seda que lleva, al aprendiz de maestresala. Una noche, Culafroy tuvo un gesto amplio, desmesurado, de trágico. Un gesto que iba más allá de la habitación, que entraba en la noche y seguía hasta las estrellas, entre las Osas y más allá; luego, semejante a la serpiente que se muerde la cola, volvía a la oscuridad de la habitación y al niño que en ella se estaba ahogando. Pasó el arco de la punta a la base, lenta y espléndidamente; esta última desgarradura acabó de

aserrarle el alma: el silencio, la sombra y la esperanza de separar esos elementos varios que cayeron, cada cual por su lado, hicieron que se desplomara así un intento de construcción. Dejó caer los brazos, el violín y el arco; lloró como un crío. Las lágrimas le corrían por la carita chata. Sabía, una vez más, que no había nada que hacer. La red mágica que había intentado roer se había apretado a su alrededor, aislándolo. Vacío, se aproximó al pequeño espejo del tocador y se miró el rostro por el que sentía la ternura que se siente por un perrito feo, cuando el perro es de uno. La sombra se iba instalando, salida de no se sabe dónde. Culafroy la dejó



instalarse. Nada más le interesaba el rostro del espejo y sus cambios: el globo de los párpados luminosos, la aureola de sombra, la mancha negra de la boca, el índice que seguía iluminado y que sostenía la cabeza gacha. La cabeza gacha, para verse en el espejo, le obligaba a levantar la vista y a observarse así del modo solapado que adoptan en el cine los actores: «Yo podría ser un gran artista.» No formuló claramente esta idea y, sin embargo, el esplendor a ella unido le hizo agachar la cabeza algo más. «El peso del destino», creyó. En el palisandro brillante del tocador vio una escena fugitiva y semejante en esencia a muchas otras que

le visitaban con frecuencia: un niño estaba acurrucado bajo una ventana enrejada, en una habitación oscura, en que él mismo se paseaba con las manos en los bolsillos.

Surgían capitales en medio de su infancia arenosa. Capitales como cactus bajo el cielo. Cactus como islas verdes, radiantes de rayos agudos, impregnados de curare. Su infancia, como un sahara, minúsculo o inmenso —no se sabe— protegido por la luz, por el perfume y el flujo de encanto personal de un gigantesco magnolio en flor que subía en un cielo profundo como una gruta, por encima del sol invisible y sin embargo presente. Esta infancia se iba secando

sobre su arena calcinada, teniendo, en instantes rápidos como saetas, delgados como éstas, delgados como ese paraíso que se ve entre los párpados de un mogol, una visión fugaz del magnolio invisible y presente; esos instantes eran, desde todos los puntos de vista, semejantes a los que narra el poeta:

*He visto en el desierto  
tu cielo abierto...*

Ernestine y su hijo vivían en la única casa del pueblo que tenía, junto con la iglesia, tejado de pizarra. Era una gran edificación de piedra de talla,

rectangular, dividida en dos trozos por un pasillo que se abría como una brecha heroica entre las rocas. Ernestine poseía rentas bastantes considerables que, al suicidarse de un salto en los fosos verdes del castillo que allí se encontraba, le había dejado su marido. Hubiera podido vivir rodeada de lujo, ser servida por varios criados, moverse entre inmensos espejos que fueran de las alfombras al techo dorado. Se negaba a sí misma el lujo y la belleza que matan el ensueño. El amor también. Antaño el amor la había depositado en el suelo y mantenido allí con puño de luchador acostumbrado a derribar forzudos. A los veinte años, había hecho nacer una

leyenda: cuando, más tarde, los campesinos hablen de ella, no podrán ya por menos de evocar al ser, de rostro totalmente vendado, como un rostro de aviador herido, el propio rostro de Weidmann, salvo la boca y los ojos, con vendas de gasa, para conservar las espesas capas de crema de belleza especial que le protegían la piel del bronceado del sol y del heno, cuando iba en verano a segar el heno de los campos de su padre. Pero, como un ácido, la amargura había pasado por ella, corroyendo las dulzuras. Ahora, temía todo aquello de lo que no se puede hablar de manera sencilla y familiar, sonriendo. Sólo ese temor probaba el

peligro de una recaída en poder de la Glotona (la Belleza). Aunque los lazos estuviesen flojos, eran sólidos y la ataban y la entregaban a poderes cuyo contacto o cuya sola proximidad la trastornaba. Eran el arte, la religión, el amor que van envueltos en lo sagrado (pues de lo sagrado, a lo que se da el nombre ¡ay! de espiritual, nadie se ríe, ni se sonríe: es algo triste. Y si es aquello que está tocando a Dios, ¿Dios es, pues, triste? ¿Dios es, pues, una idea dolorosa? ¿Dios es, pues, mal?), a los que se aproximan todos siempre con una cortesía que los guarda.

El pueblo poseía, entre sus accesorios, un viejo castillo feudal

rodeado de fosos sonoros de ranas, un cementerio, la casa de la madre soltera y la madre soltera en persona, un puente con tres ojos de piedra sobre tres ojos de agua clara; en él gravitaba cada mañana una espesa niebla que acababa por alzarse ante el decorado. El sol la iba cortando en jirones que, por un instante, vestían a los árboles flacos y negros de niños de gitano.

Las pizarras azules y cortantes, las piedras de granito de la casa, los cristales de las altas ventanas aislaban a Culafroy del mundo. Los juegos de los muchachos que vivían pasado el río eran juegos desconocidos que complicaban las matemáticas y la geometría. Se

jugaban a lo largo de los setos y, como atentos espectadores, contaban con los chivos y los potros de los prados. Los propios jugadores, actores-niños, fuera de la escuela, fuera del lugar, recobraban su personalidad agreste, volvían a ser boyeros, buscadores de nidos de mirlos, trepadores, segadores de centeno, ladrones de ciruelas. Si eran para Culafroy, sin poder ellos mismos darse cuenta de ello con mucha claridad, pero sospechándolo, un pueblo de demonios seductores, Culafroy ejercía, de forma inconsciente, sobre ellos un prestigio que le proporcionaban su aislamiento, el refinamiento y la leyenda de Ernestine y el tejado de pizarra de su



casa. Al mismo tiempo que lo odiaban, no había niño que no soñase con él envidiándole el corte del cabello, la elegancia de la cartera de cuero. La casa de pizarra debía de contener fabulosas riquezas en medio de las cuales Culafroy tenía el prestigio de moverse lentamente, el privilegio de aventurar gestos familiares tales como tamborilear con los dedos sobre un mueble o patinar sobre el entarimado, en medio de un decorado que juzgaban principesco; sonreír allí dentro como un delfín y quizá, incluso, jugar a las cartas. Culafroy parecía segregar un misterio regio. Los hijos de reyes son excesivamente frecuentes entre los niños

para que los colegiales del pueblo pudieran tomar en serio a éste. Pero consideraron en él un crimen el hecho de que divulgara tan a las claras un origen que cada cual guardaba bien escondido en sí mismo, que lesionaba su propia Majestad. Pues la idea regia es de este mundo; si no la posee por la virtud de las transmisiones carnales, el hombre debe adquirirla y adornarse con ella en secreto, para no quedar excesivamente envilecido ante sus propios ojos. Al entrecruzarse en medio de la noche los sueños y los ensueños de los niños, cada cual poseía al otro ignorándolo éste, de forma violenta (pues se trataba efectivamente de violaciones), casi

total. El pueblo que para su propio uso recreaban y donde, ya lo hemos dicho, los niños eran soberanos, se enmarañaba en las costumbres, que a ellos no les extrañaban, de un pueblo de extrañas noches, donde se enterraba a los niños, muertos al nacer, de anohecida y los llevaban al cementerio sus hermanas en cajas de pino estrechas y charoladas como cajas de violín; en que otros niños corrían por los calveros del bosque y pegaban el vientre desnudo, protegido sin embargo de la luna, contra el tronco de las hayas y de los robles tan vigorosos como los montañeros adultos cuyos cortos muslos tensan, hasta hacerlos reventar, los calzones de cuero,

en un sitio desnudo de corteza, para así recibir en la piel tierna de los menudos vientres blancos las descargas de la savia en primavera; en que la italiana pasaba espiando a los ancianos, a los enfermos, a los paralíticos, en cuyos ojos recogía el alma, escuchándolos morir (los ancianos mueren como nacen los niños), teniéndolos a su merced, y su merced no era su gracia; un pueblo de días no menos extraños que las noches, donde las comitivas, los días del Corpus o de Rogativas, cruzaban la campiña crispada por el sol del mediodía, procesiones formadas por niñas de cabeza de porcelana, vestidas de blanco y coronadas por flores de tela,

monaguillos columpiando al viento incensarios cubiertos de cardenillo, mujeres tiesas entre su moaré negro o verde, hombres enguantados de negro que sostenían un baldaquino de aspecto oriental, empenachado de plumas de avestruz, bajo el que se paseaba el sacerdote portador de una custodia. Bajo el sol, entre el centeno, los pinos, la alfalfa, invertidos en los estanques, con los pies hacia el cielo.

Todo esto formó parte de la infancia de Divina. Y muchas cosas más que diremos más adelante. Sería cosa de volver a hablar de ella.

Digamos desde ahora mismo que nunca sus amores le habían hecho temer la cólera de Dios, el desprecio de Jesús o la repugnancia almibarada de la Santísima Virgen, nunca antes de que Gabriel le hablara de ello, pues, en cuanto reconoció en sí misma la presencia de semillas de estos temores: cólera, desprecio, repugnancias divinas, Divina hizo de sus amores un dios por encima de Dios, de Jesús, de la Santísima Virgen, al que ellos se sometían como todo el mundo, mientras que Gabriel, a pesar de su temperamento fogoso, que con frecuencia le enciende la cara, temió al Infierno, pues no amaba a Divina.

¿Y quién la seguía amando, aparte Pocholo?

Santa María de las Flores sonreía y cantaba. Cantaba como un arpa eólica y una azulada brisa le pasaba a través de las cuerdas del cuerpo; cantaba con el cuerpo; no amaba. La policía no sospechaba de él. Tal era la indiferencia de este niño que ni siquiera compraba los periódicos: proseguía su melodía.

Divina creía que Pocholo estaba en el cine, y Santa María, que ejercía de mechero en unos grandes almacenes, pero... De zapato americano, sombrero muy flexible, cadena de oro en la muñeca —o sea, todo lo que caracteriza al chulo—, Pocholo, al atardecer,

bajaba por la escalera del sotabanco y... Llegó el inevitable soldado. ¿De dónde llega? ¿De la calle quizá, a un bar en que Divina estaba sentada? La puerta giratoria, cuando estaba girando, a cada vuelta, como el mecanismo de un campanario veneciano, presentaba un sólido arquero, un paje flexible, un ejemplar de la Alta-Manflorería, uno de esos chulos cuyos antepasados de los tugurios, cuando patrocinaban a Mademoiselle Adna, llevaban aros en las orejas y, entre cuyas piernas, hoy en día, cuando van por el bulevar, salpican, estallan agudos pitidos.

Apareció Gabriel. También lo veo cuesta abajo por una calle casi vertical,



corriendo, semejante a ese perro embrujado que bajó al pueblo por la calle mayor, y como hay que pensar que chocó contra Divina al salir de una tienda de ultramarinos de barrio donde acababa él de comprar un cucurucho sorpresa, en el instante en que la campanilla de la puerta acristalada sonaba dos veces. Me hubiera gustado hablaros de los encuentros. Me da la impresión de que el instante que los provocaba —o provoca— se sitúa fuera del tiempo, que el choque salpica lo que hay en derredor, espacio y tiempo, pero quizá me equivoque, pues quiero hablar de esos encuentros que provocho e impongo al fulano de mi libro. Acaso

ocurre con estos instantes fijados en el papel como con las calles concurridas sobre cuya muchedumbre poso la mirada por azar: una dulzura, una ternura, las sitúa fuera del instante; queda embrujado y, sin saber por qué, este gentío es miel para mis ojos. Dejo de mirar, luego miro otra vez, pero ya no encuentro ni la dulzura ni la ternura. La calle se me torna lúgubre como una mañana de insomnio, la lucidez me vuelve, me devuelve la poesía que este poema había desterrado: algún rostro de adolescente, mal divisado, en su seno, había iluminado a la muchedumbre; luego ha desaparecido. El sentido del Cielo no me es ya extraño. Divina, pues,

se encontró con Gabriel. Pasó ante ella, desplegando la espalda como un muro, un acantilado. Este muro no es que fuera tan ancho, pero afluía de él sobre el mundo tanta majestad, es decir, tanta fuerza serena, que le pareció a Divina que era de bronce, la muralla de tinieblas de la que sale volando un águila negra, con las alas desplegadas.

Gabriel era soldado.

El ejército es la sangre roja que corre de las orejas del artillero; es el soldadito alpino crucificado en los esquíes, un espahí montado en su caballo de nubarrón parado en seco al filo de la Eternidad, los príncipes enmascarados y los asesinos fraternales

de la Legión; es, en las Tripulaciones de la Flota, el puente que sustituye a la bragueta en los pantalones de los marineros rijosos, para, dicen buscando una excusa completa, que no se enganchen en los aparejos durante las maniobras; es, en fin, los propios marineros que encantan a las sirenas enroscándole alrededor de los mástiles como las fulanas alrededor de los chulos; envolviéndose en velas, las agitan como una española un abanico, riéndose a carcajadas o, con ambas manos en los bolsillos, tiesos sobre el puente que los columpia, silban el verdadero vals de los cuellos azules.

—¿Y las sirenas pican?

—Sueñan con ese sitio en que el parentesco entre sus cuerpos y el de los marineros termina. ¿Dónde empieza el misterio?, se preguntan. Y es entonces cuando cantan.

Gabriel era soldado de infantería, vestido de paño azul cielo, paño espeso y esponjoso. Más adelante, cuando lo hayamos visto mejor y no estemos tratando tanto de él, lo describiremos. Naturalmente, Divina lo llama Arcángel. Y también: «Licor mío.» Él se deja adorar sin inmutarse. Acepta. Por miedo a Pocholo, por miedo a apenarlo sobre todo, Divina no se ha atrevido a llevar al soldado al sotabanco. Se reúne con él al anochecer, en el terraplén del bulevar

donde él le cuenta amablemente la historia de su vida, puesto que otra cosa no sabe. Y Divina:

—No me estás contando tu vida, Arcángel, sino un pasaje subterráneo de la mía que yo ignoraba.

Dice también Divina: «Te quiero como si estuvieras dentro de mi vientre», o también:

—No eres mi amigo, eres yo misma. Mi corazón o mi sexo. Una rama de mí.

Y Gabriel, conmovido, pero sonriendo de vanidad:

—¡Ay, rufianaja!

La sonrisa le hacía burbujear en la comisura de los labios algunas delicadas bolas de espuma blanca.

Príncipe-Monseñor, que se cruza con ellos de noche, con los dedos arqueados en forma de anillo como un cura predicando, le lanza a Divina las siguientes palabras, como quien lanza una pestaña: «¡Anda ya, libador!», y sale corriendo después de haberlos unido.

Otros más, a lo largo del trayecto de Blanche a Pigalle, los bendicen así, consagran la pareja que forman.

Divina, que va envejeciendo, suda de angustia. Es una pobre mujer que se pregunta: «¿Me querrá? ¡Ay!, ¡haber descubierto un amigo nuevo!, adorarlo de rodillas y que a cambio me perdone, sencillamente. Con tretas pienso

conducirlo al amor.» He oído decir que para que los perros cojan apego al amo hay que mezclarles cada día con la pitanza una cucharada de la orina de éste: Divina lo prueba. Cada vez que invita a cenar a Arcángel, se las apaña para echarle en la comida un poco de su orina.

Hacerse amar. Lentamente conducir al ingenuo hacia ese amor, como hacia una urbe prohibida, una ciudad misteriosa, un Tombuctú negro y blanco, negro y blanco y conmovedor como el rostro del amante sobre cuya mejilla se mueve la sombra del rostro del otro. Enseñar al Arcángel, obligarlo a aprender la fidelidad del perro.



Encontrar al niño inerte y sin embargo tibio; luego, a fuerza de caricias, sentirlo caldearse aún más, bajo mis dedos henchirse, llenarse, saltar como ya sabéis qué. ¡Ser amada, Divina!

Encima del diván del sotabanco se retuerce, se revuelca como una viruta nacida bajo la garlopa. Retuerce sus brazos vivos, enroscados, desenroscados, blancos, estranguladores de sombras. Tenía que hacer subir algún día a Gabriel allá arriba. Como las cortinas están corridas, se encuentra en medio de unas tinieblas tanto más macizas cuanto que en ellas criaba moho, desde hacía años, como un perfume de incienso helado, la esencia

sutil de los pedos allí eclosionados.

En pijama de seda azul con paramentos blancos, Divina estaba echada en el diván. Con el pelo en los ojos, la barba afeitada, con boca pura y rostro alisado por el agua de ocre. Así y todo, hizo como si estuviera medio dormida.

—Siéntate.

Con una mano señaló un sitio a su vera, en el borde del diván, y extendió la punta de los dedos de la otra.

—¿Qué tal?

Gabriel llevaba el uniforme de paño azul cielo. Sobre el vientre, el cinturón de cuero, mal abrochado, le colgaba.

El paño tan grueso y el azul tan

delicado hacían empalmarse a Divina. Más adelante dirá: «Me empalmaba por sus herales.» Un paño fino e igual de azul la habría conmovido menos que un grueso paño negro, pues es la tela de los curas de pueblo, y la de Ernestine, y el grueso paño gris es la tela de los niños de la Inclusa.

—¿No te pica esa lana?

—Qué chiste. Llevo camisa y calzoncillos. La lana no me roza la piel.

Divina, ¿verdad que es asombroso que llevando un traje azul cielo se atreva a tener los ojos y el pelo tan negros?

—Mira, hay Jerez, sírvete lo que quieras. Ponme un vasito.

Gabriel, sonriente, se echa un vaso de licor. Bebe. De nuevo está sentado al borde del diván. Entre ambos, un ligero malestar.

—Oye, qué calor hace aquí. ¿Me puedo quitar la guerrera?

—Ay, quítate lo que quieras.

Se desabrocha el cinturón, se quita la guerrera. El ruido del cinturón puebla el sotabanco de una compañía de tropa sudorosa que vuelve de unas maniobras. Divina, ya lo he dicho, va también vestida de azul cielo que flota alrededor de su cuerpo. Es rubia, y bajo este bálago su rostro parece algo arrugado; como dice Mimosa, igual que un papel de seda (Mimosa dice eso con maldad,

para herir a Divina), pero ese rostro le gusta a Gabriel. Divina, que quería saberlo, temblorosa como la llama de un cirio, le pregunta:

—Me estoy haciendo vieja, pronto cumpliré treinta años.

Gabriel tiene entonces esa delicadeza inconsciente de no halagarla con una mentira que dijera: «No los aparentas.» Contesta:

—Pero si es a esa edad cuando se está mejor. Se comprende todo mucho mejor.

Añade:

—Es la edad de verdad.

Los ojos, los dientes de Divina relucen y hacen relucir los del soldado.

—¡Venga ya!

Se ríe, pero lo siento incómodo.

Es feliz. Gabriel está ahora relajado, apoyado en ella de azul pálido: dos ángeles cansados de volar, que se habían posado sobre un poste de telégrafos y a los que el viento ha hecho caer en un foso de ortigas no son más castos.

Una noche, el Arcángel se volvió fauno. Tenía a Divina estrechamente abrazada, cara a cara, y su miembro, más poderoso de repente, por debajo de ella, intentaba penetrarla. Cuando encontró lo que buscaba, curvándose un poco, entró. Gabriel había adquirido tal virtuosidad que podía, al mismo tiempo que él permanecía inmóvil, imprimir a

su verga un estremecimiento comparable al de un caballo que se indigna. Forzó con su habitual pasión y notó tan intensamente su poder que —con la garganta y la nariz— relinchó victorioso tan impetuosamente que Divina creyó que Gabriel, con todo su cuerpo de centauro, la penetraba; se desvaneció de amor como una ninfa en el árbol.

Los juegos volvieron con frecuencia. A Divina se le pusieron los ojos resplandecientes y la piel más flexible. El Arcángel interpretaba en serio su papel de follador. De ésta se puso a cantar la *Marsellesa* pues, desde este instante, le entró el orgullo de ser francés y gallo galo, que es algo de lo

que sólo se enorgullecen los machos. Luego, murió en la guerra. Una noche, vino a ver a Divina al bulevar.

—Estoy de permi; lo pedí por ti. Ven a jalar ahora que tengo pasta.

Divina levantó los ojos para mirarlo a la cara.

—Entonces, ¿me quieres, Arcángel?

Gabriel tuvo un gesto de malhumor que le agitó los hombros.

—Te daría de hostias, dijo con los dientes apretados. ¿Es que no se nota?

Divina cerró los ojos. Sonrió. Con voz sorda:

—Vete, Arcángel. Vete que te tengo muy visto. Me das una alegría tan grande, Arcángel.



Hablaba como una sonámbula que hablase, tiesa, rígida y en el rostro una sonrisa fija.

—Vete, que caería en tus brazos, ¡oh, Arcángel!

Murmuró:

—¡Oh, Arcángel!

Gabriel se fue, sonriente, a grandes zancadas lentas, pues llevaba botas. Murió en la guerra de Francia y los soldados alemanes lo enterraron allí donde cayó, delante de la verja de un castillo de Turena. Sobre su tumba pudo venir Divina a sentarse y a fumarse un Craven con Jimmy.

La reconocemos allí sentada, con las largas piernas cruzadas, el cigarrillo en

la mano, a la altura de la boca. Sonríe, casi feliz.

Al entrar en Graff, Divina divisó a Mimosa que la vio. Se hicieron una pequeña seña con los dedos, una bagatela con los dedos:

—¡Hola! ¿Y tu Santa María, mona?

...

—Ay, no me hables. Se ha escapado. La Santa María se ha largado, ha volado. Se la han llevado los ángeles. Me la han robado, Mimo, aquí tienes a la Desconsoladísima. Haz una novela; me voy a meter monja.

—¿Que tu Santa María ha ahuecado el ala? ¿Que ha ahuecado el muslo tu Santa María? Pero eso es terrible. ¡Es

una pelandusca!

—Olvidemos, olvidémosla.

Mimosa quiso que Divina se sentara en su mesa. Dijo que se había quitado de encima a los cabritos para toda la velada.

—Estoy de vacaciones, hala. Tómate una ginebra, hija.

Divina estaba preocupada. No quería a Santa María hasta el punto de sufrir ante la idea de que lo iban a denunciar si es que había hecho una mala jugada, pero recordaba que Mimosa se había tragado su foto como quien se traga la Eucaristía y se había mostrado muy ofendida cuando Santa María le había dicho: «Pareces una

fregona.» Sonrió sin embargo, acercó su sonrisa muy cerca del rostro de Mimosa como para besarla, y los rostros quedaron de repente tan próximos que les pareció asistir a sus esponsales. Ambas mariconas se quedaron horrorizadas. Sin dejar de sonreír divinamente, Divina murmuró:

—Te detesto.

No lo dijo. La frase se le formó en la garganta. Luego, en seguida, su rostro se cerró como un trébol al crepúsculo. Mimosa no entendió nada. Divina se había callado siempre la singular comunión de Mimosa pues temía que, al enterarse, Santa María se arrepintiera y se insinuara, con coqueterías, a su rival.

Santa María era más coqueta que una maricon. Era puta como un *gigolo*. Para sus adentros, Divina se explicaba que quería evitar a Santa María de las Flores el pecado de orgullo porque a Divina, sabido es, le costaba mucho ser inmoral y sólo lo conseguía a costa de luengos rodeos que la apenaban. Su personaje está enredado en mil sentimientos y en sus contrarios, que se lían, se deslían, se anudan, se desanudan, creando un revoltijo tremendo. Hacía un esfuerzo. Su primer deseo era del siguiente orden: «Mimosa no tiene que enterarse de nada; es una asquerosa y la detesto.» Era éste un deseo puro nacido directamente del

hecho. Divina no lo experimentaba sin embargo del todo bajo esta forma, los santos del Cielo velaban en sordina, y las santas; no asustaban a Divina porque son terribles, es decir, vengadores de los malos pensamientos, sino porque son de escayola, con los pies apoyados en encajes y entre flores y, a pesar de ello, son omniscientes. Mentalmente decía: «¡Santa María es tan orgulloso! Y tan tonto.» Y esto sobreentendía a la perfección la primera proposición, que era la conclusión lógica. Pero su categoría moral le permitía el ser enunciada. Mediante un esfuerzo, una fanfarronería, era como conseguía decir: «Esta asquerosa (Mimosa) no se va a

enterar de nada», pero también de esta forma disfrazaba su odio bajo un oropel de juego, pues decía a Mimosa: «Asquerosa.» Si Divina hubiera dicho «Asqueroso», habría sido más grave. Ya veremos esto más adelante. Divina no era lo bastante engreída para pensar que Mimosa le ofrecía un asiento para gozar de su presencia. Desconfiada, dijo en alta voz:

—Aquí, jugando a los siux.

—¿A qué juegas?, dijo Mimosa.

Divina se echó a reír.

—¡Ay! Qué Chica más Loca soy.

Sin duda, Roger, el hombre de Mimosa, debía de tener la mosca detrás de la oreja. Quería explicaciones. La

experiencia había demostrado a Divina que no tenía talla para luchar con Mimosa II. Pues, aunque no se daba cuenta de en qué momentos se ejercitaba la agudeza de su amiga, había tenido un sinnúmero de pruebas de su agudeza de detective. «La Mimo con nada se entera.» Sólo ella podía distinguir ese detalle nimio y sacarle el jugo:

—Así que, ¿te vas? ¿Y te llevas a la Santa María? Eres una malona. Y egoísta.

—Mira, chata, ya te veré luego. Hoy tengo prisa.

Divina se puso un beso en la palma de la mano, sopló en dirección de Mimosa (a pesar de su sonrisa, a Divina



se le puso de repente la cara seria de la señora del Larousse que siembra a los cuatro vientos la semilla de diente de león) y salió corriendo como del brazo de un invisible amigo, es decir, pesada, cansada y transportada.

Cuando decía que Santa María era orgulloso y que si se hubiera enterado de que Mimosa se había tragado su foto habría estado mejor dispuesto hacia ella, Divina se equivocaba. Santa María no es orgulloso. Se habría encogido de hombros sin sonreír siquiera y dicho sencillamente:

—Está majara la chavala. Ahora le da por comer papel.

Esta indiferencia se debía quizá al

hecho de que Santa María no sentía nada de la misma forma que Mimosa y no se imaginaba que se pudiera notar emoción alguna incorporándose al pie de la letra la imagen de un ser deseado, bebiéndoselo por la boca, y hubiera sido incapaz de reconocer en ello un homenaje rendido a su virilidad o a su belleza. Saquemos, pues, la conclusión de que no tenía ningún deseo de este tipo. Sin embargo, como veremos, la veneración era lo suyo. En lo que a Divina se refiere, apuntemos que un día le había contestado a Mimosa: «Santa María nunca será demasiado orgulloso. Quiero convertirlo en una estatua de orgullo», pensando: petrificado sea de

orgullo, y luego: amasado en orgullo. La tierna juventud de Santa María, pues tenía sus momentos de dulzura, no colmaba la necesidad de estar sometida a una dominación brutal que sentía Divina. Las ideas de orgullo y de estatua se asociaban con mucho acierto, y a ellas la idea de envaramiento macizo. Pero queda visto que el orgullo de Santa María sólo era un pretexto.

Ya lo he dicho, Pocholo el Pinreles no venía ya al sotabanco y ni siquiera se veía con Santa María en el bosquecillo de las Tullerías. No sospechaba que Santa María estaba al corriente de sus actos de cobardía. En su sotabanco, Divina sólo se alimentaba de té y de

pena. Comía su pena y se la bebía; este agrio alimento le había secado el cuerpo y corroído la mente. Todo lo que se cuidaba, los institutos de belleza, nada podía evitar que estuviera flaca y con piel de cadáver. Llevaba una peluca, que se sujetaba con mucho arte, pero el tul del montaje se le veía en las sienes. Los polvos y la crema ocultaban mal la unión con la piel de la frente. Podía pensarse que llevaba una cabeza artificial. En los tiempos en que estaba aún en el sotabanco, Pocholo habría podido reírse de todos estos aprestos de haber sido un chulo cualquiera, pero era un chulo que oía voces. Ni se reía ni sonreía. Era guapo y tenía en mucho su

belleza, pues comprendía que de perderla lo habría perdido todo; los difíciles encantos para mantenerla pegada a uno, si bien no lo conmovían, lo dejaban frío, no le arrancaban ninguna cruel sonrisa. Era natural. Tantas viejas amantes se pintaban delante de él, que sabía que los estragos de la belleza se reparan sin misterio. En habitaciones de tapadillo, asistía a reconstituciones hábiles, sorprendía las vacilaciones de la mujer que tenía en alto el lápiz de labios. Varias veces, había ayudado a Divina a pegarse la peluca. Lo hacía con gestos hábiles y, si así puede decirse, naturales. Había aprendido a amar a esta Divina. Se impregnó bien de todas las

monstruosidades que la componían. Les pasó revista: la piel demasiado blanca y seca, la flacura, las cavidades de los ojos, las arrugas empolvadas, los cabellos pegados, los dientes de oro. No dejó pasar nada. Se dijo que todo aquello era; siguió jodiendo aquello. Conoció el goce y se dejó atrapar de verdad. Pocholo, el vigoroso, todo él y siempre hecho de músculos y cálido vello, se volvió loco como un mariquita artificial. Las marrullerías de Divina no tenían arte ni parte. Pocholo se lanzaba como loco a esta especie de desenfreno. Luego, poco a poco, se cansó. Fue ocupándose menos de Divina y la abandonó. En el sotabanco, sintió ella

entonces terribles desesperaciones. Su vejez la hacía desplazarse dentro de un ataúd. Llegó a tal punto que no se atrevía a hacer ni un gesto ni un melindre; las personas que la trataron en esta época por primera vez dijeron que parecía anodina. Aún gustaba de los placeres de la cama y del porche; iba por los urinarios, pero entonces tenía que pagar a sus amantes. Durante los amores, vivía congojas tremendas temiendo, por ejemplo, a algún joven exaltado que, estando ella de rodillas, le hubiera revuelto los cabellos o, con demasiada brutalidad, apretado la cabeza contra sí y despegado la peluca. El placer se le atestaba de un montón de

preocupaciones minúsculas. Se quedaba en el sotabanco para machacársela. Días y noches, permanecía acostada, con las cortinas corridas ante la ventana de los muertos, la Abertura de los Difuntos. Bebía té, comía cakes. Luego, con la cabeza bajo las sábanas, combinaba camas redondas complicadas, de dos, de tres o de cuatro, durante las cuales todos los participantes de común acuerdo tenían que, sobre ella, en ella y por ella, conocer el placer. Volvía a recordar las caderas estrechas pero vigorosas, las caderas de acero que la habían perforado. Sin preocuparse por sus gustos, los emparejaba. Aceptaba ser la meta única de todos estos rijos y su



mente se ponía en tensión para percibir cómo se perdían simultáneamente por una voluptuosidad que acudía por doquier. Le temblaba el cuerpo de los pies a la cabeza. Sentía pasar a través de ella personalidades que le eran extrañas. Su cuerpo gritaba: «¡El dios, aquí está el dios!» Y se dejaba caer extenuada. Pronto, se embotó el placer. Divina entonces se endosó el cuerpo de un macho; súbitamente fuerte y musculosa, se veía dura como el hierro, con las manos en los bolsillos y silbando entre dientes. Se veía haciendo el acto sobre sí misma. Sentía por fin que los músculos, como durante su ensayo viril, le crecían y se le

endurecían en los muslos, en los omóplatos, en los brazos, y le dolía. También este fuego se anuló. Se iba secando. Ni siquiera tenía ya ojeras.

Fue entonces cuando buscó el recuerdo de Alberto y se satisfizo con él. Era un golfo. Todo el pueblo desconfiaba de él. Era ratero, brutal, grosero. Las muchachas torcían el gesto cuando se pronunciaba su nombre ante ellas, pero sus noches y algunas súbitas evasiones durante las horas de trabajo estaban colmadas por aquellos muslos vigorosos, aquellas manos pesadas que siempre le hinchaban los bolsillos y le acariciaban los flancos, permanecían inmóviles o se movían despacio, con

precaución, levantando la tela tensa y abultada del pantalón. Tenía las manos anchas y gruesas, con dedos cortos, pulgar magnífico, monte de Venus imponente, macizo, unas manos que le colgaban de los brazos como pellas de césped. Fue una tarde de verano cuando los niños que son los habituales mensajeros de las noticias emocionantes informaron al pueblo de que Alberto pescaba serpientes. «Pescador de serpientes, le pega mucho», pensaron las viejas. Era una razón más para echarle los caballos encima. Había unos sabios que ofrecían una prima interesante por cada víbora capturada viva. Por equivocación, jugando, Alberto cogió

una, la entregó viva y recibió la prima prometida. Así nació su nuevo estado que le agradaba y le ponía rabioso consigo mismo. No era un superhombre ni un fauno inmoral; era un muchacho de pensamientos triviales pero embellecido por la voluptuosidad. Parecía estar en estado de continuo goce o de continua embriaguez. Culafroy tenía que topar con él a la fuerza. En verano era cuando vagabundeaba por los caminos. Nada más ver su silueta a lo lejos, comprendió que la clave y la meta de su paseo estaban allí. Alberto estaba inmóvil en la orilla del camino, casi dentro de un campo de centeno, como si esperara a alguien, con las dos hermosas

piernas abiertas, en la postura del coloso de Rodas o en la que nos han mostrado, tan orgullosos y sólidos bajo sus cascos, los centinelas alemanes. Culafroy lo amó. Al pasar ante él, indiferente y valeroso, el chaval se ruborizó y bajó la cabeza, mientras que Alberto, con una sonrisa en los labios, lo miraba andar. Digamos que tenía dieciocho años y sin embargo Divina lo recuerda como un hombre.

Volvió al día siguiente. Alberto estaba allí, centinela o estatua, a la orilla del camino. «¡Hola!», dijo con una sonrisa que le torcía la boca. (Esta sonrisa era la peculiaridad de Alberto, era él en persona. Cualquiera podía

tener o podía adquirir sus cabellos  
lacios, el color de su piel, su forma de  
andar, pero no su sonrisa. Cuando ahora  
Divina busca a Alberto desaparecido,  
quiere pintarlo sobre sí misma  
inventando con su propia boca la sonrisa  
de él. Da a sus músculos el fruncimiento  
que cree correcto, que —lo cree cuando  
siente cómo tuerce la boca— la hace  
parecerse a Alberto, hasta el día en que  
se le ocurre hacerlo delante de un espejo  
y cae en la cuenta de que sus muecas no  
tienen relación alguna con aquella risa a  
la que ya hemos dado el calificativo de  
estrellada.) «¡Hola!», murmuró  
Culafroy. Fue todo lo que se dijeron,  
pero Ernestine, desde aquel día, tuvo

que acostumbrarse a ver cómo desertaba de la casa de pizarra. Un día:

—¿Quieres ver mi morral?

Alberto enseñaba una cestita de mimbre trenzado, cerrado con una correa. Ese día, sólo encerraba una víbora, elegante y rabiosa.

—¿Abro?

—¡Ay, no! No abra, dijo pues siempre ha sentido por los reptiles esa repulsión que podía más que él.

Alberto no abrió la tapa, pero puso la mano dura y suave, arañada por los espinos, en la nuca de Culafroy que estuvo a punto de arrodillarse. Otro día, tres víboras enroscadas se retorcían dentro. Tenían la cabeza encapuchada

con una pequeña caperuza de cuero duro, apretada al cuello por un cordón.

—Puedes tocarlas, no te harán nada.

Culafroy no se movía. No habría podido correr, como tampoco habría podido ante la aparición de un fantasma o de un ángel del cielo, clavado en el sitio por le horror. No podía volver la cabeza, las serpientes le fascinaban y sin embargo se sentía a punto de vomitar.

—¿Te dan repelús, eh? Dilo, no te preocupes, a mí me pasaba igual antes.

No era cierto, pero quería tranquilizar al niño. Alberto puso despacio, tranquila, soberanamente la mano en el lío de reptiles, sacó uno, largo y delgado, cuya cola se enroscó,



como la tira de un látigo, pero sin ruido, alrededor de su brazo desnudo. «¡Toca!», dijo, y al mismo tiempo llevó la mano del niño hasta el cuerpo escamoso y helado, pero Culafroy apretó el puño y lo que tomó contacto con la serpiente fueron nada más las falanges. Eso no era tocar. El frío lo sorprendió. Le entró en la vena y la iniciación continuó. Iban cayendo velos; no sabía Culafroy ante qué escenas graves y anchas que su mirada no podía analizar con detalle. Alberto cogió otra serpiente y la puso en el brazo desnudo de Culafroy, donde se enrolló del mismo modo que se había enrollado la primera.

—Ya ves que éstos no hacen daño.

(Alberto hablaba de las serpientes en masculino.)

Alberto, sensible, sentía, igual que bajo los dedos su verga hincharse, subir en el niño la emoción que lo atirantaba y lo hacía estremecerse con sobresalto. Y hacia las serpientes iba naciendo la insidiosa amistad. Y sin embargo aún no había tocado ninguna, es decir, ni siquiera las había rozado con el órgano del tacto, la punta de los dedos, ahí donde los dedos se abultan en una pequeñísima protuberancia sensible, por donde los ciegos leen. Tuvo Alberto que abrirle la mano y deslizarle dentro el cuerpo helado, lúgubre. Fue la revelación. A partir de ese instante, le

pareció que un pueblo de serpientes hubiera podido invadirlo, escalarlo e insinuarse en él sin hacerle experimentar más que una alegría amistosa, una especie de ternura y, mientras tanto, la mano soberana de Alberto no había abandonado la suya, ni tampoco uno de sus muslos los suyos, y así él no era ya totalmente él mismo. Culafroy y Divina, de gustos delicados, se verán siempre obligados a amar lo que aborrecen, y esto constituye un poco de santidad, pues es renuncia.

Alberto le enseñó a cogerlas. Hay que esperar a las doce del día, cuando las serpientes duermen encima de las rocas, al sol. Uno se acerca muy

despacito, las coge por el cuello, muy cerca de la cabeza, entre las dos falanges del índice y del corazón doblados, para que ni se resbalen ni muerdan, luego, deprisa, mientras están silbando de desesperación, hay que encapirotarles la cabeza, apretar el cordón y meterlas en la caja. Alberto llevaba un pantalón de pana, polainas, una camisa con las mangas remangadas hasta el codo. Era hermoso como lo son todos los machos de este libro, poderosos y flexibles, ignorantes de su gracia. Los duros y obstinados cabellos que se le venían a los ojos, e incluso hasta la boca, hubieran bastado por sí solos para conferirle un prestigio de

corona ante los ojos del niño frágil y de pelo rizado. Se reunían generalmente por la mañana, alrededor de las diez, cerca de una cruz de granito. Charlaban un instante de las chicas y se iban. Aún no era tiempo de siega. El centeno y el trigo metálicos eran inviolables para cualquier otro, encontraban allí refugio seguro. Entraban al bies, iban reptando, de repente se encontraban en medio del campo. Se echaban en la era y esperaban que fueran las doce. Culafroy empezó jugando con el brazo de Alberto; al día siguiente con las piernas; y el día que siguió a estos días con todo lo demás y este recuerdo encanta a Divina que se vuelve a ver a sí misma, con las mejillas

chupadas como un muchacho cuando silba. Alberto violó al niño por todas partes hasta que él mismo se vino abajo de cansancio.

Un día, Culafroy dijo:

—Me voy a casa, Berto.

—Te vas, pues hasta la noche, Lou.

—¿Por qué «Hasta la noche»? La frase salió con tal espontaneidad de la boca de Alberto que a Culafroy le pareció natural, contestó:

—Hasta la noche, Berto.

Sin embargo, el día había concluido y no volverían a verse hasta la mañana siguiente y Alberto lo sabía. Sonrió bobaliconamente pensando que se le había escapado una frase sin pensarla.

Por su parte, Culafroy no acababa de ver claro el sentido de este adiós. La frase lo había conmocionado como acontece con determinados poemas ingenuos, cuyo sentido lógico y sintáctico no nos salta a la vista hasta después de que hemos gozado de su encanto. Culafroy quedó literalmente embrujado. En la casa de pizarra era día de colada. En el tendedero del jardín, las sábanas colgadas formaban un laberinto por donde se deslizaban espectros. Lo natural era que Alberto lo esperara allí. Pero, ¿a qué hora? No había concretado nada. El viento movía las sábanas blancas, como hace el brazo de una actriz con un decorado de tela pintada.

La noche se iba haciendo más oscura con su habitual suavidad y construía una arquitectura rígida de amplios planos, abrumados de sombra. El paseo de Culafroy empezó en el momento en que la luna esférica y humeante subía cielo arriba. Allí iba a representarse el drama. ¿Vendría Alberto a robar? Necesitaba dinero «para su puta», decía. Tenía una puta, más puta que una gallina; era pues un auténtico gallo. A robar, era posible: un día, se había estado informando de cómo estaba amueblada la casa de pizarra. Esta idea le gustó a Culafroy. Tuvo la esperanza de que Alberto viniera también a eso. Subía la luna en el cielo con una solemnidad



calculada para impresionar a los humanos insomnes. Mil ruidos que forman el silencio de las noches se apiñaban alrededor del niño, como un coro trágico, con la intensidad de una música de metal, y lo insólito de las casas de crimen y también de las cárceles donde —horror— no se oye nunca el ruido de un manojito de llaves. Culafroy se paseaba descalzo entre las sábanas. Vivía minutos ligeros como minués, compuestos de inquietud y ternura. Se arriesgó incluso a esbozar un paso de baile, de puntillas, pero las sábanas que formaban tabiques colgados y pasillos, las sábanas inmóviles y solapadas como cadáveres, al juntarse,

podían apresarlo y ahogarlo, como hacen las ramas de algunos árboles de los países cálidos con los salvajes imprudentes que descansan bajo su sombra. Si empezaba a no tener más contacto con el suelo que un gesto ilógico del empeine tenso, este gesto podía hacerle despegar, abandonar la tierra y lanzarlo en medio de mundos de los que no volvería nunca, al espacio donde nada podría pararlo. Volvió a posar los pies en el suelo, con las suelas bien pegadas, para que éstas lo mantuviesen allí con mayor seguridad. Pues sabía bailar. De un *Cinémonde* había arrancado el siguiente tema: «Una niña pequeña bailando, fotografiada con

vestido de tul tieso, los brazos formando globo, las puntas, como puntas de lanza, clavadas en el suelo.» Y debajo de la ilustración, este pie: «La grácil Ketty Ruphlay, de doce años.» Con un asombroso sentido adivinatorio, este niño que nunca había visto a un bailarín, que nunca había visto un escenario ni a un actor, comprendió el artículo que ocupaba una página entera y en el que se hablaba de *entrechats*, de *battus-jetés*, de tútús, de zapatillas, de decorados, de candilejas, de ballet. Por el aspecto de la palabra Nijinsky (con la N subiendo, el rabo de la j bajando, el salto de la boca en la k y la caída de la y, forma gráfica de un nombre que parece querer

dibujar el impulso, con sus bajadas y sus rebotes en las tablas, del saltarín que no sabe en qué pie posarse) adivinó la ligereza del artista, como sabrá un día que Verlaine sólo puede ser el nombre de un poeta músico. Aprendió solo a bailar, como solo había aprendido a tocar el violín. Bailó, pues, como jugaba. Todas sus acciones fueron servidas por gestos precisados no por la acción, sino por una coreografía que transformaba su vida en un ballet perpetuo. Pronto consiguió bailar de puntas y así bailó por doquier: en la leñera; recogiendo trozos de madera, en el pequeño establo, debajo del cerezo... Se quitaba los zuecos y bailaba en

patines de lana negra sobre la hierba, agarrándose con las manos a las ramas bajas. Pobló la campiña de una muchedumbre de figuritas que querían ser bailarinas con tutú de tul blanco y que seguían siendo, sin embargo, un pálido colegial, con delantal negro, buscando setas o dientes de león. Su gran temor era que lo descubrieran, sobre todo Alberto. «¿Qué le diría?» Reflexionando sobre el tipo de suicidio que podría salvarlo, se decidió por la horca. Volvamos a aquella noche. Se asombraba y amedrentaba al menor movimiento de las ramas, al menor soplo un poco brusco. La luna dio las diez. Entonces llegó la preocupación

dolorosa. El niño descubrió en su corazón y en su garganta los celos. Ahora estaba seguro de que Alberto no vendría, de que iría a emborracharse; hete aquí que la idea de la traición de Alberto era tal que se instaló despóticamente en la mente de Culafroy, tanto que dijo: «Mi desesperación es inmensa.» Generalmente, cuando estaba solo, no necesitaba enunciar en voz alta sus pensamientos, pero hoy un sentido íntimo de lo trágico le conminaba a observar un protocolo extraordinario, así que pronunció: «Mi desesperación es inmensa.» Sorbió, pero no lloró. A su alrededor, el decorado había perdido su apariencia de irreal maravilla. No había

cambiado ninguna de las situaciones: seguían siendo las mismas sábanas blancas colocadas en los alambres doblados por la carga, el mismo cielo salpicado de estrellas, pero su significado era otro. El drama que allí se estaba representando había llegado a la fase patética, al desenlace: al actor sólo le quedaba ya morir. Cuando escribo que el significado del decorado no era ya el mismo, no quiero decir que el decorado hubiera sido nunca para Culafroy, más adelante para Divina, algo diferente de lo que hubiera sido para cualquiera, a saber: una colada secándose tendida en alambres. Sabía muy bien que estaba prisionero de

sábanas y os ruego que tengáis la bondad de ver aquí lo maravilloso: prisionero de sábanas familiares, pero tías al claro de luna, al contrario de Ernestine que, gracias a ellas, habría imaginado colgaduras de brocados, o los corredores de un palacio de mármol, ella que no podía subir un escalón sin pensar en la palabra grada, y que no hubiera dejado, en circunstancias semejantes, de sentir una profunda desesperación y hacer que el decorado cambiara de atribución, de transformarlo en una tumba de mármol blanco, de magnificarlo en cierto modo con su propio dolor, que era hermoso como una tumba, mientras que para Culafroy nada



se había movido y esta indiferencia del decorado simbolizaba mejor su hostilidad. Cada cosa, cada objeto, era el resultado de un milagro cuya realización lo maravillaba. Y también cada gesto. No comprendía su habitación, ni el jardín, ni el pueblo. No comprendía nada, ni siquiera que una piedra fuera una piedra, y este pasmo frente a lo que es —decorado que, a fuerza de ser, acaba por dejar de ser— lo convertía en la presa torturada por emociones primitivas y simples: dolor, alegría, orgullo, vergüenza.

Se quedó dormido, como en el teatro un *pierrot* borracho, desplomado entre las mangas flotantes, entre las hierbas y

bajo el violento foco de la luna. Al día siguiente no le dijo nada a Alberto. La pesca y el descanso sobre el centeno fueron lo que eran cada mediodía. Por la noche, a Alberto se le había ocurrido por un momento la idea de venir a merodear alrededor de la casa de pizarra, con las manos metidas en los bolsillos y silbando (silbaba admirablemente, con estridencias de metal, y su virtuosismo no era el menor de sus atractivos. Este silbido era mágico. Hechizaba a las muchachas. Los chicos lo envidiaban, comprendiendo su poder. Quizá hubiera podido encantar a las serpientes), pero no vino, pues el pueblo le era hostil, sobre todo si, ángel

malo, aparecía por allí de noche. Estuvo durmiendo.

Prosiguieron sus amores entre las víboras. Divina lo recuerda. Piensa que fue la época más hermosa de su vida.

Una noche, en el bulevar, se encontró con Seck Gorgui. El negro tan alto, bañado de sol, aunque no fuera más que la sombra del Arcángel Gabriel, iba en busca de la aventura.

Llevaba un terno gris de pelo corto, que se le pegaba a los hombros y a los muslos, y su chaqueta era más impúdica que el maillot demasiado concreto con que Jean Borlin se vestía los redondos cojones. Lucía corbata rosa, camisa de seda crema, sortijas de oro y diamantes

falsos o verdaderos (¡qué más da!); en la punta de los dedos, asombrosas uñas largas, oscuras, y claras en la base como las avellanas de huerta que tienen un año. En el acto. Divina volvió a ser la Divina de dieciocho años, pues pensó, imprecisamente sin embargo, ingenuamente, que al ser negro y al haber nacido en los países cálidos, Gorgui no podía reconocer su vejez, distinguir sus arrugas y su peluca. Dijo:

—¡Anda, mira quién está aquí! Qué alegría.

Seck se reía:

—Sí, yo bien, dijo, ¿y tú?

Divina se pegaba a él. Él aguantaba, firme aunque un poco echado hacia

atrás, inmóvil y sólido, en la postura de un chaval con la mochila a la espalda que toma apoyo en las nerviosas pantorrillas para mear contra nada de nada, o también en la postura en que hemos visto que Lou descubrió a Alberto, Coloso de Rodas, que es la postura más viril de los centinelas, con los muslos separados, apoyados sobre botas entre las cuales, y les sube hasta la boca, plantifican el fusil-bayoneta, que aprietan con ambas manos.

—¿Qué es de tu vida? ¿Sigues tocando el saxo?

—No, se acabó, me he divorciado. ¡He dejado plantada a Banjo!, dijo.

—¡Ah! Y eso ¿por qué? Era bastante

maja la Banjo.

Aquí Divina se sobrepuso a su natural bondadoso y añadió:

—Algo llenita, algo gordita, pero en realidad tenía tan buen carácter. ¿Y ahora?

Gorgui estaba libre esa noche. Precisamente andaba haciendo la calle. Necesitaba dinero. Divina recibió el golpe sin inmutarse.

¿Cuánto, Gorgui?...

—Cinco luis.

Estaba claro. Recibió sus cien francos y siguió a Divina hasta el sotabanco. Los negros no tienen edad. La señorita Adeline sabría enseñarnos que, si quieren contar, se arman un lío

con las cuentas, pues saben muy bien que nacieron en la época de una epidemia de hambre, de la muerte de tres jaguares, de la floración de los almendros, y estas circunstancias, mezcladas con números, permiten el extravío. Gorgui, nuestro negro, era vivaz y vigoroso. Con un movimiento de caderas hacía vibrar la habitación, como Village, el asesino negro, hacía con su celda, en la cárcel. He querido encontrar de nuevo, en ésta, donde hoy escribo, el olor de carroña que el negro de orgulloso aroma esparcía y gracias a él puedo algo mejor infundir vida a Seck Gorgui. Ya he dicho cuánto me gustan los olores. Los fuertes olores de la

tierra, de las letrinas, de las caderas de los árabes y, sobre todo, el olor de mis pedos, que no es el de mi mierda, olor detestado, hasta tal punto que aun aquí me hundo bajo las mantas y recojo con la mano doblada en cucurucho mis pedos aplastados que me llevo a la nariz. Me franquean tesoros enterrados, de felicidad. Aspiro. Olfateo. Los siento, casi sólidos, bajarme por las narices. Pero sólo me encanta el olor de mis pedos, y los del chico más guapo me dan horror, me basta incluso con tener la duda de que el olor venga de mí o de otro para que ya no lo aprecie. Así, cuando lo conocí, Clément Village llenaba la celda con un olor más fuerte



que la muerte. La soledad es dulce. Es amarga. Suele pensarse que la cabeza tiene que vaciarse, cuando se está solo, de cuanto registró en el pasado, usura precursora de purificación, pero ya comprendéis, al leerme, que no es cierto. Yo estaba exasperado. El negro me curó algo. Parecía que su extraordinaria potencia sexual era suficiente para calmarme. Era fuerte como el mar. Su irradiación descansaba más que un medicamento. Su presencia era como un conjuro. Yo dormía.

Entre los dedos, daba vueltas a un soldado cuyos ojos no son ya más que dos calderones dibujados por mi pluma en su liso rostro sonrosado; no puedo ya

encontrarme con ningún soldado azul de azur sin verlo acostado sobre el pecho del negro y sin que en el acto me diera el olor de gasolina que, junto con el suyo, hacía apestar la celda. Era en otra prisión de Francia, donde los corredores, tan largos como los de los palacios reales, con sus líneas rectas, edificaban y tejían geometrías por donde se deslizaban, minúsculos en comparación con la escala de los corredores, sobre zapatillas de fieltro, prisioneros retorcidos. Al pasar ante cada puerta, leía yo una etiqueta que indicaba la categoría de su ocupante. En las primeras ponía: «Reclusión», en las siguientes: «Confinamiento», en otras:

«T. F.». Al llegar aquí, recibí como un choque. El presidio se materializaba ante mi vista. Dejando de ser verbo, se hacía carne. No llegué nunca al extremo del corredor, pues me parecía que estaba al fin del mundo, al fin de todo, sin embargo, me hacía señas, emitía llamadas que me llegaban, y seguramente iré también hasta el extremo del corredor. Creo, aunque sepa que es falso, que en las puertas se lee: «Muerte» o quizá, lo que es más grave: «Pena capital».

En esta cárcel, que no nombraré, cada detenido tenía un patinillo donde cada ladrillo del muro llevaba un mensaje para un amigo: «B.A.A. del

Sebasto<sup>[6]</sup>, Jacquot del Topol dice V.L.F. a Lucien de la Chapelle», una exhortación, tipo exvoto, a la madre, o una picota: «Polo del *Gyp's Bar* es una riflona.» Era también en esta cárcel donde el día de año nuevo el jefe de vigilancia daba como aguinaldo a cada uno un cucuruchito con sal gorda.

Cuando entré en mi celda, el robusto negro estaba pintando de azul sus soldaditos de plomo, el mayor de los cuales era más pequeño que el menor de sus dedos. Los agarraba por un muslo, como antaño Lou-Divina agarraba las ranas, y les plantaba por todo el cuerpo una capa de azur; luego los dejaba en el suelo, donde se secaban en medio de un

gran desorden, una confusión minúscula y crispante, que el negro incrementaba pegándolos unos a otros de forma lúbrica, pues la soledad aguzaba también su lubricidad. Me acogió con una sonrisa y un fruncimiento de frente. Volvía de la central de Claraval, donde había pasado cinco años y, pasajero desde hacía un año, estaba esperando aquí su traslado a presidio. Había matado a su mujer y luego, habiéndola sentado en un almohadón de seda amarilla con ramitos verdes, la había emparedado dando a la mampostería forma de banco. Le apenó que yo no me acordase de esta historia, que vosotros leísteis en la prensa. Ya que esta

desgracia le había destrozado la vida, que sirva para su fama, pues es un mal peor que ser Hamlet y no ser príncipe.

—Soy Clément, dijo, Clément Village.

Sus gruesas manos, de palma sonrosada, torturaban, me parecía a mí, a los soldados de plomo. La frente redonda y limpia de arrugas tanto como la de un niño (frente muliérica, habría dicho Gall), se inclinaba rozándolos.

—Hago militronchos.

Aprendí a pintarlos. La celda estaba llena de ellos. La mesa, la estantería, el suelo estaban cubiertos de esos minúsculos guerreros, fríos y duros como cadáveres, a los que su número y

su inhumana pequeñez creaban un alma singular. Por la noche, los apartaba con el pie; me echaba en mi jergón y me dormía entre ellos. Como los habitantes de Liliput, me ataron, y para desatarme he hecho ofrenda de Divina al Arcángel Gabriel.

Por el día, el negro y yo trabajábamos en silencio. Sin embargo, estaba seguro de que, más tarde o más temprano, me contaría su aventura. No me gustan este tipo de historias. A pesar mío, pienso en la cantidad de veces que el narrador hubo de recitarla y me parece que me llega como un vestido que la gente se va pasando de mano en mano hasta... Y además tengo mis

propias historias. Las que me manan de los ojos. Las cárceles tienen sus historias silenciosas, y los boquis, y los soldados de plomo incluso, que están huecos. ¡Huecos! La peana de un soldado de plomo se rompió y el muñón mostró un agujero. Esta certidumbre de su vacío interior me encantó y me desoló. En casa, había un busto de escayola de la reina María Antonieta. Durante cinco o seis años viví junto a él sin verlo, hasta el día en que, al habersele milagrosamente roto el moño, vi que el busto estaba hueco. Había sido necesario que yo saltara al vacío para verlo. Qué me importan, pues, estas historias de negros asesinos cuando



tales misterios: el misterio de la nada y del no me hacen sus señas y se revelan como en el pueblo se le revelaron a Lou-Divina. Allí la iglesia interpretaba su papel de caja de sorpresas. Los oficios habían acostumbrado a Lou a las magnificencias, y cada fiesta religiosa lo turbaba porque veía salir de algún escondrijo los candelabros dorados, los lirios de esmalte blanco, las sabanillas bordadas de plata; de la sacristía, las casullas verdes, violetas, blancas, negras, de moaré o de terciopelo, los albas, las sobrepellices tiesas, las hostias nuevas. Himnos inesperados e inauditos sonaban, entre ellos el más turbador, ese *Veni Creator* que se canta

en las misas de esponsales. El encanto del *Veni Creator* era el de las peladillas y los capullos de azahar de cera, el encanto del tul blanco (a éste se añade otro encanto más, que poseen con mayor singularidad los glaciares, y de él hablaremos), de los brazaletes de flecos de los niños de primera comunión, de los calcetines blancos; y era lo que tengo que llamar: el encanto nupcial. Es importante hablar de él, pues fue el que arrebató hasta el más alto de los cielos a Culafroy niño. Y no puedo decir por qué.

Sobre el anillo de oro posado en un

pañito blanco extendido encima de la bandeja que presenta a los novios, el sacerdote, con el hisopo, da, haciendo la señal de la cruz, cuatro golpecitos que dejan sobre la alianza cuatro gotitas.

Al hisopo le cuelga siempre una gotita, como a la cola de Alberto, que se empalma por la mañana y que acaba de mear.

Las bóvedas y los muros de la capilla de la Virgen están enjalbegados, y la Virgen lleva un faldar azul como el cuello de los marinos.

Cara a los fieles, el altar está bien adornado; cara a Dios, es un desorden de madera en medio del polvo y las telarañas.

Las limosneras de la bacinera están confeccionadas con un retal de la seda rosa del vestido de la hermana de Alberto. Pero las cosas de la iglesia a Culafroy se le tornaron familiares; pronto la de la aldea vecina fue la única que pudo ofrecerle aún espectáculos nuevos. Poco a poco se fue vaciando de sus dioses, que huían al aproximarse el niño. La última pregunta que les hizo recibió una respuesta sonora como una bofetada. Un mediodía, el albañil estaba reparando el porche de la capilla. Encaramado en todo lo alto de una escalera doble, no le pareció a Culafroy

que fuera un arcángel, pues nunca este niño pudo tomarse en serio el mundo maravilloso de los imagineros. El albañil era el albañil. Un guapo mozo, por otra parte. Los pantalones de pana le dibujaban bien las nalgas y le flotaban en torno a las piernas. Del cuello de la camisa desabrochada le surgía el cuello entre el vello duro como un tronco de árbol entre la fina hierba de los sotos. La puerta de la iglesia estaba abierta. Lou pasó por debajo de la escalera, agachó la cabeza y la mirada bajo un cielo habitado por unos pantalones de pana, se escurrió hasta el coro. El albañil, que lo había visto, no dijo nada. Esperaba que el chaval le gastara alguna

broma al cura. Los zuecos de Culafroy golpearon las losas hasta el lugar en que están cubiertas por una alfombra. Se detuvo bajo la araña y se arrodilló muy ceremoniosamente en un reclinatorio tapizado. Sus genuflexiones y sus gestos fueron la copia fiel de los que llevaba a cabo la hermana de Alberto en este reclinatorio cada domingo. La belleza de gestos y genuflexiones lo adornaba. Así, los actos no tienen valor estético y moral sino en la medida en que quienes los ejecutan están dotados de poder. Me pregunto también lo que significa la emoción que surge en mí frente a una canción estúpida, del mismo modo que acontece en el encuentro con una obra

maestra reconocida. Este poder nos es dado con suficiente intensidad como para que lo sintamos en nosotros, y ello hace soportable el gesto de agacharse para subir a un coche, porque, en el momento en que nos agachamos, una memoria imperceptible nos convierte en una estrella de cine, o en un rey, o en truhán (que es también un rey), que se agachaba de la misma manera y vimos en la calle o en la pantalla. Empinarme sobre la punta del pie derecho y levantar el brazo para coger mi espejito de la pared o agarrar mi escudilla del estante es un gesto que me transforma en la princesa de T..., a la cual vi un día realizar este movimiento para devolver

a su sitio un dibujo que me había mostrado. Los sacerdotes que repiten los gestos simbólicos se sienten penetrados por la virtud no del símbolo, sino del proto-ejecutante; el sacerdote que enterró a Divina, al repetir durante la misa los gestos solapados de robos y fracturas, se adornaba con los gestos, despojos opimos, de un trollista guillotinado.

No bien hubo, pues, extraído unas cuantas gotas de la pila de agua bendita de la entrada, las nalgas y los senos duros de Germaine se injertaron en Culafroy, como más tarde se le injertaron músculos y tuvo que llevarlos a la última moda. Luego rezó, con el



ademán y el bisbiseo, insistiendo en la inclinación de la cabeza y la noble lentitud de la señal de la cruz. Unas llamadas de sombra venían de todos los rincones del coro, de todos los estados del altar. La lamparilla lucía; buscaba un hombre, a las doce del día. El albañil, silbando bajo el porche, pertenecía al mundo de la Vida, y Lou, solo aquí, se sentía el amo del gran bazar. Responder a las llamadas de los clarines, adentrarse en la sombra maciza como un sólido... Se levantó; silenciosos, los zuecos al posarse antes que él lo transportaban con infinitas precauciones sobre la alta lana de la alfombra, el incienso añejo, venenoso, tanto como el

del tabaco añejo de una pipa quemada, tanto como un aliento de amante, insensibilizaba los temores que nacían, nuevos y densos, con cada uno de sus gestos. Se movía con lentitud, con músculos cansados, blandos como los de un buzo, embotados por ese olor que retrasaba con tal perfección el instante que parecía que Culafroy no estaba ni allí ni en ese día. El altar estuvo súbitamente al alcance de su mano, como si Lou hubiera dado, por descuido, una zancada de gigante; se intuyó sacrílego. Las Epístolas estaban caídas sobre el ara de piedra. El silencio era un silencio peculiar, presente, en el que no hacían mella los ruidos del exterior.

Estos se estrellaban contra los gruesos muros de la iglesia como fruta podrida arrojada por los chavales; si se oían, no perturbaban para nada el silencio.

—¡Cula!

El albañil lo estaba llamando.

—¡Chissst! No grites en la iglesia.

Ambas réplicas abrieron una grieta inmensa en el edificio del silencio, ese silencio de quinta asaltada. Como las dobles cortinas del tabernáculo estaban mal corridas y dejaban una abertura tan obscena como una bragueta desabrochada, asomaba la llavecita que mantiene la puerta cerrada. Culafroy tenía la mano en la llave cuando volvió en sí para enajenarse de nuevo

inmediatamente después. ¡El milagro! ¡Las hostias sangrarán, si cojo una! Las historias de judíos contadas sin consideración, de judíos sacrílegos que muerden las Especies Sacramentales, historias de prodigios en que hostias caídas de lenguas infantiles manchan de sangre losas y sabanillas, historias de bandidos simoníacos, han aparejado este corto instante de angustia. No se puede decir que el corazón de Lou latiera con más fuerza, antes al contrario —una especie de digital, que llaman allí dedo de la Virgen, disminuía su ritmo y fuerza —, ni que le zumbasen los oídos: el silencio salía de ellos. Puesto de puntillas, había encontrado la llave.

Había dejado de respirar. El milagro. Esperaba ver las imágenes de yeso desprenderse de su hornacina y derribarlo; estaba seguro de que lo harían; para él, había ocurrido ya antes de ocurrir. Esperó la condenación con la resignación del condenado a muerte: sabiéndola inminente, la esperó en paz. No actuaba, pues, sino después de la consumación virtual del acto. El silencio (se elevó al cuadrado, al cubo) estaba a punto de hacer estallar la iglesia, de hacer de las cosas de Dios fuegos artificiales. Allí estaba el copón. Lo había abierto. El acto le pareció tan insólito que sintió la curiosidad de verse a sí mismo consumarlo. El sueño estuvo

a punto de derrumbarse. Lou-Culafroy tomó las tres hostias y las dejó caer sobre la alfombra. Cayeron vacilantes, planeando como hojas que caen cuando no hace viento. El silencio se le venía encima al niño, lo zarandeaba como lo hubiera hecho un tropel de boxeadores, haciéndole tocar el suelo con los hombros. El copón se le fue de las manos y, cayendo sobre la lana, sonó a hueco.

Y el milagro se hizo. No hubo milagro. Dios se había rajado. Dios estaba hueco. Nada más que un agujero con cualquier cosa alrededor. Una forma bonita, como la cabeza de escayola de María Antonieta, como los soldaditos,

que eran agujeros con un poco de plomo delgado alrededor.

Así que yo vivía en medio de una infinidad de agujeros con forma de hombres. Dormía en un colchón en el suelo, puesto que no había más que una cama en la que dormía Clément, y lo miraba desde abajo, como si él estuviera echado sobre un banco, sobre el ara. En toda la noche, no se movía más que una vez para ir a las letrinas; llevaba a cabo esta ceremonia con el mayor de los misterios. En secreto, en silencio. Su historia, hela aquí tal y como me la contó. Había nacido en la isla de Guadalupe y bailaba desnudo en el *Caprice Viennois*. Vivía con su

amante, una holandesa llamada Sonia, en un tabuco de Montmartre. Llevaban en él una vida como la que hemos visto que llevaban Divina y Pocholo, es decir, espléndida y ligera, que puede estallar como un soplo —piensan los burgueses que notan perfectamente la poesía de las vidas de quienes crean poesía: bailarines negros, boxeadores, prostitutas, soldados—, pero que no ven que estas vidas tienen un anclaje terrestre, puesto que están preñadas de espantos. Al alborear mayo de 1939 hubo entre ellos una de esas escenas habituales entre chulos y putas, porque la cosecha era escasa. Sonia dijo que se iba. El la abofeteó. Ella se puso a dar



gritos. Lo insultó en alemán, pero el edificio estaba poblado de personas con mucho tacto y nadie oyó nada. Entonces se le ocurrió ir por su maleta, que estaba debajo de la cama, y empezó a meter en silencio su ropa interior de cualquier manera. El alto negro se le acercó. Con ambas manos en los bolsillos, le dijo:

—Deja eso, Sonia.

Quizá tenía un cigarrillo entre los labios. Ella seguía metiendo en la maleta medias de seda, vestidos, pijamas, toallas.

—¡Deja eso, Sonia!

Ella seguía. La maleta estaba encima de la cama. Clément tiró sobre ella a su amante, que cayó hacia atrás, y, al

perder el equilibrio, le puso debajo de las narices los pies con los zapatos plateados aún puestos. La holandesa dio un gritito. El negro la había agarrado por los tobillos y, levantándola como a un maniquí, con gesto vertiginoso, un gesto solar, girando rápidamente sobre sí mismo, le abrió la cabeza contra la pequeña cama de cobre. Clément me contaba la cosa con su suave acento criollo, sin erres finales, arrastrando el final de las frases.

—Sabe tú, señó Juan. Le di en la cabeza, se le abrió la cabeza contra la cama de cobre.

Tenía en los dedos un soldadito, cuyo rostro simétrico tenía una

expresión bobalicona sin más, y causaba esa impresión de malestar que provocan también los dibujos primitivos y los propios dibujos que los reclusos graban en los muros de las cárceles y garabatean en los libros de la biblioteca, en el pecho que van a tatuarse, donde se ven perfiles con el ojo de frente. Clément me contó, para terminar, las angustias que le hizo pasar la continuación del drama: el sol, me dijo, entraba por la ventana del tabuco, y nunca se había fijado antes en esa cualidad del sol: la malevolencia. Era lo único que estaba vivo. Más que un accesorio, el sol era un testigo triunfal, insidioso, importante como un testigo

(los testigos son casi siempre de cargo), celoso como las actrices por tener la cabecera de cartel. Clément abrió la ventana, pero entonces le pareció que acababa de confesar públicamente su crimen; la calle entraba en tropel por la ventana alterando el orden y el desorden del drama para tomar parte en él. La atmósfera fabulosa se mantuvo durante algún tiempo. El negro se asomó a la ventana; en el extremo de la calle vio el mar. No sé si, al intentar reconstruir el estado anímico del criminal que se sobrepone al horror desastroso de su acto, no estoy intentando secretamente verificar cuál sea el método mejor (el más adecuado a mi modo de ser) para no

sucumbir también al horror, llegado el momento. Luego, todos los medios de desembarazarse de Sonia se le ocurrieron de golpe, agrupados, enlazados, prietos, ofreciéndose para ser elegidos como en un escaparate. No se acordaba de haber oído hablar de ningún cadáver emparedado, y fue sin embargo ese medio el que notó que había sido designado antes de elegirlo él. «Entonse, serré la puerta con llave y me guardé la llave en el bolsillo, aquí; quité la maleta de ensima de la cama, abrí la cama, acosté a Sonia. É curioso, señó Juan; cogí a Sonia así. Tenía la mejilla pegajosa de sangre.» Y entonces empezó esta larga vida de heroísmo que

duró todo un día. Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, escapó a la trivialidad, al mantener su mente en una región sobrehumana, en que era dios, creando de golpe un universo singular en que sus actos escapaban al control moral. Se sublimó. Se convirtió en general, sacerdote, sacrificador, oficiante. Había ordenado, vengado, sacrificado, ofrecido; no había matado a Sonia. Utilizó con instinto desconcertante este artificio para justificar su acto. Los hombres dotados de una loca imaginación deben poseer en cambio esta gran facultad poética: negar nuestro universo y sus valores para actuar sobre él con soltura

soberana. Como alguien que se sobrepone al horror que siente por el agua y el vacío en los que va a adentrarse por vez primera, respiró hondo y, resolviéndose por la mayor frialdad, se volvió insensible y ausente. Consumado lo irremediable, se resignaba y se avenía a ello; luego acometía lo remediable. Como un manto, se deshizo de su alma cristiana. Santificó sus actos con una gracia que no era acreedora en nada a un Dios que condena el crimen. Se tapó los ojos de la mente. Durante todo un día, como automáticamente, estuvo su cuerpo a la merced de órdenes que no procedían de aquí abajo. No era tanto el horror del

crimen lo que lo aterrizzaba: tenía miedo del cadáver. La muerta blanca lo sumía en la confusión, mientras que una muerta negra lo habría inquietado menos. Así que salió de la casa, que cerró cuidadosamente, y se fue, a primera hora del día, a una obra a buscar diez kilos de cemento. Diez kilos bastaban. En un barrio alejado, cerca del bulevar Sebastopol, compró una llana. En la calle, había recobrado su alma de hombre, actuaba como un hombre, dando a su actividad un sentido trivial: hacer un tabiquito de nada. Compró cincuenta ladrillos, que le acarrearón hasta una calle próxima a la suya donde mandó que se los dejaran en



una carretilla alquilada. Eran ya las doce. Meter los ladrillos en el piso fue todo un número. Dio diez viajes de la carretilla a su casa, llevando cinco o seis ladrillos cada vez y escondiéndolos debajo de un abrigo echado al brazo. Cuando todos los materiales estuvieron listos en la habitación, se reintegró a su empíreo. Destapó a la muerta; entonces estaba solo. La apoyó contra la pared, junto a la chimenea; pensaba emparedarla de pie, pero el cadáver estaba encogido; intentó estirarle las piernas, pero tenían la dureza de la madera y la forma definitiva. Los huesos crujieron como una detonación; así que la dejó en cuclillas en el suelo arrimada

a la pared y empezó la tarea. La obra del genio debe mucho a la colaboración de las circunstancias y del obrero. Cuando acabó el trabajo, Clément vio que le había dado, maravillosamente exacta, la forma de un banco. Esto le vino bien. Trabajaba como un sonámbulo, ausente, voluntarioso; se negó a ver el abismo para escapar al vértigo-locura; ese mismo vértigo al que más adelante, cien páginas más adelante, Santa María de las Flores no resistió. Sabía que si hubiera flaqueado, es decir, abandonado esta actitud severa como una barra de acero a la que se aferraba, se hubiera hundido. Hundido, es decir, corrido a la comisaría y estallado en sollozos.

Comprendía esto y se lo iba repitiendo mientras trabajaba, mezclando exhortaciones con invocaciones. Durante todo el relato, los soldaditos de plomo corrían rápidos, entre sus gruesos dedos ligeros. Yo permanecía atento. Clément era hermoso. Ya sabéis por *Paris-Soir* que lo mataron durante la revuelta de Cayena. Pero era hermoso. Acaso era el negro más hermoso que nunca haya visto. Como voy a acariciar con el recuerdo la imagen que, gracias a él, voy a componer de Seck Gorgui, ¡quiero que sea también hermoso, vigoroso y vulgar! Quizá su destino lo embellecía aún más, como esas canciones triviales que escucho aquí por la noche y que se

vuelven desgarradoras al llegarme a través de celdas y más celdas de presidiarios culpables. Su nacimiento en tierras lejanas, sus danzas nocturnas, su crimen en fin, eran elementos que lo envolvían en poesía. Tenía, ya lo he dicho, una frente redonda y lisa, unos ojos risueños, con pestañas largas y curvas. Era dulce y altanero. Con voz de eunuco, canturreaba viejas canciones criollas. Por fin, la policía lo cogió no sé cómo.

Los soldaditos proseguían su obra invasora, y un día el contraamaestre trajo el soldado que colmaba la medida. Village me dijo lloriqueando:

—No pueo má, señó, mire uté, Jean,

má soldado.

A partir de aquel día se volvió más taciturno. Yo sabía que me odiaba, sin que me fuera posible averiguar por qué, y también sin que nuestras relaciones de camaradería se resintiesen por ello. Empezó, sin embargo, a manifestar su odio, su irritación, con todo tipo de mezquindades contra las cuales no podía yo nada porque él era invulnerable. Una mañana, al despertarse, se sentó en la cama, miró la habitación y la vio llena de bobaliconas figurillas esparcidas por doquier, insensibles y socarronas como un pueblo de fetos, como verdugos chinos. La tropa se lanzaba en oleadas nauseabundas al asalto del gigante. Se

sentía naufragar. Se hundía en un mar absurdo y, en el remolino de su desesperación, me arrastraba al naufragio. Cogí un soldado. ¡Los había en el suelo y por todas partes: mil, diez mil, cien mil! Aunque tenía al que había recogido en la cálida palma de la mano, permanecía helado, sin hálito. En la habitación, el azul estaba por todas partes, barro azul en un bote, manchas azules en las paredes, en mis uñas. Azul como el faldar de la Inmaculada Concepción, azul como los esmaltes, azul como un estandarte. Los soldaditos levantaban una ola que hacía cabecear la habitación:

—No me miréi tanto.

Clément estaba sentado en la cama y soltaba grititos agudos. Los largos brazos se levantaban y caían, inertes, sobre las rodillas (así hacen las mujeres). Estaba llorando. Tenía los hermosos ojos henchidos de lágrimas que le corrían hasta la boca: «¡Ay! ¡Ay!» Pero yo, aquí, sólo me acuerdo ya de aquel músculo elástico que hundía sin ponerle la mano encima; me acuerdo de aquel miembro vivo al que querría elevar un templo. Otros se prendaron de él. Y Divina de Seck Gorgui, y otros de Dipo, de N'golo, de Smai'l, de Diagne.

Con Gorgui, Divina subió en seguida al séptimo cielo. Jugó con ella como el gato con el ratón. Estuvo feroz.

Con su mejilla apoyada en su negro pecho —lleva la peluca bien pegada—, Divina piensa otra vez en esa lengua tan fuerte mientras que la suya es tan blanda. Todo es blando en Divina. Ahora bien, blandura o dureza no son sólo una cuestión de tejidos en los que la sangre abunda más o menos, y Divina no está anémica. Es la que es blanda. Es decir, aquella cuyo carácter es blando, cuyas mejillas son blandas, cuya lengua es blanda, cuya verga es mórbida. Todas estas cosas son duras en Gorgui. Divina se asombra de que pueda existir una relación entre estas diferentes cosas blandas. Puesto que dureza equivale a virilidad... Si Gorgui no tuviera más



que una cosa dura... Y puesto que es cosa de tejidos. La explicación se le escapa a Divina, que ya no piensa más que lo siguiente: «Soy la Blandísima.»

Gorgui se fue, pues, a vivir al sotabanco que vuela sobre las alas de las tumbas y las columnas de los sepulcros. Se llevó sus mudas, su guitarra y su saxofón. Pasaba las horas muertas tocando de memoria melodías ingenuas. En la ventana, los cipreses estaban atentos. Divina no sentía por él ninguna ternura particular y le preparaba el té sin amor; pero, como se le iban acabando los ahorros, había vuelto a la carrera, y ello impedía que se aburriera. Cantaba. A los labios se le venían

informes melodías en las que la ternura se mezcla con el énfasis, como en los cantos primitivos que son los únicos que pueden provocar emociones como, por ejemplo, algunas oraciones, salmodias; por ejemplo, actitudes serias, solemnes, sometidas a un código litúrgico primitivo, del que queda desterrada la sonrisa pura y blasfematoria, sucias aún de los deseos de las divinidades: Sangre, Miedo, Amor. Antaño, Pocholo tomaba *pernods* baratos; ahora Gorgui tomó cócteles hechos con licores caros; en cambio come poco. Una mañana, a eso de las ocho, Santa María llamó a la puerta del sotabanco. Divina estaba acurrucada en la sombra perfumada,

tanto como una sábana quizá, del negro lealmente dormido boca arriba. Los golpes en la puerta la despertaron. Sabido es que, desde hacía algún tiempo, gastaba pijama. Gorgui seguía durmiendo. Se arrastró ella por encima de su vientre desnudo y ardiente, le pasó por encima tropezando con sus muslos sudorosos pero firmes, y dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién?

—Pero, ¿no me conoces, coño?

Déjame pasar, Divina.

Abrió la puerta. Con mayor eficacia que la visión del negro, el olfato informó a Santa María.

—¡Aquí huele a tigre! Tienes un inquilino. Mira qué bien. Oye, yo tengo que acostarme, estoy reventado. ¿Hay sitio?

Gorgui se estaba despertando. Le resultaba molesto encontrarse empalmado como se está por las mañanas. Era púdico por naturaleza, pero los blancos le habían enseñado el impudor y, en su empeño por parecerse a ellos, iba más allá. Temiendo que su gesto pareciera ridículo, no se tapó con las mantas. Simplemente le tendió la mano a Santa María, a quien no conocía. Divina hizo las presentaciones.

—¿Quieres té?

—Bueno.

Santa María seguía sentado en la cama. Se iba haciendo al olor. Mientras Divina preparaba el té, se desataba los zapatos. Tenían nudos en los cordones. Se puede pensar que se había calzado y descalzado sin luz. Se quitó la chaqueta y la tiró en la alfombra. El agua no tardaría en hervir. Se esforzó por quitarse a un tiempo calcetines y zapatos, porque le sudaban los pies y temía que se notara en la habitación. No lo consiguió del todo, pero los pies no le olían a nada. Se contenía para no mirar al negro, pensaba: «¿Y voy a tener que sornar junto al Bola de Nieve éste? Espero que ahueque.» Divina no estaba muy segura de Gorgui. Ignoraba si no

sería alguno de los numerosos soplones de la Pasma. No le preguntó nada a Santa María. Además, Santa María estaba tal cual. Ni en los ojos ni en las comisuras de la boca mostraba cansancio; sólo el pelo lo tenía un poco enredado. Algunos mechones le caían sobre los ojos. Sí se le notaba una pizca, sin embargo, que venía de una juerga. Esperaba al borde de la cama, con los codos en las rodillas, rascándose las greñas.

—¿Y esa clariosa, cuece o qué?

—Sí, ya está hirviendo.

En el infiernillo eléctrico, el agua hervía. Divina la vertió sobre el té. Preparó tres tazas. Gorgui se había

sentado. Se despertaba por lentas impregnaciones de los objetos y de los seres, de sí mismo para empezar. Notaba cómo existía. Emitía unas cuantas ideas tímidas: calor, un chico desconocido, estoy empalmado, té, manchas en las uñas (el rostro de la americana que no quiso estrechar la mano a uno de sus amigos), las ocho y diez. No recordaba que Divina le hubiera hablado de este chico desconocido. En cada ocasión en que lo presentó, Divina dijo siempre: «Un amigo», pues el asesino le había recomendado muy mucho que no lo llamara nunca Santa María de las Flores ante un desconocido. Además, no tiene mayor importancia. Gorgui lo mira otra

vez, le ve el perfil algo desviado, la nuca. Es ciertamente la cara que está pinchada en la pared con un imperdible. Pero queda mejor al natural, y Santa María, volviéndose ligeramente hacia él:

—Hazme un huequito, tronco. No he sornao en toda la noche.

—Acuéstate, acuéstate, que yo ya me voy a levantar.

Sabido es que Santa María no pedía excusas jamás. Parecía no que todo le fuera debido, sino que todo tenía que ocurrir (y ocurría en orden), que nada iba dirigido a él, ninguna atención especial, ninguna marca de estima; que todo, en fin, acaecía según un orden de



posibilidad única.

—Oye, Divina, ¿me pasas los herales? —dijo el negro.

—Espera, tómate el té.

Divina le tendió una taza y otra a Santa María. Y hete aquí que vuelve a empezar la vida entre tres en el sotabanco asomado a los muertos, a las flores cortadas, a los enterradores borrachos, a los fantasmas solapados desgarrados por el sol. Los fantasmas no son ni de humo ni de un fluido opaco o translúcido. Son claros como el aire. Los atravesamos durante el día, sobre todo durante el día. A veces se perfilan en rasgos de pluma sobre nuestros rasgos, sobre una de nuestras piernas,

cruzando sus muslos sobre los nuestros, en uno de nuestros gestos. Divina ha pasado unos cuantos días con este Marchetti de aire límpido, que huyó con Santa María, que lo perdió —y casi lo asesinó—, cuyo fantasma no siempre atravesaba Santa María sin arrastrar en su gesto jirones centelleantes, insensibles para la mirada de Pocholo y de su gran amigo (quería acaso decir «buen amigo», un día dijo «bello amigo»). Coge un cigarrillo. Pero es Marchetti quien, de un papirotazo disimulado, lo hace saltar del paquete. Por todas partes, andrajos del fantasma Marchetti se enganchan a Santa María y lo vuelven irreconocible. Estos harapos

de fantasma no le sientan bien. Parece realmente que va disfrazado, pero como sólo saben disfrazarse los niños pobres del campo en tiempo de Carnaval, con refajos, mantones, mitones, botinas de botones y tacón Luis XV, capelinas, pañoletas robadas de los armarios de las abuelas y de las hermanas. Poco a poco, pétalo a pétalo, Santa María de las Flores va deshojando su aventura. ¿Auténtica o falsa? Ambas cosas. Junto con Marchetti, ha atracado una caja fuerte disimulada en un bargueño. Al cortar el cable que la unía a un timbre en el cuarto del vigilante, Marchetti (un hermoso corso rubio de treinta años, campeón de lucha grecorromana) se

pone un dedo en los labios y dice:

—Ya está callada.

En cuclillas, sobre una alfombra sin duda, habrán buscado la combinación y encontrado, tras haberse embarullado hasta la desesperación con distintas operaciones combinatorias, que mezclaban su edad, sus cabellos, los rostros tersos de sus amores, múltiples y submúltiplos. Por fin este enmarañamiento se organizó en un rosetón y la puerta del bargueño se entreabrió. Se echaron a los bolsillos trescientos mil francos y un tesoro en joyas falsas. En el coche, camino de Marsella (pues aun si no se tiene intención de partir, después de

semejantes golpes se va siempre a un puerto. Los puertos están en el fin del mundo), Marchetti, sin más razón que sus nervios, golpeó a Santa María en la sien. Con su sello de oro le hizo correr la sangre. Por fin (Santa María lo supo más tarde, por la confesión que hizo Marchetti a un amiguete), su amigo pensó en cargárselo con su pipa. En Marsella, hechas las partes, Santa María le confió todo el botín; Marchetti huyó, abandonando al niño.

—¿A que es un cerdo, Divina? ¿No te parece?

—Estabas loco por él, dice Divina.

—Anda ya; estás chaveta.

Pero Marchetti era hermoso. (Santa

María habla del jersey que le moldeaba el torso, semejante al terciopelo; se da cuenta de que ahí es donde está encerrado el encanto que subyuga. La mano de hierro dentro del guante de terciopelo.) Corso rubio de ojos... azules. La lucha era... grecorromana. El sello... de oro. Por la sien de Santa María corrió la sangre. Al fin, le debía la vida a aquel que, inmediatamente después de asesinarlo, lo resucitaba. Marchetti, por gracia propia, lo devolvía al mundo. Luego, en el sotabanco, Santa María se pone triste y alegre. Diríase que canta un poema de muerte con música de minué. Divina escucha. Dice él que a Marchetti,

cuando lo prendan, lo confinarán. A confinamiento irá. Santa María no sabe exactamente lo que es el confinamiento, pues no ha oído más que una sola vez a un joven decirle, hablando de los tribunales: «Condenan a confinamiento una barbaridad», pero sospecha que debe de ser terrible. Piensa Divina, que conoce las prisiones y a sus pensativos huéspedes, que Marchetti va a prepararse según los ritos, tal y como se lo explica a Santa María, tal vez como lo hizo un condenado a muerte que cantó en una noche, desde el crepúsculo de la víspera hasta el alba del día en que su cabeza rodó por el serrín, todas las canciones que sabía. Marchetti cantará

canciones con la voz de Tino Rossi. Preparará su hatillo. Escogerá las fotos de sus más bellas amantes. La de su madre también. Besaré a su madre en el locutorio. Partirá. Vendrá después el mar, es decir, el islote del diablo, los negros, las destilerías de ron, los cocos, los colonos tocados con un panamá. ¡La Bella! ¡Marchetti pasará por la Bella! ¡Será la Bella!<sup>[7]</sup>. Me enternezco pensándolo y, sobre sus bellos músculos sometidos a los músculos de otros brutos, lloraría de ternura. El chulo, el seductor, el castigador será la reina del presidio. ¿Para qué le servirán los músculos griegos? Lo llamarán Pelusilla, hasta que llegue un golfo más



joven. Pero no. ¿Acaso tiene Dios misericordia de él? Un decreto impide la salida hacia Cayena. Los confinados permanecen hasta el fin de sus días en las macizas Centrales. Abolidas la oportunidad y la esperanza de la Bella. Morirán en medio de la nostalgia de esa patria que es su verdadera patria, que jamás han visto, y se les niega. Tiene treinta años. Marchetti se quedará entre cuatro paredes blancas hasta el final de los finales y, para no morir de aburrimiento, le llegará el turno de elaborar esas vidas imaginarias, jamás realizadas, sin esperanza de serlo jamás; vendrá la muerte de la Esperanza. Vidas opulentas, cautivas de una celda en

forma de dado. Me alegro mucho. Que, a su vez, ese chulo tan arrogante y tan hermoso conozca los tormentos reservados a los canijos. Empleamos nuestras facultades en repartirnos papeles espléndidos a través de las vidas de lujo. Tantas inventamos que nos debilitamos para vivir en la acción y, si una de ellas llegara por azar a realizarse, no sabríamos disfrutar de ella, pues hemos agotado las secas delicias e invocado varias veces el recuerdo de su ilusión, de las mil posibilidades de gloria y de riquezas. Estamos hastiados de todo. Tenemos cuarenta, cincuenta, sesenta años; no conocemos sino la pobre miseria

vegetativa; estamos hastiados de todo. Ahora te toca a ti, Marchetti. No inventes medios de hacer fortuna, no compres el conocimiento de un camino seguro para el contrabando, no busques un truco nuevo (están todos manidos, archimanidos) para burlar a los joyeros, estafar a las fulanas, dormir a los curas, dar cartas falsas pues, si no tienes coraje para intentar la evasión posible, resígnate a que te llegue de golpe el golpe de suerte (sin precisarte con exactitud en qué puede consistir): el que te retira de los negocios para siempre, y disfrútalo como puedas, en el fondo de tu celda. Pues os odio con amor.

## DIVINARIANA (*continuación*)

A pesar de la abyección en que podríais mantenerla, Divina reina todavía en el bulevar. A una novicia (quince años tal vez) mal maqueada, que se burla del guiño, un chulo le dice, empujándola:

—Ella es la Divina y tú la fregona.

Han visto a Divina en el mercado a eso de las ocho de la mañana. Con una redecilla en la mano, andaba regateando el precio de verduras, violetas, huevos.

Esa misma tarde, cinco amigas alrededor del té.

—Habéis visto, guapitas, la Divina casada con Dios. Se levanta a los gallos cantar para tomar comunión, la Arrepentidísima.

El coro de amigas:

—¡Piediah, piediah para la Divahina!

Al día siguiente:

—Monina, en la comisaría han dejado a la Divina despelotada. Estaba llena de arañazos. La habían caneado a base de bien. Su Pocholo la pega.

El coro de amigas:

—¡Huy!, ¡huy!, ¡huy! ¡Qué somantas

la dan a la Divina!

Ahora bien, Divina, pegado a la piel, llevaba un cilicio, insospechado por Pocholo y los cabritos.

Alguien habla con Divina (es un soldado que quiere reengancharse):

—¿Qué podría hacer para vivir ya que no tengo dinero?

Divina:

—Trabaja.

—No se encuentra trabajo de inmediato.

Quiere tentar a Divina e insiste:

—¿Qué?

Espera que le conteste, o piense:

«Robar.» Pero Divina no osó responder porque, pensando en su actitud en semejante caso, se vio dando de comer en la mano a los pájaros sus migajas de hambre y pensaba: «Mendigar.»

Divina:

—Hemos visto unos ciclistas enroscados en las guirnaldas de la canción que van silbando, bajar vertiginosamente por la noche la cuesta celeste de las colinas, los estábamos esperando en el valle, adonde nos llegan como montoncitos de barro.

Los ciclistas de Divina hacen surgir en mí un antiguo espanto.

Tengo a toda costa que volver en mí, que confiarme de manera más directa. He querido hacer este libro con los elementos transpuestos, sublimados, de mi vida de condenado; temo que no revele nada de mis obsesiones. Aun cuando me esfuerce por obtener un estilo descarnado, que deje los huesos al descubierto, quisiera enviaros, desde el fondo de mi prisión, un libro cargado de flores, de enaguas núblicas, de lazos azules. Ningún otro pasatiempo es mejor.

El mundo de los vivos no está jamás demasiado alejado de mí. Lo alejo



cuanto puedo por todos los medios a mi alcance. El mundo retrocede hasta no ser sino un punto dorado en un cielo tan tenebroso que el abismo entre nuestro mundo y el otro es tal que no queda ya, de real, sino nuestra tumba. Entonces, comienzo allí una existencia de auténtico muerto. Cada vez más voy cortando, podando esta existencia de todos los hechos, sobre todo los más mínimos, los que podrían con mayor rapidez recordarme que el verdadero mundo se extiende a veinte metros de aquí, al pie mismo de las murallas. De entre las preocupaciones descarto, en primer lugar, las que mejor podrían recordarme que vinieron obligadas por una

ocupación social establecida: hacerme una doble lazada en los zapatos, por ejemplo, me recordaría demasiado que, cuando estaba en el mundo, me la hacía para que no se me desataran durante los kilómetros de caminata que me concedía a mí mismo. No me abrocho la bragueta. Hacerlo me obligaría a verme de nuevo delante del espejo o a la salida de los urinarios. Canto lo que jamás hubiera cantado allí; por ejemplo, esta espantosa: «Nosotros somos los búhos, los apaches, los golfos...» que, desde que la canté a los quince años, en la Roquette, me vuelve a la memoria cada vez que vuelvo de nuevo a la cárcel. Leo lo que jamás leería en otra parte (y creo

en ello): las novelas de Paul Féval. Creo en el mundo carcelario, en sus costumbres réprobas. Acepto vivir en él como aceptaría, muerto, vivir en un cementerio, con tal de vivir en él como un auténtico muerto. Pero no debe la diversión incidir en la diferencia de las ocupaciones, sino en su esencia. No hacer nada que sea limpio, higiénico: la limpieza y la higiene son del mundo terrestre. Hay que nutrirse de chismorreos de tribunales. Nutrirse de ensueño. No ser nada presumido y ornarse con nuevos ornamentos, que no sean corbata y guantes: pero renunciar a la coquetería. No querer ser bello: querer otra cosa. Emplear otro lenguaje.

Y creerse de veras encarcelado por toda la eternidad. Eso es «crearse una vida»: renunciar a los domingos, a las fiestas, al tiempo que hace. No fui presa del asombro cuando descubrí las costumbres de los prisioneros, esas costumbres que hacen de ellos hombres al margen de los vivos: cortar cerillas a lo largo, fabricar chisqueros, dar caladas entre diez a la misma toba, dar vueltas en la celda, etc. Creo que yo llevaba esta vida en mí hasta entonces en secreto y que me bastó entrar en contacto con ella para que se me revelara, desde el exterior, en su realidad.

Pero ahora tengo miedo. Los signos

me persiguen y yo los persigo  
pacientemente. Se encarnizan en  
perderme. ¿No he visto acaso, yendo al  
tribunal, en la terraza de un café, a siete  
marinos interrogando a los astros a  
través de siete globos de cerveza rubia,  
alrededor de un velador que tal vez gira;  
y también a un joven ciclista que llevaba  
un mensaje de dios a dios, sujetando  
entre los dientes, por el alambre, un  
farol redondo, encendido, cuya llama, al  
ruborizarlo, le calentaba el rostro? Tan  
pura maravilla que ignora que es una  
maravilla. Los círculos y los globos me  
obsesionaban: naranjas, bolas de billar  
japonés, faroles venecianos, aros de  
malabarista, balón redondo del

guardameta en camiseta. Me veré precisado a establecer, a ajustar toda una astronomía interna.

¿Miedo? ¿Acaso puede ocurrirme algo peor que lo que me ocurra? Aparte el sufrimiento físico, no temo nada. No estoy unido a la moral más que por un hilo. No obstante, tengo miedo. ¿No me percaté, de repente, la víspera del juicio, de que había estado esperando ese instante durante ocho meses, siendo así que no pensaba en él jamás? Pocos instantes hay en los que escape al horror. Pocos instantes en los que no tenga una visión, o una percepción horrorizada de los seres y los acontecimientos. Incluso y sobre todo de aquellos que juzgamos

comúnmente como los más bellos. Ayer, en una de esas estrechas celdas de las Bodegas donde se espera la hora de subir al despacho del juez de instrucción, estábamos doce, de pie, como sardinas en lata. Yo estaba al fondo, junto a las letrinas y a un joven italiano que contaba riéndose insignificantes aventuras. Pero éstas, a causa de su voz, de su acento, de su francés, vibraban en lo patético. Lo tomé por un animal metamorfoseado en hombre. Sentía que él podía ante ese privilegio que yo le atribuía, en un momento dado, convertirme, mediante su simple deseo, aún sin expresarlo, en un chacal, un zorro, una pintada. Tal vez me

estaba hipnotizando a mí mismo ante ese privilegio que le atribuía. En un momento dado, intercambió unas cuantas réplicas ingenuas y mortales con un niño-chulo. Dijo, entre otras cosas: «He despojado a la mujer», y, en la estrecha celda se encontró tan cerca de mí que creí que quería amarme y tan feroz que creí que hablaba del despojo de la mujer como se habla de los despojos de un conejo cuando se lo descuartiza, o también, como está escrito: «Despojaos del viejo hombre.» También dijo: «Y va el Director y dice: Menudo cheche está usted hecho, y voy y le contesto: Sepa usted que los cheches como yo no tienen nada que envidiar a los cheches como



usted.» Me acuerdo de la palabra «cheche» (leche) en boca de los niños pequeñitos. Es horrible. El horror maravilloso fue tal que al recordar estos momentos (era a propósito de las partidas de dados) me pareció que los dos chavales estaban suspendidos en el aire sin apoyo, con los pies separados del suelo, que gritaban las respuestas en silencio. Creo con tal fuerza que recuerdo que estaban en el aire que, a pesar mío, mi inteligencia intenta saber si no disponían de un truco que les permitiera elevarse, un mecanismo secreto, un resorte invisible, bajo el suelo; un no sé qué plausible, en fin. Pero como nada semejante era posible,

mi recuerdo vaga en el horror sagrado del sueño. Instantes aterradores —y que busco— en que uno no puede contemplar el cuerpo y el corazón propios sin asco. Por doquier encuentro un trivial incidente, aparentemente inofensivo, que me hunde en el más inmundo horror: como si fuera un cadáver perseguido por el cadáver que soy. Es el olor de las letrinas. Es del condenado a muerte la mano que veo, con su alianza, cuando la tiende fuera de la ventanilla de su celda para coger la escudilla de rancho que le pasa el auxiliar: como él permanece invisible, esta mano es como la mano del dios de un templo con tramoya, y esta celda en

que la luz está encendida día y noche es la amalgama Espacio-Tiempo de la antecámara de la muerte —vela de armas que va a durar cuarenta y cinco veces veinticuatro horas—. Es Pocholo con el culo al aire, sentado en la letrina de loza blanca. Tiene el rostro crispado. Cuando, suspendidas por un momento, cae una de esas pellas pálidas, una vaharada de olor me avisa de que ese héroe rubio está atiborrado de mierda. Y el sueño me traga de una vez. Son las pulgas que me muerden y sé que son perversas y que me muerden con inteligencia, humana primero, luego más que humana.

¿Sabéis de algún veneno-poema que

hiciera estallar mi prisión en un haz de miosotis? ¿Un arma que matara al joven perfecto que me habita y me obliga a dar asilo a todo un pueblo animal?

Anidan golondrinas bajo sus brazos. Se han construido un nido de tierra seca. Orugas aterciopeladas de color tabaco se enredan en los rizos de sus cabellos. Bajo sus pies, un enjambre de abejas, y nidadas de áspides tras sus ojos. Nada lo conmueve. Nada lo turba a no ser las niñitas de primera comunión que le sacan la lengua al sacerdote con las manos juntas y la mirada baja. Es frío como la nieve. Sé que es solapado. El oro apenas si lo hace sonreír pero, si sonríe, tiene la gracia de los ángeles.

¿Qué bohemio sería bastante rápido para desembarazarme de él con un puñal inevitable? Hace falta vivacidad, vista, una hermosa indiferencia. Y... el asesino ocuparía su lugar. Ha vuelto esta mañana de hacer un recorrido por los tugurios, habrá visto marineros, fulanas, una de ellas le ha dejado en la mejilla la huella de una mano ensangrentada. Puede marcharse muy lejos, pero es fiel como una paloma. La otra noche, una vieja actriz le había dejado su camelia en el ojal; quise estrujarla, los pétalos cayeron sobre la alfombra (pero, ¿qué alfombra?, mi celda está enlosada con piedras planas) como gruesas gotas de agua transparentes y tibias. Ahora,

apenas oso mirarlo, pues mis ojos atraviesan su carne de cristal y tantos ángulos duros crean tantos arco iris que me hacen llorar. Fin.

No os parecerá gran cosa; no obstante, este poema me ha aliviado. Lo he cagado.

Divina:

—A fuerza de decirme a mí misma que no vivo, acepto ver que la gente ya no me tiene en cuenta.

Si las relaciones de Pocholo, por culpa de sus traiciones, se habían

reducido. Divina había aumentado las suyas. En su agenda, célebre por su extravagancia, en la que una de cada dos páginas estaba emborronada por un batiburrillo de volutas a lápiz que intrigaron a Pocholo hasta el día en que Divina confesó que esas páginas eran los días de cocaína, para cuentas, deudas, citas, ya leemos los nombres de las tres Mimosas (una dinastía de Mimosas reinaba en Montmartre desde los triunfos de Mimosa la Mayor, vaporosa de alto vuelo), de la Reina-Oriana, de Primera Comunión, de Alcayata, de Sonia, Clarita, Jamona, la Baronesa, Reina de Rumanía (¿por qué la llamaban Reina de Rumanía? Nos

dijeron un día que había amado a un rey, que amaba en secreto al rey de Rumanía por el porte de cingaro que le procuraban el bigote y los cabellos negros. Que al ser sodomizada por un macho que representa a diez millones de machos sentía la lefa de diez millones de hombres correrle por dentro, mientras que una verga, como un mástil, la transportaba entre los soles), de Sulfurosa, Mónica, la Leo. Todas ellas frecuentaban, por la noche, los bares estrechos que no tenían la fresca alegría y el candor de los bailes de mala nota. La gente se amaba en ellos, pero en medio del miedo, en medio de esta especie de horror que nos procura el



sueño más amable. Nuestros amores tienen alegrías tristes, y aunque tenemos más ingenio que los novios domingueros a la orilla del agua, nuestro ingenio atrae la desgracia. Una risa no eclosiona aquí sino provocada por un drama. Es un grito de dolor. En uno de esos bares: como cada noche, Divina lleva, sobre el cabello, posada una minúscula corona de baronesa de perlas falsas. Se asemeja al águila coronada de los heraldistas, con los tendones del cuello aparentes bajo la pluma del boa. Pocholo está frente a ella. Alrededor, en otras mesas, las Mimosas, Antinea, Primera Comunión. Se charla de las buenas amigas ausentes. Entra Judith y, ante

Divina, se inclina hasta el suelo:

—¡Buenas noches, señora!

—La muy gilipollas, clama Divina.

—*Die Puppe hat gesprochen*, dice un joven alemán.

Divina se ríe a carcajadas. La corona de perlas se cae al suelo y se rompe. Condolencias a las cuales la perversa alegría presta riquezas de tonalidad: «¡La Divina sin corona!... ¡Es la Gran-Depuesta!... ¡La pobre Exiliada!» Las minúsculas perlas ruedan por el serrín esparcido por el suelo, donde son semejantes a las cuentas de vidrio que los buhoneros venden baratas a los niños, y éstas son iguales que las cuentas de vidrio que enfilamos a diario

en kilómetros de alambre de latón, con las cuales, en otras celdas, trenzan coronas mortuorias iguales a las que cubrían el cementerio de mi infancia, oxidadas, rotas, desmoronándose por el viento y la lluvia, no conservando en el extremo de un ligero alambre de latón ennegrecido más que un angelito de porcelana rosa con alas azules. En el cafetín, todas las mariconas están súbitamente de hinojos. Sólo los hombres se yerguen, tiesos. Entonces Divina suelta una risa en cascada estridente. Todo el mundo está atento: es su señal. De la boca abierta, se arranca la dentadura postiza, se la pone encima de la chola y con el corazón en la

garganta, pero victoriosa, exclama con voz cambiada y con los labios sumidos en la boca:

—Váyanse a la mierda, señoras, de todas maneras seré reina.

Cuando dije que Divina era de un agua pura, hubiera debido precisar que estaba tallada en lágrimas. Pero ejecutar ese gesto era cosa de poco al lado de la grandeza que necesitó para llevar a cabo éste: quitarse la dentadura de la cabeza y metérsela en la boca y enganchársela.

No era ninguna tontería para ella parodiar una coronación regia. Cuando vivía con Ernestine en la casa de pizarra:

La nobleza es prestigiosa. El más

igualitarista de los hombres, aun cuando no quiera confesarlo, sufre la influencia de este prestigio y se somete a él. Ante ella se pueden adoptar dos actitudes: la humildad o la arrogancia y ambas son el reconocimiento explícito de su poder. Los títulos son sagrados. Lo sagrado nos envuelve y nos sojuzga. Es la sumisión de la carne a la carne. La Iglesia es sagrada. Sus ritos lentos, cargados con el peso del oro como galeones españoles, de sentido antiguo, muy lejos de la espiritualidad, le conceden un imperio terrestre como el de la belleza y el de la nobleza. Culafroy, el del cuerpo ligero, como no podía escapar a este poder se abandona a él

voluptuosamente, como se hubiera abandonado al Arte, de haberlo conocido. La nobleza tiene nombres pesados y raros, como nombres de serpientes (tan difíciles ya como los de viejas divinidades perdidas), raros como los signos y los escudos o los animales venerados, tótems de las familias antiguas, gritos de guerra, títulos, pieles, esmaltes, escudos que sellaban la familia con un secreto, como un sello cierra un pergamino, un epitafio, una tumba. Encantaba al niño. Su comitiva en el tiempo, indistinta y no obstante segura y presente, de guerreros rudos, de los que él era, eso creía él, el término y ellos mismos pues —comitiva

que no había tenido más razón de ser que llegar a este resultado: un niño pálido, prisionero de un pueblo de chozas— lo conmovía más que una comitiva actual y visible de soldados curtidos, cuyo jefe hubiera sido él. Pero él no era noble. Nadie en el pueblo era noble, o al menos nadie parecía serlo. Pero un día, entre los trastos del desván, descubrió una vieja historia de Capefigue. Mil nombres de caballeros y barones de armas se encontraban allí consignados, pero sólo vio uno: Picquigny. El apellido de soltera de Ernestine era Picquigny. Sin duda alguna era noble. Citamos el pasaje de la *Historia constitucional* y

*administrativa de Francia*, de M. Capefigue (página 447): «... Una sesión preparatoria y secreta de los Estados, celebrada por Marcel y los regidores de París. He aquí, por otra parte, cómo transcurrió. Jean de Picquigny y otros cuantos hombres de armas llegaron al castillo en que estaba cautivo el rey de Navarra. Jean de Picquigny era gobernador del Artois, y los hombres armados, burgueses de Amiens, pusieron escalas al pie de las murallas y sorprendieron a los guardias, a los que no causaron daño alguno...» Para tener precisiones sobre esta familia, se leyó de cabo a rabo la *Historia* de Capefigue. De haberlos



tenido a su disposición, hubiera rebuscado en bibliotecas, descifrado librotas, y así es como nacen las vocaciones de eruditos, pero no descubrió otra cosa que este islote que emergía de un mar de nombres prestigiosos. ¿Por qué, entonces, Ernestine no tenía partícula? ¿Dónde estaban sus blasones? E incluso ¿cómo eran sus blasones? ¿Conocía Ernestine ese pasaje del libro y su propia nobleza? De haber sido menos joven y soñador, Culafroy hubiera notado que la página 447 tenía la esquina gastada por el sudor de los dedos. El padre de Ernestine conocía el libro. Idéntico milagro había hecho que se abriera por

el mismo sitio, y le había mostrado el nombre. A Culafroy le agradaba que la nobleza fuera de Ernestine más que de él mismo, y ya en este rasgo podríamos ver una señal de su destino. Poder acercarse a ella, gozar de su intimidad, de sus favores especiales, le convenía como a muchos les gusta ser el favorito de un príncipe más que el propio príncipe, o sacerdote de un dios más que el dios, pues así puede recibir la Gracia. Culafroy no pudo resistirse a contar su descubrimiento y, no sabiendo cómo abordar el tema con Ernestine, le dijo de sopetón:

—Eres noble. He visto tu nombre en una vieja historia de Francia.

Sonreía irónicamente para que se creyera en su desprecio por esta aristocracia cuya vanidad narraba suntuosamente el maestro de escuela cada vez que el estudio nos llevaba a la noche del 4 de agosto. Culafroy pensaba que el desprecio indica indiferencia. Los niños, y el suyo en primer lugar, intimidaban a Ernestine casi tanto como a mí me intimida un criado; se ruborizó y se creyó descubierta; o se creyó descubierta y se ruborizó, no lo sé. Ella también deseaba ser noble. Le había hecho la misma pregunta a su padre, que se ruborizó de la misma manera. Esta *Historia* debía de pertenecer a la familia desde hacía mucho tiempo,

desempeñando mal que bien el papel de pergamino, y fue tal vez Ernestine quien, agotada por una excesivamente numerosa imaginación que la convertía en una condesa miserable, una o varias marquesas con pesados blasones y coronas, la había relegado al desván, alejándola de ella, para escapar a su magia; pero ignoraba que, colocándola por encima de su cabeza, no podría jamás verse libre de ella, pues el único medio eficaz era enterrarla en tierra bien fértil, o echarla al agua, o quemarla. No contestó, pero, si hubiera podido leer en ella, Culafroy habría visto los estragos que le causaba esta única nobleza no reconocida, de la que Ernestine no

estaba segura y que, a su parecer, la colocaba por encima de los campesinos y de los turistas de las ciudades. Describió el blasón. Pues ahora conocía la ciencia heráldica. Había ido hasta París a investigar en el d'Hozier. En él había aprendido la Historia. Ya lo decíamos, los sabios apenas si actúan de modo diferente ni por otros móviles. El filólogo no confiesa (lo ignora, por otra parte) que su gusto por la etimología viene de la poesía (¿acaso lo cree, o podría creerlo, puesto que es un poder carnal el que lo incita?) contenida en la palabra «esclavo» donde figuran, si lo quiere él, la palabra «clave» y la palabra «hinojos». Porque se entera un

día de que la hembra del escorpión devora a su macho, es por lo que un joven se hace entomólogo, y otro se convierte en historiador cuando llega a saber que Federico II de Alemania hacía criar niños en soledad. Ernestine intentó evitar la vergüenza de esta confesión: su codicia por la nobleza, mediante la confesión rápida de un pecado menos infame. Esta estratagema es antigua: la estratagema de las confesiones parciales. Espontáneamente, confieso una parte para mejor poder ocultar lo más grave. El juez de instrucción le dijo a mi abogado que si yo estaba representando una comedia, la representaba de maravilla: pero no la

representé desde el principio al final de la instrucción. Multipliqué los errores de defensa, y fue un acierto. El escribano pareció creer que simulaba la ingenuidad, madre de torpezas. El juez parecía aceptar más bien mi buena fe. Ambos se equivocaban. Es cierto que yo mencionaba detalles comprometedores, que al principio ignoraban ellos. (En varias ocasiones había dicho: «Era por la noche», circunstancia que resultaba agravante para mí, tal y como el juez me lo hizo notar, pero pensando igualmente que un delincuente resabiado no lo hubiera confesado: yo tenía que ser un novato. Fue en el despacho del juez donde se me ocurrió decir que «era por

la noche», pues, de esa misma noche, tenía detalles que ocultar. Había pensado ya en adornar la acusación con un nuevo delito, la noche, pero como no había dejado huella alguna, no le daba ninguna importancia. Luego, la importancia germinó y creció —ignoro por qué— y dije maquinalmente «por la noche», maquinalmente pero insistiendo. Pero, en un segundo interrogatorio, comprendí de repente que no confundía lo bastante los hechos y las fechas. Calculaba y previ con un rigor que desconcertó al juez. Era demasiada habilidad. Yo sólo tenía que preocuparme de mi asunto: él tenía veinte. El juez me interrogó, pues, no



sobre lo que hubiera debido interrogarme, si hubiera sido más sutil o hubiera tenido más tiempo, y para lo que yo hubiese previsto respuestas, sino sobre detalles bastante burdos, en los que yo no me había parado, porque no me imaginaba que a un juez se le pudieran pasar por la mente.) Ernestine no tuvo tiempo suficiente para inventarse un crimen: describió el blasón: «Es de plata y de azur con diez piezas honorables, con un león de gules, ornado y linguado de oro soldante. En cimera, Melusina.» Eran las armas de los Lusignan. Culafroy escuchaba este poema espléndido. Ernestine se sabía al dedillo la historia de esa familia, que

cuenta con reyes de Jerusalén y príncipes de Chipre. Su castillo bretón fue, al parecer, construido por Melusina, pero en eso no se paraba Ernestine: entraba dentro de la leyenda y su mente, para construir lo irreal, quería materiales sólidos. La leyenda es viento. Ella no creía en las hadas, criaturas fabricadas para desviar de su recto camino a los soñadores de audaces alegorías, pero sus grandes conmociones le venían leyendo una frase histórica: «...La rama de Ultramar... Las armas que cantan...»

Sabía que estaba mintiendo. Intentando ilustrarse con un linaje antiguo, sucumbía a la llamada de la

noche, de la tierra y de la carne. Iba en busca de raíces. Quería sentir, arrastrándola a sus pies, la fuerza dinástica que fue brutal, muscular, fecundadora. En fin, las figuras heráldicas, propiamente, la ilustraban.

Se dice que la postura acucillada del *Moisés* de Miguel Angel vino obligada por la forma recogida del bloque de mármol que había de trabajar. Desde siempre, se le presentan a Divina mármoles extraños que le hacen realizar obras maestras. Culafroy, en el parque, cuando huya, tendrá esa suerte. Iba por las avenidas cuando, al llegar al borde de una de ellas, se percató de que habría de volver sobre sus pasos para no tener

que pisar el césped. Observando la propia maniobra, pensó: «Se remolineó», y la palabra molino, al instante cogida al vuelo, le hizo ejecutar una ágil media vuelta sobre sí mismo. Iba a comenzar una danza de gesticulación contenida, esbozada, toda de intenciones, pero la suela del zapato, que boqueaba, arrastró por la arena e hizo un ruido de una vulgaridad vergonzosa (pues también hay que hacer notar esto: que Culafroy o Divina, de gustos delicados, es decir, afectados, corteses en fin —pues con la imaginación nuestros héroes presienten la atracción de las muchachas por los monstruos— siempre se han encontrado

en situaciones que les repugnaban). Oyó el ruido de la suela. Esta llamada al orden le hizo bajar la cabeza. Adoptó con la mayor naturalidad una actitud meditativa y regresó a pasos lentos. Los paseantes del parque lo vieron pasar, Culafroy vio que se daban cuenta de su palidez, de su delgadez, de los párpados entrecerrados, pesados y redondos como canicas. Agachó aún más la cabeza, el paso se le tornó más lento, tanto que fue todo él entero la actitud del fervor vocativo y que —no pensó— pero dijo en un grito susurrado:

—Señor, estoy entre vuestros elegidos.

Por espacio de unos cuantos pasos,

Dios lo arrebató hacia su trono.

Divina —volvamos a ella— estaba apoyada de codos en un árbol del bulevar. No había joven que no la conociera. Tres de esos pintas se acercaron a ella. Primero, llegaron riéndose de no se sabe qué, acaso de Divina, luego la saludaron y le preguntaron qué tal iba el currele. Divina tenía un lápiz en la mano, el lápiz maquinalmente se le movió por las uñas, dibujó un encaje irregular, luego, más conscientemente, un rombo, un rosetón, una hoja de acebo. Los golfos se estaban burlando de ella. Decían que las pollas debían de hacer daño, que los viejos...; que las mujeres tienen más encanto...;

que ellos son chulos... y otras cosas, que dicen sin duda sin maldad, pero que hieren a Divina. Su apuro aumenta. Son unos golfantes muy jóvenes, y ella tiene treinta años, podría callarlos de un revés. Pero ellos son machos. Aún muy jóvenes, pero de músculo y mirada dura. Y los tres allí plantados, horrorosamente inflexibles, semejantes a las Parcas. A Divina le arden las mejillas. Finge ocuparse seriamente del dibujo de las uñas y no ocuparse más que de eso: «Esto es lo que podría decir, pensó, para que se crean que no estoy turbada.» Y tendiendo la mano, con las uñas ofrecidas, a los chavales, sonriente, les dijo:

—Voy a lanzar una moda. Sí, sí, una moda nueva. ¿Veis qué bonito es? Las mujeres-nosotras y las mujeres-otras se pintarán encajes en las uñas. ¡Vendrán artistas de Persia, pintarán miniaturas que se mirarán con lupa! ¡Ay, Dios mío!

Los tres golfos se quedaron desconcertados, y uno de ellos dijo por todos los demás.

—Demonio de Divina.

Se marcharon.

Desde entonces y desde aquel momento data la moda de las uñas ornadas de miniaturas persas.

Divina creía que Pocholo estaba en el cine, y Santa María, que ejercía de prospector de mostradores, en unos



grandes almacenes. De zapato americano, sombrero muy flexible, cadena de oro en la muñeca, Pocholo, al atardecer, bajaba la escalera. Su rostro perdía, franqueada la puerta de la calle, sus reflejos de empavonado acero, su dureza de estatuta. Los ojos se le endulzaban hasta no tener ya mirada, hasta no ser más que dos agujeros por los que pasaba el cielo. Pero seguía contoneándose al andar. Iba hasta las Tullerías y se sentaba en un sillón de hierro.

Procedente de vaya usted a saber dónde, silbando al aire, el mechón al viento, llegaba Santa María y se instalaba en un segundo sillón.

Empezaban.

—¿En qué punto estás?

—He ganado la batalla, claro. Así que estoy en una fiesta. Comprendes, los oficiales dan una fiesta en mi honor y razón que les sobra. Así que estoy repartiendo las condecoraciones. ¿Y tú?

—Bueno, pues yo..., todavía soy sólo rey de Hungría, pero tú te las arreglas para que me Alijan emperador de Occidente. ¿Te aclaras? Eso está fetén, Pocholo. Y me quedo con tumén.

—Naturaca, tronco.

Pocholo le pasó el brazo alrededor del cuello a Santa María. Iba a besarlo. De repente, de Santa María saltaron ocho jóvenes salvajes; planos, parecían

desprenderse de él como si hubiesen constituido su volumen, su propia estructura, y saltaban sobre Pocholo como para degollarlo. Era una señal. Desenlazó el cuello de Santa María, y el parque estaba tan tranquilo que perdonó (el parque), sin rencor. La conversación se reanudó, imperial y regia. Santa María y Pocholo enroscaban una en otra sus dos imaginaciones, se enguirnalaban como dos violines devanando su melodía, como Divina enroscaba sus embustes con los de sus clientes, hasta el punto de formar un enredo más apretado que una espesura de lianas en la selva brasileña, en que ni uno ni otro estaba seguro de proseguir

con su propio tema antes que con el del otro. Estos juegos los llevaban a cabo conscientemente, no para engañar, sino para encantar. Comenzaban a la sombra, en el terraplén, o delante de unos cafés con leche entibiados, y proseguían hasta la recepción del hotel de citas. Allí, uno dice su nombre discretamente y enseña la documentación, discretamente; pero los clientes se ahogaban siempre en esa agua pura y taimada que era Divina. Sin proponérselo, Divina desanudaba siempre la mentira con una palabra o con un gesto del hombro, con un pestañeo; de esta manera, causaba una turbación deliciosa, algo así como la emoción que siento leyendo una frase,

contemplando un cuadro, escuchando un motivo musical, cuando, al fin, descubro un estado poético. Es la solución elegante, súbita, luminosa, clara, de un conflicto en mis profundidades. La prueba de ello me la proporciona la paz que sucede a mi descubrimiento. Pero este conflicto es de la categoría de los nudos que los marineros llaman nudo de puta.

¿Cómo explicaremos que Divina tenga ahora la treintena y más? ¡Pues es absolutamente preciso que tenga mi edad para que, al fin, calme yo mi necesidad de hablar de mí mismo, simplemente, igual que tengo necesidad de quejarme y de intentar que un lector me ame!

Transcurrió un período, que va de los veinte a los veintisiete años, en que Divina, al mismo tiempo que aparecía a veces, a intervalos regulares, entre nosotros, llevó la existencia complicada, sinuosa, ondulante, de una mantenida. Fue el período del lujo circunspecto. Hizo un crucero por el Mediterráneo, luego más lejos, por las islas de la Sonda, en un yate blanco, bogó siempre por encima de sí misma y de su amante, un joven americano modestamente orgulloso de su oro. Cuando regresó, al abordar el yate en Venecia, un cineasta se prendó de ella. Vivieron unos cuantos meses a través de los inmensos salones, apropiados para

guardas gigantes, para jinetes encaramados en sus caballos, de un palacio ruinoso.

Viena a continuación, en lo más hondo de un hotel dorado, acurrucado bajo las alas de un águila negra. Dormir allí en brazos de un milord inglés, hundido en una cama con cortinas y baldaquino. Vinieron luego los paseos en una pesada *limousine*. Vuelta a París, Montmartre y las hermanas de oficio del barrio. Y otra vez salida para un elegante castillo renacentista, en compañía de Guy de Roburant. Fue, pues, noble castellana. Se acordaba de su madre y de Pocholo. Pocholo recibía de ella giros, joyas a veces, que lucía

una noche y revendía en seguida, para pagar las cenas de los amigos. Luego, regresos a París y nuevas partidas, y todo ello en medio de un lujo cálido, dorado. Todo ello en medio de un confort tal que me basta con evocarlo de vez en cuando, en sus detalles más muelles, para que las vejaciones de mi pobre vida de prisionero desaparezcan, para que me consuele; consuele con la idea de que ese lujo existe. Y, si me es negado, lo evoco con tan desesperado fervor que a veces (más de una vez) he creído que iba a bastar una nadería —un desplazamiento ligero, imperceptible, del plano en que vivo— para que ese lujo me envolviese, fuese real, y



realmente mío, que habría bastado un ligero esfuerzo de mi pensamiento para que descubriese las fórmulas mágicas que abriesen las compuertas.

E invento para Divina los más acogedores pisos en los que me repantingo yo mismo.

Cuando, por fin, está de vuelta, se mezcla más en la vida de las mariconas. Se multiplica en los bares minúsculos. Se sacude, se despeluzna y cree, en medio de todos nuestros gestos, arrojar, sembrándolos a nuestro alrededor, pétalos de rosas, de rododendros y de peonías, como en el pueblo las niñas pequeñas los arrojaban por los caminos del Corpus Christi. Su gran amiga-

enemiga es Mimosa II. Para comprenderla, he aquí unas «Mimosarianas».

A Divina:

—Me gusta que mis amantes tengan las piernas arqueadas, como los jockeys, para que me las peguen mejor alrededor de los muslos cuando me cabalgan.

En *El Tabernáculo*, las mariconas:

Una de ellas, ¿marqués de?...

—Mimosa II ha encargado que le pintaran el blasón del conde de A... en las nalgas. Treinta y seis cuarteles de

nobleza en el culo; con tintas de colores.

Divina le ha presentado a Santa María de las Flores. Otro día, le ha enseñado, buena chica, una foto del asesino, de un «Photomaton». Mimosa toma la foto, se la pone en la lengua extendida y se la traga.

—A tu Santa María, es que la adoro. Me la comulgo.

De Divina a Primera Comunión:

—Qué te crees, la Divina hace como las grandes trágicas, sabe jugar sus cartas. Si la fachada se le derrumba, enseña el perfil, si éste va de capa caída, entonces la espalda. Como Mary

Garden monta su ruido entre bastidores.

Todas las mariconas del *Tabernáculo* y de los bares próximos, de Mimosa:

—Es una peste.

—La Malvada.

—Una fulana, hijas, una fulana.

—Una satanasa.

—Venenosa<sup>[8]</sup>.

Divina acepta con ligereza esta vida de falena. Se achispa con alcohol algo y con luz de neón, pero sobre todo con lo que de embriagador tienen los gestos de

Todas y sus palabras estridentes. «Esta vida a la diabla me enloquece», y decía «a la diabla» como se dice el pelo «a la caniche», el lunar «a la Pompadour», el té «a la rusa». Pero en el sotabanco, las ausencias de Pocholo iban en aumento. Noches enteras estaba sin aparecer. Toda una calle de mujeres, la calle de la Charbonnière, lo había vuelto a coger, luego una sola mujer. No lo veremos ya en mucho tiempo. Se había acabado lo de ejercer de mechero, se dejaba mantener. Su cola maciza hacía maravillas y sus manos de encaje vaciaban el bolso del ama. Luego le llegó a Santa María el turno de desaparecer, pero a él lo volveremos a

ver pronto.

Qué nos importaría a Divina y a mí el destino de los Marchetti magníficos, si no me recordara lo que he sufrido al volver de mis aventuras en que me magnificaba, y si no le recordara a Divina su impotencia. En primer lugar, el relato de Santa María de las Flores adormece el tiempo actual, pues las palabras mismas que utiliza el asesino son esas palabras mágicas que unos golfos tan guapos escupían como otras tantas estrellas, como esos extraordinarios golfos que pronuncian la palabra «dólar» con un acento auténtico.

Pero qué decir de uno de los más extraños fenómenos poéticos: que el mundo entero —y lo más terriblemente sombrío de éste, lo más oscuro, calcinado, seco hasta el jansenismo, el mundo severo y desnudo de los obreros de las fábricas— esté enmarañado de maravillas, que son las canciones populares perdidas en el viento, por voces profundamente ricas, doradas, guarnecidas de diamantes, de lentejuelas, o sedosas; y estas canciones tienen frases en las que no puedo pensar sin avergonzarme si sé que son cantadas por las bocas graves de los obreros, en las que se encuentran palabras tales como:           sucumbo...           ternura...

embriaguez... jardín de rosas...  
quinta... gradas de mármol... amantes...  
lindo amor... joyas... corona... Oh  
reina mía... querida desconocida...  
salón dorado... bella mundana...  
castillo florido... tesoro de carne...  
declive dorado... mi corazón te adora...  
cargado de flores... color de  
atardecer... exquisito y rosa... palabras,  
en fin, de un lujo feroz, palabras que  
deben de entrarles en la carne como lo  
haría un puñal incrustado de rubíes. Las  
cantan, sin pensar ya gran cosa en ellas  
tal vez, las silban también, con las  
manos en los bolsillos. Y yo, pobre  
avergonzado, me estremezco al saber  
que el más duro de los obreros se



corona cada hora del día con una y otra de estas guirnaldas de flores: resedas y rosas abiertas entre las voces ricas, doradas, guarnecidas de diamantes, que son otras tantas muchachas, sencillas o suntuosas, pastoras o princesas. ¡Ved cuán hermosos son! Todos sus cuerpos encorvados por las máquinas, como una locomotora recién inaugurada, se ornan, como se orna también de expresiones emocionantes el cuerpo sólido de los cien mil golfos que encontramos, pues una literatura popular, ligera por no estar escrita, ligera y que vuela de boca en boca, por el viento, dice de ellos: «Carita de ángel», «Golfillo», «Bribonzuelo», «Cabroncete» (nótese

que los diminutivos, si se me aplican a mí o a alguno de los objetos que me tocan de cerca, me trastornan, incluso si me dicen: «Jean, tu *pelito* o tu *dedito*», y heme aquí emocionado). Tienen, ciertamente, estas expresiones, una relación melódica con muchachos, la belleza sobrehumana cuyo prestigio pertenece a lo inmundo del sueño, tan poderosa que, de un solo golpe nos hace penetrar en ella misma, y tan espontáneamente que experimentamos el sentimiento de «poseerla» (en los dos sentidos del término: estar lleno de ella y dominarla en una visión exterior), de poseerla tan absolutamente que no queda ya lugar, en esta absoluta posesión, para

la menor pregunta. Ciertos animales, por su mirada, nos hacen así poseer de una sola vez su ser absoluto: las serpientes, los perros. En un parpadeo, «los sabemos» y hasta tal punto que creemos que son ellos quienes saben, y sentimos cierta inquietud mezclada de horror. Estas expresiones cantan. Y los golfillos, bribonzuelos, cabroncetes, dulces caritas, son sensibles, como un cristal lo es al dedo, a estas inflexiones musicales, que habría que anotar aquí para reflejarlas bien y que, creo cuando las veo venir en la canción callejera, van a pasar inadvertidas para ellos. Pero al ver su cuerpo ondularse y crispase, reconozco que han captado

bien la inflexión y que su ser entero acusa la relación.

Es esta parte atroz de la infancia de Lou-Divina la que estaba destinada a endulzar su amargura. Pues se la vio en la cárcel, cuando se fugó de la casa de pizarra. Los detalles de la detención no nos interesan. Un simple guardián de policía bastó para causarle angustias dignas de un condenado a muerte, angustias por las que todo hombre ha pasado, como también todo hombre en su vida ha conocido la exaltación de una coronación regia. Todos los niños que se fugan invocan el pretexto de que los maltratan; no se los creería, pero saben adornar tan bien ese pretexto con

circunstancias tan nuevas, tan adaptadas a ellos, a su nombre y hasta a su rostro, tan singulares en fin, que todos los recuerdos de las novelas y crónicas sobre los niños raptados, secuestrados, mancillados, vendidos, abandonados, violados, violentados, torturados, vuelven al galope, y que la gente más suspicaz, como los jueces, los curas y los gendarmes, sin decirlo, piensan: «Nunca se sabe», y los vapores de azufre que suben, lentos, de las páginas densas de las novelas populares, los acunan, los alaban, los acarician. Culafroy inventó una historia de madrastra. Lo llevaron, pues, a la cárcel, no por maldad o dureza de

corazón, sino por costumbre. Su calabozo era sombrío, estrecho y estaba habitado. En un rincón de sombra, un montón de mantas sucias se agitó y dejó ver una cabecita morena, sucia, crespa y risueña.

—¿Qué hay, amigo?

Culafroy no había conocido jamás nada tan sucio como este calabozo, ni nada tan sórdido como esta cabeza. No contestó, se atragantaba. Sólo la noche, con el embotamiento que ésta causa, pudo soltarle la lengua, volverlo confiado.

—¿Te has largado de casa de tus viejos?

Silencio.

—Oye, macho, puedes hablar. Conmigo no tienes nada que temer. Estamos entre hombres.

Se rio y miró de reojo con sus ojillos. Al volverse en su envoltorio de trapos pardos, se produjo un ruido de chatarra forzada. ¿Qué había que pensar? Era de noche. Por el tragaluz cerrado, el cielo helado lucía, con estrellas libres y movedizas. Y el milagro, esa catástrofe de horror, estalló, radiante, sin embargo, como la solución de un problema de matemáticas, espantoso de exactitud. El golfillo se subió coquetamente las mantas y preguntó:

—Ayúdame a quitarme la pierna,

¿quieres?

Llevaba una pata de palo, sujeta por un sistema de correas y hebillas al muñón, cortado por debajo de la rodilla. Frente a todas las invalideces, Culafroy sentía la misma repulsión que frente a los reptiles. Lo asaltó el horror que lo alejó de las serpientes, pero Alberto no estaba ya allí para comunicarle con su presencia, su mirada, la imposición de sus anchas manos, la carga de fe que mueve montañas. El otro crío se había desabrochado ya las hebillas y liberado el resto del muslo. Mediante un esfuerzo sublime, Lou triunfó. Llevó la mano a la madera, como al fuego, tiró hacia sí y se encontró con el aparato bruscamente



abrazado contra el pecho. Era un miembro ahora vivo, un individuo, como un brazo o una pierna separado del cuerpo por una operación quirúrgica. La pata de palo pasó la noche de pie, una noche en vela, apoyada en un rincón, contra la pared. El pequeño inválido le pidió también a Lou que cantara, pero, pensando en Alberto, Lou contestó que estaba de luto, y esta razón no asombró a ninguno de los dos. Culafroy la había dado también para que le sirviera de adorno, para que unas muselinas negras lo protegiesen del frío y del abandono.

—Tengo ganas, a veces, de largarme al Brasil, pero, con mi pata chula, no es fácil.

Para el cojo, el Brasil era una isla allende los mares y los soles, en que unos hombres anchos de espaldas como atletas, de rostros toscos, se ponen en cuclillas, por la noche, en torno a hogueras gigantescas como las de San Juan, para mondar en tiras finas y rizadas unas naranjas enormes que sostienen con una mano, y con la otra un cuchillón, como los antiguos emperadores de las estampas llevan el globo de oro y el cetro. Esta visión lo obsesionaba hasta tal punto que dijo: «... soles...». Era la palabra-poema que caía de esta visión y comenzaba a petrificarla; el cubo de noche de la celda, en que giraban como soles

(confundidos en un revoltijo con las piernas de un acróbata en *maillot* azul celeste que ejecuta un gran sol en torno a una barra fija) las naranjas atraídas por la palabra «Brasil». Lou, entonces, dejando emerger un fragmento de pensamiento que caminaba en él desde hacía algún tiempo, pronunció: «¿Qué pide el pueblo?» Era una frase que había murmurado mentalmente una noche que se previo en la cárcel. Pero, ¿se previo efectivamente en la caoba del tocador, o más bien una percepción inconsciente asoció el lugar (su habitación) y el momento pasado con la palabra y el momento actual (pero, ¿qué es lo que traía entonces ese recuerdo de la

habitación?) superponiendo ambas ideas hasta el punto de hacerle creer en una previsión?

Los niños durmieron. A continuación fueron confiados a un patronato —o colonia— para la Rehabilitación de la Infancia. Al llegar a la casa correccional, pusieron desde el primer día a Lou-Divina en una celda. Permaneció allí, acurrucado, todo un día. Estaba atento a lo que sospechaba del misterio de los niños malditos (en el brazo hacen que les tatúen: «Hijos de la desgracia»). En el patio, a una cadencia muy lenta, unos piecitos, sin duda polvorientos, levantaban unos pesados zuecos. Adivinábase la rueda, con las

bocas cerradas, de los críos castigados.

Durante una pausa, oyó lo siguiente:

—...por la ventana de la cerrajería.

—Es Germain.

—Sí, si lo veo esta noche.

—Jopé, menudo trabajo.

La voz que oía era sorda —como las linternas de los antiguos merodeadores —, dirigida hacia un solo punto por una mano en forma de concha enmarcando una boca de niño serio. Se dirigía, desde el patio, a un amigo en celdas al que Culafroy no oía contestar. Se trataba, tal vez, de un recluso evadido de la prisión central, que se encontraba a poca distancia del penal infantil. Así, el penal vivía a la sombra de todos esos soles

resplandecientes en sus celdas grises — los hombres— y los niños esperaban que la edad les ofreciera la ocasión de ir entre los mocetones a quienes veneraban, a quienes imaginaban, fanfarroneando frente a los boquis, insolentes y magníficos. Los críos esperaban, pues, en fin, poder cometer verdaderos crímenes, como pretexto para ir al infierno.

En el patronato, los demás golfillos hicieron con mucha habilidad su papel de duendecillos reveladores. Su vocabulario estaba entenebrecido por fórmulas conjuratorias, sus gestos eran faunescos, forestales, al mismo tiempo que evocadores de callejuelas, de

rincones de sombra, de murallas, de vallas escaladas. Entre este mundo menudo, y regulándolo lo suficiente como para que no se percibiera de él más que un sarcasmo impúdico, pasaban, llevadas como bailarinas sobre sus faldas abultadas, las monjas. Inmediatamente, Culafroy compuso para ellas un ballet grotesco. Según el guión, salían todas ellas al patio del claustro, como si se hubieran, Hermanas Ahumadas guardianas de las noches hiperbóreas, emborrachado con champán, se agachaban, levantaban los brazos, meneaban la cabeza. En silencio. Luego, se colocaban en círculo, daban vueltas a la manera de las colegialas en

el corro y, por fin, como los derviches danzantes, giraban sobre sí mismas hasta caer, muertas de risa, mientras que el capellán, dignamente, pasaría entre ellas portando la custodia. El sacrilegio de la danza —el sacrilegio de haberlo imaginado— turbaba a Culafroy, como lo hubiese turbado, de haber sido hombre, la violación de una judía.

Muy pronto, a pesar de su tendencia al ensueño o a causa de este ensueño tal, vez se volvió en apariencia semejante a los demás. Si sus compañeros de clase lo habían apartado de sus juegos, se lo debía a la casa de pizarra, que hacía de él un príncipe. Pero aquí, ya no era a los ojos de los demás críos más que un



vagabundo recogido, como ellos, un delincuente sin otra particularidad, pero ésta es de categoría, que llegar de algo lejos. Su aspecto finamente cruel, sus gestos exagerados en lo obsceno y lo popular, habían creado de él una imagen tal que los niños cínicos y cándidos reconocieron en él a uno de los suyos, y él, en un empeño por mostrarse concienzudo, por ser hasta el final de la aventura el personaje supuesto, por cortesía, se amoldó al papel. No quería decepcionar. Tomó parte en los golpes difíciles. Con algunos otros de una brigadilla sellada como una banda, ayudó a cometer un pequeño robo en el interior del patronato. La Reverenda

Madre Superiora era, a lo que decían, de una ilustre familia. A quien solicitaba alguna blandura, le respondía: «No soy sino la sierva de la sierva del Señor.» Semejante pedestal orgulloso confunde. Le preguntó a Lou por qué había robado, y él sólo supo contestarle:

—Porque los demás me creían ladrón.

La Reverenda Madre Superiora no entendió nada de esta delicadeza de niño. Lo declararon hipócrita. Culafroy sentía, por otra parte, por esta monja una aversión que nació de una manera extraña: el día de su llegada, lo había tomado aparte en su salita, que era una celda coquetonamente emperifollada, y

le había hablado de la vida cristiana. Lou la escuchó tranquilamente y se vio en la circunstancia de tener que responder con una frase que empezaba así: «El día de mi primera comunión...», pero un lapsus le hizo articular: «El día de mi boda...» Confuso, perdió pie. Tuvo el sentimiento total de haber cometido una incongruencia. Se ruborizó, tartamudeó, hizo esfuerzos para volver a la superficie; fueron vanos. La Reverenda Madre Superiora lo miraba con lo que ella llamaba su sonrisa misericordiosa puesta en los labios. Culafroy, aterrizado de haber provocado en sí mismo un remolino semejante en un

fondo encenegado del que subía en traje de cola de raso blanco, coronado de azahar artificial, odiaba a la vieja por haber sido causa y testigo de la más bella y solapada aventura. «¡De mi boda!»

He aquí cómo eran las noches en el patronato —o colonia—. Las cabezas desaparecían bajo las mantas en las hamacas inmovilizadas del dormitorio. El jefe se ha metido en su habitacioncilla, que está al extremo del dormitorio. El silencio se impone durante media hora, el silencio de la jungla, cargado de sus pestilencias, de sus monstruos de piedra y como atento a los suspiros contenidos de los tigres.

Según el rito, de entre los muertos, los niños renacen. Las cabezas prudentes como las de las serpientes, inteligentes también, astutas, ponzoñosas y venenosas, se yerguen, luego los cuerpos enteros salen de las hamacas, sin que los ganchos chirríen. El aspecto general — visto desde arriba— del dormitorio no cambia. La astucia de los colonos sabe estirar las mantas, hincharlas para que parezcan contener cuerpos dormidos. Todo ocurre debajo. Rápidamente, arrastrándose, se han reunido los amigos. La ciudad colgante está desierta. Los trozos de acero golpeando el sílex incendian la yesca de los chisqueros y prenden cigarrillos

delgados como pajas. Fuman. Echados bajo las hamacas, en pequeños grupos, establecen rigurosos planes de evasión destinados todos a fracasar. Los colonos viven. Se saben libres y dueños de la noche y se organizan en un reino severamente administrado con su déspota, su dignidad de par y su plebe. Por encima de ellos reposan los blancos faluchos abandonados. La gran ocupación nocturna, la que está adecuada para encantar la noche, es la fabricación de los tatuajes. Miles y miles de golpecitos con una fina aguja golpean hasta hacer saltar la sangre en la piel, y las figuras más extravagantes para vosotros se extienden en los

lugares más inesperados. Cuando el rabino desenrolla lentamente la Tora, un misterio sobrecoge de escalofríos toda la epidermis, así cuando se ve a un colono desnudarse. Todo el azul haciendo muecas sobre una piel blanca reviste de un prestigio oscuro pero poderoso al niño que está cubierto de él, como una columna indiferente y pura se torna sagrada bajo las hendiduras de los jeroglíficos. Como un poste tótem. A veces tienen marcados los párpados, las axilas, el hueco de la ingle, las nalgas, el pene y hasta la planta de los pies. Los signos eran bárbaros, llenos de sentido como los signos más bárbaros: pensamientos, arcos, corazones

atravesados, goteando sangre, rostros superpuestos, estrellas, medias lunas, dardos, flechas, golondrinas, serpientes, barcos, puñales triangulares e inscripciones, divisas, avisos, toda una literatura profética y terrible.

Bajo las hamacas, entre la magia de las ocupaciones, nacían amores, se atizaban, morían con todo el aparejo de los amores habituales: los odios, las codicias, las ternuras, los consuelos, las venganzas.

Lo que convertía a la colonia en un reino distinto del reino de los vivos era el cambio de los símbolos y, en ciertos casos, de los valores. Los colonos tenían su propio dialecto emparentado



con el de las cárceles y, por lo tanto, una moral y una política particulares. El régimen gubernamental, mezclado con la religión, era el de la fuerza, protectora de la Belleza. Sus leyes se observan con seriedad, son enemigos de la risa que podría trastornarlas. Muestran una rara aptitud para la actitud trágica. El crimen comienza con la boina mal puesta. Estas leyes no han nacido de decretos abstractos: fueron enseñadas por algún héroe venido de un cielo de fuerza y de Belleza, cuyo poder temporal y espiritual son verdaderamente de derecho divino. No escapan, por otra parte, a los destinos de los héroes y, en el patio de la colonia es posible, a

diario, en medio de los mortales, encontrarse con ellos bajo los rasgos de un mozo panadero o de un cerrajero. Los pantalones de los colonos no tienen más que un bolsillo, he aquí otro detalle que los aísla del mundo. Un solo bolsillo, a la izquierda. Todo un sistema social se ve perturbado por este simple detalle de la ropa. Sus pantalones sólo tienen un bolsillo, igual que el pantalón tan ajustado del diablo no tiene ninguno, igual que los de los marineros no tienen bragueta y no es dudoso que se sienten humillados por ello, como si les hubieran amputado un atributo sexual masculino —de eso es de lo que se trata, en efecto; los bolsillos, que desempeñan

un papel tan importante en la infancia, son para nosotros un signo de superioridad sobre las chicas—. En la colonia, al igual que en la marina, son los pantalones, y si quieres ser un hombre «defiendes tus herales». Admiro que las personas mayores hayan tenido la audacia de reservar seminarios para la infancia que se prepara para el papel de personajes de ensueño y que hayan sabido reconocer tan bien los detalles que harían de los niños esos pequeños monstruos malvados o gráciles, o ligeros, o centelleantes, o turbios, o taimados, o sencillos.

Fueron las vestiduras de las monjas las que hicieron que se le ocurriera a

Culafroy la idea de fugarse. No tuvo más que poner en obra un plan que concibieron las propias vestiduras por sí mismas. Las monjas dejaban noches enteras la ropa blanca tendida en un secadero, guardaban medias y tocas en un obrador en cuya puerta y manera de abrirla reparó rápidamente Culafroy. Con prudencia de espía, a un chaval espabilado le habló de su plan.

«Si un tipo quisiera...

—Entonces, ¿nos largamos?

—¡... Guau!

—¿Crees que podremos llegar lejos?

—Pues claro. Más lejos que así (mostraba su uniforme ridículo), y

además podremos pedir.»

No claméis por la verosimilitud. Lo que viene a continuación es falso y nadie está obligado a aceptarlo como un artículo de fe. La verdad no es mi especialidad. Pero «hay que mentir para ser auténtico». E incluso ir más allá. ¿De qué verdad quiero hablar? Si es muy cierto que soy un prisionero que representa (que se representa) escenas de la vida interior, no exigiréis nada más que una representación.

Nuestros niños esperaron, pues, una noche favorable a sus nervios para robar cada uno una falda, un jubón y una toca; pero, como no encontraron más que zapatos demasiado pequeños, se

quedaron con sus zuecos. Por la ventana del lavabo salieron a la calle oscura. Debían de ser las doce de la noche. Vestirse bajo un porche fue algo que liquidaron rápidamente; se ayudaron mutuamente y se pusieron las tocas con esmero. Durante un instante, la oscuridad se vio inquietada por roces de lana, de alfileres entre los dientes, del susurro de estas palabras: «Apriétame el cordón... Apártate.» En una callejuela alguien lanzó unos suspiros por la ventana. Esta toma de hábito convirtió a la ciudad en un claustro oscuro, en la ciudad muerta, en el valle de la Desolación.

Sin duda, en el patronato, tardaron

en darse cuenta del robo de las vestimentas, pues no hicieron nada, en el día, «para detener a los fugitivos». Anduvieron de prisa. Los campesinos apenas si se asombraron; se maravillaron más bien de ver por los caminos a estas dos hermanitas de rostro grave, una en zuecos, la otra cojeando, apresurarse así, con gestos melindrosos: dos dedos finos, que levantaban tres pliegues de una pesada falda gris. Luego el hambre les crispó el estómago. No osaron pedirle a nadie un poco de pan y como estaban en la carretera que conduce al pueblo de Culafroy, sin duda habrían llegado allí rápidamente si, por la noche, el perro lobo de un pastor no

se hubiera acercado a Pierre resoplando. El pastor, joven y educado en el temor de Dios, silbó al perro, que no obedeció. Pierre se creyó descubierto. Salió corriendo, con ágil canguelo en las piernas. Corrió cojeando hasta un pino aislado al borde de la carretera, al que trepó. Culafroy tuvo la presencia de ánimo de subirse a otro árbol más próximo. Viendo lo cual, el perro se arrodilló bajo el cielo azul, en el aire de la noche, y rezó esta oración: «Puesto que las monjas, como las urracas, hacen sus nidos en los pinos parasoles, Señor, concededme la remisión de mis pecados.» Luego, habiéndose santiguado, se volvió a



levantar y se reunió con el rebaño. A su amo el pastor, le repitió el milagro de los pinos, y todos los pueblos de los alrededores quedaron advertidos esa misma noche.

Hablaré aún de Divina, pero de Divina en su sotabanco, entre Santa María, corazón de mármol, y Gorgui. Si fuera una mujer, Divina no estaría celosa. Sin rencor, aceptaría ir sola por la noche a ligar a los cabritos entre los árboles del bulevar. ¿Qué le importaría que sus dos machos pasasen juntos las veladas? Antes al contrario, una atmósfera familiar, una luz de pantalla,

la colmaría; pero Divina es *también* un hombre. Está, en primer lugar celosa de Santa María que no tiene malicia, es joven y guapo. Corre el riesgo de obedecer a las simpatías de su nombre: Santa María, sin malicia y retorcido como una inglesa. Puede provocar a Gorgui. Es fácil. Imaginémoslos, una tarde, en el cine, uno al lado del otro en la noche artificial.

—¿Llevas un safo, Seck?

Y dicho y hecho, le ha metido la mano en el bolsillo al negro. ¡Oh gesto fatal! Divina está celosa de Gorgui. El negro es su hombre, y la golfa de Santa María es bonita y joven. Bajo los árboles del bulevar, Divina busca a los

cabritos viejos y la angustia de una doble celosía la desgarran. Luego, como Divina es un hombre, piensa: «Tengo que alimentarlos a los dos *juntos*. Soy la esclava.» Se agría. En el cine, formalitos como dos colegiales (pero, como en torno a los colegiales que — eso basta— agachan juntos la cabeza detrás del pupitre, merodea, listo para saltar, un acto loco sin importancia), Santa María y Gorgui están fumando y no ven más que imágenes. Dentro de un rato irán a tomarse una caña, sin sospechas, y regresarán al sotabanco, pero no sin que Santa María haya sembrado por la acera unas capsulitas que Gorgui, bajo los zapatos con

punteras de acero, se divierte haciendo estallar; así, como entre las de los chulos los silbidos, entre sus pantorrillas estallan chispas.

Van a salir del sotabanco los tres, están listos. Gorgui tiene la llave. Cada uno un cigarrillo en la boca. Divina prende una cerilla de cocina (pega fuego a su propia pira, cada vez), enciende su cigarrillo, el de Santa María y le tiende la llama a Gorgui:

—No, dice, tres con la misma, no: trae mala suerte.

Divina:

—No juegues con estas cosas que no

se sabe dónde pueden ir a parar.

Parece cansada y deja caer la cerilla, ahora toda negra y flaca como una cigarra. Añade:

—Se empieza con una superstición de nada, y luego se cae en brazos de Dios. Santa María piensa: «Eso es, en la cama del cura.»

En lo más alto de la calle Lepic, existe esa taberna pequeña de la que ya he hablado: *El Tabernáculo*, donde se hace brujería, se trituran mezclas, se consultan las cartas, se interrogan los posos, se descifran las rayas de la mano izquierda (cuando se le interroga, el destino tiene tendencia a contestar la verdad, decía Divina antaño), donde

guapos          mozos          carniceros          se  
metamorfoseaban algunas veces en  
princesas con trajes de cola. La taberna  
es pequeña y baja de techo. Príncipe-  
Monseñor gobierna. Se reúnen allí:  
Todas, pero sobre todo Primera  
Comunión, Banjo, la Reina de Rumanía,  
la Ginette, la Sonia, Culikaydona,  
Clorinda, la Abadesa, Agnés, Mimosa,  
Divina. Y sus Caballeros. Todos los  
jueves la puertecita de albadilla  
permanece cerrada para la clientela de  
burgueses curiosos o encandilados. La  
taberna está en manos de las «unas  
cuantas que son puras». Príncipe-  
Monseñor (una que decía antaño: «Hago  
llorar a una todas las noches»),

refiriéndose a las cajas fuertes que forzaba y a las que la clauca hace chirriar) mandaba las invitaciones. Estábamos en nuestra casa. Un fonógrafo. Tres camareros servían, con ojos llenos de malicia, viciosos de un vicio alegre. Nuestros hombres echan partidas de dados o de póker. Nosotras bailamos. Para venir, es habitual vestirse de nosotras. Sólo hay locas disfrazadas que se frotan con chulosniños. En resumen, ni una persona adulta. El maquillaje y las luces desfiguran bastante, pero a menudo nos ponemos un antifaz, llevamos un abanico para saborear el placer de adivinarnos por el porte de la pierna, por la mirada,

por la voz, el placer de equivocarnos, de hacer que se superpongan las identidades. Sería el sitio soñado para cometer un crimen, que permanecería secreto hasta el punto de que las mariconas aterradas, presas de pánico (aunque rápidamente una de ellas, con un sobresalto de severidad materna, sabría transformarse en un policía rápido y preciso), y los chulos jovencillos con el rostro crispado por el terror, el vientre oprimido, acurrucados contra ellas, buscarían en vano quién es la víctima y quién el asesino. Un crimen de baile de máscaras.

Divina ha sacado para esa noche sus dos vestidos de seda del 1900, que



conserva, recuerdo de antiguos terceros jueves de cuaresma. Uno es negro, bordado de azabache; se pondrá ése y le propone el otro a Santa María.

—Tú estás mal, ¿y los amigos?

Pero Gorgui insiste, y Santa María sabe que todos sus amiguetes se van a divertir, que ninguno se burlará: lo estiman. El vestido se ajusta al cuerpo de Santa María, desnudo bajo la seda. Se encuentra a gusto. Se le juntan las piernas y su piel apelusada, un poco velluda incluso, va rozando. Se agacha, se vuelve, se mira en el espejo. El vestido, que es de miriñaque, le marca bien la grupa evocadora de violonchelos. Pongámosle una flor de

terciopelo en los cabellos revueltos. Se calza unos zapatos de pasadores y tacón alto de Divina, de piel amarilla, pero disimulados por completo por los volantes de la falda. Se vistieron muy deprisa aquella noche porque iban al auténtico placer. Divina se puso su vestido de seda negra y por encima una chaqueta rosa y cogió un abanico de tul con lentejuelas. Gorgui va de frac y corbata blanca. Tuvo lugar la escena de la cerilla soplada. Bajaron la escalera. Taxi. *El Tabernáculo*. El portero, muy joven, y guapo hasta lo imposible, lanza tres ojeadas. Santa María lo deslumbra. Entran en un fuego de artificio estallado en volantes de sedas y de muselinas que

no pueden desprenderse del humo. Se baila el humo. Se fuma la música. Se bebe de boca a boca. Los amigos aclaman a Santa María de las Flores. Él no había previsto que sus firmes muslos tensarían tanto la tela. Le importa un rábano que se note que está empalmado, pero no tanto, delante de los amigos. Quisiera esconderse. Se vuelve hacia Gorgui y, con un leve sonrojo, le muestra el vestido abultado murmurando:

—Oye, Seck, déjame que la apalanque.

Apenas si bromea. Tiene los ojos húmedos, a lo que parece, Gorgui no sabe si de guasa o de pena; toma

entonces al asesino por los hombros, lo arrima, lo estrecha contra sí, encaja entre sus muslos de coloso la dura protuberancia que levanta la seda, lo arrastra, contra su pecho, en valeses y tangos que durarán hasta el día. Divina quisiera llorar de rabia, desgarrar pañuelos de batista con uñas y dientes. Luego, junto con éste, qué similitud de estado anterior a Divina le hace recordar de repente: «Estaba ella en España, creo. Unos críos la perseguían gritando “Maricona”<sup>[9]</sup> y le tiraban piedras, Se escabulló por un apartadero y trepó a un vagón parado. Los críos continuaron desde abajo, insultándola y acribillando a pedradas las puertas del

vagón. Divina estaba acurrucada bajo un asiento, maldiciendo con todas sus fuerzas a la horda de niños, odiándolos hasta tener estertores de odio. Se le hinchaba el pecho; deseaba un suspiro para no ahogarse de este odio. Luego se dio perfecta cuenta de que era imposible que devorase a los críos, que los hiciera trizas con dientes y uñas, como hubiera querido; los amó, pues. El perdón brotó del exceso de su rabia, de su odio, y se apaciguó con él.» Consiente, de rabia, en amar que se amen el negro y Santa María. En torno a ella, está la habitación de Príncipe-Monseñor. Se ha sentado en una butaca; sobre una alfombra, están tiradas unas máscaras. Se baila abajo.

Divina acaba de degollar a todo el mundo, y en la luna del armario ve que los dedos se le están crispando en forma de ganchos criminales, como los del vampiro de Düsseldorf sobre las tapas de las novelas. Pero los vales se acabaron. Santa María, Seck y Divina estaban entre los últimos en abandonar el baile. Fue Divina quien abrió la puerta, y con toda naturalidad Santa María tomó del brazo a Gorgui. La unión, un instante destruida por las despedidas, se había vuelto a realizar tan bruscamente, desatando las trapacerías de la vacilación, que Divina sintió en el costado esa mordedura que da el desprecio con que nos llenaron.

Era buena perdedora; se quedó, pues, atrás, fingiendo atarse una liga. A las cinco de la madrugada, la calle Lepic bajaba en línea recta hasta el mar, es decir, al terraplén del bulevar de Clichy. La aurora era de color humo, un poco ahumada, titubeante, a punto de caerse y vomitar. La aurora sentía náuseas cuando el trío estaba aún en lo alto de la calle. Bajaron. Gorgui se había puesto, muy acorde, el sombrero de copa en la cabeza crespada, un poco caído sobre la oreja. Tenía rígido aún el plastrón blanco. Un enorme crisantemo se le marchitaba en el ojal. El rostro le reía. Santa María lo llevaba del brazo. Bajaron entre dos filas de cubos de

basuras llenos de cenizas y de rebañaduras de peines —esos cubos de basura que, todas las mañanas, reciben las primeras miradas turbias de jaraneros, esos cubos de basura que dan traspiés.

Si tuviera que hacer representar una obra de teatro en la que unas mujeres tuvieran un papel, exigiría que ese papel lo hiciesen unos adolescentes, y se lo advertiría al público, gracias a una pancarta que permanecería clavada a derecha o a izquierda del decorado durante toda la representación. Santa María, con su vestido de faya azul pálido, ribeteado de encaje de Valenciennes blanco, era algo más que



él mismo. Era él mismo y su complemento. Me encantaban los travestidos. Los amantes imaginarios de mis noches de prisionero son a veces un príncipe —pero le obligo a vestirse con los pingos de un pordiosero— o a veces un chulo a quien presto vestiduras regias; el mayor goce lo experimentaré tal vez cuando juegue a imaginarme heredero de una vieja familia italiana, pero heredero impostor, pues mi auténtico antepasado sería un bello vagabundo que, caminando descalzo bajo el cielo estrellado, por su audacia habría ocupado el lugar de ese príncipe Aldini. Amo la impostura. Santa María, pues, iba calle abajo como sólo las

grandes, las más grandes cortesanas sabían hacerlo, es decir, sin demasiada rigidez y sin demasiadas ondulaciones, sin patadas a la cola que, indiferente, barría los adoquines grises, arrastraba pajas y ramitas, un peine roto y una hoja de lirio de agua amarillecida. La aurora se iba purificando. Divina seguía a bastante distancia. Iba rabiosa y los vigilaba. El negro y el asesino disfrazados se tambaleaban un poco y se sostenían mutuamente. Santa María iba cantando:

*¡Tarabúm dié!*

*¡Tarabúm, dié! ¡Tarabúm, dié!*

Se reía mientras cantaba. Su rostro claro y liso, de líneas y masas trastornadas por una noche de risas, de bailes, de tumulto, de vino y de amor (la seda del vestido estaba manchada), se ofrecía al día naciente como al beso helado de un cadáver. Todas las rosas del cabello eran de tela; a pesar de ello, se habían marchitado en el latón, pero aún aguantaban y componían una jardinera a la que se hubiera olvidado cambiar el agua. Las rosas de tela estaban completamente secas. Para devolverles algo de seguridad, Santa María alzaba el brazo desnudo y este asesino ejecutaba exactamente el gesto apenas más brutal que hubiera hecho con

seguridad, para componerse el moño, Émilienne d'Alençon. El polisón de este vestido azul (lo que se llamaba un culo postizo) enternecía, hasta hacerlo babear ligeramente, al enorme negro glorioso. Divina los miraba bajar hacia la playa. Santa María cantaba entre los cubos de basura. Pensad en una Eugénie Buffet rubia, con vestido de seda, cantando una mañana en los patios, del brazo de un negro de etiqueta. Nos extrañamos de que ninguna de las ventanas de la calle se abriera sobre la cara adormilada de una vendedora de mantequilla y huevos o la de su compadre. Esta gente no sabe nunca lo que ocurre bajo sus ventanas, y eso está muy bien. Se morirían de pena.

La blanca mano (uñas de luto) de Santa María estaba posada de plano en el antebrazo de Seck Gorgui. Ambos brazos se rozaban en un tan delicado tacto (algo tenía que ver con ello el cine) que al verlo no se podía pensar sino en la mirada de las madonas de Rafael, que no es quizás tan casta más que por lo que de pureza implica su nombre, pues ilumina la mirada del pequeño Tobías. La calle Lepic bajaba muy pina. El negro de frac sonreía como sabe hacer sonreír el champán, con ese aire de formar parte de la fiesta, es decir, ausente. Santa María cantaba:

*¡Tarabúm, Tarabúm, dié!*

*¡Tarabúm, dié!*

Hacía fresco. El frío de la madrugada parisina le heló los hombros y le estremeció el vestido de arriba abajo.

—Tienes frío, dijo Gorgui mirándolo.

—Un poquejo.

Sin que nadie se fijase en ello, el brazo de Seck rodeó los hombros de Santa María. Tras ellos. Divina se componía el rostro y los gestos, de suerte que, al volverse, uno u otro, la creyeran preocupada por un inventario enteramente práctico. Pero ninguno de los dos parecía preocuparse de la

ausencia o la presencia de Divina. Se oyó un ángelus matutino, el ruido de un bote de leche. Tres obreros pasaron por el bulevar, en bicicleta, con la luz encendida, aunque fuese de día. Un agente urbana, ^ de regreso a casa, donde encontraría tal vez una cama vacía. Divina tuvo esa esperanza, pues era joven, pasó y ni siquiera los miró. Los cubos de basura olían a fregadero y a asistenta. Su olor se adhería al encaje de Valenciennes blanco del vestido de Santa María y a los festones de los volantes de la chaqueta rosa de Divina. Santa María seguía cantando y el negro sonriendo. Bruscamente, los tres estuvieron al borde de la desesperación.

La ruta maravillosa estaba recorrida. Ahora, venía el bulevar llano y trivial, asfaltado, el bulevar de todo el mundo, y tan diferente de ese sendero secreto que acababan de abrir en el alba borracha de un día, con sus perfumes, sedas, risas, cantos, a través de las casas que perdían las tripas, de las casas de fachada hendida en las que, prosiguiendo su sueño, permanecían colgados ancianos, niños, rufos —rufinas-chicas-finas—, *barmen*, tan diferente de esta senda extraviada, digo, que los tres niños se acercaron a un taxi para escapar al fastidio de un regreso al lugar común. El taxi contaba con ellos. El chófer abrió la portezuela y subió Santa María primero.



Gorgui, por su posición en el grupo, hubiera debido pasar el primero, pero se retiró dejando el paso libre a Santa María. Piénsese que jamás un chulo cede el paso a una mujer, y menos aún a una maricona, en lo cual, sin embargo, en lo que a él atañía, se había convertido esa noche Santa María; muy alto debía de situarlo Gorgui. Divina se ruborizó cuando éste dijo:

—Pasa, Danie.

Luego, instantáneamente, Divina volvió a ser la Divina a la que había abandonado mientras iba calle Lepic abajo, para pensar con mayor viveza, pues, si sentía como «mujer» pensaba como «hombre». Podría creerse que,

retornando así espontáneamente a su verdadera naturaleza, Divina era un macho maquillado, desmelenado por gestos postizos; pero no se trata de ese fenómeno de la lengua materna a la que se recurre en las horas graves. Para pensar con precisión, Divina jamás debía formular en voz alta, para sí misma, sus pensamientos. Sin duda, en alguna ocasión ya se había dicho en voz alta: «Soy una pobre chica», pero, al haberlo sentido, ya no lo sentía, y, al decirlo, no lo pensaba ya. En presencia de Mimosa, por ejemplo, lograba pensar como «mujer» sobre cosas graves, pero nunca esenciales. Su femineidad no era *sólo una* mascarada. Pero para pensar

plenamente como «mujer» la estorbaban sus órganos. Pensar es realizar un acto. Para actuar hay que deshacerse de la frivolidad y posar la idea sobre un pedestal sólido. Acudía entonces en su ayuda la idea de solidez, que asociaba a la idea de virilidad, y en la gramática es donde la hallaba a su alcance. Pues si, para definir un estado que experimentaba, Divina osaba emplear el femenino, le era imposible para definir una acción que llevaba a cabo. Y todos los juicios de que era portadora como «mujer» eran, en realidad, conclusiones poéticas. Así, sólo entonces era Divina auténtica. Sería curioso saber a qué correspondían las mujeres en la mente

de Divina y, sobre todo, en su vida. Sin duda, ella misma no era mujer (es decir, hembra con faldas); sólo la ligaba su sumisión al macho imperioso y, para ella, tampoco era mujer Ernestine, que era su madre. Pero la mujer toda estaba en una niña a quien Culafroy había conocido en el pueblo. Se llamaba Solange. Durante los días calcinados permanecían sentados con las piernas encogidas en un banco de piedra blanca en una zona mínima de sombra, fina, estrecha como un dobladillo; con los pies metidos bajo el delantal, para no mojárselos de sol; sentían y pensaban en común bajo la protección del árbol de bolas de nieve. Culafroy estuvo

enamorado, puesto que hizo, cuando metieron a Solange en el convento, peregrinaciones. Visitó la roca del Crotto. Esta piedra granítica servía de coco a las madres de familia, que poblaban sus cavidades para espanto nuestro de seres maléficos, areneros y vendedores de cordones, alfileres y hechizos. La mayoría de los niños no hacían caso de los cuentos dictados por la prudencia de las madres. Sólo Solange y Culafroy, cuando iban allí — lo más a menudo posible—, sentían el espanto sagrado en el alma. Una tarde de verano, bochornosa de tormenta que no acababa de estallar, la abordaron. La roca se adelantaba como una proa al

encuentro de un mar de mieses rubias con reflejos azules. El cielo descendía sobre la tierra como un polvo azul en un vaso de agua. El cielo visitaba la tierra. Un aire misterioso y místico, imitado de los templos y que sólo un pasaje apartado del pueblo sabía, hasta el momento, conservar en todas las estaciones: un estanque habitado por salamandras y enmarcado por bosquecillos de abetos que se idealizaban en el agua verde. Los abetos son unos árboles asombrosos, que he vuelto a ver a menudo en cuadros italianos. Están predestinados a los nacimientos navideños y participan así del encanto de las noches invernales, de

los reyes magos, de los cíngaros músicos y vendedores de tarjetas postales, de los himnos y de los besos recibidos y dados, por la noche, con los pies descalzos sobre la alfombra. En sus ramas, Culafroy esperaba siempre descubrir una virgen milagrosa que, para que el milagro fuera total, sería de yeso coloreado. Necesitaba de esta esperanza para soportar la naturaleza. Odiosa naturaleza, antipoética, ogresa devoradora de toda espiritualidad. Ogresas como glotonas es la belleza. La poesía es una visión del mundo que se obtiene con un esfuerzo, a veces agotador, de la voluntad tensa como un arbotante. La poesía es voluntaria. No es

un abandono, una entrada libre y gratuita por los sentidos; no se confunde con la sensualidad, sino que, oponiéndose a ella, nacía, por ejemplo, los sábados, cuando se sacaban, para limpiar las habitaciones, las butacas y las sillas de terciopelo rojo, los espejos dorados y las mesas de caoba, al verde prado tan próximo.

Solange estaba de pie en la más alta cima de la roca. Se echó muy ligeramente hacia atrás, como si aspirase. Abrió la boca para hablar y se calló. Esperaba un trueno o la inspiración, que no estallaron. Transcurrieron unos cuantos segundos en medio de un intrincamiento preñado de



horror y de alegría. Luego, pronunció con voz inexpressiva:

—Dentro de un año, un hombre se tirará abajo.

—¿Por qué dentro de un año? ¿Qué hombre?

—Idiota.

Describió al hombre, que sería gordo, llevaría unos pantalones grises y una chaqueta de caza. Culafroy se quedó tan trastornado como si le hubieran informado de que acababa de cometerse un suicidio allí y de que un cuerpo aún caliente yacía entre las zarzas, bajo la roca. La emoción lo penetraba a oleadas ligeras y cortas, invasoras, escapaba por los pies, las manos, el cabello, los ojos,

para perderse en la naturaleza entera a medida que Solange iba contando las fases del drama complicado y sabio como debe serlo un drama japonés. Ponía en él mucha complacencia, había elegido el tono de los recitativos trágicos, en que la voz jamás tropieza con la tónica.

—Es un hombre que viene de lejos, no se sabe por qué. Debe de ser un tratante en cerdos que vuelve de la feria.

—Pero la carretera queda lejos. ¿Por qué viene aquí?

—Para morir, tonto. Uno no puede suicidarse en la carretera.

Se encogió de hombros y agitó la cabeza. Sus hermosos rizos, como

látigos plumados, le golpearon las mejillas. La pequeña pitia se había puesto en cuclillas. Se parecía, buscando en la roca las palabras grabadas de la profecía, a una clueca que escarba la arena para encontrar en ella el grano que muestra a los polluelos. La roca se convirtió, pasado el tiempo, en un lugar visitado, encantado. Iban a él como se va a una tumba. Esta piedad por un futuro muerto ahondaba en ellos algo semejante al hambre o a una de esas debilidades que se oponen a la fiebre.

Culafroy pensó un día: «Hace nueve meses de aquello y Solange vuelve en el mes de junio. En julio estará, pues, aquí,

para ver estallar la tragedia de la que es autora». Volvió. Él se dio cuenta, al instante, de que ella formaba parte de un mundo diferente del suyo. Ya no era suya. Había conquistado su independencia; ahora, esa niña era como esas obras que, desde hace mucho tiempo, han abandonado a su autor: como no son ya inmediatamente carne de su carne, no se benefician ya de su ternura materna. Solange se había vuelto semejante a uno de esos excrementos enfriados que depositaba Culafroy al pie del muro del jardín, entre las casis y los groselleros. Cuando aún estaban calientes, hallaba durante algún tiempo una tierna delectación en su olor, pero

los rechazaba con indiferencia —con horror a veces— cuando, desde hacía demasiado tiempo, no eran ya él mismo. Y si Solange no era ya la niña casta, sacada de su costilla, la niña que se llevaba a la boca los cabellos para mordisqueárselos, él mismo se había calcinado viviendo junto a Alberto. Se había efectuado en él una operación química, que daba nacimiento a nuevos compuestos. El pasado de ambos críos estaba ya relegado entre las viejas lunas. Ni Solange ni Culafroy volvieron ya a encontrar los juegos y las palabras del año anterior. Un día, fueron hasta debajo de los avellanos, donde el verano anterior se había celebrado su boda, un

bautizo de muñecas, un festín de avellanas. Volviendo a ver el lugar, que las cabras conservaban siempre igual, Culafroy se acordó de la profecía del Crotto. Quiso hablar del asunto con Solange, pero a ella se le había olvidado. Contando bien, hacía trece meses que había anunciado la muerte violenta del tratante y no había ocurrido nada. Culafroy veía disiparse otra función sobrenatural. Una medida de desesperación se sumó a la desesperación que había de acompañarlo hasta la muerte. Aún no sabía que todo acontecimiento de nuestra vida no tiene más importancia que la resonancia que halla en nosotros,

que el grado que nos hace franquear hacia el ascetismo. Para él, que no recibe sino impresiones fuertes, subida a su roca, Solange no había estado más inspirada de lo que él hubiera podido estarlo. Para hacerse la interesante, había representado un papel; pero entonces, si un misterio se hallaba abolido de golpe, otro más denso se brindaba. «Otros, distintos de mí, piensa, pueden jugar a no ser lo que son. Yo no soy, pues, un ser excepcional.» Y, luego, por fin, sorprendía una de las facetas del espejeo femenino. Estaba decepcionado, pero, sobre todo, se sentía henchido de otro amor y de un poco de lástima por la chiquilla en

exceso pálida, fina y lejana. Alberto había atraído a sí, como una punta al rayo, todo lo maravilloso del exterior. Culafroy le contó a Solange por encima lo que fueron las pescas de serpientes, y supo, como artista sabio, hacer y callar la confesión. Con una rama de avellano, ella barría la tierra. Ciertos niños tienen, sin que lo sospechemos, entre las manos atributos de brujería y nos asombramos, cuando somos ingenuos, de las perturbaciones en las leyes de los animales y de las familias. Solange, antaño, era el hada de las arañas de la mañana —disgusto, dice la crónica<sup>[10]</sup>. Me interrumpo aquí para observar «esta mañana» una araña que teje en el rincón



más oscuro de mi celda. El destino ha dirigido solapadamente mi mirada a ella y a su tela. El oráculo se manifiesta. Sólo me resta plegarme sin maldecir: «Eres tu propio destino, has tejido tu propio sortilegio.» Una sola desgracia puede ocurrirme, es decir, la más terrible. Heme aquí, pues, reconciliado con los dioses. Las ciencias adivinatorias no me llevan a formularme ninguna pregunta, puesto que son divinas. Quisiera volver a Solange, a Divina, a Culafroy, a los seres apagados y tristes a los que abandono a veces por los bellos danzarines y golfos; pero incluso aquéllos, aquéllos ante todo, están lejos de mí desde que he recibido

el impacto del oráculo. ¿Solange? Escuchó como una mujer las confidencias de Culafroy. Tuvo un instante de apuro y se rió, y fue tal esa risa que, sobre sus dientes apretados, parecía hacer cabriolas un esqueleto que les propinaba secos martillazos. En medio de la campiña, se sintió prisionera. Acababan de atarla. Celosa, la chica. Le costó trabajo encontrar la suficiente saliva para preguntar: «¿Le tienes cariño?», y su deglutición fue dolorosa, como si se hubiera tratado de tragar un paquete de alfileres. Culafroy vaciló en responder. El Hada corría peligro de olvido. En el momento en que era necesario hacerlo, en que la

respuesta era un «sí» suspendido entero y visible, dispuesto a estallar, Solange dejó escapar la varita de avellano y, para recogerla, se agachó, en una postura ridícula, en el instante preciso en que el grito fatal caía, el «sí» nupcial, de suerte que se mezcló con el ruido de la arena que ella escarbó; quedó ahogado y la impresión de Solange amortiguada. Divina no tuvo nunca más ninguna otra experiencia de mujer.

Junto al taxi, como ya no tenía qué pensar, volvió a ser Divina. En vez de entrar (ya había cogido con dos dedos el abullonado de su vestido negro y

levantado el pie izquierdo), como Gorgui ya instalado la invitaba, dio una carcajada estridente, de fiesta o de locura, se volvió al taxista y, riéndosele en las barbas, le dijo:

—No, no. Con el taxista. Yo subo siempre con el taxista, chúpate esa.

Y se puso mimosa.

—¿Qué le parece al taxista?

El taxista era un mocetón que conocía su oficio (todos los taxistas son alcahuetes y traficantes de polvo blanco). El abanico entre los dedos de Divina no se abrió. Además, Divina no cogía el abanico para engañar; hubiera quedado contrita de verse confundida con una de esas horribles hembras

tetudas. «¡Oh! esas mujeres, las malvadas, las malvadas, las abyectas, las fulanas de puerto, las tunas, las guarras. ¡Oh! esas mujeres, ¡cómo las odio!»), decía. El taxista abrió la portezuela de su propio asiento y, sonriendo amablemente, le dijo a Divina:

—Anda, sube ahí, ricura.

—¡Ay! este taxista es que es, es que es, es que es...

Chisporroteos de tafetán acribillaron el muslo soberbio del taxista.

El día se había despertado del todo cuando llegaron al sotabanco, pero la oscuridad que establecían las cortinas corridas, el olor del té, el olor, todavía

más, de Gorgui, los hicieron hundirse en una noche hechicera. Como solía hacer. Divina pasó detrás del biombo para quitarse el vestido de luto y ponerse un pijama. Santa María se sentó en la cama, encendió un cigarrillo; a sus pies, la masa espumosa de los encajes de su vestido le hacían una especie de pedestal tembloroso y, con los codos en las rodillas, miró ante sí —el azar los había aceptado e, instantáneamente, organizado— el frac, el chaleco blanco de raso, los escarpines de Gorgui, sobre la alfombra tomar la forma del testimonio que un *gentleman* arruinado deja a eso de las tres de la mañana en las riberas del Sena. Gorgui se acostó

completamente desnudo. Divina reapareció en pijama verde, pues, en interiores, el verde de las telas le sentaba bien a su rostro empolvado de ocre. Santa María aún no había acabado el cigarrillo.

—¿Te acuestas, Danie?

—Sí, sí, espera que acabe esto.

Como siempre contestó como se contesta desde el fondo de pensamientos profundos. Santa María no pensaba en nada, y era eso lo que le daba el aire de saberlo todo de antemano, como por una especie de gracia. ¿Era el favorito del Creador? Dios lo había puesto tal vez al corriente. Tenía la mirada más pura (vacía) que la de la du Barry tras una

explicación de su amante el rey. (Como la du Barry, en ese momento ignoraba que iba en derechura hacia el cadalso; pero, puesto que los literatos explican que los ojos de los Niños Jesús están tristes hasta la muerte por la previsión de la Pasión de Cristo, tengo pleno derecho a rogaros que veáis, en el fondo de las pupilas de Santa María, la imagen microscópica, para vosotros invisible a simple vista, de una guillotina.) Parecía embotado. Divina pasó la mano por los cabellos rubios de Santa María de las Flores.

—¿Quieres que te ayude?

Pensaba desabrocharle el vestido y quitárselo.



—Sí, anda, vamos.

Santa María arrojó la colilla, la aplastó en la alfombra y, ayudándose con la punta de uno, se descalzó un pie y luego otro. Divina le desabrochaba la espalda del vestido. Despojaba a Santa María de las Flores de una parte, de la parte más bonita de su nombre. Santa María estaba un poco achispado. Este último cigarrillo le sentó bastante mal. La cabeza le rodó y cayó de repente sobre el pecho como la de los pastores de escayola de rodillas sobre los cepillos que se colocan en los Belenes, cuando se echa una moneda por la ranura. Hipaba de sueño y de vino mal digerido. Se dejó quitar el vestido sin

ayudar con el menor gesto, y cuando estuvo desnudo, Divina, levantándolo por los pies, lo hizo bascular en la cama, donde rodó contra Seck. Divina solía acostarse entre los dos. Se dio perfecta cuenta de que hoy habría de contentarse con permanecer en el borde exterior, y los celos que se habían apoderado de ella durante el descenso de la calle Lepic y en *El Tabernáculo* le devolvieron la acritud. Apagó. Las cortinas, mal corridas, dejaban entrar un rayo de luz muy fino que se diluía en polvo dorado. Era, en la habitación, el claroscuro de las mañanas poéticas. Divina se acostó. Al instante, atrajo a sí a Santa María, cuyo cuerpo parecía

desosado, sin nervios, con los músculos nutridos de leche. Sonreía en el vacío. En fin, tenía esa sonrisa complaciente cuando estaba moderadamente divertido, pero Divina no vio esa sonrisa más que cuando le tomó la cabeza entre las manos y volvió hacia sí el rostro que primeramente estaba vuelto hacia Gorgui. Gorgui estaba echado boca arriba. El vino y los licores lo habían reblandecido, igual que habían reblandecido a Santa María. No estaba durmiendo. Divina tomó en su boca los labios cerrados de Santa María. Sabido es que tenía el aliento fétido. A Divina le importaba, pues, abreviar su beso en la boca. Se deslizó hasta el fondo de la

cama, lamiendo con la lengua, al pasar, la pelusa del cuerpo de Santa María, que se iba despertando al deseo. Divina recostó la cabeza en el hueco de las piernas y el vientre del asesino y esperó. Cada mañana se repetía la misma escena, una vez con Santa María y la siguiente con Gorgui. No esperó mucho rato. Santa María se volvió boca abajo de repente y, de manera brutal, metió con la mano la verga, aún flexible, en la boca entreabierta de Divina. Esta apartó la cabeza y frunció los labios. Rabioso, el sexo se volvió de piedra (adelante, *condottieri*, caballeros, pajes, rufianes, charranes, bajo vuestros rasos empinadla contra la mejilla de Divina),

quiso forzar la boca cerrada, pero tropezó con los ojos, la nariz, la barbilla, resbaló contra la mejilla. Era el juego. Por fin, encontró los labios. Gorgui no dormía. Percibía los movimientos por su eco en la grupa desnuda de Santa María.

—¡Oye! Mira que tenéis mala leche, no hay que ponerse en plan rácano. A mí estas cosas me excitan.

Se movió. Divina jugaba a ofrecerse y retirarse. Santa María jadeaba. Con ambos brazos, Divina le rodeaba los flancos, se los acariciaba con las manos, se los alisaba, pero ligeramente, para sentir su temblor, con la punta de los dedos, como cuando se quiere sentir

girar bajo el párpado el globo de los ojos. Sus manos pasaron sobre las nalgas de Santa María, y he aquí que Divina comprendió. Gorgui cabalgaba al asesino rubio e intentaba penetrarlo. Una desesperación terrible, profunda, inigualable, la desprendió del juego de ambos hombres. Santa María seguía buscando aún la boca de Divina y encontraba los párpados, el cabello y, con voz turbada por el jadeo, pero húmeda de sonrisa, dijo:

—¿Estás listo, Seck?

—Sí, dijo el negro.

Su aliento debió de levantar los cabellos rubios de Santa María. Un furioso movimiento se desencadenó por

encima de Divina.

«Es la vida», tuvo tiempo de pensar Divina. Hubo una pausa, una especie de oscilación. El andamiaje de cuerpos se derrumbó en el pesar. Divina volvió a subir la cabeza hasta la almohada. Se había quedado sola, abandonada. Ya no estaba excitada, y por primera vez no sintió la necesidad de ir al retrete a acabar con su propia mano el amor iniciado. Sin duda. Divina se hubiese consolado de la ofensa que le hicieron Seck y Santa María, si la ofensa no hubiera sido cometida en su casa. La hubiera olvidado. Pero el insulto corría el riesgo de convertirse en crónico, puesto que los tres parecían estar

instalados en el sotabanco de una manera estable. Odiaba por igual a Seck y a Santa María, y sentía muy claramente que este odio hubiese cesado si se hubiesen dejado mutuamente. A ningún precio, pues, los dejaría seguir en el sotabanco. «No voy a cebar a este par de lirones.» Santa María se le hacía odioso, como una rival. Por la noche, cuando los tres estuvieron levantados, Gorgui tomó a Santa María por los hombros y, riendo, lo besó en la nuca. Divina, que estaba preparando el té, hizo como si estuviera distraída, pero no pudo evitar echar una ojeada a la bragueta de Santa María. Un nuevo ataque de rabia se apoderó de ella:



estaba empalmado. Creía haber echado la ojeada sin ser vista, pero levantó la cabeza, los ojos, justo a tiempo para captar la ojeada socarrona con que Santa María la estaba señalando al negro.

—Por lo menos, podríais guardar la compostura, dijo.

—No hacemos daño a nadie, dijo Santa María.

—¿Eso te parece?

Pero no quería parecer reprender un entendimiento amoroso, ni siquiera parecer haberlo descubierto. Añadió:

—No podéis estar un momento sin armar jaleo.

—Si no armamos jaleo, monada.

Anda, guapa.

Mostraba, trincándoselo con el puño, el bulto bajo la tela palpitante.

—Esto va en serio, dijo riéndose.

Gorgui había dejado a Santa María. Se estaba cepillando los zapatos. Tomaron el té. Jamás había tenido ocasión Divina, jamás había pensado en ponerse celosa del físico de Santa María de las Flores. Existen, no obstante, motivos para creer que estos celos existían, sordos, ocultos. Recordemos unos cuantos detalles menudos, que nos limitamos a dejar anotados: Divina negándole un día su rimmel a Santa María; su alegría (rápidamente disimulada) al descubrir el horror de su

aliento apestado. Y, sin ni siquiera darse cuenta ella misma, pinchó en la pared, entre todas las demás, la foto más fea de Santa María. Esta vez, los celos físicos, que sabido es cuán amargos son, se le volvieron evidentes. Planeó y consumó con el pensamiento venganzas horribles. Arañaba, desgarraba, amputaba, laceraba, despellejaba, arrojaba vitriolo. «Que quede *odiosamente* mutilado», pensaba. Mientras secaba las tazas de té, había procedido a espantosas ejecuciones. Una vez que hubo dejado el paño, era de nuevo pura, pero, no obstante, no volvía sino mediante una sabia gradación entre los humanos. Sus actos lo acusaban. De

haberse vengado de una maricon, Divina hubiese logrado, sin duda, un milagro del martirio de San Sebastián. Hubiese lanzado unas cuantas flechas — pero con esa gracilidad que tenía cuando decía: «Te tiro una pestaña» o también; «Te echo un autobús.» Unas cuantas flechas aisladas. Luego, una salva. Hubiera delimitado con flechas los contornos de la maricon. La hubiera aprisionado en una jaula de flechas y, finalmente, clavado limpiamente. Quiso utilizar este método con Santa María. Pero este método debe llevarse a cabo en público. Si lo permitía todo en el sotabanco, Santa María no toleraba que se chotearan de él delante de los amigos.

Era quisquilloso. Las flechas de Divina golpearon contra el granito. Buscó riñas y, naturalmente, las encontró. Un día lo sorprendió en flagrante delito de más que egoísmo. Estaban en el sotabanco. Divina estaba aún acostada. La víspera, Santa María había comprado un paquete de «Craven». Al despertarse, buscó el paquete: no quedaban más que dos cigarrillos. Tendió uno a Gorgui, se quedó con el otro, y los encendió. Divina no estaba dormida, pero permaneció con los ojos cerrados, esforzándose por aparentar dormir. «Es para ver qué van a hacer», pensaba. Bien sabía la embustera que era el pretexto que le serviría para no parecer

ofendida si la olvidaban en el reparto, que le permitiría conservar la dignidad. Cuando llegó a los treinta, más o menos, a Divina la invadió la necesidad de dignidad. Cualquiera cosa la ofendía; ella que, de joven, era capaz de audacias de esas que hacen temblar a los *barmen*, se ruborizaba y sentía que se ruborizaba por la menor cosita que recordaba, por la sutileza misma de este símbolo, estados en los que verdaderamente había podido sentirse humillada. Una ligera impresión —y más terrible cuanto más ligera— la devolvía a sus épocas de miseria. Nos asombraremos de ver crecer a Divina en edad y sensibilidad, cuando el común discernimiento decide

que, a través de la vida, la piel se va endureciendo. No sentía ya, claro, ninguna vergüenza por ser una mariconzuela de alquiler. Si acaso, se hubiera glorificado de ser una a la que le chorrea la lefa por los nueve agujeros. Que mujeres y hombres le insultasen, aún le daba igual. (¿Hasta cuándo?) Pero perdió el control de sí misma, se puso toda colorada y estuvo a punto de no recuperarse sin escándalo. Se aferraba a la dignidad. Con los ojos cerrados, se imaginaba a Seck y a Santa María haciendo remilgos para excusarse ambos de no haber contado con ella, cuando Santa María cometió la torpeza de hacer en voz alta esta reflexión (que

desoló a Divina, enterrada en su noche de los ojos cerrados), esta reflexión que subrayaba y probaba que un largo y complicado intercambio de señas a ella referidas acababa de llevarse a cabo: «Sólo quedan dos cigarrillos.» Bien lo sabía ella. Oyó rascar la cerilla. «No era cosa de que partieran uno por la mitad.» Se respondió a sí misma: «Pues bien, sí, debía haberlo partido (el que *debía haberlo partido* era Santa María), o incluso privarse de él y dejármelo a mí.» Así que, de esta escena, dató el período en que rechazó lo que Seck y Santa María le ofrecían. Un día, Santa María subió un paquete de caramelos. He aquí la escena. Santa María a



Divina:

—¿Quieres un caramelo? (pero estaba ya cerrando el paquete, observó Divina).

Dijo:

—No, gracias.

Unos segundos después, Divina añadió:

—No me das nada de buena gana.

—Sí te lo doy de buena gana; si no quisiera dártelo, no te lo diría. Nunca te lo digo dos veces, cuando no quiero darte algo.

Divina pensó con una vergüenza más: «Nunca me ha ofrecido nada dos veces.» No quiso ya salir si no era sola. Esta costumbre no tuvo más que una

consecuencia: estrechar la intimidad del negro y del asesino. La fase que siguió fue la de los reproches violentos. Divina no podía ya aguantarse más. El furor, como una velocidad, le procuraba una lucidez más aguda. Descubría por doquier intenciones. ¿O es que Santa María obedecía, sin saberlo, al juego que ella ordenaba, que ordenaba que la condujera hacia la soledad y aún más hacia la desesperación? Abrumó de invectivas a Santa María. Como los tontos, que no saben mentir, era disimulado. Cogido en la trampa, se ruborizaba a veces, se le ponía la cara larga, al pie de la letra, pues las dos arrugas que tenía a lo largo de la boca

se le estiraban, tiraban de él hacia abajo. Daba lástima. No sabía qué contestar y no podía sino sonreír. Esa sonrisa, por muy estreñida que fuese, le distendía los rasgos, le desfruncía la moral. En cierta forma, podíase decir que había atravesado, desgarrándose en él, como un rayo de sol un tapón de espigas, un espino de invectivas, pero sabía, sin embargo, parecer salir de él intacto, sin sangre en los dedos. Entonces, Divina, rabiosa, lo asaeteaba. Se tornaba despiadada como sabía serlo en sus persecuciones. En definitiva, sus flechas hacían poco daño a Santa María, ya hemos dicho por qué, y si algunas veces, encontrando un sitio más blando,

la punta entraba, Divina hundía el dardo hasta las plumas que había embadurnado de un bálsamo cicatrizante. Temía al mismo tiempo una violencia de Santa María herido, se guardaba rencor a sí misma por haber dejado asomar una excesiva amargura, pues pensaba, y se equivocaba grandemente, que a Santa María lo haría feliz. A cada una de sus observaciones emponzoñadas, le añadía un cordial suavizador. Como Santa María no estaba nunca atento más que al bien que parecían desearle, decían que era confiado y sin malicia, o acaso también como no captaba más que el final de las frases, era sólo este final el que le llegaba y creía que era la

conclusión de un largo cumplido. Santa María hechizaba las molestias que Divina se tomaba en maltratarlo, pero, sin saberlo, estaba atravesado de flechas malvadas. Santa María era feliz a pesar de Divina y gracias a ella. Cuando un día hizo esta confesión que lo humillaba (haber sido desvalijado y abandonado por Marchetti), Divina tenía en sus manos las de Santa María de las Flores. Aunque conmovida, con un nudo en la garganta, sonreía amablemente, para que ninguno de los dos se enterneciese hasta la desesperación, que no hubiera durado sin duda más que unos cuantos minutos, pero los hubiera marcado para toda la vida, y para que Santa María no se

disolviese en esta humillación. Era para ella una dulzura tierna, comparable a la que me deshizo en lágrimas cuando:

—¿Cómo te llamas?, me preguntó el *maître*.

—Jean.

Y la primera vez que tuvo que llamarme en el *office* gritó: «¡Jean!» Oír mi nombre me hizo tanto bien. Creí que había encontrado de nuevo una familia, por la ternura de los criados y de los amos. Hoy, os hago esta confesión: no sentí jamás más que la apariencia de las cálidas caricias, algo como una mirada cargada de una profunda ternura que, dirigiéndose a algún bello ser joven colocado detrás de mí, pasaba por mí y

me trastornaba. Gorgui no pensaba apenas, o no dejaba ver que pensase. Se paseaba a través de las voces de Divina, ocupándose sólo de su propia ropa blanca. Un día, sin embargo, esta intimidad con Santa María, que los celos de Divina habían hecho nacer, hizo decir al negro:

—Vamos al cine. Tengo unas entradas.

Luego rectificó:

—Pero, qué gilipollas soy, siempre me creo que no somos más que dos.

Era demasiado para Divina, resolvió acabar. ¿Con quién? Sabía que Seck se encontraba bien en medio de esta vida dichosa, hallaba en ella un refugio, el

alimento, la amistad, y la medrosa Divina temía su cólera: seguramente no hubiese abandonado el sotabanco sin una venganza de negro. Además, había vuelto —tras un tiempo de pausa— a preferir las virilidades exageradas, y a este respecto Seck la colmaba. ¿Sacrificar a Santa María? ¿Cómo? Y ¿qué dirá Gorgui? La ayudó Mimosa, a quien se encuentra en la calle. Mimosa, señora anciana.

—¡La he visto! Ta, Te, Ti, To, Tu, quiero a tu Santa María. Siempre tan lozana, siempre tan Divina. La Divina es ella.

—¿Te gusta? (Entre ellas, las mariconas hablaban de sus amigas en



femenino.) ¿La quieres para ti?

—Anda, conque ¿ya no quiere saber nada de ti, pobrecita mía?

—Estoy de Santa María hasta las narices. Y además es estúpida y la encuentro blanda.

—Ni siquiera consigues ya que se empalme.

Divina pensó: «So guarra, ya te cogeré yo a ti.»

—Entonces, ¿de verdad que me la dejas?

—No tienes más que cogerla. Si puedes.

Al mismo tiempo, esperaba que Santa María no se dejaría coger:

—Ya sabes que te detesta.

—Sí, sí, sí. Sí, sí, sí. Primero se me detesta y luego se me adora. Pero escucha, Divina, podemos ser buenas amigas. Quisiera tirarme a Santa María. Déjamela. Favor por favor, monada. Puedes estar segura de mí.

—¡Oh! Mimo, figúrate si te conozco. Tienes mi confianza. Todísima mía.

—En qué tono lo dices. Pero oye, te aseguro que en el fondo soy una buena chica. Tráela una noche.

—¿Y Roger, tu hombre?

—Se va a la mili. Figúrate, allí, con las oficialas, me olvidará. ¡Ay!, ¡entonces sí que seré la Viudísima! Así que cojo a Santa María y me la guardo para mí. Tú tienes dos. ¡Las tienes a

todas!...

—Bueno, de acuerdo, voy a decírselo. Ven a vernos a eso de las cinco y tomas el té.

—¡Qué buena chica eres, Divina! Déjame que te dé un beso. Y que estás aún de buen ver, oye. Un poco arrugada, pero te hace mono, y tan buena.

Era por la tarde. Eran tal vez las dos; según caminaban, se agarraban por los dos meñiques curvados en forma de gancho. Un poco después, Divina se encontró a Gorgui y a Santa María juntos. Hubo de esperar a que el negro, que ya no dejaba a Santa María ni a sol ni a sombra, fuera al retrete. He aquí cómo preparó Divina a Santa María:

—Oye, Danie, ¿quieres ganarte cien chuchas?

—¿Con qué?

—Pues nada, que Mimosa querría acostarse contigo una hora o dos. Roger se va a la mili y se queda sola.

—¡Bah! Cien chuchas es poco, oye. Si has puesto tú el precio, no te has matao.

Se rio socarronamente. Y Divina:

—Yo no he marcado ningún precio. Oye, vete con ella y ya te arreglarás, la Mimosa no es nada agarrada con los chiquitos que le gustan. Haz lo que quieras, por supuesto. Yo te lo digo y tú haz lo que te parezca. De todas maneras, va a venir al sotabanco a las cinco. Sólo

que habría que apartar a Gorgui, ya me entiendes, para estar más libres.

—¿Follamos en el sotabanco contigo?

—Oye, no, vas a su casa. Tendrás tiempo de discutir. Pero no manges nada, por favor: no manges nada, que luego habría sus más y sus menos.

—¡Ah!, ¿hay guinde? Pero puedes estar tranquila: no limpio a los amiguetes.

—Intenta que te dure, sé un buen chulo.

Divina había evocado con toda la intención y muy hábilmente el robo. Era un medio seguro de dársela con queso a Danie. ¿Y Gorgui? Cuando volvió, Santa

María lo puso al corriente.

—Tienes que ir, Danie.

El negro no veía más que los cinco luis. Pero, entonces, le vino una sospecha a la mente: hasta ese momento había creído que el dinero que sacaba, Santa María se lo debía a sus cabritos, el escrúpulo que descubría ahora en él le hizo pensar que había algo más. Quería saber qué, pero el asesino era más escurridizo que una anguila. Santa María había reanudado su tráfico de cocaína. En un bar pequeño que parecía una celda, en la calle del Elysée-des-Beaux-Arts, se reunía cada cuatro días con Marchetti, que había regresado sin blanca a París y que se la suministraba.

Iba en unas bolsitas de papel de seda, gramo a gramo, y esas bolsitas estaban a su vez en otra mayor, de tela morena. He aquí lo que había ideado: se dejaba la mano izquierda en el bolsillo agujereado de los pantalones, para poder calmar o acariciarse el miembro en exceso violento. Con esta mano izquierda retenía una larga cuerda de la que pendía, balanceándose, en el interior de la pernera de los herales, la bolsa de tela morena.

—Si vienen los estupas, suelto la cuerda y el paquete se cae sin armar jaleo. Así no hay peligro.

Pendía por un hilo a una organización secreta. Cada vez que

Marchetti le entregaba la nieve, decía: «¿Qué tal, chaval?», junto con un guiño que Santa María reconocía en los cursos que lo empleaban entre sí, cuando pasaban rozándose por una acera, murmurándose:

—Ciao, Rico.

Marchetti le pregunta a Santa María si tiene valor:

—¡A patadas!

—Mira el encipotado este, contestó alguien.

Aquí no puedo por menos de volver sobre estas palabras de jerga que brotan de los labios de los chulos como sus pedos (plumas) brotan del trasero blando de Pocholo. Y es que una de



ellas, que más tal vez que todas me trastorna —o, como dice siempre Pocholo, me reconcome, pues es cruel —, se pronunció en una de las celdas de las Bodegas a la que llamamos «los treinta y seis baldosines», celda tan estrecha que es la crujía de un navío. De un robusto guardián oí que murmuraban: «El empalado», y luego, un poco después: «El Envergado». Ahora bien, lo cierto es que el hombre que lo pronunciaba nos había dicho que había navegado durante siete años. La magnificencia de tal obra —el palo por una verga— me hizo temblar de arriba abajo. Y el mismo hombre dijo un rato después: «O, si eres de la pompa, te

bajas los herales y el juez hace diana...» Pero esta expresión entraba ya dentro del dicho picante; inapropiada, destruyó el encanto de la otra y volví a hacer pie en este fondo sólido que es la chuscada, mientras que el poema hace siempre que el suelo huya bajo la planta de los pies y nos aspira al seno de una maravillosa noche. También dijo: «¡Empirojotado!», pero no resultó mejor. A veces, en el más desolador de mis momentos, jodido por los boquis, me canto para mi fuero interno este poema: «El envergado», que no aplico a nadie en concreto, pero que me consuela, me seca las lágrimas que no han brotado, paseándome a través de mares en calma, marinero de esa

tripulación que vimos alrededor de 1700 en la fragata Culafroy.

Pocholo iba de grandes almacenes en grandes almacenes. Eran el único lujo al que podía acercarse, con el que podía darse el lote. Lo atraían el ascensor, las lunas, las alfombras (sobre todo las alfombras, que ensordecían el trabajo interior de los órganos de su cuerpo, el silencio le entraba por los pies, amortiguaba todo el fuego de su mecanismo; en fin, que dejaba de oírse a sí mismo); apenas si lo atraían las dependientas pues, por descuido y aún muy reprimidos gestos, tics de Divina se le escapaban. Al principio se había atrevido a hacer algunos para burlarse;

pero ellos, solapados, iban conquistando poco a poco la plaza fuerte y Pocholo ni siquiera se percataba de su muda. Fue algo después —y diremos cómo— cuando comprendió que era falso su grito, una noche: «Un macho que se folla a otro es un macho doble.» Antes de entrar en las Galerías Lafayette, se quitó la cadena de oro que le golpeaba la bragueta. Mientras estaba solo en la acera, el combate era aún posible, pero, entre las mallas de todas las venillas bajas que urden, en movediza red, mostradores y muebles, estaba perdido. Estaba a merced de una voluntad «otra», que le llenaba hasta los topes los bolsillos de objetos que, en su

habitación, al ponerlos encima de la mesa, no reconocía, hasta tal punto que la señal que le había hecho escogerlos en el momento del robo era poco común a la Divinidad y a Pocholo. En el instante de esta toma de posesión por parte del Otro, de los ojos, de las orejas, de la boca un poco abierta e incluso cerrada de Pocholo escapaban, revoloteando a menudos aletazos, pequeños Mercurios grises o rojos de alados tobillos. Pocholo el duro, el frío, el irrefragable, Pocholo el chulo cobraba vida como una roca abrupta de la que sale, de cada hueco musgoso y mojado, un pardal vivo, revoloteando en torno a ella como un vuelo de pichas

aladas. Era preciso, en fin, que pasara por ello, es decir, que robara. En varias ocasiones ya, se había entregado a este juego: sobre un mueble, entre los objetos expuestos y en el lugar más inaccesible, depositaba, como por inadvertencia, cualquier pequeñez comprada y pagada con todas las de la ley en un mostrador alejado. Lo dejaba reposar allí unos cuantos minutos, apartaba la vista de él y se interesaba por lo que estaba expuesto alrededor. Cuando el objeto se había fundido lo bastante con el resto del mueble, lo robaba. Dos veces, un inspector lo había cogido y dos veces se había visto obligada la dirección a presentarle

excusas, puesto que Pocholo estaba en posesión del *ticket* entregado por la cajera.

Los mecheros actúan siguiendo varios métodos, y según sea el mueble hay, quizá, que emplear uno y otro. Por ejemplo, con una sola mano se pueden coger a un tiempo dos objetos pequeños (billeteros), sujetarlos como si no hubiera más que uno, estar un rato examinándolos, deslizarse uno por la manga y, por fin, dejar el otro en su sitio, como si no interesara. Ante unos montones de retales de seda, hay que colocar, negligentemente, una mano en el bolsillo agujereado del gabán. Se acerca uno al mostrador hasta tocarlo con el

vientre y, mientras la mano libre palpa la tela y la mueve, desordena las sedas expuestas, la mano que está en el bolsillo sube hacia la parte alta del mostrador (siempre al nivel del ombligo), atrae hacia sí el retal más bajo del montón y lo lleva de esta forma, pues es flexible, hasta debajo del gabán que lo oculta. Pero estoy dando unas recetas que todas las amas de casa, que todas las compradoras saben. Pocholo prefería asir, hacer describir al objeto una rápida parábola desde el mueble hasta su bolsillo. Era audaz, pero más hermoso. Como astros que caen, los frascos de perfume, las pipas, los encendedores corrían en una curva pura



y breve y le abultaban los muslos. El juego era peligroso. Si valía o no la pena era algo que sólo Pocholo podía juzgar. Este juego era una ciencia que requería un entrenamiento, una preparación, como la ciencia militar. En primer lugar, había que estudiar la disposición de los espejos y sus biseles, y también los que, oblicuos, sujetos al techo, nos reflejan en un mundo cabeza abajo que los detectives, mediante un juego de cortinilla que les funciona en el cerebro, ponen rápidamente boca arriba y orientan. Había que acechar el instante en que la dependienta tiene la mirada dirigida a otra parte y en que los clientes, siempre traidores, no miran.

Había en fin, que encontrar, como un objeto perdido —o, mejor, como uno de esos personajes de las adivinanzas cuyas líneas sobre los platos de postre son también las de los árboles y las nubes—, al detective. Encontrad al detective. Es una mujer. El cine —entre otros juegos— enseña lo natural, que está hecho enteramente de artificios y es mil veces más engañoso que lo auténtico. A fuerza de conseguir parecerse a un congresista o a una comadrona, el detective de las películas ha dado a los rostros de los verdaderos congresistas y de las verdaderas comadronas un rostro de detective, y los verdaderos detectives, huraños en medio

de este desorden que vuelve borroso su rostro hartos ya, han querido parecer detectives, lo cual no simplifica nada las cosas... «Un espía que se pareciera a un espía sería un mal espía», me dijo una bailarina, un día. (Se suele decir: «Una bailarina, una noche.») No lo creo.

Pocholo iba a salir de los almacenes. Por ociosidad y por parecer natural, y también porque es difícil desembarazarse de esta turbulencia, movimiento browniano, tan poblado y movedizo, conmovedor, como el embotamiento matutino, —se entretenía mirando al pasar los muebles donde pueden verse camisas, botes de cola, martillos, cordeles, esponjas de caucho.

Llevaba en los bolsillos dos encendedores de plata y una pitillera. Lo estaban siguiendo. Cuando llegó junto a la puerta, guardada por un coloso con galones, una ancianita le dijo con toda la calma:

—¿Qué ha robado, joven?

Fue lo de «joven» lo que encantó a Pocholo. Si no, hubiera arremetido. Las palabras más inocentes son las más perniciosas, de ellas es de las que hay que guardarse. Casi al instante, el coloso estuvo sobre él y lo agarró por la muñeca. Se lanzó como la más formidable ola sobre el bañista dormido en la playa. Gracias a las palabras de la vieja y al gesto del hombre, un nuevo

universo, instantáneamente, se le ofreció a Pocholo: el universo de lo irremediable. Es el mismo que aquel en que estábamos, pero con una particularidad: que en lugar de actuar y sabernos actuantes, nos sabemos actuados. Una mirada —es tal vez de nuestro ojo— tiene la acuidad súbita, concreta de lo extralúcido, y el orden de este mundo —visto del revés— aparece tan perfecto dentro de lo ineluctable, que a este mundo no le queda más que desaparecer. Y es lo que hace en un santiamén. El mundo está vuelto del revés como un guante. Y acontece que el guante soy yo y que comprendo al fin que, el día del juicio, Dios me llamará

con mi propia voz: «¡Jean, Jean!»

Pocholo, al igual que yo, había conocido demasiados fines del mundo para, tocando fondo después de éste, lamentarse rebelándose contra él. Una rebelión no le habría arrancado más que sobresaltos de carpa sobre una alfombra y lo habría puesto en ridículo. Dócilmente, como si lo llevaran con correa y en sueños, se dejó conducir por el portero y el detective hembra al despacho del comisario especial de los almacenes, en el sótano. Lo habían pillado in fraganti. Esa misma tarde, un coche celular lo condujo a la prisión preventiva, donde pasó la noche con diversos vagabundos, mendigos,

ladrones, descuideros, chulos, falsificadores, todos ellos gente salida de entre la mampostería mal unida de las casas erguidas unas contra otras en los más oscuros callejones sin salida. Al día siguiente trasladaron a Pocholo y a sus compañeros a la prisión de Fresnes. Entonces, tuvo que dar su apellido, el apellido de su madre y el nombre hasta entonces secreto de su padre. (Se inventó: ¡Romuald!) Dijo también su edad y su profesión.

—¿Su profesión?, dijo el escribano.

—¿La mía?

—Sí, la suya.

Pocholo estuvo a punto de ver salirse de entre los labios en flor:

«Chica de salón», pero contestó:

—Yo no tengo profesión, no currelo.

Sin embargo, estas palabras tuvieron para Pocholo el valor y el sentido de: «Chica de salón».

Por fin, lo desnudaron y le registraron la ropa hasta las costuras. El guardián le hizo abrir la boca, se la miró a fondo, le pasó la mano por los espesos cabellos, y furtivamente, tras habérselos desparramado por la frente, le rozó la nuca, hueca aún, cálida y vibrante, sensible y lista para provocar, bajo la más leve caricia, estragos espantosos. Por su nuca reconocemos que Pocholo puede ser aún un delicioso marinerito. Por fin, le dijo:



—Échese hacia adelante.

Se agachó. El guardián le miró el ano y vio una mancha negra.

—...osa, gritó.

Pocholo tosió. Pero se había equivocado. Era «¡Qué cosa!» lo que había gritado el guardián. La mancha negra era una cagarruta bastante grande, que aumentaba cada día y que Pocholo, varias veces ya, había intentado arrancar, pero hubiera tenido que arrancarse los pelos con ella, o tomar un baño caliente.

—Estás cagao, dijo el guardián. (Ahora bien, estar cagao significa también tener miedo, y el guardián lo ignoraba.)

¡Pocholo el del noble porte, el de caderas contoneantes, el de hombros inmóviles! En la Colonia, un vigilante (tenía veinticinco años, llevaba unas botas de cuero leonado hasta los muslos, sin duda velludos) se había dado cuenta de que el faldón de la camisa de los colonos estaba manchado de mierda. Todos los domingos por la mañana, en el momento de mudarnos de ropa, nos obligaba, pues, a extender, sujetándola ante nosotros por ambas mangas separadas, nuestra camisa sucia. Cruzaba con la parte delgada de la fusta la cara, ya torturada por la humillación, del colono el faldón de cuya camisa era dudoso. Ya no nos atrevíamos a ir al

retrete, pero cuando nos empujaban a él retortijones demasiado imperiosos, como no había papel, después de habernos limpiado el dedo en la pared encalada, amarilla ya de meados, teníamos buen cuidado de levantarnos el faldón de la camisa (digo «nos» ahora, pero entonces cada colono creía que era el único que lo hacía) y lo que se nos manchaba era el fondillo de los pantalones blancos. Los domingos por la mañana sentíamos en nosotros la pureza hipócrita de las vírgenes. Sólo Larochedieu se trababa siempre, al final de la semana, en los faldones de la camisa y se los ensuciaba. La verdad es que no era para tanto, pero los tres años

que pasó en la penitenciaría estuvieron envenenados por la preocupación de esas mañanas de domingo —que veo yo, ahora, enguinaldadas de camisitas floridas por ligeros toques de su mierda amarilla, antes de misa—, tanto que por fin, los sábados por la noche frotaba la punta de la camisa contra la cal de la pared para intentar blanquearla. Al pasar ante él, descuartizado, en la picota ya, con sus quince años en cruz, el vigilante de botas de cuero, de mirada montaraz y brillante, permanecía inmóvil. Hacía pasar, sin habilidad preconcebida, por sus duros rasgos (los sentimientos que vamos a enumerar se pintaban en ellos, a causa de esta

dureza, como una carga), el asco, el desprecio y el horror. Muy tieso, escupía en el centro del rostro de mármol, que no esperaba más que ese escupitajo, de Larochedieu. En lo que a quienes estamos leyendo esto se refiere, de sobra adivinamos que los faldones de la camisa del vigilante y el fondo de sus calzoncillos estaban llenos de mierda. Así pues, Pocholo el Pinreles sintió lo que puede ser el alma de un bordonero Larochedieu al que se escupe en el trasero. Pero apenas si prestaba atención a estos intercambios momentáneos de almas. No sabía nunca por qué, después de ciertas impresiones, se sorprendía de seguir en su pellejo. No dijo ni palabra.

El guardián y él estaban solos en el vestuario. Se le desgarraba el pecho de rabia. Vergüenza y rabia. Abandonó la estancia, arrastrando tras de sí ese noble trasero —y por su trasero era por lo que se conocía que hubiera sido un brillante torero. Lo encerraron en una celda. Por fin, detrás de los cerrojos, se sintió libre y lavado, con sus trozos vueltos a pegar, Pocholo de nuevo, el dulce Pocholo. Su celda podría estar en cualquier sitio. Las paredes son blancas, el techo es blanco, pero el suelo de mugre negra la posa en el suelo y la sitúa allí, precisamente allí, es decir, entre mil celdas que, aunque ligeras, la aplastan, en el tercer piso de la prisión de Fresnes. Ya estamos aquí.

Los rodeos más largos me devuelven por fin a mi prisión, a mi celda. Ahora, podría casi sin afeites, sin transposición, sin trujamán, contar mi vida aquí. Mi vida actual.

Por delante de todas las celdas corre un balcón interior al que se abre cada puerta. Frente a ella, esperamos que el guardián abra y adoptamos posturas que nos delatan; así, el lila ese indica, al permanecer con la gorra en la mano, y tendida, que suele mendigar a la puerta de las iglesias. Cuando vuelven del paseo y esperan al guardián, si éste se inclina, cada recluso no puede por

menos de oír alguna serenata de guitarra o sentir, en este empalletado, que el gran bajel va dando fuertes bandazos bajo la luna y va a naufragar. Mi celda es una caja exactamente cúbica. Por la noche, en cuanto Pocholo se echa en su cama, la ventana la lleva hacia el oeste, la desprende del bloque de mampostería y huye con ella, arrastrándola como una lancha. Por la mañana, si una puerta se abre —todas están cerradas entonces, y es un misterio profundo, tanto como el misterio del número en la obra de Mozart o como la utilidad del coro en la tragedia (en la cárcel se cierran más puertas de las que se abren)— un elástico la saca del espacio en que se



columpiaba y la vuelve a poner en su sitio: entonces es cuando el recluso debe levantarse. Mea, tieso, sólido como un olmo, en la taza de las letrinas, se sacude un poco la verga reblandecida; el alivio de la orina que fluye lo devuelve a la vida activa, lo coloca en el suelo, pero delicadamente, con suavidad, desata los cordones de la noche, y se viste. Con la escobilla, recoge algo de ceniza y de polvo. Pasa el guardián y abre durante cinco segundos las puertas para que haya tiempo de sacar la basura. Luego, las vuelve a cerrar. El recluso aún no se ha desembarazado del todo de la náusea del despertar sobresaltado. Tiene la boca llena de guijarros. La

cama aún está caliente. Pero no se vuelve a acostar. Hay que luchar con el misterio cotidiano. La cama de hierro fijada a la pared, la tablilla fijada a la pared, la silla de madera dura fijada a la pared por una cadena —esta cadena, residuo de un orden muy antiguo en que las cárceles se llamaban mazmorras o calabozos, en que los prisioneros, como los marinos, eran galeotes, empañá la celda moderna de una novelesca niebla de Brest o de Tolón, la hace retroceder en el tiempo y hace estremecerse sutilmente a Pocholo ante la sospecha de que está preso en la Bastilla (la cadena es un símbolo de un monstruoso poder; sobrecargada con una bola sujetaba los

pies entumecidos de los galeotes del rey nuestro señor)—, el colchón de algas, seco, estrecho, como el féretro de una reina oriental, la bombilla desnuda que pende, tienen la rigidez del precepto, de los huesos y los dientes descarnados. Cuando vuelva a su casa, al sotabanco, Pocholo no podrá ya, si se sienta, o se acuesta, o toma el té, olvidar que descansa o duerme sobre la osamenta de una butaca o de un diván. La mano de hierro bajo el guante de terciopelo lo llama al orden. Álcese el velo. Lo único que en la celda, con un ritmo casi de seno (palpitan como una boca), concede su aliento consolador, son las letrinas de loza blanca. Son humanas.

El Bloque-Pocholo camina a pasitos bamboleantes. Está solo en su celda. De las narices, se arranca pétalos de acacia y violetas; dando la espalda a la puerta, donde siempre espía un ojo anónimo, se los come y, con el pulgar vuelto, en el que se ha dejado crecer la uña de los letrados, busca más. Pocholo es un chulo de pacotilla. Las combinaciones que trama se van a pique de repente en divagaciones poéticas. Casi siempre, camina con paso regular e irreflexivo; una obsesión lo preocupa. Hoy, va y viene por la celda. Está ocioso, lo cual es muy raro, pues labora casi

constantemente, en secreto, pero con fidelidad, en su mal. Se acerca al estante y levanta la mano a esa altura en que, en el sotabanco, encima de un mueble, está colocado el revólver. La puerta se abre con gran estruendo de cerraduras que se están forjando, y el guardián grita:

—Rápido, las toallas.

Pocholo se queda plantado con las toallas limpias, que le dan a cambio de las sucias, entre las manos. Luego, continúa a trompicones los gestos del drama que él ignora que está representando. Se sienta en la cama; se pasa la mano por la frente. Vacila en... Por fin, se levanta y, ante ese minúsculo espejo de un franco clavado en la pared,

se separa los rubios cabellos y en la sien se busca sin saberlo una herida de bala.

La noche desliga a Pocholo de su dura corteza de chulo voluntario. Durante el sueño, se enternece, pero sólo puede agarrar la almohada, aferrarse a ella, apoyar la mejilla tiernamente en la tela áspera —una mejilla de niño que va a deshacerse en lágrimas— y decir: «Quédate, por favor, amor, quédate.» En lo hondo del corazón de todos los «hombres» se representa una tragedia de cinco segundos en verso. Conflictos, gritos, puñales o prisión que desata, el hombre liberado acaba de ser el testigo y el tema de una obra poética.

Durante mucho tiempo creí que la obra poética proponía conflictos: los anula.

A los pies de las murallas de la prisión, se arrodilla el viento. La prisión arrastra consigo todas las celdas en que duermen los presos; se hace liviana y huye. Corred, censores, los ladrones están lejos. Los palquistas suben. Por el hueco del ascensor o por el ascensor. Despabilados, despabilan. Substraen. Hacen restas. En el descansillo, el burgués de medianoche, fulminado por el horror del misterio de un niño que roba, de un adolescente que fuerza las puertas, el burgués desvalijado no se atreve a gritar: «¡Al ladrón!» Apenas si vuelve la cabeza. El ladrón hace que se

vuelvan las cabezas, que se tambaleen las casas, que bailen los castillos, que vuelen las prisiones.

Al pie de (entre la espada y) la pared, duerme Pocholo. Duerme, Pocholo, ladrón de nada, ladrón de libros, de cuerdas de las campanas, de crines y colas de caballo, de bicicletas, de perros de lujo. Pocholo, astuto Pocholo, que sabe robar a las mujeres la polvera; con una varita fina y liga, a los curas el dinero de los cepillos; a las devotas que comulgan en la misa rezada, el bolso que se han dejado en el reclinatorio; a los chulos, el currele; a la policía, sus plastas; a las porteras, sus hijas o sus hijos, duerme, duerme, el día



apenas ha lucido cuando un rayo, sobre tus rubios cabellos, del sol que viene te encierra en tu prisión. Y los días que van uno tras de otro hacen tu vida más larga que ancha.

Al despertar, un condenado da la vuelta, corriendo, al balcón, en el piso, y da un puñetazo en cada puerta. Uno tras otro, con los mismos gestos, tres mil prisioneros disturbán la atmósfera pesada de la celda, se levantan y realizan los pequeños servicios matutinos. Más tarde, un guardián abrirá la ventanilla de la celda 329 para pasar el rancho. Mira y no dice ni palabra. En esta historia, los guardianes también tienen su cometido. No todos son tontos,

pero todos sienten la pura indiferencia por el papel que interpretan. No entienden nada de la belleza de su función. Desde hace poco, llevan un uniforme azul oscuro que es copia exacta de la indumentaria de los aviadores y pienso, si es que tienen el alma noble, que sienten vergüenza de ser caricaturas de héroes. Son aviadores caídos desde el cielo en la prisión, rompiendo la vidriera del techo. Se han evadido a la prisión. En el cuello llevan aún estrellas que, de cerca, parecen blancas y bordadas, porque es de día cuando podemos verlas. Se adivina que se lanzaron con terror del avión (el niño Guynemer, herido, caía hecho un ovillo

por el miedo; caía con el ala rota por el aire duro que hay que hendir, con el cuerpo sangrando una bencina arco iris, y era eso, caer en pleno cielo de gloria); están al fin entre un mundo que no los sorprende. Pueden, tienen derecho a pasar delante de todas las celdas sin abrirlas, a mirar a todos los golfos mansos y humildes de corazón. No. No piensan en eso, porque no lo desean. Volaban por el aire: no desean abrir las ventanillas, por la abertura en forma de as de diamante sorprender los gestos familiares de los asesinos y de los ladrones, sorprenderlos cuando se lavan la ropa interior, remeten las sábanas para la noche, tapan las rendijas de la

ventana, por economía, con sus gruesos dedos y un alfiler, parten las cerillas en dos o en cuatro, y decirles una palabra trivial —humana, por lo tanto— para saber si al instante no se transformarían en linceos o en zorros. Son guardianes de tumbas. Abren las puertas y las vuelven a cerrar, sin preocuparse de los tesoros que protegen. Su honrado (ojo a la palabra «noble» y a la palabra «honrado» que acabo de emplear), su honrado rostro, estirado hacia abajo, alisado por la caída vertical sin paracaídas, no se altera por la proximidad de los estafadores, ladrones, rufos, encubridores, falsificadores, asesinos, falsos monederos. Ni una flor

les salpica el uniforme, ni un pliegue de dudosa elegancia, y si he podido decir de uno de ellos que caminaba con pasos afelpados, es porque, unos días después, había de traicionar, pasarse al campo contrario, que es el campo volante, subir derecho al cielo, con la caja bajo el brazo. Lo había observado en misa, en la capilla. En el momento de la comunión, el capellán descendió del altar y fue hasta una de las primeras celdas (pues la capilla está dividida también en quinientas celdas, féretros de pie), portando una hostia a un prisionero que debía de esperarla de rodillas. Así pues, este vigilante —que estaba, con la gorra puesta, en un rincón del estrado

del altar, con las manos en los bolsillos, las piernas abiertas, en esa postura, en fin, en que me gustaba tanto volver a ver a Alberto— sonrió, pero de una manera amablemente divertida, que yo no hubiera creído posible en un boqui. Su sonrisa acompañó a la Eucaristía y la vuelta del copón vacío, y pensé que, mientras se trituraba los cojones con la mano izquierda, se mofaba del devoto. Ya me había preguntado yo lo que ocurriría si se encontraran un joven y bello guardián y un joven y bello criminal. Me complacía en estas dos imágenes: un choque sangriento y mortal, o un abrazo rutilante en medio de una orgía de lefa y jadeos; pero jamás

me había fijado en un guardián, cuando al fin lo vi. Desde mi celda, que estaba en la última fila, distinguía bastante mal sus rasgos para prestarles el dibujo del rostro de un joven y cobarde mestizo mejicano, que había recortado de la tapa de una novela de aventuras. Pensé: «Anda, cabrón, ya te voy a dar yo comunión.» Mi odio y mi horror por esta ralea debieron de hacer que me empalmara más aún, pues sentí bajo los dedos que la verga se me henchía —y me la sacudí hasta que por fin...—, sin quitarle ojo al guardián, que sonreía aún amablemente. Puedo decirme ahora que sonrió a otro guardián o a un asesino y que estando entre ellos, esa sonrisa

luminosa pasó a través de mí y me descompuso. Creí poder pensar que el boqui estaba vencido y agradecido.

Frente a los guardianes, Pocholo se sentía como un niño pequeño. Los odiaba y los respetaba. Durante todo el día, fuma hasta zozobrar en la cama. En sus náuseas, unas manchas claras forman islas: es el rostro de una amante; es el rostro, imberbe y liso como el de un boxeador, de una muchacha. Arroja las colillas, por el placer del gesto. (¿Qué no puede esperarse de un chulo que lía los pitillos porque es algo que da cierta elegancia a los dedos, que lleva zapatos de suela de tocino para sorprender por lo silencioso de sus pasos a la gente con



que se cruza y que lo mirará con mayor estupor, que le verá la corbata, que le envidiará las caderas, los hombros, la nuca, que, sin conocerlo, le creará, a pesar de su anonimato, de uno a otro transeúnte, una comitiva florida e ininterrumpida de homenajes, que concederá una especie de soberanía discontinua y momentánea a ese desconocido, cuyos fragmentos de soberanía todos supondrán en cualquier caso que al final de sus días habrá recorrido la vida como soberano?) Por la noche, recoge el tabaco desparramado y se lo fuma. Echado en la cama, boca arriba, con las piernas abiertas, con la mano derecha sacude la ceniza del

cigarrillo. Se ha pasado el brazo izquierdo por debajo de la cabeza. Es un momento de felicidad, constituido por la adorable facilidad que tiene Pocholo para ser aquello que, por su postura, es lo que es más hondamente y que este estado esencial hace revivir ahora con su auténtica vida. Echado encima de una cama rígida, y fumando, ¿qué podría ser? Pocholo no sufrirá jamás o sabrá siempre salir de un apuro por su facilidad para revestirse de los gestos de un tipo admirado que se encuentra en esta misma situación y, si los libros o las anécdotas no se los procuran, para crearlos —así sus deseos (pero se dio cuenta demasiado tarde, cuando ya no

era momento de dar marcha atrás) no eran ni el deseo de ser contrabandista, rey, malabarista, explorador, negrero, sino el deseo de ser uno de los contrabandistas, uno de los reyes, malabaristas, etc., es decir, como... En las más lamentables posturas, Pocholo sabrá recordar que fue también la de alguno de sus dioses (y, si no estuvieron así, los obligará a haberlo estado), y su propia postura será sagrada y por ello más que soportable. (Es así semejante a mí que recreo a estos hombres, Weidmann, Pilorge, Soclay, en mi deseo de ser ellos mismos; pero es bien distinto de mí por su fidelidad a sus personajes, pues yo me he resignado

hace mucho a ser yo mismo. Pero justamente, mi codicia de un destino soñado espléndido ha condensado, si decirse puede, en una especie de reducción compacta, sólida y centelleante al máximo, los elementos trágicos, purpúreos, de mi vida vivida, y a veces tengo ese rostro complejo de Divina, que es ella misma, en primer lugar y simultáneamente a veces, en sus rasgos del rostro y sus gestos los seres de elección imaginarios tan reales, con los cuales en su intimidad estricta, tiene agarradas, que la torturan o la exaltan pero no la dejan en reposo, le procuran, gracias a sutiles contracciones de arrugas y a temblores de dedos, ese

aspecto inquietante de ser múltiple, porque permanece muda, cerrada como una tumba, como ella poblada por lo inmundo.) Echado encima de una cama rígida, y fumando, ¿qué podría ser? «Aquel que, por su postura, es lo que es más hondamente, es decir, un chulo encarcelado fumándose un cigarrillo, es decir, él mismo.» Se comprenderá, pues, hasta qué punto la vida interior de Divina era diferente de la vida interior de Pocholo.

Pocholo le ha escrito a Divina una carta en cuyo sobre no le queda más remedio que poner «Don», y a Santa María de las Flores también. Divina está en la clínica. Le manda un giro de

quinientos francos. Más adelante leeremos su carta. Santa María no ha contestado.

Un vigilante abre la puerta y empuja a uno nuevo en la celda. ¿Seré yo o Pocholo quien lo reciba? Trae consigo sus mantas, su escudilla, su cuartillo, su cuchara de palo y su historia. En cuanto empieza a hablar, lo paro. Sigue hablando, pero yo ya no estoy.

—¿Cómo te llamas?

—Jean.

Es suficiente. Como yo y como ese niño muerto para el cual escribo, se llama Jean. Qué importaría, además, si fuera menos bello, pero estoy de malas. Jean allí. Jean aquí. Cuando le digo a

uno que lo amo, sospecho que me lo digo a mí mismo. Ya no estoy, porque me esfuerzo de nuevo por revivir las pocas veces que me concedió que lo acariciara. Me atrevía a todo, y para amansarlo, consentía en que tuviera sobre mí la superioridad del macho; su miembro era sólido como el de un hombre y su rostro de adolescente era la dulzura misma, hasta tal punto que, echado en mi cama, en mi habitación, tieso, sin moverse, cuando me descargaba en la boca, no perdía nada de una virginal castidad. Es otro Jean, aquí, quien me cuenta su historia. Ya no estoy solo, pero por ello estoy más solo que nunca. Quiero decir que la soledad

de la cárcel me procuraba esa libertad de estar con los cien Jean Genet entrevistados al vuelo en cien transeúntes, pues soy efectivamente igual que Pocholo, que robaba también a los Pocholos a los que un gesto irreflexivo dejaba escaparse de todos los desconocidos que había rozado al pasar; pero el nuevo Jean hace entrar en mí mismo —como un abanico, que se cierra, los dibujos de la gasa— hace entrar no sé qué. Sin embargo, dista mucho de ser antipático. Es incluso lo bastante tonto como para que yo sienta cierta ternura por él. Los ojos finos y negros, la piel morena, los cabellos enmarañados y ese aire despierto...



Algo así como un golfo griego a quien se intuye en cuclillas al pie de la invisible estatua de Mercurio, jugando al juego de la oca, pero espiando con el ojo al dios para robarle las sandalias.

—¿Estás aquí por...?

—Chulo. Me llaman la Garduña de Pigalle.

—Venga ya. No vas maqueado. En Pigalle no hay más que mariconas. Cuenta.

El niño griego cuenta que lo han cogido in fraganti en el instante en que retiraba de la caja de una taberna la mano abarrotada de billetes.

—Pero volveré a vengarme. Cuando salga, le rompo todos los cristales a

pedradas por la noche. Pero me pondré guantes para coger las piedras. Por las huellas. Para que no me pesquen.

Sigo leyendo novelas populares. Mi amor se satisface en ellas con golfos disfrazados de gentileshombres. Así como mi gusto por la impostura, mi gusto por lo chungo, que sin duda me haría escribir en mis tarjetas de visita: «Jean Genet, falso conde de Tillancourt.» En medio de las páginas de estos libros gruesos, de caracteres aplastados, aparecen maravillas. Como lirios enhiestos, surgen jóvenes que son, en parte gracias a mí, príncipes y mendigos a un tiempo. Si conmigo hago a Divina, con ellos hago a sus amantes:

Santa María, Pocholo, Gabriel, Alberto, tipos que soplan de ocultis y encima de cuyas cabezas, mirando bien, a manera de aureola podría verse una corona real. No podría conseguir que no tuvieran nostalgia de las novelas baratas de páginas grises, como los cielos de Venecia o de Londres, atravesadas en su totalidad por dibujos y signos feroces de los reclusos: ojos de frente en perfiles, corazones sangrantes. Leo estos textos estúpidos para la razón, pero mi razón no se ocupa de un libro desde el cual las frases emponzoñadas, emplumadas, se me vienen encima. La mano que las lanza dibuja, clavándolas en alguna parte, la vaga silueta de un Jean que se

reconoce, no osa moverse, esperando la que, apuntando a su corazón de veras, lo dejará palpitante. Amo hasta la locura, como amo la prisión, esta tipología apretada, compacta como un montón de inmundicias, atiborrada de actos sangrientos como paños, fetos de gatos muertos, y no sé si son sexos rígidamente erectos los que se transforman en duros caballeros o los caballeros en sexos verticales.

Y además, en el fondo, ¿es necesario que hable tan directamente de mí? Me gusta mucho más describirme en las caricias que reservo a mis amantes. Poco faltaba para que ese nuevo Jean se convirtiera en Pocholo. ¿Qué le faltaba?

Cuando pee, con ruido seco, tiene ese gesto de inclinarse sobre los muslos mientras conserva las manos en los bolsillos y volviendo un poco el torso, como si lo atornillara. Es el movimiento de un piloto al timón. Recrea a Pocholo, de quien me gustaba, entre otras cosas, lo siguiente: cuando tarareaba un aire de java, daba un paso de baile y se ponía ambas manos delante, como si sujetasen el talle de una pareja (a su gusto, hacía este talle más o menos fino, separando o acercando las manos siempre móviles); parecía también de esta manera, llevar el volante sensible de un Delage por una carretera casi recta; parecía también ser el boxeador agitado que se cubre con

manos abiertas y ágiles el hígado; de esta forma, este mismo gesto era común a varios héroes, en los que Pocholo se convertía súbitamente, y ocurría siempre que este gesto era el que simbolizaba con mayor fuerza al macho más grácil. Hacía gestos de esos maravillosos que nos ponen a sus pies. Gestos duros, que nos espolean y nos hacen gemir como esa ciudad cuyos flancos vi sangrar ríos de estatuías en marcha, avanzando a un ritmo de estatuas elevadas por el sueño. Los batallones en sus sueños avanzan a través de las calles con una alfombra voladora o como un neumático que cae y rebota según una cadencia lenta y pesada. Sus pies tropiezan en nubes:

entonces se despiertan, pero un oficial dice una palabra: se vuelven a dormir y parten de nuevo en su sueño, con sus botas pesadas como un pedestal, y el polvo es nube. Semejantes a los Pocholos que nos han atravesado, lejanos sobre sus nubes. Sólo los hacen diferentes sus caderas de acero, que no sabrán jamás hacer de ellos chulos tortuosos y flexibles. Me maravillo de que el rufián Horst Wessel, a lo que dicen, haya hecho nacer una leyenda y una endecha.

Ignorantes, fecundantes, como un polvo de oro, cayeron sobre París, que toda una noche comprimió los latidos de su corazón.

Nosotros nos estremecemos en nuestras celdas, que cantan o se lamentan de voluptuosidad forzada pues, al sospechar esta orgía de machos, gozamos tanto como si nos fuera dado ver a un gigante de pie, abierto de piernas y empalmado.

Hacía cosa de tres meses que Pocholo estaba a la sombra cuando — mientras yo me encontraba con los menores de rostros que me parecían tan voluntariosos, tan duros, aunque tan jóvenes, y que daban una apariencia más floja a mis pobres carnes blancas, en las que ya no hallo nada del colono feroz de Mettray, mientras que a ellos los reconozco bien y los temo— bajó al



reconocimiento médico. Allí un jovenzuelo le habló de Santa María de las Flores. Cuanto os cuente de cabo a rabo, Pocholo lo supo atando cabos, con ayuda de palabras susurradas tras la mano dispuesta en forma de abanico, a lo largo de muchos reconocimientos. En su vida asombrosa, Pocholo, al corriente de todo, jamás sabrá nada. Como ignorará siempre que Santa María es su hijo, no sabrá, en esta historia, que el chaval le recita, que Pierrot el Corso es Santa María con un apodo que adoptaba para traficar con droga. Así pues, Santa María estaba en casa del chaval que va a hablar, cuando el ascensor de la casa se paró en el descansillo. El ruido de su

parada marcaba el instante a partir del cual ha de asumirse lo inevitable. Un ascensor que se para hace latir el corazón de quien lo oye, como el ruido, a lo lejos, de los clavos que se clavan. Hace a la vida frágil como el vidrio. Llamaron. El ruido de la campanilla era menos fatal que el del ascensor y trajo un poco de certidumbre, de algo ya convenido. Si, después del ruido del ascensor, no hubiesen oído nada, el chaval y Santa María habrían muerto de miedo. Fue el chaval quien abrió la puerta.

—¡Policía!, dijo uno de los dos hombres, volviéndose, con ese gesto que conocéis, la solapa de la americana.

En la actualidad, la imagen de la fatalidad es para mí el triángulo que forman tres hombres de aspecto demasiado trivial para no ser peligroso. Imaginemos que voy calle arriba. Están los tres en la acera de la izquierda, donde todavía no los veía. Pero ellos sí me han visto: uno pasa a la acera de la derecha, el segundo se queda a la izquierda y el último aminora un poco la marcha y forma el vértice del triángulo en que voy a encerrarme: es la Policía.

—Policía.

Entró en el vestíbulo. Todo el suelo estaba cubierto por una alfombra. Para acceder a mezclarse en la vida cotidiana de uno —vida con zapatos por atar,

botones por pegar, espinillas del rostro que quitar— aventuras de novela policíaca, tiene que tener uno mismo un alma un poco bruja. Los policías caminaban con una mano en el revólver montado, dentro del bolsillo de la americana. En el fondo del estudio del chaval, la chimenea estaba coronada por un inmenso espejo con marco de rocalla de cristal, con facetas complicadas; unas cuantas butacas acolchadas de seda amarilla estaban repartidas acá y acullá. Las cortinas estaban corridas. La luz artificial provenía de una araña: eran las doce del día. Los policías olfateaban el crimen, y tenían razón, pues el estudio reproducía la atmósfera asfixiante de la

habitación en que Santa María, jadeante, con los gestos atrapados en una forma rígida de cortesía y de temor, estranguló al viejo. Había rosas y lirios de agua encima de la chimenea, frente a ellos. Como en casa del viejo, los muebles barnizados no presentaban más que curvas de las que la luz parecía surgir más que posarse, como en los globos de las uvas. Los policías iban avanzando, y Santa María los miraba avanzar en medio de un silencio aterrador como el silencio eterno de los espacios ignotos. Iban avanzando, como él mismo entonces, por la eternidad.

Llegaban en el momento oportuno. En medio del estudio, encima de una

gran mesa, directamente sobre el tapete de terciopelo rojo, estaba extendido un enorme cuerpo de desnudo. Santa María de las Flores, junto a la mesa, de pie, atento, miraba venir a los policías. Al mismo tiempo que la idea pesada de un crimen se aposentaba en ellos, la idea de que este crimen era postizo destruía el crimen; el fastidio de una proposición semejante, el fastidio de su absurdidad y de su posibilidad: un crimen postizo hacía sentirse incómodos a los policías. Con toda evidencia, no era posible que se hallasen en presencia del descuartizamiento en trozos de un hombre o de una mujer asesinados. Los policías llevaban sortijas de sello de

oro de verdad y nudos de corbata auténticos. En cuanto —y antes— estuvieron al borde de la mesa, se dieron perfecta cuenta de que el cadáver era un maniquí de cera de los que utilizan los sastres. No obstante, la idea de crimen enmarañaba los datos simples del problema. «Tú, desde luego, tienes pinta de hacer auténticas barrabasadas.» El policía de más edad le dijo eso a Santa María, porque Santa María de las Flores es un rostro tan radiantemente puro que inmediatamente, y a cualquiera, se le ocurría que era falso, que este ángel tenía que ser doble, de llamas y de humos, pues cada cual ha tenido ocasión de decir al menos una vez en su vida:

«Parecía que no había roto nunca un plato», y quiere, cueste lo que cueste, ser más cazurro que el destino.

Un crimen postizo dominaba, pues, la escena. Los dos policías no buscaban más que la cocaína que uno de sus soplones había rastreado en casa del chaval.

—Aflojad la nieve, y rápido.

—No tenemos nieve, jefe.

—Venga, rápido, chavales; si no, os venís con nosotros y hacemos un registro. Y va a ser peor.

El chaval vaciló un segundo, tres segundos. Conocía los métodos de los policías y sabía que estaba cogido. Se decidió.



—Tome, sólo tenemos esto.

Tendió un paquete mínimo, doblado como los papelitos de polvos farmacéuticos, que se sacó de la caja del reloj de pulsera. El policía se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—¿Y éste?

—Este no tiene. Seguro, jefe, puede registrarlo.

—¿Y esto de dónde ha salido?

El maniquí. Tal vez hay que reconocer aquí la influencia de Divina. Está doquier surge lo inexplicable. Va sembrando, la Loca, tras de sí, celadas, trampas solapadas, mazmorras, a riesgo de caer en ellas ella misma si se da media vuelta, y por culpa de ella, la

mente de Pocholo, de Santa María y de sus amiguetes está erizada de gestos absurdos. Van sin mirar y sufren caídas que los consagran a los peores destinos. El chaval amigo de Santa María iba también al tope, y en un coche estacionado, junto con Santa María de las Flores, había robado, una noche, una caja de cartón que, al desembalar, encontraron llena de horribles trozos de un maniquí de cera desarmado.

Los polis se estaban poniendo el gabán. Ellos no contestaron. Las rosas de la chimenea eran bellas, pesadas y en exceso perfumadas. Por ello, los policías perdían parte de su aplomo. El crimen era falso o estaba inacabado.

Habían venido en busca de nieve. La nieve... laboratorios instalados en el cuarto de la criada... que explotan desperfectos... ¿Así que la cocaína es peligrosa? Se llevaron a ambos jóvenes a la brigada, y esa misma noche, junto con el comisario, volvieron para hacer un registro que les había de procurar trescientos gramos de cocaína. No por ello dejaron en paz al chaval ni a Santa María. Los policías hicieron lo que pudieron para sacarles la mayor cantidad posible de información. Los acosaban, registraban esa noche para desenmarañar algunos hilos que los condujeran a nuevas capturas. Los sometieron a la tortura moderna: patadas

en el vientre; bofetadas; reglas en las costillas y otros juegos diferentes para ambos.

—¡Confiesa!, aullaban.

Al final, Santa María cayó rodando debajo de una mesa. Delirante de rabia, un policía se precipitó sobre él, pero otro lo retuvo por el brazo, murmurándole algo y diciendo a continuación en voz alta:

—Anda, déjalo, Gaubert. Tampoco es que haya cometido un crimen.

—¿Este, con esa carita de muñeca que tiene? Capaz sería.

Temblando de miedo, Santa María salió de debajo de la mesa. Le hicieron sentar en una silla. A fin de cuentas, sólo

se trataba de cocaína, y en la sala de al lado, al otro chaval lo estaban maltratando menos. El inspector que había parado el pim pam pun se quedó solo con Santa María. Se sentó y le tendió un cigarrillo.

—Dime lo que sabes. No es nada del otro mundo. Un poco de nieve; no te van a guillotinar.

Me será muy difícil explicar con precisión y describir con minuciosidad lo que pasó por la cabeza de Santa María de las Flores. No se puede hablar a este respecto de gratitud hacia el policía de tono más suave. Tampoco fue por el alivio que sintió Santa María al oír la frase: «No es nada del otro

mundo.» El policía dijo:

—Lo que lo cabreó, fue ese maniquí que teníais.

Rió y bebió un trago de humo. Hizo gárgaras. *¿Temía* Santa María una pena menor? Para empezar, le salió del hígado y se le pegó a los dientes la confesión del asesinato del anciano. No lo confesó. Pero la confesión iba subiendo, subiendo. Si abre la boca, lo va a soltar todo. Se sintió perdido. De repente, el vértigo hizo presa en él. Se ve a sí mismo perfectamente en el frontón de un templo no muy alto. «Tengo dieciocho tacos. Pueden condenarme a muerte», piensa muy deprisa. Si afloja los dedos, se cae.

Vaya, se va rehaciendo. No, no dirá nada. Sería magnífico decirlo, sería glorioso. ¡No, no, no! ¡Señor, no!

¡Ah! Está salvado. La confesión se va retirando, se va retirando sin haber salido.

—He matado a un viejo.

Santa María ha caído del frontón del templo e, instantáneamente, el estado estacionario de la desesperación lo adormece. Queda descansado. El policía no se ha movido.

—¿A quién, a qué viejo?

Santa María vuelve a la vida. Se ríe:

—No, era guasa, estoy de broma.

Con rapidez asombrosa, combina esta coartada: un asesino confiesa de

forma espontánea y de manera estúpida, con detalles imposibles, un crimen para que se lo tome por loco y se aparten de él las sospechas. Trabajo en balde. Vuelven a torturar a Santa María. Por mucho que grite que lo que quería era jugar, los policías quieren saber. Santa María sabe que sabrán, y porque es joven forcejea. Es un ahogado que lucha contra sus gestos y sobre quien, sin embargo, la paz —ya sabéis, la paz de los ahogados— desciende lentamente. Los policías dicen ahora los nombres de todos los asesinados desde hace cinco o diez años a cuyo asesino no atraparon. La fila se va alargando; Santa María tiene la inútil revelación de la



extraordinaria ignorancia de la policía. Las muertes violentas desfilan ante sus ojos. Los policías dicen nombres, nombres, y pegan. Se disponen a decir, por fin, a Santa María: «¿A lo mejor no sabes cómo se llama?» Aún no. Dicen nombres y miran fijamente el rostro encarnado del niño. Es un juego. El juego de las adivinanzas. ¿Caliente, que me quemo? ¿Ragon?... El rostro está demasiado descompuesto para poder expresar nada que sea comprensible. Todo en él es desorden. Santa María aúlla:

—Sí, sí, ése es. Dejadme.

Tiene el pelo en los ojos, se lo aparta con un movimiento de cabeza y

ese simple gesto, que era su coquetería más exquisita, le indica la vanidad del mundo. Se limpia apenas la baba que le cae de la boca. Todo se vuelve tan tranquilo que nadie sabe ya qué hacer.

De la noche a la mañana, el nombre de Santa María de las Flores fue conocido en toda Francia, y Francia está acostumbrada a las confusiones. Los que se limitan a hojear los periódicos no se pararon en Santa María de las Flores. Los que van al fondo de los artículos, olfateando lo insólito y encontrándole el rastro en cada ocasión, sacaron a la luz una pesca milagrosa: esos lectores eran los colegiales y las viejecitas que se han quedado arrinconadas en provincias,

semejantes a Ernestine, que había nacido vieja, como los niños judíos que, a los cuatro años, tienen el rostro y los gestos que tendrán a los cincuenta. Era, efectivamente, por ella, para encantar su crepúsculo, para lo que Santa María había matado a un viejo. Desde siempre venía ella creando cuentos fatales o historias de corte ramplón y trivial, pero en los que ciertas palabras explosivas agujereaban los decorados, y por esos sietes, que mostraban, si decirse puede, un atisbo de los bastidores, se comprendía con estupor por qué había hablado de esta forma. Tenía la boca llena de cuentos, y uno se pregunta cómo podían nacer de ella que no leía cada

noche más que un insípido periódico: los cuentos nacían del periódico, como los míos de las novelas populares. Esperaba al cartero, apostada detrás de los cristales. Un tormento cada vez más turbador la iba agitando a medida que se acercaba la hora del cartero y cuando, por fin, tocaba las páginas grises, porosas, rezumando la sangre de los dramas (la sangre cuyo olor confundía con el de la tinta y el papel), cuando las desplegabla como una servilleta sobre las rodillas, se hundía, agotada, hecha unos zorros, en el fondo del viejo sillón rojo.

El cura de un pueblo, al oír a su alrededor flotar el nombre de Santa

María de las Flores, sin haber recibido órdenes de la diócesis, un domingo, desde el púlpito, encomendó preces y recomendó este nuevo culto a la particular devoción de los fieles. Los fieles, en sus bancos, sobrecogidos, no dijeron ni una palabra, no pensaron ni un pensamiento.

En una aldea, el nombre de la flor a la que llaman «reina de los prados» hizo preguntar a una niña que pensaba en Santa María de las Flores:

—Oye, mamá, ¿ha tenido una curación milagrosa?

Acontecieron otros milagros que no tengo tiempo de narrar.

El viajero taciturno y febril que

llega a una ciudad no deja de ir directamente a los tugurios, barrios reservados, burdeles. Lo guía un sentido misterioso que lo avisa de la llamada del amor oculto; o quizá, por el aire, por la dirección que toman ciertos habituados que reconoce por signos simpáticos, por contraseñas intercambiadas entre subconscientes y que sigue confiado. De este modo, iba Ernestine a las minúsculas líneas de los sucesos, que son —los crímenes, los robos, las violaciones, las agresiones a mano armada— los «Barrios Chinos»<sup>[11]</sup> de los periódicos. Soñaba con ellos. Su violencia concisa, su precisión no dejaban al ensueño ni tiempo ni espacio

para infiltrarse: la fulminaban. Aparecían brutales, con vivos colores, sonoras: manos rojas posadas sobre el rostro de una bailarina, rostros verdes, párpados azules. Cuando esta ola de fondo se había extinguido, leía todos los títulos de las piezas musicales de los programas radiofónicos, pero jamás habría tolerado que una tonada entrara en su habitación, tanto corroe a la poesía la más ligera de las melodías. De esta forma, los periódicos estuvieron inquietantes, como si no hubiesen estado colmados más que de columnas de sucesos, columnas sangrientas y mutiladas como postes de tortura. Y, aunque al proceso que leeremos mañana,

la prensa no le haya concedido más que, con mucha parsimonia, diez líneas, bastante separadas para dejar que circule el aire entre las palabras violentas en demasía, esas diez líneas —más hipnóticas que la bragueta de un ahorcado, que la expresión «corbata de cáñamo», que la palabra «*un joyeux*»—<sup>[12]</sup>, esas diez líneas hicieron palpitar todos los corazones de las ancianas y de los niños celosos. París no durmió. Esperaba que, mañana, condenasen a Santa María a muerte; lo deseaba.

Por la mañana, los barrenderos, inaccesibles a las dulces y tristes ausencias de los condenados a muerte,



muertos o no, a quienes alberga el Tribunal de lo Criminal, levantaron acres polvaredas, regaron el suelo, escupieron, blasfemaron, bromearon con los ujieres que ordenaban los expedientes. La audiencia comenzaría a las doce cuarenta y cinco en punto y, desde las doce, el portero abrió las puertas de par en par.

La sala no es majestuosa, pero es muy alta de techo, de forma tal que las líneas verticales, como líneas de tranquila lluvia, dominan. Al entrar, se ve en la pared un gran cuadro con una justicia, que es una mujer vestida con amplios ropajes rojos. Descansa todo su peso sobre un sable llamado aquí

«espada», que no se doblega. Debajo, se hallan el estrado y la mesa donde los jurados y el Presidente, con armiño y toga roja, vendrán a sentarse para juzgar al niño. El Presidente se llama «Señor Presidente Vase de Sainte-Marie». Una vez más, para llegar a sus fines, el destino emplea un método bajo. Los doce jurados son doce hombres de pro, convertidos repentinamente en soberanos jueces. Así que la sala, desde las doce, estaba llena. Una sala de festín. La mesa estaba puesta. Querría hablar con simpatía de esta muchedumbre de lo Criminal, no porque no era hostil a Santa María de las Flores —me da lo mismo— sino porque refulge

con mil gestos poéticos. Se estremece como un tafetán. Santa María baila, al borde de un abismo erizado de bayonetas, una danza peligrosa. La muchedumbre no está alegre, su alma está triste hasta la muerte. Se amontonó en los bancos, apretó las rodillas, las nalgas, se sonó, hizo, en fin, esas cien necesidades de muchedumbre de lo criminal a quien tantas majestades van a postrar. El público sólo viene aquí porque una palabra puede provocar una decapitación y porque se volverá, cual San Dionisio, con su cabeza cortada entre las manos. Se dice a veces que la muerte se cierne sobre un pueblo. ¿Recordáis a la italiana flaca y tísica

que la representaba para Culafroy, que la representará más tarde para Divina? Aquí, la muerte no es más que un ala negra sin cuerpo, un ala hecha con varios retales de estameña negra sostenida por una fina osamenta de varillas de paraguas, un estandarte de piratas sin mástil. Esta ala de estameña flotaba sobre el Palacio que no habréis de confundir con ningún otro, pues es el Palacio de Justicia. Lo envolvía en sus pliegues y, en la sala, había destacado para representarla una corbata de crespón de China verde. Sobre la mesa del Presidente, la corbata era la única pieza de convicción. La Muerte, visible aquí, era una corbata y me agrada que

sea así: era una Muerte liviana.

La muchedumbre se sentía avergonzada por no ser el asesino. Los abogados negros llevaban expedientes debajo del brazo y se abordaban sonrientes. Se acercaban a veces mucho y con mucha arrogancia a la Muerte Pequeña. Las abogadas eran mujeres. Los periodistas estaban con los abogados. Los delegados de los patronatos para la adolescencia hablaban en voz baja, entre sí. Se estaban disputando un alma. ¿Había que jugársela a los dados para mandarla a los Vosgos? Los abogados que no poseen, a pesar de su toga larga y sedosa, el porte tan suave y precipitado

hacia la muerte de los eclesiásticos, formaban y disolvían grupos. Estaban muy cerca del estrado y la muchedumbre los oía afinar sus instrumentos para la marcha fúnebre. La muchedumbre se sentía avergonzada por no morir. Era la religión del momento, esperar y envidiar a un joven asesino. El asesino entró. Sólo se vieron unos macizos guardias republicanos. El niño salió de los flancos de uno de ellos, y el otro le quitó la cadena de las muñecas. Los periodistas han descrito movimientos de muchedumbre al entrar un criminal célebre; remitiré, pues, a sus artículos a los lectores, si gustan, pues mi papel y mi arte no consisten en describir grandes

movimientos de muchedumbres. Sin embargo, me atreveré a decir que todos los ojos pudieron leer, grabadas en el aura de Santa María de las Flores, estas palabras: «Yo soy la Inmaculada Concepción.» La falta de luz y de aire en su celda no lo habían empalidecido ni abotagado en exceso; el contorno de sus labios cerrados era el contorno de una sonrisa grave; los ojos claros ignoraban el Infierno; su rostro entero (pero quizá estaba ante vosotros como la cárcel que, al pasar aquella mujer que cantaba en la noche, se le quedó grabada como una pared perversa, siendo así que todas las celdas secretamente alzaban el vuelo, elevadas por las manos que latían como

alas de los detenidos trastornados por aquel canto), su imagen y sus gestos liberaban demonios cautivos o encerraban con varias vueltas de llave a ángeles de luz. Iba vestido con un traje de franela gris muy juvenil y llevaba el cuello de la camisa azul abierto. Los cabellos rubios se empeñaban en caérsele sobre los ojos, ya sabéis con qué sacudida de la cabeza los apartaba. Cuando tuvo, pues, frente a sí, a todo el mundo, Santa María, el asesino, que pronto moriría asesinado a su vez, dio, guiñando los ojos, un leve cabezazo, que le hizo saltar el mechón rizado que le caía cerca de la nariz. Esta sencilla escena nos transporta, es decir, que



elevó el instante, como el anonadamiento para el mundo eleva al faquir y lo mantiene suspendido. El instante no pertenecía ya a la tierra, sino al cielo. Todo hacía temer que la audiencia estuviera entrecortada por esos instantes crueles que abrirían trampillas bajo los pies de los jueces, de los abogados, de Santa María, de los guardias, y durante una eternidad, los dejarían elevados como faquires, hasta el momento en que una respiración quizá demasiado henchida devolviera la vida en suspensión.

El pelotón de honor (soldados de la colonial) entró con gran estruendo de zapatos claveteados y ruido de

bayonetas. Santa María creyó que era el pelotón de ejecución.

¿Lo he dicho ya? El público se componía sobre todo de hombres; pero todos aquellos hombres, vestidos de oscuro, con paraguas al brazo o periódicos en los bolsillos, temblaban más que una enramada de glicina, que la cortina de encaje de una cuna. Era Santa María de las Flores el causante de que, totalmente invadida, por una muchedumbre como endomingada y grotesca, la sala de lo criminal fuera un seto de mayo. El asesino estaba sentado en el banquillo de los acusados. Al quedar liberado de las cadenas, podía meterse las manos en el fondo de los

bolsillos; de esta forma, parecía estar en cualquier sitio, es decir, más bien en la sala de espera de una agencia de colocaciones, en el banco de un parque, mirando de lejos en un quiosco un polichinela, o tal vez también en la iglesia, en la catequesis de los jueves. Juro que esperaba cualquier cosa. En un momento dado, se sacó una mano del bolsillo y, como antes, rechazó con ella, al mismo tiempo que con una sacudida de su linda cabecita el mechón rubio y rizado. La muchedumbre dejó de respirar. Remató el gesto alisándose los cabellos hacia atrás, hasta la nuca, y gracias a este gesto recobro la impresión extraña: cuando, en un

personaje deshumanizado por la gloria, se atisba un gesto familiar, un rasgo vulgar (por ejemplo: rechazar de un cabezazo brusco un mechón de pelo), que rompe la corteza petrificada, por la grieta adorable como una sonrisa o un error, se distingue un rincón de cielo. Noté ya esto a propósito de uno de los mil precursores de Santa María, ángel anunciador de esta Virgen, un joven rubio («Muchachas rubias como chicos...») No me cansaré de esta frase, decididamente, pues tiene la seducción de la expresión «Un policía armada») al que yo observaba en las tablas de gimnasia. Dependía de las figuras para trazar las cuales servía y, por este

hecho, no era más que un signo. Pero cada vez que tenía que poner una rodilla en tierra y, caballero en la consagración, extender el brazo a una orden, al caérsele los cabellos sobre los ojos, rompía la armonía de la figura gimnástica, echándoselos hacia atrás, contra las sienes, luego, detrás de las orejas, pequeñas, con un gesto que dibujaba una curva con ambas manos que, por un instante, encerraban y apretaban, como una diadema, su cráneo oblongo. Hubiera sido el gesto de una monja apartándose el velo, si no hubiera sacudido la cabeza al mismo tiempo como un pájaro que se sacude después de beber.

Fue también este descubrimiento del hombre en el dios lo que hizo un día que Culafroy amara a Alberto por su cobardía. A Alberto le arrancaron el ojo izquierdo. En un pueblo, tal acontecimiento, no es grano de anís; por fin, después del poema (o fábula) que nació de él (milagro renovado de Ana Bolena: de la sangre humeante surgió una mata de rosas, blancas quizá, pero con seguridad perfumadas), se llevó a cabo la clasificación, para despejar la verdad esparcida bajo los mármoles. Se veía entonces que Alberto no había podido evitar una bronca con su rival por su puta. Se había portado como un cobarde, como siempre, como todo el

pueblo lo conocía, y esto había dado la prontitud victoriosa al otro. De una cuchillada le había reventado el ojo. Todo el amor de Culafroy se hinchó, si decirse puede, cuando tuvo conocimiento del accidente. Se hinchó de dolor, de heroísmo y de ternura materna. Amó a Alberto por su cobardía. Frente a ese vicio monstruoso, los demás eran pálidos e inofensivos, y podían ser contrarrestados por cualquier otra virtud, sobre todo por la más hermosa. (Utilizo la palabra vulgar en el sentido vulgar, que le sienta tan bien, que implica el mayor agradecimiento a las potencias carnales: la valentía). Puede decirse de un hombre podrido de

vicios: No todo está perdido, mientras no tenga «ése». Ahora bien, Alberto tenía *ése*. Daba, pues, lo mismo que tuviera todos los demás; la infamia no habría sido mayor. No todo está perdido mientras quede coraje, era coraje lo que acababa de faltarle a Alberto. Abolir este vicio —por ejemplo, por su negación pura y simple— era impensable, pero destruir su efecto de menoscabo era fácil queriendo a Alberto por su cobardía. Su degradación era segura, si no embellecía a Alberto, lo poetizaba. Quizá a causa de ella, Culafroy se acercaba a él. El valor de Alberto no lo habría sorprendido, ni dejado indiferente, pero hete aquí que



allí descubría a otro Alberto más hombre que dios. Descubría la carne. La estatua lloraba. Aquí la palabra «cobardía» no puede tener el sentido moral —o inmoral— que se le suele prestar, y el gusto de Culafroy por un joven hermoso, fuerte y cobarde, no es un defecto, una aberración. Culafroy veía ahora a Alberto derrumbado, con un puñal plantado tieso en el ojo. ¿Se moriría? Esta idea le hizo pensar en el papel decorativo de las viudas que van arrastrando largos crespones y se secan los ojos con pañuelitos blancos hechos una bola, apretados, sobados, como bolas de nieve. No pensó ya más que en observar los signos externos de su dolor,

pero, puesto que no podía hacerlo sensible a la mirada de la gente, hubo de transportarlo en sí, como Santa Catalina de Siena trasportaba su celda. Los campesinos presenciaron el espectáculo de un niño que iba arrastrando un luto de ceremonia, no lo reconocieron. No comprendieron el significado de la lentitud de su caminar, de la inclinación de su frente, ni la vaguedad de su mirada. Para ellos, todo esto no eran más que posturas dictadas por el orgullo de ser el niño de la casa de pizarra.

Llevaron a Alberto al hospital donde murió: el pueblo quedó exorcizado.

Santa María de las Flores. Tenía la boca ligeramente entreabierta. A veces,

bajaba la mirada hasta los pies, que la muchedumbre esperaba que estuvieran calzados con zapatillas de orillo. A las menores de cambio, esperaban ver cómo hacía un gesto de bailarín. Los ujieres no acababan nunca de remover expedientes. Encima de la mesa, la flexible Muerte pequeña permanecía inerte y parecía bien muerta. Las bayonetas y los tacones lanzaron destellos.

—¡El tribunal!

El tribunal entró por una puerta excusada, recortada en el tapiz del muro, detrás de la mesa de los jurados. Ahora bien, Santa María, habiendo oído hablar en la cárcel de los fastos de la Corte, se

imaginaba que hoy, por una especie de error grandioso, entraría por la gran puerta del público, cuyas dos hojas estaban abiertas de par en par, igual que, el Domingo de Ramos, los clérigos que habitualmente salen de la sacristía por una puerta practicada en uno de los laterales del coro, sorprenden a los fieles apareciendo por su espalda. El tribunal entraba con la familiar majestad de los príncipes, por una puerta de servicio. Santa María presintió que toda la sesión iba a estar trucada y que, al terminar la tarde, le habrían cortado la cabeza con ayuda de un juego de espejos. Uno de sus guardianes le sacudió el brazo y dijo:

—¡Levántate!

Había querido decir: «Levántese», pero no se atrevió. La sala estaba en pie, silenciosa. Se volvió a sentar ruidosamente. El señor Vase de Sainte-Marie llevaba monóculo. Deslizó una mirada solapada hacia la corbata y, con ambas manos, hurgó en el expediente. El expediente estaba repleto de detalles como el despacho del juez de instrucción estaba repleto de expedientes. Frente por frente a Santa María, el fiscal no decía ni pío. Notaba que una palabra suya, un gesto cotidiano en demasía lo transformarían en abogado del diablo y justificarían la canonización del asesino. Era un instante

difícil de soportar; se estaba jugando su reputación. Santa María se había sentado. Un leve movimiento de la fina mano del señor Vase de Sainte-Marie lo hizo levantarse.

El interrogatorio comenzó:

—¿Se llama usted André Baillon?

—Sí, señoría.

—¿Nació usted el 19 de diciembre de 1920?

—Sí, señoría.

—¿En...?

—En París.

—Sí. ¿En qué distrito?

—Dieciocho, señoría.

—Sí. El... el hampa en que usted se movía le había dado un alias... (vaciló,

luego:)

—¿Quiere usted decírselo al tribunal?

El asesino no contestó nada, pero el nombre, sin ser pronunciado, salió, alado, por la frente del cerebro de la muchedumbre. Flotó sobre la sala, invisible, perfumado, secreto, misterioso.

El Presidente respondió en voz alta:

—Sí, eso es. Y, ¿es usted hijo de...?

—Lucie Baillon.

—Y de padre desconocido. Sí. La acusación... (Aquí los jurados —eran doce— adoptaron una actitud confortable que, al mismo tiempo que convenía a cada uno en particular

porque favorecía cierta propensión, permitía a todos la dignidad. Santa María seguía de pie, con los brazos colgándole a lo largo del cuerpo, como los de ese rey niño aburrido y encantado que, desde los peldaños de la escalera del palacio real, asiste a una parada militar.)

El Presidente seguía:

—...en la noche del 7 al 8 de julio de 1937, penetrado, sin que se hayan encontrado restos de fractura, en el piso sito en la cuarta planta del edificio situado en el número 12 de la calle de Vaugirard y ocupado por el señor Ragon, Paul, de sesenta y siete años de edad.



Levantó la cabeza y miró a Santa María:

—¿Reconoce usted los hechos?

—Sí, señoría.

—La indagatoria precisa que fue el señor Ragon en persona quien, al parecer, le abrió a usted la puerta. Eso es, al menos, lo que ha declarado usted sin poder probarlo. ¿Lo sigue usted manteniendo?

—Sí, señoría.

—Luego, el señor Ragon, que lo conocía a usted, parece ser que se mostró contento con su visita y le ofreció a usted licores. Luego, sin que se lo esperara, con ayuda... (vaciló)... de esta corbata, lo estranguló usted.

El Presidente tomó la corbata.

—¿Reconoce usted esta corbata como suya y como arma del crimen?

—Sí, señoría.

El Presidente tenía esa corbata blanda entre los dedos, una corbata como un ectoplasma, una corbata que había que mirar mientras aún era tiempo, pues podría desaparecer de un momento a otro o ponerse violentamente rígida en la mano seca del Presidente que sintió que, si la erección o la desaparición se consumaban, él se cubriría de ridículo. Se apresuró, pues, a pasarle el arma del crimen al primero de los jurados, que se la dio a su vecino, y así sucesivamente, sin que nadie se atreviese a pararse a

examinarla, pues parecía correr el riesgo de verse bajo sus propios ojos metamorfoseado en bailadora. Pero sus precauciones, las de esos señores, fueron vanas y, aunque no lo notaron, cambiaron en efecto. Los gestos avergonzados de los jurados, que parecían en connivencia con el destino que presidió el asesinato del anciano, el asesino inmóvil tanto como el médium a quien se interroga, y gracias a semejante inmovilidad ausente, y el lugar de esta ausencia, llenaban de tinieblas la sala, donde los ojos de la muchedumbre querían ver con claridad. El Presidente hablaba y hablaba. Había llegado a lo siguiente:

—Y, ¿quién le dio a usted la idea de utilizar semejante modo de asesinato?

—Él.

El mundo entero comprendió que Él era el anciano muerto, que volvía a desempeñar un papel ahora, enterrado, comido de gusanos y de larvas.

—¡El asesinado!

El Presidente lanzó un clamor horrible.

—¿El propio asesinado fue quien le indicó a usted cómo había que proceder para suprimirlo? Vamos, vamos, explíquese.

Santa María pareció embarazado. Un tierno pudor le impedía hablar. La timidez también.

—Sí. Es que... dijo... El señor Ragon llevaba una corbata que le apretaba el cuello. Estaba muy encarnado. Y entonces, se la quitó.

Y el asesino, muy bajito, como si accediese a un trato infame o a una acción caritativa, confesó:

—Y entonces pensé que si yo apretase, pues sería peor.

Y un poco más bajo todavía, justo para los guardias y para el Presidente (pero se perdió para la muchedumbre):

—Porque uno tiene buenos brazos.

El Presidente agachó la cabeza, abrumado:

—¡Desdichado!, dijo. Y ¿por qué?

—Estaba en un despeluche fabuloso.

Ya que se emplea la palabra «fabuloso» para calificar una fortuna, no parecía imposible aplicarla a la miseria. Este despeluche fabuloso le hizo a Santa María un pedestal de nubes: estuvo tan prodigiosamente glorioso como el cuerpo de Cristo elevándose para permanecer solo, quieto, en el cielo soleado del mediodía. El Presidente se retorció las hermosas manos. La muchedumbre torció el rostro. Los escribanos arrugaban hojas de papel carbón. A los abogados se les habían puesto de repente ojos de gallinas extralúcidas. Los guardias oficiaban. La poesía forjaba su materia. Solamente Santa María estaba solo y conservaba la

dignidad, es decir, que pertenecía aún a una mitología primitiva e ignoraba su divinidad y su divinización. El resto del mundo no sabía qué pensar y hacía esfuerzos sobrehumanos para no dejarse arrebatar de la orilla. Las manos de uñas arrancadas de raíz se agarraban a cualquier tabla de salvación: cruzar o descruzar las piernas, mirarse una mancha de la chaqueta, pensar en la familia del hombre estrangulado, hurgarse los dientes con un palillo.

—Explique, pues, al tribunal cómo procedió usted.

Era algo atroz. Santa María tenía que explicar. Los policías habían exigido detalles, el juez de instrucción también.

Le tocaba ahora al tribunal. Santa María sintió vergüenza, no de su acto (era imposible), sino de repetir demasiado la misma historia. Tuvo la idea audaz de dar una nueva versión, tan cansado estaba de concluir su narración con las siguientes palabras: «Hasta que no pudo más.» Decidió contar otra cosa. Sin embargo, al mismo tiempo, contaba exactamente la historia que les había dicho con las mismas palabras a los policías, al juez, al abogado, a los psiquiatras. Pues, para Santa María, un gesto es un poema y no puede expresarse más que con ayuda de un símbolo siempre, siempre el mismo. Y, de sus actos, que ya tenían dos años, no le



quedaba más que la expresión escueta. Volvía a leer su crimen como se vuelve a leer una crónica, pero no era ya realmente del crimen de lo que hablaba. Mientras tanto, el reloj de péndulo colgado en frente de él actuaba metódicamente, pero el tiempo estaba desajustado, de forma tal que el reloj medía, en cada segundo, períodos largos y períodos breves.

De los doce honrados ancianos del jurado, cuatro llevaban antiparras. Estos quedaban cortados de la comunión con la sala por este cristal, mal conductor, aislante, seguían aparte otras peripecias. De hecho, ninguno de ellos parecía interesarse por este caso de asesinato.

Uno de los ancianos se alisaba constantemente la barba; era el único que parecía atento, pero, al mirarlo mejor, vemos que sus ojos están huecos como los de las estatuas. Otro era de tela. Otro dibujaba en el tapete verde de la mesa redondeles y estrellas; en la vida diaria, era pintor, y su sentido del humor lo llevaba a veces incluso a colorear gorriones zumbones encaramados en un espantapájaros del jardín. Otro escupía toda la dentadura en el pañuelo azul pálido —azul Francia. Se levantaron y siguieron al Presidente tras la puertecita disimulada. La deliberación es tan secreta como la elección de un jefe de bandidos

enmascarados, como la ejecución de un traidor en el seno de una cofradía. La muchedumbre se alivió bostezando, estirándose, eructando. El abogado de Santa María dejó su banco y se acercó a su cliente:

—¡Animo, muchacho, ánimo!, dijo estrechándole las manos. Ha contestado usted bien, ha sido usted sincero y creo que el jurado está de nuestra parte.

Mientras hablaba, estrechaba las manos de Santa María, lo sujetaba o se sujetaba a él. Santa María tuvo una sonrisa capaz de hacer que se condenaran sus jueces. Una sonrisa tan de azur que los propios guardias tuvieron la intuición de la existencia de

Dios y de los grandes principios de la geometría. Pensad en el tintineo claro de luna del sapo; es tan puro, de noche, que el vagabundo en la carretera se para y no reanuda la marcha hasta no haberlo oído de nuevo.

—¿Van chanando?, dijo guiñando un ojo.

—Sí, muy bien, dijo el abogado.

El piquete de honor presentó armas y el tribunal desencapuchado salió de la pared. El señor Vase de Sainte-Marie se sentó en silencio, luego, todo el mundo se sentó con mucho escándalo. El Presidente se asió la cabeza con las bellas manos blancas y dijo:

—Van a comparecer los testigos.

¡Ah!, ante todo, veamos el informe de la policía. ¿Están aquí los inspectores?

Es extraordinario que un Presidente de lo Criminal sea tan distraído como para olvidar algo tan grave. Su error escandalizó a Santa María como lo hubiera escandalizado una falta de ortografía (si hubiera tenido nociones de ortografía) en el reglamento de la cárcel. Un ujier hizo entrar a los dos policías que habían detenido a Santa María. El que realizó antaño la encuesta, que ya tenía dos años, había fallecido. Hicieron, pues, una relación sucinta de los hechos: historia pasmosa en la que un falso asesinato llevaba a descubrir uno verdadero. Este descubrimiento es

imposible, estoy soñando. «¡Por una bobada!» Pero, a fin de cuentas, admito algo mejor este gracioso descubrimiento, que conduce a la muerte, desde que el vigilante me ha cogido el manuscrito que llevaba conmigo a la hora del paseo. Tengo un sentimiento de catástrofe, después no me atrevo a creer que semejante catástrofe pueda ser la consecuencia lógica de una imprudencia tan pequeña. Después, pienso que los criminales pierden la cabeza a causa de una imprudencia tan pequeña, tan pequeña, que habría que tener derecho a repararla volviendo atrás; que, si se le pidiera al juez, accedería, tan benigno es, y que no se

puede. A pesar de su formación, que dicen ser cartesiana, los jurados, por mucho que hagan, cuando, algunas horas después condenen a muerte a Santa María, no estarán seguros de si es porque estranguló a un muñeco o porque cortó en trocitos a un ancianito. Los policías, fautores de anarquismo, se retiraron haciéndole al Presidente una linda reverencia. Fuera, caía la nieve. Se adivinaba en el movimiento de las manos en la sala, levantando el cuello de los abrigos. El cielo estaba encapotado. La muerte avanzaba de puntillas por la nieve. Un ujier llamó a los testigos. Esperaban en una habitacioncita entre bastidores, a un

lado de la sala, y cuya puerta se abría frente por frente del box del acusado. La puerta, cada vez, se entreabría justo lo suficiente para dejarlos deslizarse de lado y, uno a uno, gota a gota, los iban soltando en medio del proceso. Llegaban hasta la barandilla, donde levantaban la mano derecha y respondían: «Lo juro» a una pregunta que nadie formulaba. Santa María vio entrar a Mimosa II. El ujier había gritado, sin embargo: «Hirsch, René», luego, a la llamada: «Berthollet, Antoine», apareció Primera Comunción, a la llamada de «Marceau, Eugéne», apareció Melapia. De esta manera, ante los ojos de Santa María, pasmado, las



mariquitas de Blanche a Pigalle perdían su más bello adorno; sus nombres perdían la corola como la flor de papel que lleva el bailarín en la punta de los dedos y que ya no es, al acabar el ballet, sino un alambre. ¿No valía más que bailara todo el baile con un simple alambre? Vale la pena examinar la cuestión. Las mariconas mostraban esa osamenta que Pocholo divisó bajo la seda y el terciopelo de cada sillón. Quedaban reducidas a la nada, y esto es lo mejor que se ha hecho hasta el momento. Llegaban, provocativas o tímidas, perfumadas, maquilladas, se expresaban de forma rebuscada. No eran ya la floresta de papel crespón que

florece en las terrazas de los cafés. Eran miseria abigarrada. (¿De dónde vienen los nombres de guerra de las mariconas? Pero, antes que nada, hagamos notar que ninguno de ellos fue escogido por los que los llevan. Conmigo no pasa lo mismo. No me es posible precisar las razones que me han hecho escoger tales o cuales nombres: Divina, Primera Comunión, Mimosa, Santa María de las Flores, Príncipe Monseñor, no han venido por azar. Existe entre ellos un parentesco, un olor a incienso y a cirio derritiéndose, y tengo a veces la impresión de que los he recogido entre las flores artificiales o naturales en la capilla de la Virgen

María, en el mes de mayo, debajo y alrededor de aquella imagen de escayola glotona de la que Alberto estuvo enamorado y tras la cual, de niño, escondía yo el frasquito que contenía mi lefa.) Algunas pronunciaban frases aterradoras por su exactitud, como: «Vivía en el número 8 de la calle Berthe» o «El 17 de octubre me lo encontré por última vez. Fue en Graff.» Un meñique en el aire, como si el pulgar y el índice sostuviesen la taza de té, alteraba la seriedad de la sesión, y a través de esta grieta loca, se adivinaba lo trágico de su masa. El ujier gritó: «Don Louis Culafroy.» Sostenida por Ernestine, muy tiesa y vestida de negro,

única mujer verdadera que se viera en el proceso, entró Divina. Lo que quedaba de su belleza, huía en desbandada. Las sombras y las líneas desertaban de sus puestos: era el desmoronamiento. Su hermoso rostro lanzaba llamadas desgarradoras, clamores trágicos como el grito de una muerta. Divina llevaba un grueso abrigo de pelo de camello, pardo, sedoso. También ella dijo:

—Lo juro.

—¿Qué sabe usted del acusado?, dijo el Presidente.

—Lo he tratado mucho tiempo, señor Presidente, pero puedo decir no obstante que creo que es muy ingenuo, muy niño. Nunca pude apreciar en él más que su

simpatía. Podría ser hijo mío.

Contó también con mucho tacto cómo habían vivido juntos tanto tiempo. No se mentó para nada a Pocholo. Divina era por fin la persona mayor que no le dejaban ser en todos los demás lugares. Hete aquí de nuevo, pardiez, en efecto, al testigo salido por fin del niño Culafroy que nunca había dejado de ser. Si nunca hizo nada simple, es porque sólo a algunos ancianos les está reservado el ser simples, lo cual quiere decir puros, depurados, simplificados como un diseño, lo cual es quizá ese estado del que Jesús decía: «...como niños», pero ningún niño es semejante a este estado que un trabajo desecador,

durante toda una vida, no siempre consigue. No hizo nada simple, ni siquiera una sonrisa, que le divertía dejar escapar por la comisura derecha de los labios o extender, amplia, de frente, con los dientes apretados.

La grandeza de un hombre no está sólo en función de sus facultades, de su inteligencia, de sus dones, cualesquiera que sean: está formada también por las circunstancias que lo han elegido para servirles de soporte. Un hombre es grande si tiene un gran destino; pero esta grandeza es del orden de las grandezas visibles, mensurables. Es la magnificencia vista desde fuera. Miserable quizás vista desde dentro, es

entonces poética, si estáis de acuerdo en aceptar que la poesía es la ruptura (o más bien el encuentro en el punto de ruptura) de lo visible y de lo invisible. Culafroy tuvo un destino miserable y por eso su vida estuvo hecha de esos actos secretos, cada uno de los cuales son un poema en esencia, como el movimiento ínfimo del dedo de la bailarina de Bali es un signo que puede poner en movimiento un mundo, porque procede de un mundo cuyo sentido numeroso es inconfesable. Culafroy se convirtió en Divina; fue, pues, un poema escrito sólo para sí, hermético para cualquiera que no esté en posesión de la clave. En resumidas cuentas, he aquí su gloria

secreta, semejante a la que he hecho que se me conceda para lograr por fin la paz. Y la he logrado, pues la quiromántica de una barraca de feria me ha afirmado que un día seré célebre. ¿Con qué clase de celebridad? Tiemblo de pensarlo. Pero esta profecía basta para calmar mi vieja necesidad de creer que tengo talento. Llevo en mí, como algo precioso, la frase del augurio: «Un día serás célebre.» Vivo con ella en el secreto, como las familias, de noche, bajo la lámpara y siempre a condición de que tengan uno, con el recuerdo resplandeciente de su condenado a muerte. Me ilumina y me horroriza. Esta celebridad completamente virtual me



ennoblece como un pergamino que nadie supiera descifrar, un nacimiento ilustre conservado en secreto, una barra de bastardía regia, un antifaz o quizá una filiación divina, algo quizá de lo que sintió Joséphine, que no olvidó nunca que había parido a la que se convertiría en la mujer más bella del pueblo, Marie, la madre de Solange, —la diosa nacida en la cabaña y más cargada en su cuerpo de blasones que Mimosa en sus nalgas y en sus gestos, más cargada de nobleza que un Chambure—. Esta especie de consagración había apartado de Joséphine a las demás mujeres (las demás, madres de hombres) de su edad. En el pueblo, su situación era próxima a

la de la madre de Jesús entre las mujeres del pueblo de Galilea. La belleza de María volvía ilustre la aldea. Ser la madre de una divinidad es un estado más turbador que el de divinidad. La madre de Jesús debió de sentir emociones incomparables al llevar en el seno a su hijo y, luego, viviendo, durmiendo al lado de un hijo que era Dios —es decir todo y ella misma también—, que podía hacer que el mundo dejara de existir, que su madre, que él mismo no existiesen, un Dios a quien había que preparar de hecho, como Joséphine a Marie, el amarillo caldo de maíz.

No es, por otra parte, que Culafroy,

niño y Divina, tuviese una agudeza excepcional; pero circunstancias excepcionalmente extrañas lo habían escogido como lugar de elección, sin comunicárselo, lo habían adornado con un texto misterioso. Estaba al servicio de un poema siguiendo los caprichos de una rima sin ton ni son. Fue más adelante, a la hora de su muerte, cuando, de una sola ojeada maravillosa, pudo releer la vida que había escrito sobre su carne, con los ojos cerrados. Y ahora, Divina sale de su drama interior, de ese núcleo de tragedia que lleva en sí, y por primera vez en su vida la toman en serio en la parada de los humanos. El fiscal hizo que cesara la parada. Los testigos

habían vuelto a salir por la puerta entreabierta. No habiendo comparecido cada uno más que un segundo, pasaban de largo: lo desconocido los escamoteaba. Los verdaderos centros de vida eran esta sala de los testigos — Corte de los milagros— y la cámara de las deliberaciones. Pues se reconstruía con todos sus accesorios la habitación del crimen crapuloso. Hecho extraordinario, la corbata seguía allí, agazapada sobre la mesa verde, más pálida que de costumbre, flácida pero presta a saltar como saltaría un golfo derrengado hacia el banco de la comisaría. La muchedumbre estaba inquieta como un perro. Anunciábase

que un descarrilamiento hacía que la Muerte llevara retraso. La oscuridad se echó encima de repente. Por fin, el Presidente mandó llamar al perito alienista. Fue él, en verdad, quien surgió por una trampilla invisible, de una caja invisible. Estaba sentado entre el público que ni se lo imaginaba. Se levantó y fue hasta la barandilla. Leyó a los jurados su informe. De este informe alado caían al suelo palabras como las siguientes:

«Desequilibrio...
psicopatía...      fabulación...      sistema
esplácnico...      esquizofrenia...
desequilibrio,      desequilibrio,
desequilibrio,      desequilibrio...
equilibrista»

y de repente, punzante,

sangriento: «El gran simpático». No paró: «Desequilibrio... semi-responsabilidad... secreción...

Freud... Jung... Adler... secreción...» Pero la voz pérfida acariciaba determinadas sílabas, y los gestos del hombre luchaban contra enemigos: «Padre, guárdese a la izquierda, a la derecha»; determinadas palabras, contra la voz pérfida, rebotaban finalmente (como en esas palabras de javanés en las que, en medio de las sílabas, hay que desenmarañar otras palabras ingenuas o viles: lichapé, pavuertava). Se entendía lo siguiente: «¿Qué es un malhechor? Una corbata que danza al claro de luna, una alfombra

epiléptica, una escalera que sube arrastrándose, un puñal en marcha desde los comienzos del mundo, un pomo de veneno enloquecido, manos enguantadas en medio de la noche, el cuello azul de un marinero, una sucesión abierta, una secuencia de gestos sencillos y benignos, una falleba silenciosa.» El gran psiquiatra leyó por fin sus conclusiones: «Que (Santa María de las Flores) es un desequilibrado psíquico, inafectivo, amoral. No obstante, en todo acto criminal, como en todo acto, existe una parte voluntaria que no es debida a la complicidad irritante de las cosas. Baillon, en resumen, es, en parte, responsable de su crimen.»

Estaba nevando. Todo, alrededor de la sala, era silencio. La Sala de lo Criminal estaba abandonada en medio del espacio, completamente sola. No obedecía ya a las leyes de la tierra. A través de las estrellas y de los planetas, huía volando a toda volar. Era, en el aire, la casa de piedra de la Santísima Virgen. Los pasajeros no esperaban ya ningún socorro del exterior. Las amarras estaban cortadas. Era entonces cuando la parte asustada de la sala (la muchedumbre, los jurados, los abogados, los guardias) debía hincarse de hinojos y entonar cánticos, cuando la otra parte (Santa María), liberada del peso de las obras carnales (la ejecución



es una obra carnal), se hubiera organizado en pareja para cantar: «La vida es un sueño... un sueño encantador...» Pero la muchedumbre no tiene noción de lo grandioso. No obedece a esta conminación dramática y no hubo nada menos serio que lo que vino a continuación. El propio Santa María sintió cómo su orgullo se reblandecía. Miró por vez primera con ojos de hombre al Presidente Vase de Sainte-Marie. Es tan dulce amar, que no pudo por menos de disolverse en una dulce, confiada ternura hacia el Presidente. «¡Igual no es tan hijo de puta!», pensó. En el acto, su dulce insensibilidad se derrumbó y el alivio

que le causó fue semejante al de la orina que la verga libera tras una noche de continencia. Acordaos de que Pocholo, al despertar, descubría que estaba en la tierra después de haber meado. Santa María amó a su verdugo, a su primer verdugo. Era ya una especie de perdón flotante, prematuro, que concedía al monóculo helado, a los cabellos metálicos, a la boca terrestre, al juicio futuro enunciado según terribles Escrituras. ¿Qué es exactamente un verdugo? Un niño que se viste de Parca, un inocente aislado por la magnificencia de sus harapos púrpura, un pobre, un manso. Encendieron las arañas y los apliques. El ministerio público tomó la

palabra. Contra el adolescente asesino, tallado en un bloque de agua clara, no dijo más que cosas muy exactas, a la medida del Presidente y de los jurados. Es decir, que había que proteger a los rentistas que viven a veces muy arriba, en los sobrados, y hacer morir a los niños que los degüellan... Era algo sensato, dicho con un tono muy fino y a ratos muy noble. Y se acompañaba con la cabeza:

—...Es lamentable (en tono menor, luego repite en tono mayor)... es lamentable...

Su brazo tendido hacia el asesino era obsceno.

—Mano dura, gritaba, mano dura.

Al hablar de él, los detenidos decían: «El Presumido.» En esta sesión solemne, ilustraba con gran exactitud una pancarta clavada a una puerta maciza. Perdida entre la densidad de la muchedumbre, una vieja marquesa pensó: «La República ya nos ha guillotinado a cinco...», pero su pensamiento no ahondó más. La corbata seguía sobre la mesa. Los jurados no acababan de sobreponerse a su temor. Fue en ese momento poco más o menos cuando el reloj de pared marcó las cinco. Durante el requisitorio, Santa María se había sentado. El Palacio de Justicia se le aparecía posado entre los edificios, al fondo de uno de esos patios

interiores en forma de pozo, a los que dan todas las ventanas de las cocinas y de los retretes, en los que criadas desgredadas se inclinan y, alargando la oreja con la mano, escuchan e intentan no perderse nada del debate. Cinco pisos en cuatro frentes. Las criadas están desdentadas y se espían a sus propias espaldas; atravesando lo sombrío de la cocina, se pueden distinguir algunas lentejuelas de oro o de felpa en el misterio de los pisos acomodados, donde ancianos de cabeza marfileña miran con ojos tranquilos cómo se acercan los asesinos en zapatillas. Para Santa María, el Palacio de Justicia está en el fondo de este pozo. Es pequeño y

liviano como el templo griego que la Minerva lleva en la palma de la abierta mano. El guardián que estaba a su izquierda lo obligó a levantarse, pues el Presidente lo estaba interrogando. «¿Qué tiene usted que alegar en su defensa?» El viejo vagabundo que era en la Santé su compañero de celda le había preparado unas cuantas palabras decorosas que pudiera decir ante el tribunal. Las buscó y no las halló. La frase: «No lo hice a posta» se organizó en sus labios. Si la hubiera dicho, no habría asombrado a nadie. La gente se esperaba lo peor. Todas las respuestas que se le ocurrían, se presentaban en jerga, y el sentimiento del decoro le

insinuaba que hablase en francés, pero todo el mundo sabe que en los instantes graves, por encima de las demás, es la lengua materna la que se impone. Estuvo a punto de comportarse con naturalidad. Ahora bien, ser natural, en ese instante, es ser teatral, pero su torpeza lo salvó del ridículo e hizo rodar su cabeza. Estuvo realmente grandioso. Dijo:

—El viejo estaba ya para el arrastre. Ya ni se empalmaba.

La última palabra no franqueó los menudos y fanfarrones labios; sin embargo, los doce ancianos, en seguida, a un tiempo, se taparon los oídos con ambas manos para impedir que entrara la palabra gruesa como un órgano que,

al no encontrar otro orificio, entró, tieso y cálido, por su boca abierta. La virilidad de los doce ancianos y la del Presidente quedaban escarnecidas por el glorioso impudor del adolescente. Todo cambió. Aquellos que eran bailadoras, con las castañuelas entre los dedos, volvieron a ser jurados, el pintor delicado volvió a ser jurado, el anciano de tela volvió a ser jurado, el oso también, el que era papa, y el que era Vestris. ¿Acaso no me creéis? La sala lanzó un suspiro de rabia. El Presidente hizo con sus hermosas manos el gesto que las trágicas hacen con sus hermosos brazos. Tres escalofríos sutiles agitaron su toga roja, como un telón teatral, como



si en sus vuelos, a la altura de la pantorrilla, se hubiesen enganchado las uñas desesperadas de un gatito agonizante, los músculos de cuya pata se hubiesen crispado con tres tenues sacudidas de muerte. Amonestó nerviosamente a Santa María para que guardara la decencia, y el abogado defensor tomó la palabra. Echando (los echaba, en efecto, como se echan pedos pequeños) bajo la toga pasos menudos, llegó hasta la barandilla y se dirigió al tribunal. El tribunal sonrió. Es decir, con esa sonrisa que da al rostro la austera elección, ya efectuada, de lo justo entre lo injusto, el rigor regio de la frente que conoce la demarcación —que ha visto

claro y ha juzgado— y que condena. El tribunal sonreía. Los rostros descansaban de la tensión, las carnes recuperaban su flaccidez; se aventuraban pequeñas muecas pero, pronto amedrentadas, se metían de nuevo en su concha. El tribunal estaba encantado, totalmente encantado. El abogado se afanaba. Hablaba prolijamente, sus frases no se terminaban nunca. Se notaba que, nacidas de un relámpago, tenían que diluirse en colas de cometas. Mezclaba lo que decía ser sus recuerdos de infancia (de su propia infancia, durante la cual él mismo habría sido tentado por el Demonio) con nociones de derecho puro. A pesar de este contacto, el

derecho puro seguía siendo puro y, en medio de la baba gris, conservaba su destello de duro cristal. El abogado contaba primero la educación en el arroyo, el ejemplo de la calle, el hambre, la sed (¿acaso iba a convertir, Santo Dios, al niño en un Padre de Foucaultl, en un Michel Vieuchange?), contaba también la tentación casi carnal del cuello, que tiene esa forma para que lo aprieten. En resumen, desbarraba. Santa María apreciaba esta elocuencia. No creía aún lo que decía el abogado, pero estaba dispuesto a emprenderlo todo, a asumirlo todo. Sin embargo, una sensación de malestar, cuyo sentido sólo hubiese podido comprender más

adelante, le indicaba, con oscuros medios, que el abogado lo estaba perdiendo. El tribunal maldecía a un abogado tan mediocre, que no le concedía ni siquiera la satisfacción de sobreponerse a la piedad que normalmente debía sentir al escuchar el alegato. ¿A qué juego estaba jugando el imbécil del abogado aquél? Que dijera una palabra, una palabrita o una palabrota, que obligara a los jurados, al menos por espacio y tiempo de una ojeada asesina, a prendarse de un cadáver adolescente y, vengando así al anciano estrangulado, a sentir a su vez alma de asesinos, tranquilos, sentados, calentitos, sin riesgos, a no ser, apenas,

la pequeña Condena Eterna. Su satisfacción iba esfumándose. ¿Iba a haber que absolver porque el abogado era un manta? Pero, ¿ha pensado alguien en lo que podía ser la suprema astucia de un abogado poeta? Napoleón perdió en Waterloo porque Wellington metió la pata a lo que dicen. El tribunal sintió que había que santificar a este joven. El abogado babeaba. En aquel momento estaba hablando de una reeducación posible, —entonces, en el compartimiento reservado, los cuatro representantes de los patronatos de la Infancia y de la Adolescencia decidieron al póker de dados la suerte del alma de Santa María de las Flores.

El abogado estaba pidiendo la absolución, estaba implorando. Ya no se le oía. Al fin, como con una prontitud para reconocer entre mil el instante de decir la palabra capital, Santa María, bajito, como siempre, hizo un mohín compungido y dijo sin pensarlo:

—¡Ah! la Corrida, no, no merece la pena, prefiero reventar ya mismo.

El abogado se quedó estupefacto, luego, con vivacidad, chasqueando la lengua, recuperó el control de sí mismo y balbuceó:

—¡Hijito, vamos, hijito! Déjeme defenderlo. Señores, dijo al tribunal (hubiera podido sin detrimento, como a un rey, decirle Señor), es un niño.

Al mismo tiempo que el Presidente preguntaba a Santa María:

—Vamos, vamos, ¿qué está usted diciendo? No anticipemos.

La crueldad de la palabra desnudó a los jueces y los dejó sin más toga que su esplendor. La muchedumbre carraspeó. El Presidente no sabía que, en jerga, la corrida es el correccional. Sentado, reposado, macizo, inmóvil en un banco de madera, entre sus guardias cinchados de cuero amarillo, calzados con botas y tocados con casco, Santa María de las Flores sentía que bailaba una ligera giga. La desesperación lo había atravesado como una flecha, como un payaso el papel de seda de un aro, la

desesperación lo había desbordado y lo único suyo que le quedaba era este desgarrón que lo convertía así en andrajos blancos. No estaba intacto, pero aguantaba. El mundo no estaba ya en esta sala. Es de justicia. Todo debe terminar. El tribunal volvía. El ruido de las culatas del piquete de honor dio la alarma. De pie, con la cabeza descubierta, el monóculo dio el veredicto. Pronunció por vez primera, detrás del apellido Baillon: «Alias Santa María de las Flores.» Condenaban a Santa María a la pena capital. El jurado estaba de pie. Era la apoteosis. Se acabó. Santa María de las Flores, cuando lo entregaron de nuevo en manos



de los guardianes, les pareció revestido de un carácter sagrado, próximo a aquel que poseían antaño las víctimas expiatorias, ya fueran chivo, buey, niño, y que aún hoy poseen los reyes y los judíos. Los guardianes le hablaron y lo sirvieron como si, al saberlo cargado con el peso de los pecados del mundo, hubiesen querido atraer sobre sí la bendición del Redentor. Cuarenta días después, una noche de primavera, levantaron el artefacto en el patio de la cárcel. Al alba, estaba listo para cortar. A Santa María de las Flores le cortó la cabeza un cuchillo auténtico. Y nada sucedió. ¿Para qué? No es necesario que el velo del templo se desgarré de abajo

arriba porque un dios entregue el alma. Eso sólo puede probar la mala calidad del tejido y lo viejo que está. Aunque la indiferencia fuera algo exigido, todavía aceptaría yo que un gamberro irreverente lo agujereara de una patada y escapara anunciando un milagro. Es algo que tiene relumbrón y muy bueno para servir de armazón a la leyenda.

He releído los capítulos anteriores. Están ahora clausurados, de forma rigurosa, y me doy cuenta de que no he prestado ninguna sonrisa alegre a Culafroy, a Divina, a Ernestine, ni a los demás. Un niño entrevistado en el

locutorio me hace pensar en ello y me hace pensar en mi infancia, en los volantes de las enaguas blancas de mi madre. En cada niño que veo —pero veo a tan pocos— intento volver a encontrar al que era yo, amarlo por lo que era yo. Pero, al venir a ver a los menores en la comunicación, he mirado esas dos jetillas, y me he marchado todo trastornado, pues yo no era así, niño demasiado blanco como un pan mal cocido: por el hombre que serán es por lo que los amo. Cuando han pasado delante de mí, contoneándose y con los hombros bien erguidos, estaba ya viendo en sus omóplatos el bulto de los músculos que les cubren las raíces de

las alas.

Sin embargo, me gustaría creer que yo era semejante a éste. Me volví a ver en su rostro, sobre todo en la frente y en los ojos, e iba a reconocirme del todo cuando pataplás, sonrió. Y dejó de ser yo, pues ni en mi infancia ni tampoco en ningún otro período de mi vida he podido reír, ni siquiera sonreír. Por así decirlo, al reír el niño, me desmoroné ante mis propios ojos.

Como todos los niños, adolescentes, u hombres maduros, he sonreído de buen grado, he reído incluso a carcajadas, pero, según iba entrando mi vida en el pasado, la he ido dramatizando. Eliminado lo que fue travesura, ligereza,

chiquillada, sólo he conservado los elementos que pertenecen propiamente al drama: el Miedo, la Desesperación, el Amor triste... y sólo me libro de ellos declamando esos poemas convulsionados como el rostro de las sibilas. Me dejan el alma clarificada. Pero si el niño en quien creo volver a verme ríe o sonrío, rompe el drama que se había elaborado y que es mi vida pasada, cuando en ella pienso; destruye, lo falsea cuando menos, porque aporta una actitud que el personaje no podía tener; desgarrar el recuerdo de una vida armoniosa (aunque dolorosa), me obliga a ver cómo me convierto en otro y, en el primero, injerta un segundo drama.

## DIVINARIANAS (*continuación y fin*)

He aquí, pues, las últimas Divinarianas. Tengo prisa por librarme de Divina. Arrojo en desorden, revueltas, estas notas en las que intentaréis encontrar, al desenredarlas, la forma esencial de la Santa.

Divina, con el pensamiento, lleva el mimetismo hasta adoptar la postura exacta que tenía Pocholo en aquel lugar exacto. Su cabeza, pues, está en vez de la cabeza de Pocholo, su boca en vez de la boca de él, su miembro en vez del de

él, etc., luego, repite, tan exactamente como sea posible —vacilando, pues tiene que ser una búsqueda (sólo una búsqueda proporcional, por su dificultad, la conciencia del juego)—, los gestos que fueron de Pocholo. Ocupa, sucesivamente, todo el espacio que él ocupaba. Lo sigue, llena continuamente lo que lo contenía.

Divina:

—¿Mi vida? Estoy desolada, soy un valle de la Desolación.

Y es un valle semejante —con sus pinos negros bajo la tormenta— a los paisajes que he descubierto, durante mis

viajes imaginarios bajo las mantas pardas y piojosas de las cárceles de doquier, a los que yo llamaba Valle de la Desolación, de la Consolación, Val de los Angeles.

Ella (Divina) no actuaba según la ley de Cristo. Se lo reprochaban. Pero ella: «Desde la ópera hasta su casa, ¿acaso va bailando Lifar?»

Su despegue del mundo llega hasta hacerle decir: «Qué me importa lo que piense X... de la Divina que yo era. Qué me importa *a mí* el recuerdo que conserva de mí. Soy otra. Seré cada vez otra.» De este modo, combatía la



vanidad. De este modo, se encontraba siempre dispuesta para alguna nueva infamia, sin sentir el temor del oprobio.

Se cortó las pestañas para estar aún más repugnante. Creyendo que así quemaba sus naves.

Perdió sus tics. Llegaba a hacerse notar a fuerza de discreción. Congelar el propio rostro. Bajo el insulto, antaño, tenía, costara lo que costara, que mover los músculos. La angustia la obligaba a ello para dejarse engañar un poco; la crispación del rostro daba como

resultado una mueca en forma de sonrisa. Congelado, el rostro.

Divina, de sí misma:

—Dama de Alta Manflorería.

Divina no ha podido soportar la audición por radio de la *Marcha de la Zauberflöte*. Se besa los dedos, y luego, no pudiendo más, cierra el aparato.

Su voz sin inflexiones (voz cuya posesión soñaría yo para los actores de cine, voz de imagen, voz uniforme) y celeste, para decirme, señalándome la oreja con el dedo:

—Pero Jean, si tienes otro agujero ahí.

Va por la calle, como un fantasma. Un joven ciclista pasa, a pie, llevando la máquina por el manillar.

Muy próxima, Divina, esboza el gesto (con el brazo formando círculo) de enlazarlo por la cintura. El ciclista se vuelve de repente hacia Divina, que lo enlaza efectivamente. La mira un instante, pasmado, no dice ni palabra, se sube a la bicicleta de un salto y sale huyendo.

Divina se mete de nuevo en su caparazón y vuelve a su cielo interior.

Frente a otro hermoso joven, un breve deseo:

—Es el Aún que se me ha agarrado a la garganta.

Sólo vivirá para apresurarse hacia la Muerte.

El cisne, sostenido por su masa de blanco plumón, *no puede* ir al fondo del agua para buscar el cielo, ni Jesús *puede* pescar.

Para Divina, cometer un crimen para liberarse del yugo de los poderes morales es situarse una vez más en el

campo de la moral. No quiere saber nada de un hermoso crimen. Canta que se deja dar por el culo por gusto.

Roba y traiciona a sus amigos.

Todo concurre para instaurar a su alrededor —a su pesar— la soledad. Vive simplemente en la intimidad de su gloria, de la gloria que ha convertido en muy pequeña y preciada.

—Soy, dice, Bernadette Soubirous en el convento de la Caridad, mucho tiempo después de su visión. Vivía, como yo, una vida cotidiana con el recuerdo de haber tuteado a la Santísima Virgen.

Acontece que una tropa se desplace por el desierto y que de ella —en aras de la táctica— se destaque una pequeña columna de hombres que va a seguir una dirección diferente. El fragmento puede caminar así algún tiempo, muy cerca de la tropa, durante una hora o más. Los hombres de ambos ramales podrían hablarse, verse, y no se hablan, no se ven: en cuanto el destacamento ha dado un paso en la nueva dirección, ha notado que le nacía una personalidad. Ha sabido que estaba solo y que sus acciones eran su acción.

Este pequeño gesto para despegarse del mundo. Divina lo ha hecho y repetido cientos de veces. Pero, por muy

lejos que se aparte, el mundo la vuelve a llamar a sí.

Se ha pasado la vida tirándose desde lo alto de una roca.

Ahora que ya no tiene cuerpo (o le queda tan poco, algo blancuzco, pálido, huesudo y al mismo tiempo muy blando), se escabulle hacia el cielo.

Divina de sí misma:

—De soltera, Secreto.

La santidad de Divina.

Contrariamente a la mayor parte de los santos, Divina fue consciente de

ello. No hay en esto nada asombroso puesto que la santidad fue su visión de Dios y, aún más alto, su unión con Él. Esta unión no se realizó sin fatiga (dolor) por ambas partes. Por parte de Divina, la fatiga venía de verse obligada a abandonar una situación estable, conocida y confortable por una gloria en exceso maravillosa. Para conservar su posición, hizo lo que le pareció oportuno hacer: gestos. Entonces, de todo su cuerpo se apoderó un frenesí por permanecer. Tuvo entonces gestos de atroz desesperación, otros de tímidos intentos, de vacilación para buscar el punto de unión, para aferrarse a la tierra y no subir al cielo. Esta última frase



parece querer dar a entender que Divina habría efectuado una ascensión. Nada de eso. Subir al cielo, aquí, quiere decir: sin moverse, abandonar a Divina por la Divinidad. El milagro, por transcurrir en la intimidad, habría sido de un feroz horror. Había que resistir a toda costa. Resistirse a Dios que la llamaba en silencio. No contestar. Sino intentar los gestos que la sujetarán a la tierra, que la adherirían de nuevo a la materia. En medio del espacio, renovaba, para sí misma, formas nuevas y bárbaras; pues adivinaba, intuitivamente, que la inmovilidad ofrece demasiadas facilidades a Dios para que, con una llave de lucha libre lograda, os pueda

llevar a su seno. Por lo tanto, danzaba. Al pasear. Doquier. Su cuerpo se manifestaba siempre. Manifestaba mil cuerpos. Nadie sabía lo que estaba pasando ni los trágicos instantes de Divina luchando contra Dios. Adoptó posturas asombrosas, tanto como las que adoptan algunos acróbatas japoneses. Hubiérase pensado, así, en una trágica enloquecida, que no puede retornar ya a su propia personalidad y que anda buscando, que anda buscando... Por fin, un día, cuando no se lo esperaba, inmóvil en la cama. Dios la tomó por una santa. Recordemos, sin embargo, un acontecimiento característico. Quiso matarse. Matarse. Matar mi bondad.

Tuvo, pues, esta idea resplandeciente y la llevó a cabo: su balcón, antaño, en el octavo piso de un edificio, daba a un patio pavimentado. La balaustrada de hierro era calada, pero estaba cubierta con una tela metálica. Una de sus vecinas tenía un bebé de dos años, una niña a la que Divina daba caramelos y recibía en su habitación. La niña corría hasta el balcón y miraba a la calle a través del enrejado. Un día, Divina se decidió: desclavó la tela metálica, dejándola pegada a la balaustrada de hierro. Cuando la niña vino a su casa, la encerró y bajó corriendo la escalera. Al llegar al patio, esperó a que la niña fuera a jugar al balcón y se apoyara en

el enrejado. El peso de su cuerpo la hizo caer al vacío. Desde abajo, Divina miró. No se perdió ninguna de las piruetas de la cría. Estuvo sobrehumana, hasta el punto de, sin llantos ni gritos ni escalofríos, recoger con los dedos enguantados lo que quedaba de la niña. Le cayeron tres meses de detención preventiva por homicidio involuntario, pero su bondad murió. Pues: «¿De qué me serviría ser mil veces buena ahora? ¿Cómo se podría rescatar este crimen inexpiable? Seamos, por lo tanto, perversa.»

Indiferente, a lo que nos parecía, al resto del mundo, Divina moría.

Ernestine ignoró durante mucho

tiempo lo que era de su hijo, a quien perdió de vista con ocasión de una segunda fuga. Cuando por fin tuvo noticias de él, era soldado. Recibió una carta un poco avergonzada que le pedía algo de dinero. Pero no vio a su hijo, transformado en Divina, sino mucho más tarde, en París, donde había venido a que la operaran como hacen todas las provincianas. Divina entonces vivía de forma bastante acomodada. Ernestine, que no sabía nada de su vicio, lo adivinó casi al instante y de Divina pensó: «Lou tiene un Crédit Lyonnais en el culo.» No le hizo ninguna observación. Apenas si le echaba a perder la opinión que tenía de sí misma

el saber que había parido a un ser monstruoso, ni macho ni hembra, sucesor o sucesora de los Picquigny, desenlace ambiguo de una encumbrada familia de la cual era madre la sirena Melusina. Madre e hijo estaban tan alejados como si hubiesen estado a distancia, aplicándose en el vacío: un roce de pieles insensibles. Ernestine no se decía nunca: «Es carne de mi carne.» Divina no se decía nunca: «Y sin embargo, ésta es la que me cagó.» Divina no era para su madre más que un pretexto para hacer gestos teatrales, como lo hemos mostrado al principio. Divina, por odio por la puta de Mimosa que detestaba a su madre, fingía para

consigo misma que amaba respetuosamente a la suya. Este respeto agradaba a Pocholo que, como buen chulo, como una auténtica mala persona, conservaba en lo hondo del corazón, como suele decirse, «un rinconcito de pureza dedicado a una anciana madre» que no conocía. Obedecía a las conminaciones terrestres que dominan a los chulos. Amaba a su madre igual que era patriota y católico. Ernestine vino a ver morir a Divina. Trajo algunas golosinas pero, por señales que las campesinas reconocen —señales que avisan con mayor seguridad que un crespón— había sabido que Divina se iba.

—«Se va», se dijo.

El señor cura —el mismo que vimos officiar tan curiosamente— trajo el Santísimo. Un cirio ardía en la mesita de té, junto a un crucifijo negro y a un tazón de agua bendita donde estaba en remojo una rama de boj, seca y polvorienta.

Habitualmente, Ernestine sólo aceptaba de la religión lo más *puramente* maravilloso que ésta ofrece (no ese misterio sobreañadido al misterio y que lo oculta), y lo maravilloso que en ella encontraba era más claro que el agua. Juzguen: los días de tormenta, sabiendo que al rayo se le antoja entrar por la chimenea y salir por la ventana, ella, desde su sillón, se



miraba pasar a sí misma a través de los cristales, conservando —busto, cuello, piernas y faldas— la rigidez, la tiesura de una tela almidonada que cayese sobre el césped o que subiera al cielo con los talones juntos, como si fuera una estatua: de esta forma, caía hacia abajo o en el aire, como se ve volar a los ángeles y a los santos en los cuadros antiguos, como va al cielo, sencillamente, Jesús, sin nubes que lo sostengan.

Era ésta su religión. Igual que otras veces, los días de tiros largos, días de desenfreno místico: «¿Y si me diera por creer en Dios?», se decía. Lo hacía hasta quedar trémula.

En la hora de la muerte de Divina, le

dio por creer tanto en Dios que no escapó a una escena de éxtasis.

Vio a Dios sorbiendo un huevo. «Ver» es aquí una forma ligera de hablar. De la revelación, no puedo decir gran cosa, ya que, a fin de cuentas, sólo sé de ella lo que me fue otorgado conocer, gracias a Dios, en una cárcel yugoslava. Me llevaban de ciudad en ciudad, al albur de las etapas del vagón celular. En cada una de las cárceles de esas ciudades permanecía uno, dos o más días. Llegué, pues, y me encerraron en una habitación bastante grande que llenaban unos veinte detenidos. Tres cingaros habían organizado una escuela de rateros. Así es como se operaba:

mientras uno de los prisioneros dormía echado en la litera fija, se trataba, por turno, de que le sacáramos de los bolsillos —y los volviéramos a meter—, sin despertarlo, los objetos que ya se encontraban dentro de ellos. Aventura delicada, ya que con frecuencia había que hacerle cosquillas al durmiente, de determinada forma, para que se diera la vuelta en sueños y dejara expedito el bolsillo sobre el que estaba echado con todo el peso de los muslos.

Cuando me llegó el turno de actuar, el cingaro que era el jefe me llamó y me ordenó que trabajara. Bajo la tela de la chaqueta sentí latir el corazón y me desmayé. Me llevaron a la litera fija y

me dejaron hasta que volviese en mí. He conservado un recuerdo muy exacto de la disposición del teatro. La celda era una especie de túnel que dejaba el sitio justo para que cupiesen, a todo lo largo, literas fijas e inclinadas de madera. En uno de los extremos, el opuesto a la puerta de entrada, de una claraboya un poco cimbrada y con barrotes, la claridad amarilla llegaba desde un cielo invisible para nosotros, caía oblicuamente, exactamente igual que aparece en los grabados y en las novelas.

Cuando recuperé el conocimiento, estaba en el rincón más próximo a la ventana. Me puse en cuclillas al modo

de los beréberes o de los niños pequeños, con los pies envueltos en una manta. En la otra esquina, de pie, un grupo compacto, los demás hombres.

Se echaron a reír mientras me miraban. Como no conocía su lengua, uno de ellos, señalándome, hizo el siguiente gesto: se rasca el pelo y, como si se hubiese sacado un piojo, hizo el simulacro de comérselo, con esa mímica propia de los monos.

No recuerdo si tenía piojos. De todas formas, nunca me los he comido. Tenía la cabeza cubierta de caspa blanca, formando una costra que con la uña arrancaba y luego expulsaba de la uña con los dientes y, a veces, me

tragaba.

Fue en ese instante cuando comprendí la habitación. Conocí — durante un tiempo inapreciable— su esencia. Siguió siendo habitación, pero cárcel del mundo. Quedé, por mi horror monstruoso, exiliado en los confines de lo inmundo (que es no mundo), frente a los gráciles alumnos de la escuela de carteristas; vi claramente («ver» como en lo que decía de Ernestine) lo que eran aquella habitación y aquellos hombres, qué papel *interpretaban*: ahora bien, era un primerísimo papel en la marcha del mundo. Este papel era origen del mundo y estaba en los orígenes del mundo. Se me reveló de repente, gracias a una

especie de lucidez extraordinaria, que entendía el sistema. El mundo se redujo y también su misterio, en cuanto quedé cercenado de él. Fue un instante verdaderamente sobrenatural, semejante, en lo que a ese despego de lo humano se refiere, al que me causó la actitud del suboficial Cesari, en la cárcel de Cherche-Midi, cuando tuvo que hacer un informe acerca de mis costumbres. Me dijo «Esa palabra (no se atrevió a pronunciar “homosexual”) ¿se escribe junta o separada?» Y con la punta del dedo me la señalaba en la hoja, con el índice extendido, pero... sin tocar la palabra.

Tuve un éxtasis.

Como yo, Ernestine fue arrebatada por los Ángeles de Dios, que son detalles, encuentros, coincidencias del orden de ésta: el juego de la punta de un pie o quizá la encrucijada de los muslos de la bailarina que me hace nacer en lo hondo del pecho la sonrisa de un soldado bienamado. Tuvo el mundo un instante entre los dedos y lo miró con la severidad de una maestra.

Durante los preparativos del último sacramento, Divina salió del coma. Al ver el cirio, fanal de su propio fin, se acobardó. Reconoció que la muerte siempre había estado presente en la vida, pero con el rostro simbólico oculto por una especie de bigotes que



disponían al gusto de cada día su horrible realidad —esos bigotes fríncicos que (del soldado) al caer bajo las tijeras lo volvieron tristón como un capado, pues su rostro se volvió en el acto dulce y fino, pálido, de barbilla exigua, de frente abombada, semejante al rostro de una santa de vidriera románica o de una emperatriz bizantina, un rostro que se suele encontrar coronado por un capirote con velo—. La muerte estaba tan próxima que podía tocar a Divina, llamar a ella con el seco índice, como a una puerta. Crispó los dedos rígidos, estiró las sábanas que se pusieron tiasas también, se congelaron.

—Pero, le dijo al cura, no estoy

muerta aún, he oído a los ángeles tirarse pedos en el techo.

«...Muerta aún», volvió a decirse, y, entre nubes voluptuosamente columpiadas, nauseabundas y, en último término, paradisiacas. Divina vuelve a ver a la muerta —y la muerte de la muerta—, aquella vieja Adeline del pueblo que le contaba —y también a Solange— historias de negros.

Al morir la vieja (su prima), no pudo llorar, y para que creyeran sin embargo en su pena, se le ocurrió mojarse con saliva los ojos secos. A Divina una bola de humo se le pasa por dentro del vientre. Luego, se siente invadida como por un mareo, por el

alma de la vieja Adeline, cuyas botinas de botones y tacón alto, cuando murió, le obligó Ernestine a ponerse para ir a la escuela.

La noche de la velada fúnebre, curioso, se levantó. De puntillas, salió de su habitación, de cuyos rincones todos surgía un pueblo de almas, que formaban ante él una barrera que había de franquear. Entraba por entre ellas, valido de su delegación hierática, asustado, encantado, más muerto que vivo. Las almas, las sombras le formaban un cortejo inmenso, numeroso, surgían de los comienzos del mundo, arrastraba tras de sí, hasta el lecho mortuorio, generaciones de sombras.

Era eso el miedo. Caminaba descalzo, con la menor solemnidad posible.

Cual se cree que camina un ladrón nocturno, avanzaba ahora, como quizá muchas noches se había deslizado hasta un armario para robar peladillas: peladillas de bautizo o de boda, que le habían regalado a Ernestine y que él masticaba con respeto, no como una trivial golosina sino como un alimento sagrado, símbolo de pureza, dándoles la misma consideración que a las flores de azahar de cera blanca, colocadas bajo un fanal: relentes de incienso, visión de velos blancos. Y esta música: el *Veni Creator*...

—«Y si la que vela los muertos

estuviera en su sitio, ¿qué va a decir él? ...» Pero estaba en la cocina, tomando café.

La habitación estaba vacía. Vaciada. La muerte hace el vacío de diferente y más perfecta forma que una máquina neumática. Las sábanas de la cama esbozaban un relieve de rostro, como una arcilla apenas tocada por el estatuario.

Culafroy, con la mano extendida y los brazos tiesos, las levanta. La muerta seguía allí. Se acercó para tener menos miedo. Osó tocar el rostro e incluso besar los párpados redondos y helados, como canicas de ágata. El cuerpo parecía fecundado por la realidad.

Pronunciaba la verdad.

En este instante, el niño quedó como invadido por un desordenado tropel de recuerdos de lecturas y de narraciones contadas, a saber: que la habitación de Bernadette Soubirous, en la hora de su muerte, estaba llena del perfume de invisibles violetas. Instintivamente, pues, aspiró y no reconoció el olor que dicen es el olor de santidad. Dios olvidaba a su sierva. Afortunadamente. Para empezar, no hay que desperdiciar perfumes de flores sobre el lecho de una solterona muerta; luego, hay que temer hacer cundir el pánico en las almas infantiles.

Pero de ese instante es de donde

parece partir el hilo que iba a conducir a Culafroy-Divina, siguiendo una fatalidad dispuesta por instancias superiores, a la muerte. El avance a tientas había comenzado mucho antes. La instrucción —la investigación— realizada al principio bajo la admiración nacida ante las primeras respuestas, databa de las épocas lejanas, brumosas, opacas, en las que pertenecía al pueblo de los dioses, igual que los primitivos, que aún no se han desliado de las vendas perfumadas de orina y que poseen esa dignidad que comparten con los niños y con algunos animales: la gravedad, la nobleza, que recibe con razón el nombre de antigua. Ahora —y cada vez más, hasta la visión

exactamente poética del mundo—, con la Ciencia adquirida, los pañales se apartaban. Cada interrogatorio, sondeo, al sonar a hueco cada vez más, le indicaban la muerte, que es la única realidad que nos colma.

Frente a las cosas, ya no más rebotes alegres. A cada tacto, su escrutador dedo meñique de ciego se hundía en el vacío. Las puertas se abrían solas y no mostraban nada ya. Besó a la vieja en los ojos y el frío de las serpientes lo heló. Iba a tambalearse, quizá a caer, cuando el Recuerdo se adelantó ex profeso para socorrerlo: el recuerdo del pantalón de pana de Alberto; igual que un hombre que, dicen, ha echado, por un



privilegio inesperado, una ojeada a lo más recóndito de los misterios, se apresura a apartarse de ellos para, en la tierra, volver a pisar firme, Culafroy se arrojó, espantado, con la cabeza bien arrebujaada, en el recuerdo envolvente y cálido del pantalón de Alberto, donde creyó encontrar sosegantes, consoladoras nidadas de herrerillos.

Luego, volvió, llevado por Alberto bajado del cielo, a su habitación y a su cama, donde lloró. Pero —y que esto no os sorprenda— lloró por no poder llorar.

He aquí cómo murió nuestra Gran Divina.

Tras buscar su relojito de oro, se lo

encontró entre los muslos y, en la mano cerrada, se lo tendió a Ernestine, sentada a su cabecera. Las dos manos se juntaron en forma de concha, con el reloj en medio. Una inmensa paz física relajó a Divina; los excrementos, una mierda casi líquida, se extendió bajo ella en un pequeño lago tibio, en el que despacio, muy despacio —como un bajel aún caliente de emperador desesperado se hunde en el agua del lago de Nemi— se sumergió, y este alivio le hizo lanzar un suspiro que le hizo subir más sangre a la boca, luego, otro suspiro: el último.

Falleció así puede decirse también ahogada.

Ernestine esperaba. No sé por qué

milagro, comprendió de repente que los latidos que venían de sus manos unidas eran el tic tac del reloj.

Porque vivía entre los presagios y las señales, no era supersticiosa. Se ocupó pues, sola, del arreglo del cadáver y le puso a Divina un terno muy decente de cheviot azul de corte inglés.

Hela difunta. La Difuntísima. Tiene el cuerpo encallado entre las sábanas. Sigue siendo, de los pies a la cabeza, un barco entre la licuación de los bancos de hielo, inmóvil y tieso, bogando hacia el infinito: tú, Jean, corazón mío, inmóvil y tieso, como ya he dicho, bogando sobre mi cama hacia una Eternidad feliz.

Muerta Divina, ¿qué me queda por hacer? ¿Por decir?

Un viento de cólera, este atardecer, hace chocar perversamente entre sí los álamos de los que sólo veo la copa. ¡Mi celda, acunada por esta buena muerte, es hoy tan dulce!

¿Y si mañana estuviese libre?

(Mañana audiencia.)

Libre, es decir, desterrado entre los vivos. Me he fabricado un alma a la medida de mi mansión. Mi celda es tan dulce. Libre: beber vino, fumar, ver burgueses. Mañana, pues, ¿qué será el jurado? He considerado la posibilidad de la condena mayor que pudiera tocarme. Me he preparado

cuidadosamente para ella, pues he escogido mi horóscopo (según lo que de él puedo leer en los acontecimientos pasados) como figura de la fatalidad. Ahora que sé que le obedezco, mi pena es menor. Queda anonadada ante lo irremediable. Es mi desesperación y lo que sea, será. He resignado mis deseos. Yo también estoy «ya de vuelta de todo esto» (Weidmann). Permanezca yo, pues, durante toda una vida de hombre entre estas paredes. ¿A quién juzgarán mañana? A algún extraño que lleve un nombre que fue mi nombre. Puedo seguir muriendo hasta mi muerte entre todos estos viudos. Lámpara, palangana, reglamento, escoba. Y la colchoneta, mi

esposa.

No tengo ganas de acostarme. Esta audiencia, mañana, es una solemnidad que requiere una vigilia. Es esta noche cuando querría llorar —como uno que se queda— por mis adioses. Pero mi lucidez es como una desnudez. El viento, fuera, se vuelve cada vez más feroz y la lluvia viene a añadirsele. De este modo es cómo los elementos preludian las ceremonias de mañana. Estamos a doce, ¿no? ¿De qué me preocupo? Los avisos, dicen, son de Dios. No me interesan. Tengo ya el sentimiento de no pertenecer a la cárcel. Rota está la fraternidad agotadora que me unía a los hombres de la tumba. Voy a vivir quizá...

A ratos, una carcajada brutal, nacida de no sé qué, me sacude. Resuena en mí como un grito alegre en la niebla, que parece querer disiparla, pero que no deja en ella más traza que una añoranza de sol y de fiesta.

¿Y si me condenan? Me revestiré de estameña y este ropaje color herrumbre me obligará de inmediato al gesto monacal: las manos ocultas en las mangas, y vendrá luego la consecuente actitud de la mente: notaré cómo me vuelvo humilde y glorioso, luego, acurrucado bajo las mantas —es en *Don Juan* donde los personajes del drama reviven en el escenario y se abrazan— les crearé otra vez, para encantamiento

de mi celda, a Pocholo, a Divina, a Santa María y a Gabriel, adorables vidas nuevas.

He leído conmovedoras cartas, colmadas de maravillosos hallazgos, de desesperación, de esperanzas, de cantos; y otras más austeras. Elijo una de ellas, que será esta carta que Pocholo escribió a Divina desde la cárcel:

*Cariño:*

*Te mando esta cartita, para que tengas noticias mías que no son buenas. Me han detenido por robo. A ver si intentas ver a un abogado para que me defienda. Arréglatelas para pagarle. Y arréglatelas también para*



*mandarme un giro, porque aquí ya sabes qué gazuza se pasa. A ver si puedes conseguir también un permiso para venir a verme y traerme ropa. Mándame el pijama de seda azul y blanco. Y camisetas. Cariño, siento mucho lo que me pasa. Reconocerás que tengo la negra. Así que cuento contigo para ayudarme. Me gustaría poder tenerte entre los brazos para acariciarte y estrecharte bien fuerte. Acuérdate de lo bien que lo pasábamos. Prueba a reconocer la línea de puntos. Y bésala. Cariño, recibe muchísimos besos de tu Pocholo.*

Esa línea de puntos de la que habla Pocholo, es la silueta de su cola. He visto a un chulo empalmado al escribir a su gachí, encima del papel, sobre la mesa, poner su picha pesada y trazar los contornos. Quiero que este rasgo sirva para dibujar a Pocholo.

Prisión de Fresnes, 1942.

# Notas

[1] En jerga: Bulevar Sébastopol, de París. (*N. de las T.*) <<

[2] Lenguaje humorístico y convencional que deforma las palabras mediante la inserción de determinadas sílabas y la alteración del orden normal de las que componen la palabra, con el fin de expresarse de forma incomprensible para los no iniciados. (*N. de las T.*) <<

[3] En jerga: Plaza o Barrio de la Bastilla de París. (*N. de las T.*) <<

[4] Cuando blanco sea el carbón / para  
que el hollín no sea negro, / el recuerdo  
de la prisión / escapará de mi memoria.  
(*N. de las T.*) <<

[5] Siglas correspondientes a un sindicato comunista de la época. (*N. de las T.*) <<



[6] En jerga: Bulevar Sébastopol, de París. (*N. de las T.*) <<

[7] Cayena. (*N. de las T.*) <<

[8] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[9] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[10] El refrán dice: «Araignée du matin, chagrin. Araignée du soir, espoir.»  
«Araña de la mañana, disgusto. Araña de la tarde, esperanza.» (*N. de las T.*)

<<

[<sup>11</sup>] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[12] Soldado de los Batallones de Africa.  
(*N. de las T.*) <<